NO PODÍA OÍR, PERO SOLO ELLA DESCUBRIRÍA LA VERDAD

Silencio total

HEATHER GUDENKAUF

MOTUS

NO PODÍA OÍR, PERO SOLO ELLA DESCUBRIRÍA LA VERDAD

Silencio total

HEATHER GUDENKAUF

MOTUS

NO PODÍA OÍR, PERO SOLO ELLA DESCUBRIRÍA LA VERDAD

Silencio total

HEATHER GUDENKAUF

MOTUS

Silencio total

Heather Gudenkauf

Traducción: Carmen Bordeu



Título original: Not a Sound

Edición original: Brandt & Hochman Literary Agents, Inc.

Derechos de traducción gestionados por International Editors & Yáñez Co' S.L.

www.trinivergaraediciones.com

www.motus-thriller.com

España · México · Argentina

ISBN: 978-84-19767-27-1

Para Erika Imranyi, que sabe hacer limonada con cuadraditos de limón.

Índice de contenidos

Prólogo

La encuentro sentada sola en la sala de espera de urgencias, con sus bellas facciones distorsionadas por la hinchazón y los hematomas. Solo quedan unos pocos pacientes, algo inusual para un viernes por la noche y de luna llena. Sentada frente a ella, una anciana tose y expectora en un pañuelo mientras su marido, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza echada hacia atrás, ronca con suavidad. Otro hombre, sin ninguna dolencia aparente, mira fijamente el televisor colgado en la pared. Las risas enlatadas resuenan en la habitación.

Me sorprende que siga aquí. La atendimos hace horas. Recogimos su ropa, y la examiné de pies a cabeza mientras le iba explicando paso a paso lo que estaba haciendo. Permaneció acostada boca arriba mientras yo le tomaba muestras, raspaba y buscaba pruebas. Recolecté fluidos corporales y pelos que no eran suyos. Tomé fotografías. Primeros planos de abrasiones y moratones. Me quedé cerca mientras el oficial de policía la interrogaba y le hacía preguntas muy personales. Le ofrecí anticonceptivos de emergencia y el número de teléfono de un centro de acogida para víctimas de maltrato. No lloró ni una sola vez en todo el proceso. Pero ahora las lágrimas fluyen con libertad, mojando la bata limpia que le di para que se pusiera.

—¿Stacey? —Me siento a su lado— ¿Viene alguien a buscarte? —le pregunto.

Me ofrecí a llamar a alguien de su parte, pero se negó y dijo que ella lo haría. Ruego a Dios que no haya llamado a su marido, el hombre que le hizo esto. Espero que la policía ya lo haya detenido.

Menea la cabeza.

—Vine en mi coche.

—No creo que debas conducir. Por favor, déjame llamar a alguien —insisto—. O puedes cambiar de opinión y quedarte ingresada esta noche. Estarás a salvo. Podrás descansar.

—No, estoy bien —responde.

Pero no está nada bien. Hice todo lo que pude, pero su labio recién

cosido está sangrando y las magulladuras moradas resaltan en su piel.

—Al menos deja que te acompañe al coche —le ofrezco.

Estoy ansiosa por volver a casa con mi marido y mi hijastra, pero hace rato que duermen. Unos minutos más no importan.

Stacey acepta y se pone de pie, acunando su brazo recién escayolado. Salimos a la húmeda noche de agosto. La luna llena, redonda y pálida como el trigo de invierno, ilumina nuestro camino. Las cigarras se llaman unas a otras y las polillas de alas blancas se lanzan contra el letrero luminoso que reza “Queen of Peace: Urgencias”.

—¿Dónde pasarás la noche? No irás a tu casa, ¿verdad?

—No —contesta, pero no da más detalles—. Tuve que aparcar en Birch —agrega con voz apagada.

El aparcamiento del Queen of Peace lleva casi un mes en obras, así que encontrar un sitio es todo un desafío. Me entristece pensar que esta pobre mujer, golpeada y violada por su marido, no solo tuvo que conducir hasta urgencias, sino que ni siquiera consiguió un sitio decente donde dejar el coche. Ahora hay cinco plazas libres. Un par de horas pueden marcar toda una diferencia en el ajetreado e impredecible mundo de la atención en urgencias.

Pasamos junto a las barreras y los conos naranjas de las obras y llegamos a una calle residencial tranquila y bordeada por tilos de dulce aroma. A lo lejos, el motor de un coche ruge, un perro ladra y una sirena aúlla. Otro paciente para urgencias.

—Mi coche está allí —precisa Stacey, y señala un pequeño sedán blanco de cuatro puertas oculto en las sombras proyectadas por las hojas en forma de corazón de los tilos. Cruzamos la calle y espero mientras ella busca las llaves en su bolso. Un mosquito pasa zumbando junto a mi oreja y lo alejo con la mano.

Primero oigo el chirrido de los neumáticos. El chirrido agudo de la goma sobre el asfalto. Stacey y yo giramos al mismo tiempo hacia el ruido. Las cegadoras luces largas se dirigen hacia nosotras. No tenemos adónde ir. Si nos alejamos del coche de Stacey estaremos directamente en su camino. Empujo a Stacey contra la puerta de su coche y me aprieto contra ella todo lo que puedo, intentando hacernos lo más pequeñas posible.

Soy incapaz de apartar los ojos de la luz brillante y no paro de pensar

que el imprudente conductor seguramente dará un volantazo y nos esquivará por poco. Pero no es eso lo que ocurre. No hay chirrido de frenos, el coche no desacelera y lo último que oigo es el golpe sordo y espeluznante de metal contra los huesos.

Capítulo 1

Dos años después…

Casi todos los días del último año he practicado paddle surf y kayak y he corrido o hecho senderismo por el circuito sinuoso del río Five Mines, con Parche a mi lado. Arrancamos cada día a unos metros de la puerta de mi casa; yo cargo la tabla y el remo sobre la cabeza y bajamos con precaución por la orilla rocosa y en cuesta hasta el borde del agua. Bajo la tabla —la más barata que he conseguido—, con cuidado de evitar las rocas afiladas que podrían arañarla. Me adentro en el agua y el contacto del frío en la piel me hace estremecer; luego estabilizo la tabla para que Parche pueda subirse. Me pongo de rodillas detrás de él y remo hasta el centro del río.

Muevo el remo con brazadas largas y uniformes a través del agua turbia. El sol recién salido se asoma de manera intermitente a través de nubes grises y pesadas que se desplazan con lentitud y se refleja en las gotas de agua que saltan como chispas. El aire matinal de finales de octubre es vigorizante y huele a hojas en descomposición. Disfruto de las vistas y las sensaciones del río, pero no oigo el golpe del remo contra el agua, no oigo el grito de las gaviotas en lo alto, no oigo los gruñidos juguetones de Parche. Aún estoy intentando asimilarlo.

Se prevé que la temperatura descenderá pronto por debajo de cero, y cuando lo haga, guardaré de mala gana la tabla en el cobertizo, junto al kayak, hasta la primavera. Frente a mí, como un mascarón náutico tallado en la proa de un barco de vela, está sentado Parche. Su pelaje erizado es del mismo color que el de una hoja de arce plateada, lo que le da un aire distinguido. Tiene tres años y pesa veinticinco kilos de músculos, pero a menudo se distrae y olvida su trabajo.

Por lo general, cuando salgo con la tabla, remo una hora y media hacia el norte, hasta donde el Five Mines se abre de repente en una boca grande de al menos un kilómetro y medio de ancho. Allí, sobre la orilla del río, se alzan hoteles con paredes de cristal, restaurantes de lujo, torres de iglesias y una fábrica de pan que impregna el aire de un aroma que me recuerda a la cocina de mi madre. Corredores y madres jóvenes con cochecitos se mueven sin prisa por el impresionante paseo ribereño adoquinado y el viejo puente del tren en el que mi hermano y yo jugábamos de niños se vislumbra a lo lejos, fuera de lugar y estropeado sin remedio. Más o menos como yo.

En cuanto veo el puente del tren o percibo el aroma a levadura de pan recién horneado, sé que es hora de dar la vuelta. Prefiero las calas estrechas y aisladas y los pantanos al sur de Mathias, la ciudad ribereña donde crecí.

Esta mañana solo hay tiempo para una caminata corta. A las diez tengo una entrevista con el doctor Sean Mariod, oncólogo y hematólogo, y director del Centro Oncológico Regional Five Mines de Mathias. Five Mines ofrece atención sanitaria integral y recursos a los pacientes de cáncer en la zona de los tres estados. El doctor Mariod también trabaja en el hospital Queen of Peace junto con mi futuro exmarido, David. David es jefe de obstetricia y ginecología en Queen of Peace y la idea de que yo pueda llegar a trabajar con su viejo amigo no le entusiasma. En realidad, fue el doctor Mariod quien me llamó para ver si estaba interesada. El centro va a digitalizar sus archivos y necesita alguien que introduzca los datos.

El doctor Mariod, con quien me encontré en varias ocasiones hace años por medio de David, debió de enterarse de que he estado buscando trabajo activamente con poca suerte. David, pese a sus protestas, no me ha saboteado. Me daré por afortunada si me recomienda, aunque sea con unas pocas palabras amables. Es una historia larga y complicada, llena de angustia y alcohol. Mucho alcohol. David soportó hasta donde pudo y un día me encontré sola.

Llego a la que suele ser mi parte favorita del Five Mines, un estrecho tramo de río de unos catorce metros de ancho y al menos seis metros de profundidad. La orilla occidental es una pared de piedra caliza escarpada coronada por pinos blancos y robles robustos cuyas ramas se extienden sobre el acantilado como un exquisito dosel de hojas de bronce. Hoy, el río está inusualmente lento y aletargado, como si estuviera cargado de limo y barro. El aire está demasiado pesado, demasiado quieto. En la otra orilla, los zarcillos de las hojas de los sauces negros cuelgan en el agua como dedos flácidos.

Parche levanta las orejas. Algo en la distancia ha captado su atención. La tabla se balancea despacio al principio, una ondulación suave que enseguida se torna en una sacudida desagradable. El agua fría me moja los tobillos y el movimiento casi me arroja al agua. En cambio, caigo de rodillas y me las golpeo con fuerza contra la tabla. De algún modo, evito caer al agua, pero pierdo el remo y a mi perro. A Parche no parece importarle el baño inesperado y se dirige pataleando hacia la orilla. Río arriba, algún imbécil en una lancha motora debe de haber acelerado y provocado esta estela intensa.

Espero a gatas, y mis entrañas se mecen con el río hasta que las olas se calman. Mi remo se balancea en la superficie del agua, a unos pocos centímetros de mi alcance. Ahueco una mano para impulsarme en el agua y guío mi tabla hasta poder coger el remo. Tal vez sea el nerviosismo por la entrevista inminente, pero estoy ansiosa por dar la vuelta y regresar a casa. Algo no está bien, tengo una sensación rara. Parche no se da cuenta. Este es el lugar donde solemos hacer un descanso para que yo estire las piernas y Parche juegue unos minutos. Miro el reloj. Son solo las siete y media, tiempo de sobra para que Parche retoce un rato en el agua. Parche, con su cabeza plateada y áspera a la vista, se dirige en línea recta a tierra. Me siento en la tabla y apoyo el remo sobre mi regazo. Por encima de mi cabeza, dos buitres revolotean en círculos amplios y vacilantes. Las nubes a lo lejos tienen el color de la piel magullada.

Parche sale del río hacia la orilla embarrada y se sacude con energía; el agua le gotea de la barba y el bigote, o de lo que su adiestrador describía como sus atractivos rasgos faciales, tan típicos de los bracos eslovacos de perro duro. Se aleja con paso largo y empieza a explorar la orilla, olfateando y husmeando alrededor de cada tronco y cada rama caída. Cierro los ojos, alzo el rostro hacia el cielo y el mundo exterior desaparece por completo. Huelo la lluvia a lo lejos. Una lluvia que sé que se llevará lo que queda del otoño. Es Halloween y espero que la tormenta aguante hasta que los niños hayan terminado de pedir dulces.

Parche ha cogido un palo y, en lugar de sentarse a mordisquearlo como la mayoría de los perros, lo lanza al aire con la boca, lo observa caer al agua y luego se abalanza tras él. Mi hijastra, Nora, adora a Parche. Creo que si no fuera por él, a Nora no le haría tanta ilusión pasar tiempo conmigo. No la culpo. La verdad es que me equivoqué mucho y no soy la persona más fácil del mundo para comunicarse.

Estoy debatiendo si llevar o no a Parche conmigo a la entrevista. Legalmente, tengo derecho. Tengo todos los papeles, y si al doctor Mariod no le parece bien, no estoy segura de querer trabajar para él. Además, Parche es un perro tan dulce y cariñoso que no tengo duda de que los enfermos de cáncer que acuden al centro se sentirían reconfortados con su presencia.

Se me encoge el estómago al pensar que tengo que intentar venderme como una oficinista cualificada y eficiente en unas pocas horas. Hubo un tiempo, no hace mucho, en que era una enfermera muy valorada y solicitada. Ahora ya no.

Parche se ha alejado hacia donde la tierra se adentra en el río y forma un recodo torcido, un lugar que, a falta de una palabra mejor, yo llamo el "codo". Lo veo de espaldas a mí, inmóvil, con la pata derecha en alto, la cola extendida y los ojos fijos en algo. Tal vez una ardilla. Se adelanta dos pasos con cautela y sé que en cuanto el animal salga corriendo, Parche irá tras él. Aunque nueve de cada diez veces vuelve cuando lo llamo, esta mañana no tengo tiempo para pasarme media hora buscándolo.

Chasqueo los dedos dos veces, nuestra señal para que venga. Parche me ignora. Remo para acercarme.

—¡Ke mne, Parche! —lo llamo. "Ven aquí".

Sus orejas caídas se levantan, pero sigue concentrado en lo que sea que le ha llamado la atención. Algo ha cambiado en su postura. Tiene la espalda encorvada, como agazapado, la cola metida entre las patas y las orejas pegadas a la cabeza. Está asustado.

Lo primero que pienso es que ha visto una mofeta. Lo segundo es que me resulta divertido, dado que, por el momento, nuestros papeles se han invertido: soy yo quien está intentando llamar su atención y no al revés. Vuelvo a chasquear los dedos con la esperanza de romper el hechizo. Lo último que necesito es presentarme a la entrevista para mi trabajo nuevo con olor a bicho muerto. Parche ni siquiera se vuelve hacia mí.

Me bajo de la tabla con el agua hasta las rodillas y mis botas de neopreno se hunden en el barro. Dejo la tabla en tierra firme lo bastante lejos para asegurarme de que el agua no se la lleve. Quizás Parche ha acorralado a una serpiente. No hay muchas serpientes venenosas por aquí. La massasauga marrón y la cascabel de cola negra son poco frecuentes, pero no insólitas. Me abro paso a través de marañas de maleza muerta y paso por encima de troncos podridos hasta llegar a pocos metros detrás de Parche. Está encaramado a una pendiente rocosa a un metro y medio sobre el agua. Con lentitud, para no asustar a Parche o a lo que sea que lo tiene hipnotizado, me adelanto despacio y estiro el cuello para ver mejor.

Apoyo una mano sobre el pelaje áspero de mi perro mojado por su baño en el río, y lo siento temblar bajo mis dedos. Sigo su mirada y veo una gruesa capa de hojas caídas que cubre la superficie del agua. Un mosaico vibrante de amarillos, rojos y marrones.

—No hay nada ahí —lo tranquilizo mientras le paso la mano por las

orejas y debajo de la barbilla. Sus cuerdas vocales vibran con ráfagas cortas y entrecortadas y me doy cuenta de que está gimiendo.

Me inclino hacia adelante, con los dedos de los pies peligrosamente cerca del borde fangoso. Un paso en falso y me caeré.

Mi cerebro tarda un momento en registrar lo que estoy viendo y pienso que alguien ha tirado un maniquí viejo al río. Entonces me doy cuenta de que no se trata de una figura de fibra de vidrio ni de plástico. No es una broma de Halloween. Veo los pechos al descubierto, blancos y pálidos sobre un tapiz de colores otoñales. Con el corazón acelerado, tropiezo hacia atrás. Aunque intento amortiguar la caída con las manos, golpeo el suelo con fuerza, mi cabeza choca contra la tierra embarrada, mis dientes rechinan entre sí y me quedo aturdida durante un instante. Parpadeo hacia el cielo y trato de orientarme; a cámara lenta, una gran garza azul con una envergadura del tamaño de un hombre adulto planea sobre mí y proyecta una breve sombra. Me siento despacio, atontada, y me llevo las manos a la cabeza. Cuando retiro los dedos, están ensangrentados.

Mareada, me pongo de pie. No puedo desmayarme aquí, me digo. Nadie sabrá dónde encontrarme. La sangre se me acumula en la boca, donde me he mordido la lengua, y escupo para deshacerme del sabor metálico. Me limpio las manos en el neopreno y vuelvo a tocarme la nuca con cuidado. Tengo un pequeño chichón, pero no palpo ninguna herida abierta. Me miro las manos y descubro el origen de la sangre. La piel fina y delicada de mis palmas está destrozada y llena de pequeños guijarros incrustados.

El bosque parece cerrarse a mi alrededor y tengo ganas de salir corriendo, de alejarme todo lo posible de aquí. Pero quizás me haya equivocado. Quizás lo que creí ver fue un truco de luz, un juego de sombras. Me obligo a volver a acercarme al borde de la pendiente y trato de adoptar la postura fría y clínica que me caracterizaba cuando era enfermera de urgencias. Bajo la vista y veo el cuerpo desnudo de una mujer flotando bajo la superficie del agua. Aunque no alcanzo a distinguir ninguna herida visible, estoy segura de que no puede haber acabado ahí por accidente. Observo los labios azules entreabiertos por la sorpresa, la nariz respingona y los ojos inexpresivos muy abiertos; unos mechones de pelo rubio enredados en una maraña de zarzas medio sumergidas impiden que el cuerpo sea arrastrado por el agua.

Pequeños puntos de luz bailan frente a mis ojos y, por un momento, me ciegan la sorpresa, el miedo, el temor. Entonces hago algo que nunca he hecho al ver un cadáver. Me agacho y vomito. Arcadas

intensas y violentas que me dejan el estómago vacío y las piernas temblorosas. Me limpio la boca con el dorso de la mano. La conozco. La conocía. La mujer muerta es Gwen Locke y hace tiempo fuimos amigas.

Capítulo 2

Gwen Locke. Enfermeras, las dos. Amigas en una época. Buenas amigas. Una vez más, se me encoge el estómago y tengo arcadas, pero esta vez no vomito. Parche ha salido del trance y camina agitado; su poderosa mandíbula se abre y se cierra con lo que estoy segura de que son gemidos agudos y ladridos. Busco en mi FlipBelt, un cinturón tubular con una serie de bolsillos donde guardo todos los objetos que debo llevar conmigo cuando estoy en el río. A buen recaudo en una funda impermeable, está el móvil que le prometí a Jake, mi amigo policía, que llevaría siempre conmigo. Da igual que me sirva de poco o nada en situaciones de emergencia como esta. El 911 vía mensaje de texto aún no forma parte de mi pequeño mundo silencioso, así que marco los tres números y espero lo mejor. Aguardo tres segundos y empiezo a hablar.

—Mi nombre es Amelia Winn —digo. Estoy segura de que mi voz suena aguda, chillona y nasal—. He encontrado un cadáver. Por favor, envíen ayuda. Estoy en el río Five Mines, tres kilómetros al norte de Old Mine Road. Soy sorda así que no puedo oírle.

Con el teléfono aferrado entre los dedos, repito una y otra vez el mismo mensaje antes de cortar. "He encontrado un cadáver. Por favor, envíen ayuda. Estoy en el río Five Mines, tres kilómetros al norte de Old Mine Road. Soy sorda así que no puedo oírle".

Me doy vuelta hacia un lado y hacia otro, desesperada, con el corazón acelerado y sin poder respirar bien. Mis ojos escudriñan cada centímetro del paisaje. La maleza que se mece a lo largo de la orilla, cada temblor de la rama de un árbol, cada peñasco y cada grieta sombríos de los riscos que podrían ocultar a alguien. Cada susurro de la brisa en mi cuello, el roce del asesino. Nada. No hay nadie. El sol aparece y desaparece detrás de las nubes y cada cambio de luz resulta amenazante. Por fin, mareada y agotada, me dejo caer en el suelo y apoyo la espalda contra la corteza blanca y ondulada de un abedul. Aunque tengo miedo, no temo que alguien se me acerque sin hacer ruido. Parche, acurrucado contra mí, con su barbilla peluda sobre mi regazo, me alertará de cualquier nueva presencia. Pero no sé qué voy a hacer si alguien aparece en el claro y se enfrenta a mí. ¿Salgo corriendo? ¿Me quedo y lucho? ¿Se quedará Parche a protegerme? No lo sé.

Justo cuando creo que tengo la respiración bajo control, empiezan los escalofríos. Gwen yace a pocos metros de mí. Saco el aerosol de pimienta que me dio Jake de otro bolsillo del FlipBelt.

Jake Schroeder es un detective de la policía de Mathias y el mejor amigo de la infancia de mi hermano Andrew. Jake me ha gustado desde que yo tenía ocho años. Para él soy una especie de hermana menor molesta a la que todavía hay que cuidar desde que mi hermano se mudó a Denver y mi padre, harto de los inviernos de Iowa, se jubiló y se marchó a Arizona.

Jake fue la primera persona que vi cuando abrí los ojos en el hospital después de que un conductor atropellase a Stacey Barnes y se diese a la fuga. Stacey murió en el acto y yo sufrí una fractura en la pierna, una grave lesión en la cabeza y la destrucción total de los pequeños huesos y las vías neuronales de mis oídos internos. Estaba convencida de que el conductor era el bastardo que abusó de Stacey, pero no fue así. De modo que, a falta de pistas, el caso sigue sin resolverse.

Dos años después, estoy casi divorciada, desempleada y completamente sorda; es probable que sea alcohólica y todavía estoy un poco cabreada. Vale, nada de probable, soy alcohólica. Aún me cuesta admitirlo. Las únicas personas en Mathias que no han perdido la esperanza en mí son mi hijastra Nora, porque tiene siete años y soy la única madre que recuerda, y Jake, que ha tenido su cuota de sufrimiento. Jake fue quien me sacó de la cama borracha, me llevó a mi primera reunión de Alcohólicos Anónimos y me obligó a tomar clases de lengua de signos con él en la universidad local. Ya antes de mi accidente, Jake manejaba la lengua de signos. Dos condados más allá, un policía disparó y mató por error a un adolescente sordo que no oyó la orden de detenerse. Con la esperanza de evitar futuras tragedias, la policía local organizó un curso y Jake aprendió lo básico. Y, por si fuera poco, un día se presentó en mi casa con un adiestrador checo llamado Vilem Sarka y Parche, un perro guía un poco reticente.

Cuando Parche llegó a mí, traía consigo su propio bagaje. Una gruesa cicatriz en forma de cremallera se extiende de manera vertical desde la parte baja de su vientre hasta justo debajo de la garganta. De ahí su nombre. “Algún enfermo hijo de puta. Más de cien puntos de sutura”, escribió Vilem en un bloc de papel cuando le pregunté qué había pasado.

Acaricio la cabeza de Parche y espero a que llegue la ayuda, consciente de que puede ser cuestión de minutos o demorarse hasta una hora. Solo hay tres formas de llegar a nuestra ubicación remota:

por agua, en quad o a pie. Concentro mi atención en las orejas de Parche; si las empieza a levantar, sé que está oyendo algo. Apuesto a que la ayuda llegará a través del río y de un oficial del Departamento de Recursos Naturales en una lancha. Nunca había tenido miedo de los muertos, pero ahora estoy aterrorizada.

No puedo creer que Gwen esté muerta y no puedo evitar pensar en mi propio accidente, que, después de todo, no estoy convencida de que haya sido un accidente. ¿Y si el asesinato de Gwen y mi intento de homicidio están conectados? Es una locura, lo sé. Pero Gwen y yo atendimos pacientes que sufrieron abusos por parte de gente muy violenta y peligrosa. ¿Es tan exagerado pensar que irían tras las enfermeras que intentaban reunir las pruebas para enviarlos a la cárcel durante mucho tiempo?

Parche levanta la cabeza y me mira con preocupación. Debo haber lloriqueado o hablado en voz alta. A veces lo hago.

—No pasa nada —lo tranquilizo.

Me duele la garganta y me imagino que debo de haber gritado mientras hablaba con el operador del 911. ¿Y si la persona al otro lado de la línea no me entendió? ¿Y si no saben dónde enviar ayuda y no viene nadie?

Estoy a punto de volver a llamar al 911 cuando Parche se pone de pie y mira hacia el norte, río arriba.

—Alguien viene por el río —digo, y sujeto el collar de Parche para que no salga corriendo.

En efecto, un hombre corpulento de unos sesenta años, al mando de una lancha pequeña con el logotipo del Departamento de Recursos Naturales, DRN, de Iowa estampado en un lateral, se dirige hacia nosotros. Parche se vuelve hacia mí en busca de un gesto tranquilizador y le acaricio la espalda con suavidad. La embarcación aminora la marcha y el oficial del DRN dice algo, pero está demasiado lejos y no puedo leerle los labios.

—No puedo oírle —explico, y la boca del hombre se ensancha de un modo que me indica que está gritando—. Soy sorda —insisto, ahuecando una mano sobre mi oreja—. No le oigo. Acérquese.

Me mira con desconfianza, con la mano en el arma. No lo culpo. Debo de haber sonado como una loca en el teléfono. Es probable que el operador haya añadido, al dar los detalles, “abordar al sujeto con

precaución".

—Puedo leer los labios —agrego—. Pero necesito verle.

El oficial conduce la lancha hasta la orilla y, con cierta dificultad, trepa por la borda y se une a nosotros bajo el abedul.

—¿Es bueno? —pregunta, con una mirada nerviosa hacia Parche.

—Buenísimo —le aseguro. Me vuelvo hacia Parche y, con la palma hacia arriba, llevo la mano hacia mi hombro. Parche se sienta de inmediato. Meto la mano en el bolsillo y saco una golosina que Parche atrapa con su lengua larga y rosada—. Buen chico. —Me llevó tres semanas enseñarle ese truco.

El oficial da otro paso adelante con cautela.

—Soy el oficial Wagner del DRN. ¿Está usted bien?

Sus labios se estiran con cada palabra. Está exagerando la pronunciación. Estoy acostumbrada a esto cuando la gente se entera de mi sordera.

—Estoy bien —respondo, con más confianza de la que siento—. Está allí. —Señalo el arce—. Al otro lado del risco, en el agua.

—Quédese aquí —me ordena.

Hago como que no le entiendo y lo sigo pendiente arriba. Los dos nos sujetamos de las ramas bajas para no resbalarnos con las hojas en descomposición que cubren el suelo. Cuando llegamos a la cresta, mis ojos se dirigen enseguida al lugar donde el cuerpo de Gwen se balancea con la corriente tranquila. La cabeza del oficial Wagner gira de izquierda a derecha, buscando. Cuando su columna se pone rígida, sé que por fin la ve. Busca a tientas en el bolsillo, saca un teléfono móvil y se lo acerca a la oreja.

Me doblo por la cintura, de nuevo mareada. Fui enfermera de urgencias durante dieciocho años y pico. He visto gente con heridas incomprensibles. He visto cadáveres antes, he tenido pacientes a mi cargo que han muerto por lesiones catastróficas. Pero siempre en el hospital, en un entorno estéril y antiséptico.

Me obligo a incorporarme y a respirar hondo. Me siento inútil. Si hubiera alguna posibilidad de que Gwen aún respirara, podría haberle practicado reanimación cardiopulmonar, pero está claro que está

muerta. Gwen era un poco más joven que yo y estaba en forma; tenía el físico esbelto de una corredora profesional. ¿Habría estado corriendo o haciendo senderismo cuando fue sorprendida por un depredador que la arrastró fuera de su ruta, la violó y luego la mató, para finalmente arrojarla al río como si fuera basura?

Desde donde estamos, no alcanzo a ver ninguna lesión obvia. Ni orificios de bala ni heridas abiertas, y tampoco hay rastros de que ningún animal carroñero la haya descubierto. No puede llevar mucho tiempo en el río. Pienso en las olas que derribaron a Parche de la tabla y me hicieron caer de rodillas justo antes de encontrar el cuerpo. Ojalá hubiera visto la lancha. Ojalá tuviera más información para darle al oficial. Me pregunto si Marty, el marido de Gwen, ya habrá notado su ausencia. O peor, ¿podría haber sido él quien hizo esto? No lo conozco bien, pero le he visto varias veces. Gwen nunca mencionó tener problemas en su matrimonio y él siempre me pareció un hombre agradable. Y está la hija de ambos, Lane. Estará destrozada cuando se entere de que su madre nunca volverá a casa.

Me trago las lágrimas, aparto los ojos del cuerpo y escudriño la tierra a mi alrededor. Hay huellas llenas de barro por todas partes. Creo distinguir tres pisadas diferentes. Sin duda las mías, las del oficial del DRN y tal vez las del asesino. También están las huellas de las patas grandes de Parche zigzagueando por el suelo como prueba de su agitación. Una botella de cerveza yace en medio de la hierba. Podría haber pertenecido a uno de los cada vez más numerosos deportistas de fin de semana que han descubierto este tramo de río desde que se abrió Alquileres Deportivos Five Mines, al lado de mi casa. Ofrece una amplia gama de servicios al aire libre, como alquiler de canoas, kayaks, tablas de surf de remo y, en invierno, alquiler de raquetas de nieve y patines de hielo.

Debajo de nosotros, Parche aguarda con movimientos impacientes, aunque permanece sentado. Le hago un gesto para que se quede quieto y obedece. El oficial Wagner me da un tirón de la manga y señala con la cabeza hacia el bosque que hay debajo de nosotros. Un pequeño grupo de quads emerge de entre los árboles. Incapaz de contenerse, Parche se pone en pie de un salto y empieza a dar vueltas nervioso.

Cinco de las seis personas que van en los quads son oficiales de policía, incluido Jake. Reconozco al único civil como mi nuevo vecino, el propietario de Alquileres Deportivos Five Mines. No nos hemos conocido oficialmente, pero igualmente lo odio. Desde que abrió su negocio, un flujo constante de extraños no deseados perturba la

soledad de mi jardín trasero. Es probable que los vehículos pertenezcan a mi vecino y que el departamento de policía de Mathias los haya solicitado y le haya pedido que los guíe por el bosque para poder llegar al lugar de los hechos lo antes posible. Jake y los otros cuatro oficiales se bajan de los quads y empiezan a avanzar hacia nosotros, dejando atrás a mi vecino.

Parche conoce a Jake, así que lo saluda con un movimiento entusiasta de la cola y se queda a su lado. Cuando los oficiales llegan al pie del acantilado, Jake dice algo al grupo y se quedan abajo mientras él y Parche ascienden la corta pendiente hasta donde el oficial Wagner y yo estamos esperando.

Jake sigue teniendo el mismo aspecto juvenil de hace treinta años. Verlo con su uniforme de detective, de traje y corbata, me hace sonreír ante la incongruencia de cómo lo recuerdo de niño. Jake estaba siempre en mi casa, prefería la nuestra a la suya. Su padre era inestable, impredecible, cruel. Solía venir todos los días a buscar a mi hermano, con su cabello color arena oscuro revuelto, oliendo a césped recién cortado y a chicle y vestido con unos vaqueros sucios, unas zapatillas desgastadas y una camiseta púrpura y dorada de los Minnesota Vikings.

La cara de Jake, por lo general alegre, está ahora muy seria y parece no haberse dado cuenta de que el barro ha cubierto sus zapatos de vestir y ha salpicado los pantalones del traje. Ni siquiera le falta el aliento cuando llega hasta nosotros, lo que demuestra su excelente forma física. En lugar de preguntar primero dónde está la víctima, me mira de arriba abajo. Hace una mueca al ver mi camisa manchada de sangre, extiende el dedo índice de ambas manos y las lleva una hacia la otra, luego gira la mano derecha hacia un lado y la izquierda hacia el otro para hacer el signo dolor en lengua de señas.

—He tropezado —le explico, levantando las manos—. Parece peor de lo que es.

Me coge las manos y las gira para examinarme las palmas cortadas y raspadas. Siento sus manos tibias contra mis dedos helados y me doy cuenta del frío que tengo.

—Se llama Gwen Locke. La conozco. Trabajamos juntas. Ha estado en mi casa —agrego—. Y yo en la de ella.

Jake parece sorprendido, pero no me pregunta si estoy segura de la identidad de la mujer. Me suelta las manos y de inmediato echo de

menos su calor. Vuelve su atención hacia el oficial del DRN. Wagner señala el agua, la mandíbula de Jake se contrae y vuelve a ponerse serio.

—Regresa con tu tabla —me indica por señas—. Tenemos que aislar la zona. Bajaré enseguida a tomarte declaración y el agente Snell te acompañará a tu casa.

Asiento con la cabeza y Jake esboza una ligera sonrisa como si quisiera decirme que todo va a salir bien. Quiero creerle.

El agente Snell, con el pelo muy corto y un poco de acné en la frente, parece todavía un adolescente. Cuando llego abajo, ya está esperando con el bolígrafo y el bloc en la mano. El frío se ha colado por mis pantalones, aún húmedos por el agua y la caída al suelo, y empiezo a temblar.

—Solo unas preguntas, señora —empieza Snell, pero enseguida pierdo el hilo y lo detengo.

—Quizá deberíamos esperar a Jake. Al detective Schroeder —preciso —. Sabe usar la lengua de señas. —El oficial Snell asiente con la cabeza y nos quedamos de pie, incómodos, hasta que Jake se abre paso hasta nosotros.

Jake sabe cómo hablarme. No solo sabe hablar con señas, sino que me mira a los ojos y sus frases son cortas. Respondo en voz alta mientras Snell escribe mis respuestas. Jake me hace todas las preguntas esperadas: nombre, dirección, número de teléfono, edad.

—¿Dices que la conoces? —me pregunta con señas.

Asiento.

—Se llama Gwen Locke. Es enfermera especializada en agresiones sexuales del condado y la última vez que la vi trabajaba en el Queen of Peace y en el Centro Regional de Mathias.

Trato de no quitarle la vista de encima a Parche, que se aburre y se aleja. Está concentrado en una ardilla en la rama de un árbol.

—¿Tienes algún dato de contacto suyo? ¿Conoces a algún pariente cercano? —Jake hace señas mientras Snell busca una página vacía en el bloc.

Hace casi dos años que no uso el número de teléfono que tengo de

Gwen. Después de mi accidente, se puso en contacto conmigo, vino al hospital y a casa a visitarme, pero me negué a hablar con ella. Con todos.

—Su marido se llama Marty y tienen una hija llamada Lane. Gwen se crio aquí. —Saco mi teléfono y encuentro el número. Snell lo añade a su lista de notas creciente.

Jake me pide que le relate, paso a paso, cómo transcurrió mi mañana hasta que Parche descubrió a Gwen en el río. Más allá del hombro de Jake, veo que Parche deambula hacia mi vecino, que espera junto a un quad con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Se agacha para rascarle la oreja a Parche.

—¡Ke mne, Parche! —lo llamo.

Ke mne significa "ven aquí" en checo y se pronuncia khemn yea. Parche regresa trotando con tranquilidad. El adiestrador, Vilem, que es originario de Praga, entrenaba a todos sus perros policía y de rescate, incluidos Parche y K-9 de Jake, utilizando órdenes checas.

Jake se mueve para que su cara vuelva a estar frente a la mía.

—¿Estarás bien? —pregunta—. ¿Quieres que llame a alguien?

Entonces me doy cuenta de que llegaré tarde a la entrevista con el doctor Mariod. Se me había olvidado por completo.

—¡Joder! —exclamo.

Miro el reloj. Son casi las diez y media. Ya llevo media hora de retraso. Entre que vaya a casa, me asee y salga para la clínica, llegaré con más de dos horas de retraso. Le cuento a Jake lo de la entrevista y que tengo que volver a casa.

—Lo siento —contesta por señas—. El oficial Snell te llevará a tu casa lo antes posible. En algún momento tendrás que ir a la comisaría y te sentaremos con un intérprete jurado para tomarte declaración oficial. Me pondré en contacto contigo más tarde. —Luego vuelve a subir por el risco hacia donde estaba el cuerpo de Gwen.

Miro mi móvil y veo dos mensajes de la jefa de consultorio del doctor Mariod. El primero dice: "El doctor Mariod lleva retraso y llegará unos treinta minutos tarde a la entrevista".

Por un momento tengo la esperanza de llegar a tiempo a la clínica,

pero cuando leo el segundo mensaje, se me cae el alma a los pies. “El doctor Mariod tiene otro compromiso. Se pondrá en contacto con usted en caso de querer reprogramar la cita”. Genial. El equivalente profesional a “No me llames, te llamaré yo”.

Hay un tercer texto de David.

Son solo tres palabras, pero dice mucho. “Típico de ti”.

Capítulo 3

Jake me ordena que no comparta con nadie ningún detalle sobre mi hallazgo, así que le envío un mensaje de texto a la jefa del consultorio del doctor Mariod disculpándome por mi ausencia. Le explico que tengo una buena razón para no haber asistido a la entrevista y que se lo contaré todo más tarde. Estoy tentada de responder el arrogante mensaje de David con algo igual de sarcástico, pero Amanda, mi abogada, me ha aconsejado que mantenga una comunicación cordial con él, así que guardo el móvil en el bolsillo antes de cambiar de opinión.

Como no soy la madre biológica de Nora, no tengo ningún derecho de custodia ni de visita. Que pueda ver a Nora, y cuándo, depende de David.

Recuerdo con claridad, a pesar de estar completamente borracha, el día que David por fin dijo basta. Había llegado a casa de su turno en el hospital y me encontró sentada en el suelo del dormitorio con una botella de Smirnoff y mi taza de café con la leyenda “Lo bastante bonita para parar tu corazón y lo bastante hábil para reiniciarlo”. Un regalo de David para San Valentín. No podía estar tan mal si seguía usando una taza. Al menos no estaba bebiendo de la botella, y eso que estaba encerrada en mi habitación, con las persianas bajadas, las luces apagadas, bebiendo vodka y viendo episodios de Judge Judy con subtítulos a las cuatro de la tarde de un martes.

Por supuesto, no oí a David entrar en la habitación, pero en cuanto encendió la luz y vi la expresión en su cara, supe que algo iba muy mal.

—Te has olvidado de recoger a Nora —lanzó, y señaló su reloj mientras yo hacía rodar la botella de Smirnoff debajo de la cama.

—Lo siento —fue todo lo que pude responder—. Iré ahora mismo. —Me puse de pie con inestabilidad. Tenía el rostro entumecido y casi no me importaba no poder oír lo que David estaba diciendo.

—No, Amelia, no irás. No puedes subirte a un coche y conducir en este estado. —No podía soportar ver el enfado y la decepción en sus ojos, así que aparté la mirada. David me cogió la barbilla. No con fuerza, pero sí con firmeza, de modo que no pude evitar mirarlo—. No

volverás a conducir con Nora. ¿Lo entiendes?

—No puedes decirme lo que puedo o no puedo hacer —repliqué, con la barbilla aún en su mano.

Recuerdo que me alegré de que su mano estuviera allí, pues me costaba mantener la cabeza firme. Lo único que quería era acostarme y cerrar los ojos.

—Puedo y lo haré —me contestó con los dientes apretados, por lo que me costó leerle los labios. Pareció decir "Pue y re" y, por alguna razón, me pareció gracioso y me eché a reír.

—¡Joder, Amelia! —gritó, y sus dedos se clavaron en mis mejillas con tanta fuerza que se me saltaron las lágrimas—. No te subirás a un coche con mi hija. Si lo haces, llamaré a la policía, te lo juro. Cuando estés sobria, quiero que te vayas. Fuera de mi casa. ¿Lo entiendes? —Estaba pálido y casi temblaba de rabia.

Me liberé de su mano, con la taza medio llena aún en las manos.

—¿Así que ahora Nora es tu hija? Sabía que harías esto —le solté—. Sabía que nunca podrías aceptar que yo fuera sorda. Ya no soy tu mujercita perfecta, así que me arrojarás a la basura —balbuceé.

—No lo hago porque seas sorda, Amelia. Lo hago porque eres una puta borracha. —Eso lo entendí. No hacía falta que mi marido repitiera las palabras. Leí sus labios perfectamente.

El tazón salió volando de mi mano antes de que me diera cuenta de que lo había lanzado. Chocó contra la pared y explotó en pedazos justo cuando Nora entraba en el dormitorio. El vodka salpicó en todas direcciones. La boca de Nora formó una o perfecta mientras se tapaba los oídos con las manos y salía corriendo de la habitación. David me miró con odio y corrió tras ella.

—Trista tampoco era perfecta, ¿no? ¡A ella también la echaste! —grité—. No me extraña que se alejara de ti todo lo posible.

Cerré la puerta de un portazo, eché el cerrojo y, con manos temblorosas, hurgué debajo de la cama en busca de la botella de vodka. Cuando mis dedos encontraron el vidrio liso y frío, me senté con la espalda apoyada en la pared y la alfombra mojada debajo de mí, y bebí hasta que los temblores se fueron calmando.

El oficial Snell me tira de la manga y me señala un claro en el sendero.

Los sanitarios llegan en un vehículo de seis ruedas que es un cruce entre un quad y un camión de caja corta. Llevan una camilla de color amarillo atada a la parte trasera y me doy cuenta de que así es como piensan transportar el cuerpo fuera de aquí. No basta con que hayan encontrado a Gwen asesinada, desnuda y tirada al río como si fuera basura, ahora van a sacarla de aquí sin decoro, en un vehículo todoterreno salpicado de barro. Sé que mi irritación está fuera de lugar. No es la primera vez que se encuentra un cadáver en un paraje rural de difícil acceso, pero esto suele estar relacionado con un accidente de caza, un ahogamiento o alguien que se desmaya en un sendero, no con un asesinato.

Rechazo el ofrecimiento de un paramédico de curarme las manos, aunque aún me escuecen y supuran sangre. El agente Snell está inmerso en una conversación con mi nuevo vecino, así que busco una roca donde sentarme mientras Parche explora la orilla embarrada. Aprovecho para observar al hombre que se ha mudado a la cabaña contigua a mi casa. La lujosa casa de piedra y troncos de dos plantas, con sus amplios ventanales y rodeada por una terraza, deja mal parada a mi destartalada cabaña. Los dueños anteriores la perdieron en una ejecución hipotecaria y ha estado vacía los últimos tres años. Mi nuevo vecino la compró a principios del verano y abrió Alquileres Deportivos Five Mines. El camino frente a mi casa, que solía ser tranquilo, ahora tiene un flujo regular de tráfico. Peor aún, mi tramo del río y los senderos que han sido mi refugio seguro están invadidos por extraños. Para ser justa, tampoco es que estemos exactamente pegados. La tienda está casi oculta tras un espeso follaje en lo alto de un acantilado y muy por encima del río, a salvo de cualquier inundación, mientras que mi destartalada cabaña alpina se alza peligrosamente cerca de la orilla del río y bastaría una fuerte lluvia para que las aguas la arrastraran hasta el Five Mines.

Esto es lo más cerca que he estado de conocer a mi vecino. Solo lo he visto de lejos, cuando arrastra canoas o kayaks hasta la rampa de acceso que instaló en la finca para sus clientes. Al verlo de cerca, me doy cuenta de que es mayor de lo que pensaba. Unos cuarenta y cinco años, calculo. Es alto y atlético y tiene el pelo negro azabache, ojos oscuros y rasgos asiáticos. Por lo que sé, vive solo y lleva el negocio él mismo.

—Oficial… llevará… a… casa… quad. —Relleno los huecos y deduzco que el oficial Snell me está haciendo saber que me llevará a casa en uno de los vehículos.

—¿Y mi tabla? —pregunto, sabiendo que, dadas las circunstancias,

preocuparme por mi tabla es algo mezquino, pero estoy convencida de que esta tabla me ha salvado la vida en más de una ocasión, alejándome de la botella de Jack Daniel's que tengo escondida en el armario debajo del fregadero. Sé que debería tirarla, junto con la botella de vino tinto que también tengo escondida, pero no me atrevo. En lugar de eso, cuando me asalta el deseo de beber, cojo la tabla y a Parche, salgo de casa y me pongo a remar hasta que me agoto y se me pasan las ganas. Al menos por ahora.

—Podemos atarla a la parte trasera de uno… —sugiere mi vecino y se acerca a mi tabla, de modo que el resto de la frase se me escapa porque ya no puedo ver sus labios.

Con gran destreza, levanta la tabla por encima de su cabeza con un movimiento suave y se vuelve hacia mí sin dejar de mover la boca. No tiene ni idea de que no puedo oírlo y no tengo ningún deseo de contárselo, así que me limito a asentir. Extrae una cuerda elástica enrollada de una pequeña caja del quad y asegura la tabla a lo largo de manera que la mitad sobresale de la parte posterior.

Snell está hablando con un policía que, si cabe, es más joven que él. Por la expresión de su rostro, está decepcionado por tener que abandonar la que probablemente sea la escena del crimen más emocionante de su carrera policial para tener que acompañarnos a casa. Me da un poco de pena, pero me doy cuenta de que si no actúo rápido, voy a acabar sentada detrás de mi vecino o del policía con los brazos alrededor de su torso mientras me llevan a casa. De ninguna manera. Me subo al quad con la tabla atada a él, reclamando mi derecho, y le hago una señal a Parche para que trepe detrás de mí. Finjo no darme cuenta de la expresión un tanto irritada de Okada mientras sube a otro vehículo detrás del joven oficial.

Son unos cuarenta minutos de viaje hasta mi casa en quad y no mucho más rápido a pie. Si no hubiera sido por la tabla, habría vuelto caminando. El laberinto de senderos, cuyo mantenimiento corre a cargo del DRN, tiene nombres de la época minera que recuerdan la historia de Mathias: Cresta de Prospección, Barranco de Galena y Hondonada Reclamada a Cuchillo. Tomamos el circuito de los Huesos Secos, un sendero que serpentea como un sacacorchos por un lado del risco y luego baja por el otro. Una delicada lluvia de hojas doradas y carmesí se precipita sobre el sendero y se enreda en mi cabello. Parche, desde su sitio detrás de mí en el quad, estira el cuello y chasquea la mandíbula mientras intenta atrapar las hojas que flotan cerca. Después de unos diez minutos de mantenerse sentado con paciencia mientras sorteo el terreno rocoso, Parche salta del asiento y

decide echar a correr delante de nosotros, haciendo una pausa cada pocos minutos para dejar que lo alcancemos.

Deseo llegar a casa para intentar ponerme en contacto directamente con el doctor Mariod. Espero que pueda reprogramarme la entrevista para esta tarde o al menos para algún momento de esta semana. Estoy segura de que el engreído de David está que echa humo y tratará de encontrar la manera de utilizar mi ausencia en mi contra. Si encontrar un cadáver en el río no es una razón lo bastante válida para faltar a una cita, no sé qué otra cosa podría serlo. La cuestión es que no se me permite decirle al doctor Mariod por qué lo dejé plantado.

Delante de nosotros, Parche se ha salido del sendero y está tanteando algo en un matorral de agracejos rojos. El corazón se me acelera y detengo el quad. Parche sigue agitando las patas delanteras hacia lo que sea que ha captado su atención, y me sobresalto cuando una rama me roza el codo. El oficial y mi vecino han detenido su vehículo detrás del mío, se han acercado y observan con curiosidad a Parche. Por un momento, temo que Parche haya descubierto otro cuerpo y me quedo paralizada. Mis ojos se cruzan con los del agente y sé que él está pensando lo mismo.

Me bajo del vehículo y todos empezamos a caminar hacia Parche. Sorprendido por el movimiento brusco, Parche se aleja de nosotros con un objeto de colores colgando del hocico. Cree que estamos jugando. Nos deja acercarnos unos pasos y enseguida se aleja a toda prisa, pero luego se detiene en seco para ver si todavía lo estamos persiguiendo.

—¡Ruce vzuru, Parche! —“Quédate quieto”, le grito, y Parche se queda inmóvil al instante y gira los ojos hacia mí para asegurarse de que hablo en serio. Lo miro con severidad y le hago una señal para que venga, y obedece. Le enseño el puño cerrado y lo abro para que suelte lo que sea que tenga en la boca. Lo hace a regañadientes.

Los tres formamos un círculo cerrado y nos inclinamos hacia adelante para ver más de cerca el objeto dejado a nuestros pies. Es una zapatilla de correr de mujer. Debajo de las capas de suciedad, brilla con rayas fucsia y verde neón. Una marca cara que solo los corredores más dedicados comprarían. Pensar en Parche jugando a que no me atrapas con algo que Gwen podría haber tenido puesto me revuelve el estómago. Nos enderezamos y el oficial saca un teléfono de su bolsillo.

—Podría ser de cualquiera —leo en sus labios, pero la arruga en su frente delata que no está tan seguro—. La etiquetaremos como prueba

por si acaso. —Asiento con la cabeza y me aparto para que pueda hacer la llamada.

Tiene que haber una explicación lógica para que una zapatilla de correr haya sido abandonada entre la maleza, aunque nada de lo que se me ocurre tiene mucho sentido. Un escalofrío involuntario me recorre. Gwen era una buena corredora. ¿Sería de ella la zapatilla?

Mi vecino se acerca. Es alto, algo más de un metro ochenta, y tengo que llevar la cabeza hacia atrás para ver bien su cara marcadamente plana.

—Evan Okada —se presenta, y me tiende la mano—. Vivo en la casa de al lado… Ojalá… nos hubiéramos conocido en otras…

—Amelia Winn —me presento, y tomo su mano. Sus dedos envuelven los míos y me producen una sensación tibia y protectora.

Evan sigue hablando y, por lo que puedo descifrar y por su expresión recelosa, me está diciendo que ha intentado acercarse a casa, pero que el perro no se lo permite.

—¿En serio? —pregunto, fingiendo sorpresa—. Por lo general es muy simpático. —En realidad, cuando Parche me hace saber que hay alguien en la puerta, finjo no estar en casa, o si veo que mi vecino baja caminando por el sendero de su casa a la mía, dejo salir a Parche por la puerta trasera con la orden de stekje y scok —saltar y ladrar— para forzar a Evan a que dé la vuelta y se apresure de regreso a lo alto del risco. Mi pequeña venganza por todo el tránsito peatonal y fluvial no deseado que su negocio ha traído a mi jardín trasero.

Ahora me da la espalda y gesticula hacia el camino. No tengo ni idea de lo que está diciendo y tal vez debería decirle que no lo oigo, pero no tengo ganas de compartir ninguna información personal con él. Aunque soy totalmente capaz de cuidar de mí misma, no ando publicando que soy una mujer soltera que vive sola. David solía decir que tengo el corazón revestido de una fina capa de hielo que hace difícil que la gente pueda llegar a conocerme y que la primera vez que nos vimos, la temperatura cálida de la habitación debió de derretirla lo suficiente para que él pudiera atravesarla. Yo me reía, porque era verdad. Desde que murió mi madre, cuando yo tenía trece años, he sido reservada y cautelosa a la hora de acercarme a los demás. Cuando apareció David, bajé la guardia y me permití confiar en él. Ahora, una vez más, la fina capa de hielo se ha engrosado y ha desarrollado un caso grave de quemadura por frío.

Por suerte, el agente ha terminado su llamada y, aunque Evan sigue parloteando, aprovecho para apartarme de su lado.

—¿Puedo irme a casa? —le pregunto al policía—. No está lejos, por este lado del risco. Necesito irme a casa —insisto—. Tengo una entrevista a la que ya llego tarde. —Vacila y sé que está debatiéndose entre obedecer la orden que le dieron de asegurarse de que Evan y yo lleguemos sanos y salvos a casa y preservar lo que podría ser una nueva parte de la escena del crimen después de que Parche desenterrase la zapatilla de mujer—. Por favor —añado—. El oficial Snell tiene mi información de contacto. Y me estoy congelando —concluyo, por si acaso. El agente asiente de mala gana.

Sin mirar a Evan a los ojos, levanto la mano en señal de despedida y doy una vuelta amplia para evitar el montón de hojas como joyas coloridas donde yace la zapatilla. Vuelvo a subirme al quad y llamo a Parche para que suba. Giro la llave y me aseguro de que el interruptor de parada del motor esté en la posición de marcha, aprieto el embrague y arranco el motor. El olor a diésel golpea mi nariz. Despacio, iniciamos el descenso del acantilado.

No tengo ni idea de si el oficial ha permitido que Evan se marche también y no miro hacia atrás para comprobar si nos sigue en su quad. De tanto en tanto, Parche apoya su barbilla en mi hombro y sus ojos plateados me imploran que lo deje correr delante.

—Zustan —le digo. “Quédate”. El descenso por el risco es más lento que la primera mitad. El sendero rocoso se estrecha y es tan empinado en algunos puntos que temo que el quad pueda volcar. Si no llevara mi tabla y mi remo atados al vehículo, caminaría el resto del trayecto. Aunque me alegro de haberme librado del oficial y de Evan, me siento un poco expuesta y vulnerable. Sin poder oír, tengo que confiar en mi visión para evaluar el mundo a mi alrededor.

Tengo que concentrarme tanto en maniobrar por el sendero que tengo delante que no estoy pendiente de lo que me rodea como suelo estarlo. No tengo ni idea de si hay alguien escondido en el bosque, observando y esperando. Cada sombra, cada movimiento de la rama de un árbol me provoca inquietud.

Me regaño mentalmente. Estoy segura de que estoy más que a salvo. Como enfermera de urgencias y forense en casos de agresión sexual sé más que la mayoría de la gente; sé que es mucho más probable que el sujeto que comete una agresión de este tipo sea un conocido de la víctima. Pero hay algo que me preocupa. He trabajado en suficientes

casos de violencia doméstica para saber que, en su mayoría, la violencia se produce en el hogar, no en un lugar remoto y boscoso. ¿Podía ser que Gwen y Marty hubieran salido a hacer senderismo, se hubieran enzarzado en una discusión que se les fue de las manos y ella acabase muerta? Pero eso significaría que Marty le habría quitado la ropa y habría arrojado a Gwen al río para cubrir sus huellas, y así destruir cualquier prueba que pudiera señalarlo. Solo vi a Marty un par de veces, pero parecía un buen tío. Me resulta difícil creerlo.

Saber que un asesino puede haber estado caminando hace poco por este mismo sendero me pone nerviosa. Suelto la mano derecha del volante y la llevo hacia atrás para acariciar la cabeza de Parche. Ha aceptado la difícil situación de tener que permanecer en el quad y observa su entorno con satisfacción. Sé que me avisará enseguida si algo no va bien.

Por fin, llegamos a la base del sendero y puedo ver mi cabaña alpina a través de los árboles; para deleite de Parche, lo suelto y se lanza corriendo hacia él. La casa en la que estoy viviendo pertenece a mi padre. Es una cabaña de pesca sencilla en la que solíamos pasar los fines de semana de verano cuando Andrew y yo éramos niños. Por ahora, es el lugar perfecto para mí. La ubicación remota me mantiene alejada de los bares, las docenas de ventanas dejan entrar la luz y el río está a pocos metros de mi puerta.

Paso junto a tres coches patrulla y al vehículo camuflado de Jake que están aparcados en el camino de grava que conduce a la entrada de mi casa. Detengo el quad junto al cobertizo. No tengo garaje, solo una zona techada donde guardo mi viejo jeep. Fue una de las pocas cosas propias con las que llegué a mi matrimonio y una de las pocas con las que me fui. Deslizo los dedos para poner la combinación correcta en el candado de la puerta del cobertizo, descargo la tabla y el remo y los dejo dentro junto al kayak, los esquís de fondo y las raquetas de nieve.

Conduzco el quad hasta donde Evan ha construido una estructura parecida a un garaje con troncos. Aquí es donde guarda sus quads, canoas, kayaks, chalecos salvavidas y demás equipos para actividades al aire libre. Lo sé porque me he pasado todo el verano viendo a supuestos amantes de la naturaleza salir de detrás de los troncos con todo tipo de equipamiento. Llevan botas de montaña de doscientos dólares, trajes de neopreno y cámaras GoPro.

El garaje está cerrado, así que dejo el quad en un lugar donde pueda vigilarlo desde mi casa. Puede que no quiera sentarme a tomar un café con mi vecino, pero tampoco quiero ser la culpable de que le roben un

vehículo.

Camino con dificultad hacia mi casa, a un campo de fútbol de distancia. Siento los músculos pesados y doloridos. Estoy muerta de frío y lo único que quiero es darme una ducha caliente y acurrucarme en el sofá con Parche y una taza de café. Me quito las zapatillas para el agua, abro la puerta principal y llamo a Parche.

—¡Ke mne! —Se acerca cuando abro la puerta y espera a que yo entre primero.

Relleno el cuenco de agua de Parche, que guardo en el pequeño lavadero junto a la lavadora y la secadora apretujadas; me quito la ropa, la dejo caer al suelo y empujo la puerta que da al único cuarto de baño de la casa. Si llego a conseguir este trabajo —eso si todavía tengo alguna posibilidad teniendo en cuenta que no fui a la entrevista—, lo primero que voy a hacer es agrandar este espacio para poder tener la bañera más grande y lujosa que pueda encontrar. Lo único que tengo ahora es una ducha primitiva, y por mucha lejía que le pase y por más que la friegue, el moho y los hongos siempre vuelven, trepando por las paredes de manera siniestra. Abro el grifo a tope y me coloco debajo de la alcachofa, dejando que el chorro caliente arrastre consigo el barro, la suciedad y el frío del paseo matutino.

Mientras mis músculos doloridos se relajan debajo del torrente de agua, pienso en la escena del crimen. Sé que es probable que la policía quiera volver a interrogarme sobre lo que vi. ¿Mencioné la botella de cerveza? Creo que no. Sé que no dije nada sobre las huellas que había de más en el barro. Aunque pudiera no servir de nada, debería haberlo mencionado. El asesino podría haberla arrastrado a través de las zarzas espinosas y haber abusado de ella sobre los montones de madera caída. Incluso podría haberla arrojado río arriba y el cuerpo pudo haber flotado hasta el sitio donde lo encontré. Ninguno de estos escenarios me convence. Aunque Gwen estaba en gran parte sumergida, las partes que estaban expuestas, su cara, sus pechos, sus pies, no mostraban ni un rasguño.

¿Qué significaba eso? ¿Que ella fue con él por voluntad propia y él la mató en ese lugar? Eso tendría más sentido si hubieran sido una pareja que había estado haciendo senderismo. Pero ¿no habría entonces otro par de huellas? Y debería haber señales de algún tipo de forcejeo.

A diferencia de la mayoría de las duchas, el agua de la mía no se va enfriando poco a poco para hacerte saber que el calentador no da

abasto. En lugar de eso, pasa de hirviendo, que es como me gusta, a gélida. Suelo calcular perfectamente cuándo terminar de ducharme antes de que el agua se convierta en hielo, pero hoy estoy tan sumida en mis pensamientos que pierdo la noción del tiempo y el agua helada me cae encima con toda su fuerza.

Doy un manotazo y el chorro se detiene. Salgo de la ducha empapada, cojo una toalla de la secadora y me la envuelvo alrededor del torso, luego subo corriendo las escaleras hasta mi dormitorio, que ocupa todo el segundo piso. Me castañetean los dientes y me planto delante de la puerta abierta del armario, donde el traje para mi entrevista aún cuelga envuelto en el plástico de la tintorería.

Introduzco la mano en el armario más allá del traje para la entrevista, con la esperanza de que todavía tenga la oportunidad de usarlo, y tomo una sudadera y unos vaqueros del estante superior. Me visto deprisa y, mientras me seco el pelo, me paso los dedos por la gruesa cicatriz, cortesía del conductor que me atropelló y se dio a la fuga, que se extiende casi de oreja a oreja justo por encima de la base del cráneo. El pelo sigue sin crecerme ahí, pero me dejo las capas superiores largas para cubrirla.

A través de la puerta de cristal, veo que las nubes oscuras se están hinchando, cargadas de humedad. Parece que los niños de Mathias tendrán que salir a pedir caramelos con paraguas y ropa de lluvia encima de sus disfraces. No es que vayan a llamar a mi puerta esta noche. Esto está demasiado apartado, demasiado lejos de todo. Pero de todos modos he preparado una bolsa de golosinas y unas cuantas barras de caramelo por si David decide traer a Nora para que la vea disfrazada. Incluso pegué unos adornos de Halloween en forma de fantasmas, telarañas y murciélagos en la puerta corredera en un débil intento por tener un espíritu festivo.

Cada vez que viene a visitarme, Jake pone el grito en el cielo con el tema de mi puerta corredera.

—Cualquier idiota puede forzar una puerta de estas. Es la fantasía de cualquier ladrón —asevera. Poco después de mudarme, me trajo una escoba con las cerdas cortadas—. ¿Ves? Encaja perfectamente —explicó mientras colocaba el palo de madera largo y delgado en el riel metálico—. A menos que un intruso rompa el cristal, es imposible que alguien atraviese esta puerta. Prométeme que lo pondrás siempre que estés en casa.

Lo prometí, y desde entonces, he utilizado el palo de escoba

exactamente cero veces. Ahora inserto el palo y me digo a mí misma que lo hago porque es muy probable que Jake pase por aquí más tarde y me eche la bronca si la puerta no está asegurada, pero, en realidad, estoy asustada.

Cuando estoy segura de que el cerrojo de la puerta principal está echado y que todas las ventanas están bien cerradas, me siento a la encimera de mi cocina en forma de C, que hace las veces de mesa de comedor y espacio de oficina. Mi portátil y mi teléfono están sobre la fórmica de color beis anticuado y con un estampado de búmeran azul pálido y marrón. El teléfono con subtítulos, un regalo de mi padre, me permite mantener conversaciones telefónicas en tiempo real con otras personas aunque no pueda oír ni una palabra de lo que dicen. El sistema muestra en la pantalla las palabras que dice la persona en el otro extremo para que yo las pueda ver y responder como siempre lo he hecho cuando utilizo un teléfono. Incluso traduce a texto los mensajes de voz que me dejan cuando estoy fuera. La mayor parte del tiempo, el teléfono está inactivo, salvo por mis conversaciones con Nora y las llamadas semanales a mi padre y mi hermano.

Tengo que hacer dos llamadas urgentes. La primera al centro con la esperanza de reprogramar mi entrevista, y la segunda, a David. No estoy segura de cuál de las dos me da más pavor. Encuentro el número del centro y, al cabo de unos segundos, la pantalla del teléfono de mesa muestra: “Centro Oncológico Regional Five Mines. Soy Lori, ¿en qué puedo ayudarle?”.

Respiro hondo. Aunque es difícil de explicar, la ansiedad que siento al hablar por el auricular se compara a la de tener que dormir en una habitación a oscuras.

—Sí, hola —empiezo, y me concentro en modular el volumen de mi voz y la pronunciación de mis palabras—. ¿Puedo hablar con el doctor Mariod? —Como no me oigo, no sé si estoy hablando alto o bajo. Por lo general, me baso en las expresiones faciales del interlocutor: si se inclina para oírme mejor o si se sobresalta porque hablo demasiado alto para la situación. Hablar por teléfono elimina esas señales físicas, lo que me impide saber cómo lo estoy haciendo.

—El doctor Mariod no está disponible en este momento. ¿Le paso con su buzón de voz? —pregunta la recepcionista.

Esperaba poder hablar con él en persona. Quiero que sepa cuánto deseo este trabajo, cuánto lo necesito. Acepto y le doy las gracias. Al cabo de un minuto, la pantalla del teléfono me invita a dejarle un

mensaje al doctor.

—Doctor Mariod, soy Amelia Winn. Siento mucho no haber podido acudir a la entrevista de esta mañana. Le prometo que fue por una muy buena razón y le agradecería mucho la oportunidad de explicárselo todo y, con un poco de suerte, de reprogramar nuestro encuentro. Muchas gracias. Espero sus noticias.

Dejo mi número de teléfono, cuelgo y me quedo mirando el aparato unos instantes antes de volver a coger el auricular. Marco el número que me sé de memoria. El número que una vez también fue mío. Esta es la llamada que espero que vaya directa al buzón de voz. Es muy probable que David esté en el hospital, pero también podría ser su día libre. Ya no conozco sus horarios.

"Hola", muestra la pantalla, y se me cae el alma a los pies.

—¿David? —pregunto, porque el teléfono no es capaz de identificar quién habla.

"Sí". Por supuesto, no puedo evaluar la emoción en su respuesta, pero imagino que ha adoptado su tono clínico y un tanto condescendiente que reserva para los internos y la gente que lo ha cabreado.

—Puedo explicarlo —empiezo, pero me interrumpo.

¿Importará? Cada movimiento que he hecho, cada palabra que he pronunciado en los últimos dos años han sido un traspié tras otro. La pantalla permanece muda. En una época, podía hablar con David de cualquier cosa. Es el hombre más inteligente y capaz que he conocido. Es un excelente ginecólogo y obstetra, querido por sus pacientes por su trato amable y muy respetado por sus colegas. Pero más allá de eso, lo que más me gusta de David es que, en el fondo, es un buen hombre. Haría cualquier cosa por proteger a sus seres queridos y hubo un tiempo en que yo me contaba entre ese pequeño grupo.

—Salí con la tabla esta mañana y algo… —Dudo. Sé que se supone que no debo decir nada, pero es difícil. David conocía a Gwen. Era mi amiga, una enfermera itinerante que trabajaba yendo de un hospital al otro y que seguramente asistió a David en alguna ocasión en la sala de partos. No puedo creer que la haya encontrado flotando en Five Mines —. Pasó algo terrible. No pude escaparme a tiempo para mi entrevista con el doctor Mariod. Te lo prometo. Ya he llamado al centro y le he dejado un mensaje.

Hago una pausa y espero a que David me pregunte si estoy bien, si me

he hecho daño, pero no aparece ninguna palabra en la pantalla. Es probable que hasta se sienta aliviado de que yo haya metido la pata antes de conseguir el trabajo; así el doctor Mariod se ahorra la molestia de tener que despedirme más adelante y David se ahorra la situación vergonzante. Ignoro la punzada de dolor y sigo adelante, decidida a dar al menos mi versión de la historia.

—No puedo contar nada más, David. Es un asunto policial.

"Vale, de acuerdo". Las palabras por fin aparecen en la pantalla. "Espero que tengas una segunda oportunidad".

—Ojalá —respondo, y creo que ambos sabemos que hablo de mucho más que de la oportunidad de obtener un trabajo administrativo—. ¿Cómo está Nora?

"Genial". Imagino que su voz se eleva con orgullo. "La semana que viene son las reuniones de padres. Está deseando pavonearse". Tengo muchas ganas de preguntarle si puedo ir. Después de todo, durante la mayor parte de los casi ocho años de Nora, fui yo quien organizó y coordinó casi todos los acontecimientos de su joven vida. Fui yo quien llevó a Nora a su primer día de guardería cuando David estaba atascado en un parto difícil. Era yo quien organizaba las celebraciones de su cumpleaños, horneaba las tartas y envolvía los regalos. Le leía libros antes de acostarse cada noche, le ponía tiritas de dibujos animados en sus cortes y rasguños, la abrazaba cuando tenía pesadillas y se despertaba temblando. Claro que lo hacía. Soy su madre.

David ya no me invita a las reuniones de padres y no me atrevo a insistir. No tengo ningún derecho con respecto a Nora. Su madre biológica, egoísta, inconstante e indiferente a su hija, se negó a renunciar a la patria potestad a pesar de que David le rogó que lo hiciera para que yo pudiera adoptarla como propia y darle a Nora una madre de verdad. Pero Trista es así. No quiere los inconvenientes de tener una hija, pero es tan despreciable que le dice que no a la única persona que estaba deseando asumir ese papel.

David, por su parte, después de que le prometiese que había dejado de beber, me ha permitido a regañadientes pasar algún tiempo con Nora. Siempre en su presencia, siempre en público.

—¿Puedo llamarla más tarde? —pregunto—. Quiero que me lo cuente todo sobre cómo le ha ido con el "dulce o truco" y su disfraz.

"Sí. ¿Qué te parece tipo ocho? Estaremos de vuelta a esa hora".

—Gracias —contesto, y luego, como una ocurrencia tardía, añado—: No te pierdas las noticias esta noche, David. Entenderás muchas cosas.

No dice si lo hará o no, se limita a despedirse y cuelga.

Mientras caliento agua para el té, echo unos trozos de leña en la estufa. Tengo calefacción eléctrica, pero casi nunca necesito encenderla. Dos veces al año llamo a un viejo amigo de mi padre que me trae suficiente leña para calentar la casa aun durante el invierno más largo. La apila detrás de la casa e incluso la cubre con una lona para mantenerla seca. Me acomodo en mi sillón de pana marrón y, sin invitación, Parche se apretuja a mi lado y apoya su barbilla bigotuda en mi regazo. Dejo mi taza de té humeante sin tocar en la mesita de al lado. No quiero correr el riesgo de derramar el líquido hirviendo sobre la cabeza de Parche. Le paso la mano por el costado y mis dedos se enganchan en los abrojos que se han enredado en su pelaje. Luego se los quito con suavidad, con mucho cuidado de no tirar del pelo en la zona sensible alrededor de la cicatriz. Parche no me mostró el vientre hasta después de haber vivido conmigo durante un año completo.

A mi izquierda, a través de otra de mis muchas ventanas, tengo una clara línea de visión del quad que aparqué fuera de la tienda de Evan Okada. No debe de haber regresado todavía y me pregunto si el policía habrá encontrado más prendas que pudieran pertenecer a Gwen.

No me preocupa la llamada del doctor Mariod. Sé que en cuanto suene el teléfono, Parche me avisará, como lo han adiestrado a hacer. Hay una estrecha rendija en las nubes que sé que no durará mucho. Cierro los ojos y el sol entra a raudales por la ventana, de modo que en lugar de oscuridad detrás de mis párpados, veo un cálido resplandor ámbar y puedo dormir.

Capítulo 4

Parche me despierta con un empujoncito, me siento de inmediato y me vuelvo hacia el teléfono, pero no veo ninguna luz roja parpadeante que me indique que está sonando. Atontada, intento orientarme. Mientras dormía, el cielo se ha despejado y el sol ha bajado, pero aún no se ha ocultado detrás del horizonte, tiñendo el cielo de un tono azul melancólico. Deben de ser casi las cinco. He dormido durante horas. Desde el suelo, Parche me observa expectante y, cuando está seguro de que le presto atención, se dirige a la puerta trasera y me sobresalto al ver la corpulenta figura de un hombre de pie allí, con las manos en los bolsillos. Enseguida reconozco a Jake, todavía de traje, y me ruborizo, preguntándome cuánto tiempo llevará ahí mirándome dormir.

Enciendo una lámpara y él me sonríe con suficiencia a través del cristal mientras me agacho para retirar el palo de madera y deslizo la puerta para abrirla. Jake entra, se detiene para acariciar a Parche y se quita los zapatos llenos de barro.

Con una sonrisa, me señala y hace el signo de cansancio y yo, cohibida, me ahueco el pelo aplastado por el sueño. No sé qué me pasa con Jake, pero siempre me hace retroceder a la niña tonta que quiere impresionar al mejor amigo de su hermano. Me da una palmada en el hombro y me mira a los ojos.

—¿Cómo estás, Earhart? —pregunta, usando el apodo que me puso cuando yo tenía ocho años y él doce y haciendo el signo de accidente aéreo. Un gesto que se parece mucho al de te amo.

Una vez, para Halloween, me disfracé de Amelia Earhart, la famosa y malograda aviadora, y me quedó el apodo.

—Bien. Soy enfermera, Jake, he visto muertos antes.

—Sí, pero no suelen aparecerse cuando estás remando con tranquilidad.

—Es cierto —admito—. Pero estoy bien, en serio. ¿Pudiste ponerte en contacto con el marido de Gwen?

Su rostro se ensombrece y niega con la cabeza.

—¿Crees que fue él? —aventuro.

—Por lo general es el marido. Así que sí, lo más probable es que haya sido él, pero tenemos que reunir muchas más pruebas antes de poder determinarlo.

Recojo mi taza de té, ya fría, y me dirijo al fregadero para vaciarla.

—¿Quieres café o té? —le ofrezco.

—Cualquier cosa con cafeína me vendría bien —contesta cuando me vuelvo para mirarlo—. Tengo la sensación de que voy a estar despierto toda la noche con esto. —Me sigue al área de la cocina y se apoya en la encimera mientras preparo el café.

—¿Crees que la zapatilla que encontró Parche pertenece a Gwen? —pregunto. Enciendo la cafetera, esperando que la respuesta sea negativa. Ya es bastante malo saber que Gwen murió a pocos kilómetros de mí, pero pensar que podría haber estado en el mismísimo sendero que llega hasta la puerta de mi casa me da escalofríos—. Es un lugar extraño para encontrar una zapatilla.

—También para encontrar un cuerpo.

Le cuento lo de la botella de cerveza.

—Sí, la vimos. Veremos si encontramos alguna huella, pero es probable que la hayan dejado allí unos chavales.

—¿Y las pisadas? Había cuatro huellas distintas. Las mías, las del tío del DRN, las de Parche y otras más.

Jake tamborilea con los dedos sobre la encimera.

—Había demasiado barro. Pero tratamos de sacar moldes. Veremos qué nos dicen. Podrían no significar nada. Supongo que quien haya hecho esto podría haber tomado otra ruta.

Meneo la cabeza.

—He pasado por esa zona miles de veces. Sería difícil abusar de alguien o arrastrarla por otro camino. Hay demasiadas rocas y árboles.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta, prestándome toda su atención.

Esta es otra de las cosas de Jake que me parecen geniales y a la vez

desconcertantes. De vez en cuando, se olvida de que soy la hermana menor de su mejor amigo y me habla como si fuera un ser humano inteligente. Otras veces, me ignora como si siguiera siendo una niña molesta.

—Una lancha andaba cerca justo antes de que Parche encontrara a Gwen. La estela que provocó casi me derriba de la tabla. Tal vez la llevaron en un bote y la arrojaron al agua ahí. —La idea es aterradora. El setenta y cinco por ciento de los hogares de Mathias posee algún tipo de embarcación, incluidos Jake, David y mi vecino Evan Okada. Rebusco en la alacena con la esperanza de encontrar algo que ofrecerle de comer a Jake. Saco una caja de galletas saladas y luego voy a la nevera y encuentro un trozo de queso cheddar—. Supongo que en realidad pudieron tirarla en cualquier sitio y la corriente la arrastró hasta donde la encontré. ¿Tienes idea de cómo murió?

Niega con la cabeza.

—Habrá que esperar a la autopsia. —Saco un cuchillo de un cajón y empiezo a cortar el queso en trozos pequeños. Jake se mete uno en la boca, mastica y traga antes de volver a hablar—. Tengo mis sospechas. No fue una muerte tranquila, eso lo sé.

—¿Ya se ha enterado la prensa? —Estoy pensando en que le pedí a David que esta noche viera las noticias.

—Sí…, esos periodistas buitres —comenta Jake. Pienso en los buitres que sobrevolaban sobre nosotros esta mañana. ¿Habrían descubierto ya a Gwen y se preparaban para abalanzarse sobre sus restos?—. Lo habrán oído por la emisora policial. Para cuando transportamos el cuerpo a Mathias, los periodistas ya estaban esperando en el muelle junto con la ambulancia.

—¿La trasladasteis en lancha? —pregunto, sorprendida—. Creía que lo haríais en un todoterreno.

—Bueno, sí —conviene—. Era la forma más rápida. La llevamos en la lancha del DRN. Cuando llegamos al muelle público, la pasamos a la ambulancia. En este momento está en camino a Des Moines para la autopsia. Deberíamos tener más información mañana por la tarde.

Parche se sienta a mis pies y sé que está esperando que le lance una galleta. Lo hago y se la traga entera y me mira esperando más.

—No deberías darle de comer esa porquería —me amonesta Jake—. No le sienta bien.

—¿Qué? ¿Nunca le das golosinas a Rookie? —exclamo, fingiendo incredulidad.

Rookie es el antiguo compañero de Jake, un pastor alemán de aspecto feroz que te arrancaría el cuello si Jake se lo ordenara. Rookie se jubiló hace dos años, a la avanzada edad de siete años, y ahora pasa sus días en modo mascota a tiempo completo.

Jake no se molesta en contestar. Los dos sabemos que alimenta a Rookie solo con lo mejor. Si un perro pudiera ser como un hijo para una persona, Rookie sería ese perro. Jake me ha contado varias veces que Rookie le salvó la vida en más de una ocasión. La primera fue en el trabajo, cuando un sospechoso que acababa de atracar una casa de empeños decidió que era buena idea empezar a disparar. Jake, el segundo oficial en llegar al lugar, encontró a un policía veterano, su mentor, tendido en la calle con una herida de bala en el abdomen y al sospechoso apuntando una pistola a la cabeza del dueño de la tienda. Jake se escondió detrás de su coche e intentó por todos los medios convencer al hombre de que bajara el arma para poder ayudar al policía herido. En lugar de eso, el sujeto abrió fuego. Sabiendo que el oficial de policía se estaba desangrando ante sus ojos, Jake le dio la orden stellen —muerde— a Rookie. Sin dudarlo, Rookie corrió hacia el hombre, saltó por los aires, le clavó los dientes en el brazo y no lo soltó hasta que Jake le ordenó pust, suelta.

La segunda vez que Rookie le salvó la vida, me contó Jake, fue después de que su esposa, Sadie, se suicidase cuatro años atrás cuando saltó al Five Mines desde el viejo puente del tren. Aunque hubo un testigo que la vio saltar, nunca encontraron su cuerpo, solo una salpicadura de sangre en el pilar de hormigón donde se creía que había golpeado la cabeza. Dejó una nota que Jake encontró en la encimera de la cocina esa misma noche:

Lo siento, Jake. Estoy muy triste. Tu vida será mejor sin mí. Con amor, Sadie.

Nunca había visto a Jake tan angustiado. Mi hermano me llamó y me dijo que fuera lo más rápido posible a su casa, pues tenía miedo de que se autolesionara, y que él tomaría el primer avión desde Denver. Cuando llegué a casa de Jake, lo encontré sentado en la terraza trasera con su revólver reglamentario en el regazo y Rookie a sus pies. Recuerdo el terror que sentí cuando vi la expresión abatida de su rostro: era la cara de alguien que quería morirse. Muy diferente del

Jake que conocí cuando era niño. Jake solía ser el gracioso que no dejaba que las cosas lo afectaran, se reía de sí mismo y era capaz de distender cualquier situación tensa.

Me senté en la silla junto a él y puse mi mano sobre la suya.

“Por favor, no”, susurré. Entonces lloró. Grandes sollozos que nunca habría imaginado que pudieran brotar del chico al que una vez consideré invencible. Rookie y yo nos quedamos con él toda la noche mientras lloraba a ratos por la mujer que amaba y luego se enfurecía con ella. Cuando por fin se durmió, le quité la pistola del regazo y la escondí en un estante alto del armario de la ropa de cama, detrás de una pila de mantas. Cuando volví a la terraza, Rookie se había acomodado junto a Jake y había apoyado la cabeza donde antes estaba la pistola.

Rookie le dio a Jake una razón para levantarse cada mañana y, aunque transcurrió bastante tiempo, el Jake que yo conocía comenzó a reaparecer poco a poco hace unos seis meses. Ahora sonríe más y piensa en otras cosas además del trabajo. He empezado a preguntarme si habrá conocido a alguien, si estará saliendo con alguien. Debo admitir que no estoy segura de lo que eso me hace sentir. ¿Cómo podría llamarse sentir felicidad por alguien mezclado con un poco de celos?

—Bueno, mejor voy a darle a Parche su comida de verdad —agrego—. Sírvete el café.

Voy al lavadero con Parche pisándome los talones y saco de un armario la bolsa de comida para perros que compré de oferta. No puedo permitirme comida buena para Parche, pero a él no parece importarle y mueve la cola mientras le echo el pienso en el cuenco. Por ahora, no quiero aceptar dinero de David. Así que durante los últimos dieciocho meses que llevo viviendo sola, lo he estado haciendo gracias a mis ahorros. Mi abogado cree que soy una idiota. Aunque mi orgullo no me impide aprovecharme del seguro médico de David.

Cuando me enderezo, Jake está en la puerta con expresión seria y, por un momento, pienso que es por mi elección de comida para perros.

—Tengo que irme —anuncia mientras levanta el móvil—. Acabo de recibir una llamada. Han localizado a Marty Locke.

—¿O sea, que sí es Gwen? —pregunto. Una parte de mí confiaba en estar equivocada, en que la mujer en el río solo se pareciera a mi

antigua amiga.

Jake se señala a sí mismo, cierra el puño contra el pecho y lo gira en el sentido de las agujas del reloj.

—Lo siento, Earhart —dice, se acerca y me abraza. Y aunque sé que es solo platónico, hacía mucho tiempo que otro ser humano no me tocaba así y la sensación me resulta extraña. Sus brazos son fuertes y firmes y lo único que quiero es hundirme en su abrazo, pero sé que tiene un trabajo que cumplir que podría incluir informarle a un hombre que su esposa no volverá nunca a casa. Jake da un paso atrás para que pueda verle la cara—. Te llamaré cuando pueda —promete—. Y recuerda que tienes que ir a la comisaría para un segundo interrogatorio. ¿Qué te parece mañana a las diez de la mañana?

Asiento y vuelvo a la cocina, donde le sirvo el café en un vaso para llevar y lo acompaño hasta la puerta.

Ha anochecido del todo y el mundo exterior está sumido en las sombras. No brillan las estrellas, ni la luna, ni las luces de la casa de Evan Okada. Me pregunto dónde estará.

—Asegúrate de bloquear la puerta cuando me vaya —añade, y coge el vaso de mi mano.

—Lo haré.

Lo observo caminar con decisión hacia su coche, abrir la puerta, subirse y arrancar el motor. Deja el coche al ralentí un momento y me doy cuenta de que está esperando que yo cierre la puerta para marcharse. Retrocedo y cierro la puerta. Me ocupo de agitar el palo de escoba delante de mí y lo coloco en el riel. Jake saluda con la mano y se marcha.

Antes de que Evan Okada se mudara, nunca me preocupó que alguien pudiera ver el interior de mi casa por la noche. No tenía ningún problema en pasearme en pijama o con menos ropa porque mi casa era la última en este tramo del río y la casa del risco llevaba mucho tiempo vacía. Ahora tengo que tener en cuenta a los aficionados a los kayaks y los senderistas que desde entonces han descubierto esta parte poco conocida del Five Mines. Hago la ronda, cierro cada cortina y bajo cada persiana hasta que el mundo exterior desaparece. Parche ha terminado de comer y me sigue mientras ordeno la cocina. Lavo los platos a mano, guardo el queso y las galletas, barro con la mano las migas desperdigadas por la encimera y dejo que Parche las lama.

No puedo dejar de pensar en Gwen.

Enciendo el televisor y busco un canal local. Casi nunca veo la tele, y cuando lo hago es sobre todo para ponerme al día de lo que ocurre más allá de las paredes de mi casa y practicar la lectura de labios. Cojo un cojín del sofá, lo pongo en el suelo de madera y me siento lo más cerca posible de la pantalla. Parche se da cuenta de que tiene todo el sofá para él solo, se sube y estira las patas sobre los cojines.

La insulsa comedia que estoy viendo da paso a la publicidad y el letrero de noticias de última hora llena la pantalla. Los presentadores están muy serios y estoy segura de que la noticia va a ser sobre Gwen. La cinta con subtítulos aparece en la parte inferior de la pantalla. Aunque intento concentrarme en las caras de los periodistas, tengo que recurrir en gran medida a los subtítulos.

“Esta mañana de Halloween, una mujer que practicaba paddle surf en el río Five Mines con su perro hizo un hallazgo espeluznante”, comienza el locutor. “Mallory Richmond, reportera de KFMI, se encuentra ya en el muelle de Five Mines para informarnos en vivo de esta noticia tan inquietante”.

“Así es”, dice la reportera mientras mira atentamente a la cámara. “Esta mañana temprano, una mujer sorda y su perro guía estaban practicando paddle surf a pocos kilómetros al sur de este lugar cuando tropezaron con el cadáver de una mujer aún sin identificar flotando en el río Five Mines”.

Detrás de ella, una bandera estadounidense, iluminada por focos, ondea con intensidad en el viento, pero de algún modo, el cabello rubio y perfectamente lacio de la periodista se conserva en su sitio. La pantalla muestra un vídeo de una ambulancia aparcada lo más cerca posible del muelle, con las puertas traseras abiertas de par en par.

Leo con ansiedad las palabras que se deslizan por la pantalla del televisor.

“La policía ha pasado la mayor parte del día en la escena del crimen recogiendo pruebas. Los agentes no dan demasiada información, pero sí han confirmado que los restos de la mujer fueron transportados por una lancha del Departamento de Recursos Naturales y trasladados a esta ambulancia que está esperando, como se puede ver en el vídeo”. Observo cómo la lancha del DRN se dirige despacio hacia el muelle.

Cuando la lancha se acerca, enseguida reconozco a Jake, con sus hombros anchos y su pelo rubio. El oficial del DRN, que fue el primero

en llegar al lugar, dirige la embarcación. Sus ojos se abren mucho cuando se da cuenta de que una cámara de televisión les está apuntando directamente. Jake, tan tranquilo como siempre, ignora a los periodistas y se concentra en sujetarse al muelle para ayudar a guiar la lancha lo más cerca posible de la orilla y la ambulancia. Dos sanitarios vestidos con sus uniformes azul marino salen de la ambulancia, sacan una camilla de la parte trasera, despliegan las ruedas y la hacen rodar por el muelle.

La cámara regresa a la reportera, quien asiente con gesto serio, y me fijo en sus labios.

“El detective de la policía Jake Schroeder, a quien han visto en este vídeo, no ha hecho ningún comentario, pero fuentes cercanas a la investigación han informado que el departamento de policía está estudiando todos los casos de personas desaparecidas”.

La transmisión de la noticia llega a su fin y la cámara regresa con el presentador en el estudio.

“Regresaremos en las noticias de las diez con más actualizaciones sobre esta historia y la estremecedora llamada al 911 hecha por la mujer que descubrió el cuerpo de la víctima”.

Emito un quejido, y Parche se levanta del sofá y se acerca a investigar. Aunque no mencionen mi nombre, si el canal de noticias reproduce la grabación del 911, todos mis amigos y antiguos colegas sabrán que fui yo quien hizo la llamada. Creo que se podría decir con bastante certeza que soy la única mujer sorda que tiene un perro, practica paddle surf y vive a orillas del Five Mines. Parche levanta las orejas y me golpea la pierna con el hocico. Me giro para ver lo que ha llamado su atención. La luz del teléfono parpadea y espero que sea Jake para decirme que han atrapado a la persona que mató a Gwen.

Levanto el auricular.

—Hola —digo y miro la pantalla del teléfono con interés.

“Acabo de ver las noticias”.

—¿Jake? —pregunto.

“No, soy David. Acabo de ver las noticias. ¿La encontraste tú? ¿A la mujer muerta? Dios mío, Amelia. ¿Saben quién es?”.

Vacilo. Sé que no debo decir nada todavía.

—No puedo… —Pero estoy hablando con David. ¿Cómo puedo ocultárselo? David también conocía a Gwen; Gwen trabajaba en el mismo hospital y, de vez en cuando, hacía sustituciones en la planta de ginecología y obstetricia—. Es Gwen Locke, David, acaba de ser identificada, pero aún no se ha hecho público.

La pantalla permanece muda un momento.

“Es horrible. ¿Están seguros de que es Gwen?”.

—Sí, la encontré yo. Fue espantoso.

Las lágrimas asoman en las comisuras de mis ojos y me las enjugo con rabia. He llorado demasiadas veces frente a David rogándole que me perdone, que me acepte de nuevo, solo para ser rechazada una y otra vez. Odio mostrarme débil delante de él.

“Amelia, ¿estás bien?”.

—Sí, estoy bien.

Me sorprende, incluso me conmueve, que a David se le ocurra preguntarme cómo estoy. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Intento recordar su voz, el timbre cálido que me saludaba cada día cuando volvía a casa del hospital, su risa suave que me hacía reír a mí también. De pronto, siento una nostalgia casi insoportable por la antigua casa. Tanto que casi le digo a David que me aterra quedarme sola en esta casa, aunque no sea del todo verdad.

Echo de menos la cocina soleada donde Nora y yo preparábamos bollos de canela para el desayuno de los domingos. Echo de menos el porche delantero y el columpio de madera donde solía sentarme las tardes de verano a leer libros y beber té helado, mientras Nora coloreaba y tomaba limonada. Echo de menos despertarme en mi antigua cama, con los brazos y las piernas entrelazados con los de mi marido.

—Estoy bien —repito, más por mí que por David.

“¿Saben quién lo hizo?”.

—No, todavía no. Pero había una lancha, justo en el momento en que la encontré.

“¿La viste?”, pregunta David. “¿Y si te vieron a ti, Amelia?”.

—No, no —me apresuro a explicar—. No la vi, solo la sentí. La estela de la lancha me derribó.

“Menos mal”, contesta y aunque su preocupación vuelve a sorprenderme gratamente, no pienso demostrarle que me importa.

—¿Está Nora por ahí? —Cambio de tema—. ¿Puedo hablar con ella?

“Está aquí. Puedes hablar con ella. Pero no le digas nada de…, ya sabes. No sabe nada de esto y no quiero que le afecte”.

—Por supuesto que no diré nada.

Me indigno. ¿Por qué narices iba a hablarle a una niña de siete años sobre un cadáver que descubrí? Espero impaciente a que Nora coja el teléfono. Hablar con ella es lo mejor de mis días. Nuestras conversaciones nunca son frecuentes ni lo bastante largas.

“¿Hola?”.

—Hola, Nora, ¿qué tal te fue en Halloween?

Nora me habla sobre su disfraz de Frida Kahlo.

“Papá me ayudó a encontrar el traje perfecto y su amiga me ayudó a ponerme flores de verdad en el pelo”.

Siento como si me hubieran dado un golpe en el estómago.

—¿Qué amiga? —intento preguntar con indiferencia, pero casi no puedo pronunciar las palabras.

“Helen”, responde y no se detiene. “Pero tuve que decirle a todo el mundo quién era, excepto a una anciana. Ella sabía perfectamente de quién iba disfrazada. Dijo que mis cejas pegadas parecían de verdad”. A Nora le encanta el arte y solía sacar montones de libros sobre artistas de la biblioteca. Además, tenía una magnífica profesora de arte en el colegio que se aseguraba de que incluso los alumnos más jóvenes conocieran a los grandes artistas.

—¿Helen fue a pedir caramelos contigo? —insinúo.

“No, tenía que irse a trabajar. Es enfermera como tú”.

“Vaya manera de confundir las cosas, David”, pienso. David podría salir con cualquier mujer de Mathias y tiene que elegir a otra enfermera. Busco en mi memoria alguna enfermera llamada Helen que

pueda conocer, pero no se me ocurre nadie.

Nora pasa a describirme cómo es su día en la escuela. Le encanta su tutora, pero el profesor de música es un poco gruñón. Me habla del chico nuevo de la clase que se burla de sus pecas y menciona el examen de matemáticas en el que falló cuatro preguntas.

A veces odio este teléfono y me pregunto si no sería mejor no tenerlo. Lo único que tengo son las palabras impresas de la conversación, no puedo oír la emoción en su voz. No tengo contexto. No sé si a Nora le agrada que el chico nuevo le haga burla; quizá ella le guste. No sé si fallar cuatro preguntas del examen de matemáticas es bueno o malo. Así que tengo que preguntarle y muy pronto la conversación se ha estancado y Nora está a punto de colgar porque, pienso, ¿no debería una madre saber estas cosas, ser capaz de saber cómo se siente su hija?

"Adiós, mamá. Te quiero".

Los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas.

—Yo también te quiero, Nora. Te llamo mañana.

Espero un momento antes de colgar por si David quiere volver a hablarme, pero no aparece ninguna palabra nueva en la pantalla, así que cuelgo. Pienso en lo que dijo Nora sobre Helen, la amiga de David. ¿Podría tener una novia? Llevamos mucho tiempo separados. Todavía me sorprende que David no me haya enviado los papeles del divorcio para que los firme.

Durante las dos horas siguientes, me siento frente al televisor a ver una película antigua, pero mientras tanto no dejo de pensar en Gwen. Fuimos buenas amigas en su momento. Pero eso fue antes de que me atropellara el coche, antes de que perdiera la audición y abandonara a mi familia y a mis amigos por el alcohol. Gwen y yo crecimos en Mathias, aunque yo soy varios años mayor. Nuestros caminos no se cruzaron hasta que ambas fuimos enfermeras en el Queen of Peace. Ella era lo que se llama una enfermera itinerante. Va adonde se la necesite en el hospital. Si la sala de urgencias está desbordada o la planta de maternidad está colapsada, ella está allí para ayudar. Gwen se mostraba alegre y un poco irreverente en la sala de descanso, pero en cuanto salía a las plantas, se volvía sensata e imperturbable.

Hicimos juntas el curso de formación para enfermeras especializadas en agresiones sexuales. Durante los talleres, aprendimos a valorar y evaluar las lesiones de una agresión sexual. También aprendimos a

recoger y conservar muestras y pruebas de los delitos.

Durante los descansos, nos hicimos amigas y hablábamos sobre nuestra vida. Teníamos hijas de la misma edad: Nora y Lane. Charlábamos de nuestros maridos y de lo difícil que podía ser compaginar la vida doméstica con la enfermería. Durante el primer caso de violencia doméstica en el que trabajamos juntas, yo era la enfermera forense en casos de agresiones sexuales que estaba de guardia y fui convocada al Queen of Peace para recoger las pruebas. Gwen también estaba allí, cubriendo un turno en urgencias. La víctima, una mujer de treinta años y madre de dos hijos, estaba tan alterada que no paraba de pegar y gritar a los sanitarios que la llevaron al hospital, hasta tal punto que una de sus patadas le dio de lleno en la cara a uno de ellos, haciendo que un chorro de sangre brotara de su nariz. Gwen consiguió calmar a la mujer maltratada con su voz grave y tranquilizadora mientras yo recogía las pruebas.

Nuestra amistad quedó sellada para siempre aquella noche. Aunque después la mujer herida insistió en que se había caído por las escaleras, las pruebas que pude reunir demostraban a las claras que había sido golpeada con un cinturón de cuero, lo que envió al marido a la cárcel al menos durante unos días. Gwen y yo hablamos todos los días después de aquello. Nos juntábamos a tomar café una vez por semana, organizábamos citas de juegos con nuestras hijas. Luego tuve el accidente, empecé a beber y perdí el contacto con casi todo el mundo. Sin embargo, hace unos seis meses, Gwen me dejó un mensaje telefónico. Cuando leí la transcripción, me pareció que era un mensaje común y corriente, del tipo: “¿Cómo estás? Hace tiempo que no hablamos”. No me había molestado en devolverle la llamada.

Me arrepiento de muchas cosas. Ojalá no hubiera bebido aquella primera copa para anestesiar el dolor de haberme sumido en un silencio repentino. Ahora suena muy egoísta. Pero no fue solo perder la audición, fue la soledad a la que eso me arrojó, la sensación de estar siempre separada, apartada de todos aquellos a los que amaba. Daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo y tomar decisiones diferentes.

Cuando empiezan los créditos de la película, Parche se acerca a la puerta y me mira expectante, señal de que necesita salir. Me pongo a la tarea de descorrer las cortinas, quitar el palo de madera y abrir la puerta corredera de cristal. Parche sale corriendo y se pasa un buen rato haciendo sus necesidades. El aire huele a lluvia inminente. Las tormentas de otoño tienen un olor inconfundible. Como si su único propósito fuera advertir a la flora y la fauna de que es hora de

descansar, cubriéndolas con un manto empapado y apisonándolas contra la tierra, ya lista para acogerlas durante el invierno.

Me planteo quedarme despierta hasta las noticias de las diez para ver si pasan mi llamada al 911, pero la verdad es que no tengo ganas de ver mis palabras desesperadas estampadas en la pantalla. Apago el televisor y echo unos cuantos trozos más de leña a la estufa antes de llamar a Parche para que entre. A pesar de mi larga siesta y de que son poco más de las ocho, estoy agotada. Apago las luces de la planta baja y Parche y yo subimos. Me meto bajo las sábanas y Parche ocupa su sitio habitual a los pies de la cama.

A pesar de mis sentimientos contradictorios por David, echo de menos darme la vuelta por la noche y encontrar su cuerpo firme y reconfortante a mi lado. Cuando David y Nora llegaron a mi vida, fui yo quien les abrió los brazos de buena gana, sin rechistar, cuando estaban en su peor momento. En los últimos seis años, he sido más madre de Nora de lo que nunca lo fue su madre biológica, y aunque legalmente David no tiene por qué hacerlo, me sigue dejando verla. Con supervisión, por supuesto. Echo de menos que, por muy tarde que llegáramos a casa del hospital, David y yo siempre nos diéramos un beso de buenas noches y nos dijéramos que nos queríamos. Nuestro pequeño ritual.

Intento no quedarme en el pasado. No sirve de nada llorar por lo que fue. Todo lo que tengo es el aquí y ahora, por muy poco que sea. Pero en el aquí y ahora, odio la noche. La ausencia de sonido combinada con la ausencia de luz es aterradora. Como hago todas las noches antes de irme a dormir, me aseguro de que mi linterna esté en el cajón de la mesita de noche, donde debe estar, y que mi móvil esté con la carga completa y al alcance de la mano. Mi pequeño ritual. Solo ahora, con las luces encendidas y Parche cerca, puedo cerrar los ojos y descansar.

Capítulo 5

Me despierto con los golpes que Parche me da con la pata en la espalda. Me pongo de lado. La lámpara de la mesita de noche sigue encendida y el reloj marca las doce y media. La franja de cielo negro que se filtra por las persianas me indica que aún es de noche. Entrecierro los ojos y miro a Parche, que me da otro golpecito, salta de la cama y me espera en la puerta.

Si me baso en el adiestramiento de Parche, sé que hay cuatro razones por las que puede haberme despertado de un sueño profundo: el teléfono está sonando, hay alguien en la puerta, la casa está en llamas o Parche de verdad necesita hacer sus necesidades. Rara vez recibo visitas o llamadas durante el día, y mucho menos por la noche, y no huelo a humo, así que supongo que Parche necesita salir.

Con un quejido, lo sigo por las escaleras y enciendo las luces en el camino. Parche va directo hacia la puerta de cristal corredera y se sienta. Ese pequeño gesto me paraliza.

La comunicación entre una persona y su perro guía se basa en la capacidad de interpretar los miles de matices diferentes de los movimientos del otro. Si Parche hubiera necesitado salir, se habría quedado de pie junto a la puerta. Cuando se sienta, sé que hay alguien al otro lado.

Se me acelera el pulso. ¿Quién llamaría a la puerta a las doce y media de la noche? Quizá sea Jake y tenga noticias sobre el asesinato de Gwen, o quizá alguien venga a decirme que le ha pasado algo malo a Nora, a mi hermano o a mi padre. Se me revuelve el estómago al pensarlo, y entonces advierto que Parche tiene el pelo de la nuca erizado y que observa con recelo el ligero vaivén de las cortinas.

¿Será que con los nervios se ha llevado por delante las cortinas y ha causado el movimiento? Mis ojos se deslizan hacia el palo de escoba en el rincón, donde lo dejé antes. Debo de haberme olvidado de volver a colocarlo en el riel metálico antes de irme a la cama.

Parche abre y cierra la mandíbula de manera descontrolada. Hay algo ahí fuera. O alguien. Con cautela, aparto las cortinas y escudriño el jardín oscuro. No veo nada. Desbloqueo la puerta y la abro despacio. Parche se cuela por el pequeño hueco y sale corriendo a la noche

lluviosa.

—¡Parche! —lo llamo—. ¡Ke mne! —No obedece—. ¡Ke mne! —grito de nuevo. Estoy indecisa. Debería ir tras él, pero es muy de noche y está tan oscuro que la débil luz encima de la puerta ilumina menos de un metro del jardín, pero me sentiría muchísimo más segura si Parche estuviera dentro conmigo.

Salgo. Siento los escalones de hormigón ásperos y fríos bajo mis pies. Un suave rocío humedece mi piel.

—¡Parche! —llamo en la oscuridad. No tengo ni idea de en qué dirección se ha ido, y si voy a ir a buscarlo, tendré que vestirme y calzarme.

Vuelvo a entrar y coloco el palo de madera en su sitio. ¿Cómo pude olvidarme de hacerlo antes de acostarme? Estoy enfadada conmigo misma. Pego la cara al cristal y fuerzo los ojos en busca de alguna señal de Parche. Nada. Debería llamar a la policía, pero la idea de que mi casa se vea invadida por oficiales husmeando e indagando me revuelve el estómago. “Una mujer ha sido asesinada”, me regaña una vocecilla en la cabeza, como si pudiera olvidarlo. ¿Y si el asesino ha descubierto que fui yo quien encontró a Gwen? ¿Y si cree que sé más de lo que sé? ¿Y si vio mi llamada al 911 en las noticias y me ha identificado? Me repito a mí misma, ¿cuántas mujeres sordas viven a la orilla del Five Mines? Nadie tardaría demasiado en averiguar que fui yo. ¿Y si se coló por mi jardín con la idea de intentar entrar y Parche lo ha ahuyentado?

Sin perder de vista la puerta, retrocedo despacio hacia el teléfono. No quiero girar para coger el auricular y marcar, pero tengo que ver la pantalla para poder comunicarme. De mala gana, me vuelvo y marco con manos temblorosas. Parece tardar una eternidad, pero por fin aparece una secuencia de letras en la pantalla.

“Dectective Shroder, más lvale que seaimptante”.

Mi servicio de transcripción es bastante fiable, pero ni siquiera el mejor podría traducir con facilidad el balbuceo de un hombre arrancado de un sueño profundo.

—Jake, soy Amelia —digo—. Creo que alguien ha intentado entrar en mi casa.

Mis palabras despiertan del todo a Jake.

“Dios mío, Amelia. ¿Estás bien? ¿Has llamado al 911?”.

—Estoy bien. Y no, te he llamado a ti primero. No quería darle mucha importancia. Es probable que no sea nada.

“Deberías haber llamado, ya estarían en tu casa”, responde, y aunque no puedo oírlo, imagino que está más que enfadado.

—Pensé que tal vez podrías venir. No quiero montar un escándalo. Seguro que no es nada.

“Encontraste el cadáver de una mujer, es muy normal estar asustada. Salgo para allá, pero antes voy a enviar un coche patrulla, así que no te sorprendas cuando aparezca en tu casa. ¿Tienes todas las puertas cerradas?”.

—Parche salió y se fue corriendo detrás de algo, y aún no ha vuelto. Pero las puertas están cerradas —le aseguro, sabiendo que voy a tener que confesarle que me olvidé de asegurar la puerta corredera—. Nos vemos. Y gracias, Jake.

“De nada, Earhart. Es imposible aburrirse contigo. Ni se te ocurra salir a buscar a Parche. Quédate en casa”.

Cuelgo, voy al lavadero y me calzo las botas de neopreno, luego regreso a la puerta de cristal. No hay señales de Parche. La orden de Jake de quedarme en casa resuena en mi cabeza y decido subir a mi dormitorio, abrir una ventana y llamarlo a gritos desde la seguridad del segundo piso. A menos que el posible intruso sea un malvado villano de cómic, no creo que escale hasta el tejado para llegar hasta mí.

Subo deprisa las escaleras, quito el pestillo y abro la ventana que da al jardín delantero. El aire frío inunda la habitación de inmediato y un olor húmedo y arcilloso me invade la nariz. La perspectiva más alta no ayuda. En todo caso, el horizonte parece más negro, como si la tierra y el cielo se hubieran unido.

—¡Parche! —llamo, al principio con cierta vacilación, como si temiera despertar a alguien. Pero Evan Okada es mi único vecino en kilómetros a la redonda y, para ser franca, me importa un bledo si lo despierto—. ¡Ke mne! —grito, esta vez tan alto que siento las palabras que vibran en mi garganta—. ¡Pojd sem! —“Entra”. Recorro con la vista el jardín, con la esperanza de ver el manto plateado de Parche. Nada.

Pero a lo lejos, en lo alto del risco, una luz se enciende en una ventana del segundo piso de la casa de Evan. Sigo gritando y se enciende otra luz, ahora en una habitación del piso de abajo. Espero causar suficiente alboroto para que Evan encienda los reflectores exteriores. Cuanta más luz, mejor.

—¡Parche, aquí! ¡Ke mne! —grito una y otra vez hasta que por fin los reflectores de seguridad iluminan el jardín de Evan y los árboles desnudos despojados de hojas por el viento y la lluvia.

Aún no hay rastro de Parche, lo que significa que está demasiado lejos para oírme o que me está ignorando a propósito. Aunque ha sido adiestrado para permanecer a mi lado y seguir mis órdenes, todavía es un poco huidizo y testarudo. Durante el adiestramiento, le pregunté a Vilem cuánto tiempo le llevaba trabajar con cada cliente y su nuevo perro guía. Vaciló y, como yo no podía entender lo que decía por su marcado acento eslovaco, lo escribió. "El adiestramiento para asignar un perro guía suele durar de tres a cinco días". Miré a Parche, que acechaba a un conejo con cola de algodón que masticaba tréboles con placidez. Llevábamos diecisiete días. "No te preocupes", garabateó Vilem, "vosotros estáis hechos el uno para el otro".

En este preciso momento, no estoy tan segura de eso.

Mi casa se encuentra a unos veinticinco minutos en coche desde Mathias y el patrullero tarda una eternidad en llegar. Yo sigo llamando y escudriñando el risco en busca de Parche sin éxito. La lluvia suave se ha convertido en una llovizna que salpica a través de la mosquitera de la ventana y me humedece las mejillas.

En dirección al bosque, veo una luz que se mueve despacio entre los troncos de los árboles. Una linterna. Primero pienso que debe de ser Evan Okada que está bajando para ver a qué vienen todos mis gritos, pero descarto la idea con rapidez cuando se apagan los reflectores de su casa. Se me cae el alma a los pies. Evan debe de haber concluido que los ruidos que ha oído provienen de la loca de su vecina de al lado y ha decidido volver a la cama. Lucho contra el impulso de gritar de nuevo con la esperanza de que vuelva a salir.

La luz se acerca cada vez más. Tiene que ser otra persona. ¿El asesino? ¿Quienquiera que haya matado a Gwen cree que vi más de lo que en verdad vi? El miedo me hace palpitar la cabeza. Estoy a punto de gritar por la ventana que la policía está a punto de llegar, que lo hará en cualquier momento, pero me detengo. No quiero que el hombre desaparezca en el bosque. Quiero que la policía lo atrape.

Decido llamar de nuevo a Jake, pero antes de que pueda volver a bajar las escaleras, unas luces intermitentes de color cereza anuncian la llegada del coche patrulla. Desvío la vista hacia el cono de luz cada vez más brillante de la linterna, ahora en la linde del bosque. Alcanzo a divisar la figura sombría de la persona que sostiene la luz, pero no puedo distinguir si es hombre o mujer, joven o viejo. La luz se queda quieta y luego desaparece.

El coche de policía se acerca a la casa y se detiene. ¿La persona del bosque estará pensando en tenderle una emboscada a los agentes? Lo más probable es que la llegada de la policía lo haya asustado, y entonces tomo conciencia de que quienquiera que esté allí fuera también puede verme a mí. Estoy de pie junto a la ventana de mi habitación con las luces encendidas. Me alejo de la ventana y apago la luz.

Para cuando bajo, los oficiales están en mi puerta, con los hombros encorvados, golpeando el cristal. El policía que llama es alto y delgado. Lleva una chaqueta ajustada en los hombros con el nombre de "Bennett" bordado en la tela. Su compañera, cuya chaqueta lleva el nombre de "Cole", es dos cabezas más baja y pesa cuarenta kilos menos. Ambos llevan abrigos y sombreros impermeables para protegerse de la lluvia. Los dos tienen la expresión aburrida de "nos han llamado al medio de la nada para nada". Retiro el palo de madera del riel, desbloqueo la puerta y la abro.

—Mi perro empezó a ladrar. Salió detrás de alguien —les explico—. Todavía está ahí fuera —agrego, y señalo hacia donde vi el haz de luz de la linterna por última vez—. El tipo tiene una linterna y, cuando os vio, la apagó. —Los oficiales se apartan de mí y miran hacia el bosque —. Soy la que encontró a la mujer en el río.

La cara de Cole cambia con interés súbito. Bennett, si cabe, parece todavía más escéptico. Sus labios esbozan una mueca burlona. Estoy segura de que le está diciendo a su compañera que soy una exagerada, que me sobresalto por cualquier estupidez. Cole sacude la cabeza y gesticula con ansiedad hacia los árboles. Como no están directamente frente a mí, no tengo ni idea de lo que están diciendo, pero supongo que la oficial le está diciendo a Bennett que podrían estar ante la oportunidad de atrapar a un asesino. Ojalá llegara Jake.

—Por favor —interrumpo—. No puedo oírlos. Tienen que mirarme cuando me hablan.

Cole se vuelve para mirarme.

—Espere aquí, señora. Cierre bien la puerta. Vamos a echar un vistazo.

Los observo dirigirse al coche patrulla, donde Cole informa algo por la radio y Bennett coge una linterna de gran potencia antes de que ambos se encaminen hacia el bosque. Pronto se pierden entre los árboles y desaparecen por completo de mi vista. Cierro la puerta. En lugar de colocar el palo de madera, me lo quedo en la mano mientras espero a que llegue Jake. Supongo que siempre podré usarlo como arma si es necesario.

Trato de volver a comunicarme con Jake, pero no contesta. Me paseo de un lado a otro y me detengo de vez en cuando para mirar por la ventana y verificar si Parche ha vuelto. Ahora está lloviendo a cántaros y no puedo evitar pensar en Parche ahí fuera, mojado y con frío. Incluso en sus momentos más traviesos, nunca ha estado tanto tiempo lejos de mí.

El resplandor de unos faros aparece por fin y un todoterreno se detiene junto al coche patrulla. Es Jake y ha traído a Rookie consigo. Si no conociera bastante bien a Rookie, estaría muerta de miedo. Es una bestia de ojos penetrantes y dientes afilados. Deslizo la puerta y Jake y Rookie entran, empapados por el corto trayecto desde el coche.

—¿Estás bien? —me pregunta por segunda vez en pocas horas.

Asiento con la cabeza.

—Espera —respondo, y voy al lavadero, donde cojo dos toallas de la secadora. Cuando vuelvo, le doy las toallas y Jake se seca la cabeza—. ¿Dónde están Cole y Bennett? —pregunta y se agacha para limpiar el barro de las patas de Rookie.

—Vi a alguien en el bosque. Fueron tras él.

Jake menea la cabeza.

—No deberían haberte dejado aquí sola. Deberían haber esperado a que yo llegara. —Un músculo se contrae en su mandíbula y sé que está enfadado. Los dos oficiales se van a llevar un buen tirón de orejas cuando regresen. Casi me dan pena. Jake echa un vistazo—. ¿Ha vuelto ya Parche?

—No, sigue ahí fuera —contesto, y vuelvo a preocuparme.

—¿Le abriste tú la puerta? —me pregunta por señas. Rookie levanta la

cabeza, repentinamente alerta, sus ojos ámbar cautelosos.

Ambos miramos el palo de escoba que aún sostengo. A su favor, Jake no dice nada. Lo último que necesito es un sermón.

—¿Han registrado la casa Bennett y Cole?

—No ha entrado nadie. —Meneo la cabeza—. Parche oyó o vio algo fuera.

—Joder —murmura.

Empieza a moverse por la cabaña y revisa cada habitación en busca de cualquier señal de un intruso. Aparta las cortinas, examina los armarios y mira detrás de la cortina de la ducha. Lo sigo escaleras arriba y dentro de mi dormitorio.

Se pone a cuatro patas y mira debajo de la cama. Cuando está seguro de que no hay nadie al acecho, se levanta, se sienta en el borde del colchón y me mira con gesto serio. Es extraño verlo en mi dormitorio, donde soy más vulnerable. El único lugar donde parece que puedo descansar. Jake nunca había estado antes en esta habitación. Al menos desde que éramos niños. Y entonces éramos jóvenes e inocentes y lo único que le interesaba a Jake era ir a pescar al río.

—Voy a pedir más refuerzos —precisa cuando llegamos al pie de la escalera.

Mientras busca su móvil en el bolsillo, lo cojo del brazo. Tres figuras están de pie al otro lado de mi puerta. Flanqueado a ambos lados por los agentes Cole y Bennett está mi vecino Evan Okada. Los tres están empapados y cubiertos de barro. Evan tiene las manos esposadas en la espalda, un corte profundo sobre la ceja y el ojo derecho casi cerrado por la hinchazón. No parece que mi vecino se haya rendido de buena gana.

Cole dice algo a través de la puerta de cristal. Miro a Jake para que me traduzca.

—Quiere saber si este es el intruso.

—No he podido verlo —explico—. Pero él es Evan Okada, mi vecino. Es el que os ha prestado sus quads hoy. ¿Por qué iba a querer entrar en mi casa?

—Voy a abrir la puerta —me indica Jake por señas—. Está esposado,

así que no tienes nada que temer.

De todas las emociones que podrían estar rondando mi cerebro en este momento, el miedo no es una de ellas. La confusión encabeza la lista.

—Adelante —contesto, y me cruzo de brazos delante del pecho, consciente de que no llevo sujetador.

Jake desliza la puerta y una ráfaga de aire ártico irrumpe en el interior. Si alguien parece asustado en este momento es Evan Okada. Tiene el pelo negro pegado a la cabeza y el ojo sano muy abierto por el susto. Riachuelos rosados de agua mezclada con sangre corren por su cara. Me mira suplicante y empieza a hablar, pero mueve la boca tan rápido que no tengo ni idea de lo que está diciendo. Bennett le da un codazo en las costillas y la boca de Evan se cierra en una mueca apretada. Cole empieza a hablar y yo me vuelvo hacia Jake, que hace todo lo que puede por traducirme.

—Lo han encontrado a las afueras del bosque, alejándose de tu casa. No se detuvo cuando se lo ordenaron, así que lo han esposado.

—No van a arrestarlo, ¿verdad? —pregunto, alarmada.

Observo cómo Jake les dice algo a Cole y a Bennett. Con una mano en cada codo de Evan lo conducen al coche patrulla y lo introducen sin contemplaciones en el asiento trasero. Quienquiera que acabe teniendo que limpiar el barro del interior de ese coche tiene un buen trabajo por delante.

—No me lo puedo creer —comento mientras se alejan.

—¿Cuánto conoces a este tipo? —pregunta Jake, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Nos conocimos el otro día. No creo que…

En ese instante, un destello plateado atraviesa la puerta abierta y se desliza por el suelo de linóleo, dejando un rastro de barro a su paso. Parche ha vuelto. Rookie se levanta y empieza a ladrar, enseña los dientes, con la cola erizada y las orejas pegadas a la cabeza. Estoy segura de que Rookie está a punto de arrancarle el cuello a Parche. La ferocidad del perro que hace un momento dormitaba con languidez junto al fuego me ha paralizado.

Jake se vuelve furibundo y, de repente, la postura de Rookie cambia por completo. Cierra la mandíbula, se deja caer al suelo y agita la cola

de un lado a otro con pereza. Por su parte, Parche, cuyo pelaje húmedo y plateado se adhiere a su estructura huesuda, no puede parar de temblar. Me arrodillo a su lado.

—¿Dónde estabas? —le murmuro al oído—. Eres un perro malo, muy malo —lo regaño, pero con ternura y lágrimas asomando en mis ojos.

Jake me da la espalda y me deja un momento para serenarme. Esa es una de las grandes cosas de Jake, sabe cuándo no entrometerse. Sabe lo unida que estoy a Parche, lo mucho que confío en él, no solo como perro guía, sino como compañero. Al fin y al cabo, se siente identificado. Después de que Sadie saltó del puente sobre el Five Mines, Rookie pasó a significar lo mismo para él.

Me devuelve la toalla que usó para secarse la cabeza y empiezo a frotar el pelo de Parche con suavidad. Rasguños finos se suman a la cicatriz de su vientre, como si hubiera corrido entre matorrales espinosos. ¿Habría estado persiguiendo a Evan Okada por el bosque? ¿O a otra persona? La idea de que Evan estuviera acechando no tiene sentido.

Cuando Parche ya está más o menos seco y ha dejado de temblar un poco, me pongo de pie. Llega otro par de oficiales y observamos mientras aplican el polvo para revelar huellas digitales en la puerta de cristal corredera. Por alguna razón, esto hace que todo parezca demasiado real, y las lágrimas me hacen arder los ojos. Si Jake se da cuenta, por suerte no dice nada. Sabe que odio llorar. Una vez, cuando éramos niños, me caí de la bicicleta mientras intentaba seguirles el paso a él y a mi hermano y acabé dislocándome el codo. Contrariados, Jake y Andrew se detuvieron para ayudarme, y aunque el dolor era insoportable, no lloré, sino que me limité a volver a subirme a la bicicleta y, con las piernas flojas, me sujeté el brazo herido y regresé pedaleando a casa. La expresión de admiración de Jake cuando vio mi escayola y su exclamación de “Eso debió de dolerte muchísimo, Earhart. ¿Por qué no nos avisaste?” hizo que todo mereciera la pena.

—Debería ir a la comisaría a ver qué está pasando con tu vecino —comenta Jake ahora—. Tú sí que eres una experta en atraer locos, ¿verdad? —Le respondo con una sonrisa amarga. Su rostro se torna serio y sus ojos azules se clavan en los míos—. Descansa un poco, ¿vale, Earhart? Te llamaré mañana para ponerte al día. —Se da la vuelta para irse y Rookie se pone de pie. Parche lo mira con recelo, manteniendo la distancia. Jake hace una pausa y se vuelve hacia mí—. ¿Quieres venir a mi casa? Solo por esta noche. No voy a estar, pero si te sientes más segura, puedes quedarte en la habitación de huéspedes.

Soy bastante buena para descifrar expresiones faciales, pero no consigo interpretar lo que veo en el rostro de Jake. ¿Esperanza? Quizá lástima.

Sacudo la cabeza, desconcertada por las ganas que tengo de decir que sí. Pero no lo hago.

—No, gracias. Estamos bien aquí. Pero, Jake, no creo que fuera mi vecino. —Le cuento cómo vi encenderse la luz en la ventana del segundo piso de Evan después de que encontrase mi puerta abierta—. Ni siquiera sé si realmente había alguien ahí fuera. Parche se asustó y me dio miedo. Creo que tal vez he montado demasiado alboroto por nada.

—Lo verificaremos. Como mínimo, tu vecino no debería haber intentado huir de Bennett y Cole —contesta Jake con señas—. De todos modos, dejaré un coche patrulla vigilando fuera de tu casa el resto de la noche.

—No es necesario —protesto, pero me lanza una mirada que dice que es innegociable.

Parche y yo nos quedamos mirando cómo se marchan Jake y Rookie, uno contento, el otro de mala gana. Deslizo el palo de escoba en el riel metálico de la base de la puerta y cierro las cortinas. Paso unos minutos frotando el pelaje todavía húmedo de Parche y cuando me doy cuenta de que tardaré toda la noche en secarle el pelo de esta manera, desisto y voy a buscar el secador de pelo. Me siento en el sofá con Parche en el suelo entre mis piernas mientras le seco el pelo. Parche está en el cielo: cierra los ojos y se deleita con el aire caliente que lo envuelve.

El resplandor de unos faros se filtra a través de las cortinas y, al asomarme, veo un coche patrulla aparcado delante de la casa. Confiados en que pasaremos la noche a salvo, Parche y yo subimos las escaleras al dormitorio. Esta vez, en lugar de instalarse a los pies de mi cama como siempre, Parche se mete debajo de las sábanas y se hace un ovillo junto a mí. Poco a poco, se relaja y noto cómo su pecho sube y baja mientras se va quedando dormido.

Para mí, dormir no es tan fácil. ¿Qué hacía Evan merodeando por mi casa bajo una lluvia torrencial? ¿Quería ser un buen vecino y verificar que yo estaba bien o acaso tramaba algo? Si todo ha sido una confusión, me tragaré el orgullo y le pediré disculpas. Joder, tal vez hasta le hornee unos cuadraditos de limón. A pesar del calor de

Parche, acurrucado a mi lado, no encuentro una posición cómoda y sé que el sueño tardará en llegar.

Capítulo 6

Me despierto con un fragmento de sueños inquietantes dando vueltas en la cabeza. Una ansiedad conocida me oprime el pecho y me resisto a abandonar el calor de la cama, pero Parche me mira con expectación.

El caos del día anterior debe habernos agotado a los dos, porque no nos hemos movido hasta casi las nueve. Me acerco a la ventana para ver si el coche de policía que Jake apostó frente a mi casa sigue aquí. No está. O la policía cree que me asusté de mi propia sombra o Evan Okada ha sido el autor del crimen. Aunque casi no lo conozco, me cuesta creer que Evan pueda ser un asesino, y mucho menos mi intruso.

Los dos nos movemos muy despacio esta mañana del Día de Todos los Santos. Me duelen los músculos, creo que por la caída que tuve después de encontrar a Gwen. Dudo en dejar salir a Parche, por miedo a que se adentre en el bosque otra vez. Así que hago algo que rara vez he hecho y solo en lugares públicos desde que Parche llegó a mi vida: engancho una correa a su collar. Sus ojos me miran con reproche.

—Lo siento —me disculpo, y parece desanimado mientras lo llevo al jardín.

Cuando volvemos a entrar, el teléfono está parpadeando y me apresuro a contestar.

"Tuvimos que soltar a tu vecino", me informa Jake a modo de saludo. "No teníamos pruebas suficientes para retenerlo. Jura en todos los idiomas que oyó ladridos y gritos procedentes de tu casa y que bajó para ver qué pasaba".

—¿Le crees? —pregunto.

"Sí, le creo. No había señales de intento de robo, ni huellas. Y Okada no iba vestido exactamente para allanar una casa cuando Bennett y Cole lo atraparon. Llevaba un pantalón de pijama de franela y una camiseta blanca. Ni de lejos la vestimenta de un ladrón. Tampoco le duró mucho la camiseta blanca. Cuando no respondió a la orden de alto, Cole y Bennett lo derribaron en el barro. Okada dijo que en cuanto vio que llegaba la policía, pensó que las cosas estaban bajo

control y estaba regresando a su casa. Según él, no oyó la orden debido al ruido de la lluvia".

—Es más o menos lo que me imaginaba —contesto—. ¿Te parece entonces que no tengo nada de qué preocuparme con él al lado? ¿Y los reflectores? ¿Por qué se apagaron cuando él estaba bajando?

"Son luces sensibles al movimiento. Se apagan al cabo de unos minutos y eso es lo que él dice que pasó", explica Jake. "Parece que es exactamente quien dice ser. Un exempresario puntocom que quería montar su propio negocio de alquiler de canoas. No creo que tengas de qué preocuparte, pero, por si acaso, le eché una buena reprimenda. Estoy casi seguro de que no se atreverá a mirarte ni de lejos en el futuro cercano".

Genial. Bienvenido al barrio, pienso.

—O sea, que crees que no había nadie ahí fuera. ¿Piensas que he exagerado? —aventuro, con las mejillas encendidas.

"Has pasado por mucho", replica. "Es comprensible que estuvieras un poco nerviosa. Seguro que Parche oyó a un animal fuera y salió corriendo tras él".

Emito un quejido.

"No te preocupes, Earhart, es nuestro trabajo. Solo asegúrate de mantener las puertas cerradas".

La temperatura es más cálida de lo previsto y, por un momento, considero ir al río con la tabla de nuevo, pero luego descarto la idea. El viaje sería demasiado inquietante y me pregunto si el Five Mines evocará siempre el mismo miedo y desasosiego y dejará de ser el refugio vital en el que se ha convertido para mí. Soy enfermera especializada en trauma. Era enfermera especializada en trauma. Siempre me he enorgullecido de manejar los escenarios más estresantes e impredecibles, y ahora mi perro sale corriendo detrás de una ardilla en el bosque y me vuelvo loca.

De pronto, la lengua me hormiguea y necesito un trago. Extraño la primera sensación punzante del líquido y el lento ardor a medida que el alcohol baja por mi garganta. Suelo ir al bosque o al río con Parche cuando me asalta este deseo apremiante, pero tal vez tenga que buscar otro medio de distracción por un tiempo.

Dejo salir a Parche y miro el contestador. Sé que la clínica abre seis

días a la semana y espero que haya un mensaje del doctor Mariod sobre la reprogramación de nuestra entrevista. Nada. La urgencia de sacar la botella de debajo del lavabo del baño es abrumadora y sé lo que tengo que hacer y no puede esperar hasta el lunes.

Vierto comida para perros en un cuenco de Parche y lleno el otro con agua fresca antes de meterme en la ducha. Consigo lavarme y enjuagarme el pelo antes de que se acabe el agua caliente. Me seco el cabello con el secador y me lo aliso para controlarlo. Parche ha terminado de comer y me observa con curiosidad mientras saco mi estuche de maquillaje. Por primera vez en meses, me aplico base, me pongo colorete en las mejillas, me delineo los párpados, me paso máscara por las pestañas y me pinto los labios de rojo. Contemplo mi reflejo en el espejo. Parezco un payaso y, frustrada, me lavo la cara. Empiezo de nuevo, pero esta vez solo uso la máscara de pestañas y el brillo de labios. Mucho mejor, decido.

De vuelta en el piso de arriba, me visto con el traje de la entrevista: una falda gris que me llega justo por encima de las rodillas, una camisa de seda blanca y una chaqueta gris a juego con la falda. Me pongo las medias, recordando lo mucho que odio usarlas, y me calzo el único par de tacones que tengo. En el suelo de mi armario hay un par de coloridas zapatillas de correr que me hacen pensar en la que Parche encontró ayer en el bosque. Me ruge el estómago y sé que debería comer algo antes de salir. Como no estoy acostumbrada a caminar con tacones, bajo las escaleras con cuidado y cojo una barrita de cereales de la cocina y la guardo en mi bolso. En la puerta, me inclino para estar a la altura de Parche, lo que no es fácil con estos zapatos.

—Lo siento, tendrás que quedarte aquí —le digo. Parche no me cree. Mueve la cola con alegría y se acerca más a la puerta. Rara vez voy a algún sitio sin Parche, pero esta salida es una excepción. Necesito que el doctor Mariod se concentre en mí y solo en mí. Necesito convencerlo de que estoy lista para volver al trabajo—. No, Parche —agrego con más firmeza—. Kotec. “Caseta”.

Parche baja la cola, pero obedece y se dirige despacio a su caseta, debajo de una de las ventanas. Lo siento —repito. Se mete en la caseta de cabeza, se da la vuelta, se deja caer sobre la manta que cubre el fondo y luego apoya la cabeza en las patas. Nunca cierro la puerta de la caseta. Cuando me vaya, Parche dejará la caseta, se tumbará bajo un rayo de sol y se irá moviendo despacio para seguirlo a través del suelo.

Salgo por la puerta trasera y me tomo la molestia de cerrarla bien detrás de mí. Estar fuera sin Parche me hace sentir expuesta. Él es mis oídos y un segundo par de ojos. Tengo miedo, aunque es poco probable que el asesino de Gwen esté cerca. Giro la cabeza de un lado a otro en un intento por abarcar con la vista todas las inmediaciones. Cada balanceo de una rama, cada hoja que se desliza por el jardín atrapa brevemente mi atención, y para cuando subo al jeep y cierro la puerta, estoy sudando. Como estaba previsto, Parche ya ha salido de la caseta y me observa desde una ventana. Lo saludo con la mano, arranco el coche y tomo el camino que me llevará a Mathias.

En el camino de grava, giro a la derecha y tomo la carretera 51, una bonita vía bordeada de arces azucareros a un lado, aferrados a sus últimas hojas carmesí, y campos de maíz al otro. Pronto, los campos y los árboles se convierten en una zona industrial repleta de gasolineras, una tienda de muebles y un puñado de restaurantes de comida rápida. Paso cuatro semáforos antes de doblar a la izquierda y entrar en un barrio residencial disperso y lleno de casas coloniales en otro tiempo imponentes que solían estar habitadas por la élite de Mathias cuando yo era niña. Ahora, la mayoría de estas mansiones se han dividido en apartamentos alquilados por familias jóvenes o estudiantes universitarios que asisten a Dewey, una pequeña universidad privada. Paso por delante de una escuela primaria, giro a la derecha en Clover Street y subo una cuesta empinada que en invierno se vuelve un infierno para transitarla. Al final de la calle sin salida, con una vista impresionante de la ciudad y el río, se encuentra el Centro Oncológico Regional Five Mines. El modesto edificio de una planta hecho de piedra caliza autóctona podría confundirse con una oficina de seguros o el consultorio de un dentista.

Ya está, me digo. Mi oportunidad de volver por fin al mundo de los vivos. Necesito este trabajo. Necesito demostrarles a David y a Nora que la mujer y madre que una vez conocieron ha vuelto. Necesito demostrármelo a mí misma.

Respiro hondo, echo a andar por el sendero resbaladizo por la lluvia de anoche, me abro paso a través de las puertas dobles de cristal a un vestíbulo y luego cruzo otro par de puertas que me llevan a un área de recepción amplia donde no hay ningún paciente. Las paredes están pintadas de un suave color gris topo y cubiertas de fotos enmarcadas del río en blanco y negro. El que diseñó la sala buscaba imprimirle un estilo elegante y lo consiguió bastante bien. Las cómodas sillas se agrupan en torno a mesitas de centro repletas de revistas y jarrones con flores frescas. En vez de luces fluorescentes, lámparas de mesa brillan con delicadeza sobre las mesas auxiliares. En un extremo de la

sala, los pacientes pueden servirse una taza de café o agua de una jarra llena de cubitos de hielo y rodajas de limón.

Me acerco a la mujer de detrás del mostrador principal. Tiene alrededor de sesenta años y un corte de pelo recto muy asimétrico y teñido de un tono negro antinatural. Es delgada y de aspecto eficiente.

—Buenos días —me saluda mientras leo sus labios pintados de color brillante—. ¿Puedo ayudarla?

Intento alejar la ansiedad que siempre me invade cuando tengo que relacionarme con gente nueva, con personas que no me conocen, que no saben que soy sorda.

—Soy Amelia Winn —contesto, y la mujer enarca las cejas en señal de reconocimiento—. No pude acudir a mi cita ayer con el doctor Mariod, pero esperaba poder verlo esta mañana. ¿Está aquí?

—Oh, sí —responde la mujer—. Soy Barb, jefa de consultorio del doctor Mariod. Iré a ver si puede recibirla.

Ay. Me doy cuenta de que Barb es muy estricta y tiene buena memoria. Si consigo el trabajo, creo que Barb tardará mucho tiempo en perdonarme por haber faltado a mi primera entrevista. Vuelve al cabo de un momento.

—Por aquí —me invita. Tengo que caminar deprisa para no quedarme atrás.

La sigo por un pasillo largo.

Se detiene ante una puerta entreabierta y llama. La persona al otro lado debe de habernos dicho que pasemos, porque Barb me dedica una sonrisa tensa y me abre la puerta.

Solo he visto a Sean Mariod de pasada, pero sé que él y David son amigos, ambos forman parte del personal del Queen of Peace. David y el doctor Mariod estudiaron Medicina juntos. David se especializó en Ginecología y Obstetricia y el doctor Mariod en Oncología, por lo que deduzco que debe tener unos cuarenta o cincuenta años. Parece más un jugador de rugby que un médico. Es más o menos de mi altura y de complexión robusta. Tiene la nariz un poco torcida, como si se la hubieran roto más de una vez, y lleva el pelo canoso y corto. Me observa con curiosidad desde detrás de unas gafas de lectura de media luna, pero cuando Barb nos presenta, sonríe con amabilidad y enseguida me tranquilizo.

—Gracias por recibirme, doctor Mariod. Siento haberme perdido nuestra entrevista de ayer —continúo, esperando que no cambie de opinión y me mande a paseo.

Fijo los ojos en sus labios, con la intención de descifrar cada una de sus palabras. Si tengo suerte, podré comprender una de cada dos. Tendré que usar su lenguaje corporal y el contexto para deducir el resto.

—Por favor, llámame Sean. Estamos encantados de que te unas a nosotros. David habla muy bien de ti.

Esto me sorprende. No es ningún secreto que David y yo llevamos separados casi dos años y que no he sido la mejor de las esposas, pero es bueno saber que todavía puede encontrar algunas cosas buenas que decir de mí.

—Eres sorda —afirma el doctor Mariod sin preámbulos—. ¿O debería decir hipoacúsica? ¿Cuál es el término políticamente correcto que debe usarse hoy en día?

—Sorda o con problemas de audición parecen ser las etiquetas de moda —respondo. Antes de perder la capacidad de oír, yo también pensaba que lo correcto era decir hipoacúsico, pero después de surgir de mi miasma de alcohol, decidí informarme. Tras un poco de investigación, me enteré de que se puede ser sordo con s minúscula o Sordo con S mayúscula. Ser sordo significa que físicamente no puedes oír y ser Sordo significa que, culturalmente, te identificas con la comunidad Sorda. Como soy la única persona sorda que conozco, me considero sorda con s minúscula.

—No viniste a tu entrevista ayer —comenta el doctor Mariod, y se coloca las gafas de leer sobre la cabeza.

Respiro, impaciente por explicarme.

—Tenía toda la intención de asistir a la entrevista, pero tuve que colaborar en un asunto policial. Como testigo —agrego—. No pude escaparme a tiempo.

—La mujer del río —precisa el doctor Mariod—. Vi las noticias. Oí tu llamada al 911 en el programa de esta mañana. —Se me cae el alma a los pies. No es uno de mis mejores momentos, estoy segura. El doctor Mariod extiende una mano y me invita a sentarme. Tomo asiento, ansiosa por examinar cada centímetro de la oficina, curiosa por saber más sobre el amigo de la facultad de mi exmarido. Temo perderme lo

que dice, así que mantengo la mirada fija en sus labios delgados.

—Mantuviste muy bien la calma, dadas las circunstancias —continúa —. No mucha gente reaccionaría con tanta serenidad al toparse con un cadáver.

La interpretación que hace el doctor Mariod de mi llamada al 911 me sorprende, pero me complace. Mientras hablaba con el operador, sentí de todo menos calma y serenidad.

—Gracias.

—La mujer que encontraste. La mujer del río, ¿la policía ha podido identificarla? —inquiere—.

Sé que hay muchas posibilidades de que el doctor Mariod también conozca a Gwen, pero si la policía no ha anunciado oficialmente el nombre de la víctima, no seré yo quien lo haga.

—Que yo sepa, aún no lo han hecho.

—Es muy triste. No me lo puedo imaginar. —El doctor Mariod levanta una taza de café que deja tras de sí un anillo húmedo. Dice algo más desde detrás del borde de la taza y, al ver mi confusión, la baja—. Perdona. Te preguntaba cómo has aprendido a leer los labios. Lo haces muy bien.

—Más que nada por necesidad, supongo. Lo básico se aprende bastante rápido, pero eso no alcanza para mantener una verdadera conversación con alguien. Así que empecé haciendo un curso online.

El doctor Mariod levanta las cejas.

—No sabía que existiera algo así.

—Sí, fue muy útil —explico—. Vi una serie de vídeos, practiqué, hice exámenes. Pero no fue suficiente. También trabajo con una fonoaudióloga.

—David dice que eras una enfermera excepcional —señala el doctor Mariod, reclinándose en la silla.

—Todavía lo soy —replico, irritada por la descripción de mis habilidades en tiempo pasado—. Mi licencia está al día. Soy experta, fiable y buena con mis pacientes. Durante los últimos tres meses, he estado trabajando con mi fonoaudióloga en mi dicción, la

terminología médica y situaciones relacionadas con la atención a pacientes. Espero volver pronto a la enfermería.

—David tiene buen ojo para la gente —menciona el doctor Mariod—. Nos graduamos juntos. Y hemos estado en contacto desde entonces. ¿Te contó alguna vez cómo terminó ejerciendo la medicina en Mathias?

Me imagino que fue porque su exmujer, Trista, era de aquí, pero no pienso decirlo, así que meneo la cabeza.

—Yo me crie aquí y David vino a casa conmigo un fin de semana desde la Universidad de Iowa. Se enamoró de la ciudad. —Y de Trista, creo, pero no la menciona—. Dijo que un día se instalaría aquí y lo hizo. Un hombre de palabra —concluye el doctor Mariod.

—Sí —convengo en voz alta. Y añado para mis adentros, “excepto en lo que hace a la salud y la enfermedad”.

Sé que soy injusta. Hice pasar a David y a Nora por un infierno. Y aunque tengo claro que nuestro matrimonio está acabado, quiero que nos llevemos bien. Quiero ser parte de la vida de Nora.

—Nuestro centro ofrece diversos tratamientos contra el cáncer, incluida la quimioterapia, y es el único proveedor de radioterapia en los tres estados: más de veinticinco mil procedimientos al año —me informa el doctor Mariod, retomando nuestra entrevista—. Combatimos el cáncer de forma agresiva. —Tengo los ojos clavados en su rostro. Su pasión es fascinante—. Los pacientes tienen que estar dispuestos a confiar en mí, a confiar en mi personal. Solo así superarán la batalla. Llegan aquí desesperados por respuestas, desesperados por ayuda. Quieren que alguien les diga lo que hay que hacer para salvar su vida. Mi personal debe ser capaz de manejar los casos más difíciles y desgarradores y poder levantarse cada mañana y empezar de nuevo —explica con expresión de orgullo.

Me pregunto si estará casado y tendrá hijos. Echo un vistazo al consultorio en busca de fotos o dibujos hechos a mano. No hay nada. Su mundo se reduce a esta clínica.

—Entiendo —contesto—. Soy una persona fiable. Nada se interpondrá en mis responsabilidades profesionales. Nada —subrayo, por si ha llegado a sus oídos alguna historia de mis antiguas borracheras en público.

—Como enfermera sabes lo importante que es ser una presencia

reconfortante y tranquilizadora para los pacientes.

—Lo sé. Trabajé quince años como enfermera de urgencias y tres años como enfermera especializada en víctimas de agresión sexual.

Siento que mi confianza va en aumento. Puedo hablar durante horas de los casos que he visto en urgencias, de las mujeres y —aunque menos frecuentes pero no menos violentos— de los hombres víctimas de maltrato doméstico.

El doctor Mariod ladea la cabeza y me estudia pensativo.

—Puedes empezar el lunes. En este momento puedo ofrecerte veinte horas de trabajo a la semana. De ocho de la mañana al mediodía. Harás trabajo de oficina, archivando, procesando textos y cosas por el estilo. Por desgracia, no atenderás a pacientes. Pero tal vez lo hagas algún día. Ya veremos.

Se pone de pie, me sonríe y me doy cuenta de que tengo un trabajo. No de enfermera, pero al menos trabajaré en un entorno médico. Un paso en la dirección correcta.

—Gracias, doctor Mariod… Sean —me corrijo, agradecida, mientras me acompaña hasta la puerta del consultorio.

—Enhorabuena, Amelia. Me alegro de que te sumes a nosotros.

Paso por la oficina de Barb, que me hace rellenar el papeleo necesario y me entrega una hoja con un resumen de mi horario y las tareas de las que seré responsable. Me invade la ansiedad. Salvo el tiempo que paso con Nora y con Jake, me he vuelto bastante experta en evitar a la gente y las situaciones sociales. Ahora tendré que interactuar con una oficina llena de gente que no conozco y, por un momento, estoy segura de que todo esto es un gran error.

—¿Qué hay de los perros? —pregunto, pensando en Parche—. Tengo un perro guía que me ayuda con las tareas cotidianas. Se porta bien y es bueno con las personas. ¿Crees que el doctor Mariod se opondrá a que lo traiga al trabajo?

Barb duda, no sabe qué responder. He visto la misma mirada en otros cuando llevo a Parche a un lugar de trabajo. Algunas personas piensan que no son sitios para perros o simplemente no entienden lo importantes que son las mascotas de asistencia para sus dueños. Parche no es solo mis oídos, sino una presencia tranquilizadora en un mundo de oyentes al que ya no pertenezco.

Siento una mano en el codo y me giro para encontrar al doctor Mariod a mi lado.

—Por supuesto que puedes traer a tu perro. Cuantos más, mejor —leo en sus labios—. Solo trae el papeleo cumplimentado y te veré el lunes. —Le entrega una carpeta a Barb y me da unas palmaditas en el brazo antes de marcharse. Ahora entiendo por qué el doctor Mariod tiene tan buena reputación en la ciudad por su trato con los pacientes. Ni siquiera he empezado a trabajar y ya me siento parte del equipo. Alejo las dudas que David ha sembrado en mi cabeza. Tal vez esto funcione, después de todo. Quizá esto sea de verdad un nuevo comienzo para mí.

Capítulo 7

Siempre que tenía buenas noticias que compartir llamaba a David. Cuando terminé la formación y conseguí el trabajo de enfermera forense para la atención de víctimas de agresiones sexuales del condado, llamé a David. Cuando testifiqué en mi primer caso judicial que acabó con la condena de un violador, llamé a David. Cuando me nombraron Trabajadora de la Salud del Mes en Queen of Peace, llamé a David. Quiero llamarlo ahora, pero ha dejado claro que no le entusiasma que trabaje en el centro. En vez de hacerlo, decido ir a la comisaría para compartir mis buenas noticias con Jake y repasar mi historia sobre el hallazgo del cadáver de Gwen.

El Departamento de Policía de Mathias es como la mayoría de los edificios del centro: antiguo. Construida en la década de 1850, la Vieja Cárcel, como la llaman con cariño, está en las últimas. En la década de 1940, se incorporó un anexo a la estructura, pero la delincuencia en la zona creció con la población de Mathias y el edificio cerrará oficialmente dentro de unos meses, cuando se inaugure el nuevo Departamento de Policía de Mathias, a tres manzanas de distancia. La Sociedad Histórica de Mathias ya tiene planes para transformar la cárcel en un museo. Encuentro un lugar para aparcar en la calle, frente a la cárcel, y entro por la puerta principal. Prescindo del ascensor y subo las escaleras hasta el segundo piso, donde se llevan a cabo las tareas oficiales de la policía.

La temperatura dentro del edificio es tan fría como el aire fuera, a pesar del vapor que sale de los radiadores de hierro fundido que jalonan el pasillo. Detrás de una mampara de cristal, una recepcionista habla por teléfono. Una alfombra industrial de color carbón cubre las baldosas grises y desgastadas, y las paredes de color ceniza contribuyen a la sensación lúgubre del espacio. La recepcionista, vestida con un grueso jersey de lana, con la punta de la nariz enrojecida y aspecto desdichado, cuelga el teléfono y empieza a teclear en su ordenador. Sé que la oficina que Jake comparte con otros dos detectives está al final del pasillo y que podría pasar junto a la mujer sin que se diera cuenta, pero también sé que está mal visto.

Por fin, levanta la vista del ordenador.

—¿Puedo ayudarla?

—Vengo a ver al detective Jake Schroeder.

—¿Su nombre, por favor?

—Amelia Winn —respondo, y esto hace que me mire dos veces.

—Usted es quien encontró a la mujer en el río.

—Sí. —Intento parecer paciente—. El detective Schroeder me pidió que pasara para responder algunas preguntas más.

La mujer coge el teléfono, habla y, al cabo de un minuto, Jake asoma la cabeza por la puerta de su oficina y me hace señas para que me acerque.

—Earhart —me saluda por señas—. Pasa.

Me invita a entrar en una sala pequeña y estrecha con tres mesas, una cafetera, una pizarra portátil y una pared llena de archivadores desparejados. La habitación está vacía salvo por nosotros dos. Jake coge una silla de detrás de la mesa de su vecino y la acerca a la suya.

—¿Hay más noticias sobre Gwen? —pregunto mientras tomo asiento.

—La verdad es que han pasado muchas cosas. Marty Locke identificó ayer oficialmente el cadáver de su esposa, justo antes de que lo enviaran a Des Moines para la autopsia. Habrá una rueda de prensa dentro de una hora para hacer el anuncio.

Sigue siendo surrealista.

—No puedo creer que sea ella. ¿Ya sabéis cómo murió?

—Tiene una herida grave en la nuca —detalla Jake—. Y por la marca alrededor del cuello que vi cuando la sacamos del río, supongo que fue estrangulada.

Yo no noté ninguna herida en el cuello de Gwen cuando la encontré y, aunque sospecho que no ha muerto por causas naturales, es inquietante confirmarlo.

—¿Quién haría eso? —exclamo con incredulidad—. ¿Tenéis algún sospechoso? —No tengo ninguna intención de dejar de hacer senderismo en los bosques ni de pasear por la orilla del río, pero me sentiría mucho mejor sabiendo que quienquiera que mató a Gwen está bien guardado tras las rejas.

—El asesino…, apuesto a que fue el marido. Siempre es el marido. Sin embargo, tenemos varias cosas que hacer antes de poder arrestarlo, así que ni se te ocurra ir sola al río hasta que lo arrestemos, ¿me oyes? —me advierte.

No me gusta que me digan lo que tengo que hacer, de modo que hago como si no entendiera lo que dice y me quito el abrigo.

—¿Y la zapatilla que encontró Parche? ¿Era de Gwen?

—Creemos que no. Fue una de las primeras cosas que verificamos. Gwen usaba talla treinta y ocho y la zapatilla era una cuarenta. —Jake me estudia con curiosidad—. Ey, ¿por qué vas tan arreglada?

—Bueno, por una minucia llamada entrevista de trabajo —aventuro con timidez.

—¿En el centro oncológico? ¿Hoy? ¿Cómo te ha ido?

—He conseguido el empleo —anuncio con una sonrisa.

—Claro que sí. No lo dudé ni un segundo. —Jake se pone de pie, me coge de la mano y me hace girar sobre las ruedas de la silla. Imprime velocidad al movimiento, como cuando éramos niños y jugábamos en el tiovivo, solo que entonces su objetivo era hacerme caer al suelo.

Cuando se detiene, los dos estamos riendo y yo estoy mareada. Tardo unos segundos en estabilizarme y me duelen los músculos de las mejillas. Hacía meses que no sonreía así. Cuando salimos de la oficina, la secretaria enarca las cejas con complicidad y me dispongo a corregir su malentendido, pero me detengo. Que piense lo que quiera.

Jake me acompaña por el pasillo hasta la sala de juntas para mi interrogatorio de seguimiento con el intérprete jurado y paso la siguiente hora revisando todo lo que recuerdo de la mañana de ayer. No es menos desgarrador la segunda vez. Cuando terminamos, firmo mi declaración y Jake me acompaña hasta el coche.

—¿Por qué no lo celebramos esta noche? —sugiere una vez que estoy en el asiento del conductor y a punto de cerrar la puerta.

—¿Celebrar? —repito, para darme tiempo a procesar lo que está diciendo.

—Sí, celebrar tu nuevo trabajo. Podríamos salir, cenar algo. Ir a un sitio bonito.

Me mira esperanzado. Jake y yo somos amigos: vamos a clases de lenguaje de señas, vamos a ver un partido, o dos, de hockey por la tarde, incluso quedamos para comer de vez en cuando, por lo general una hamburguesa en algún bar de mala muerte cerca de la comisaría. Lo que no hacemos es ir a un sitio bonito. Sé que Jake pasa gran parte del tiempo conmigo por un sentido del deber. Jake y mi hermano Andrew están tan unidos como si fueran hermanos, y mis padres siempre han sido como padres sustitutos para Jake cuando los de él no estaban a la altura. Sé que por eso se siente obligado a cuidarme.

Cuando no respondo enseguida, da marcha atrás.

—Vale, en otra ocasión. —Da un golpecito en el techo de mi jeep con el puño cerrado—. Hablamos luego, Earhart. — Junta las manos y las estrecha con fuerza, el signo de felicitación.

Me quedo mirando cómo Jake gira la cabeza hacia ambos lados para ver si hay tráfico antes de cruzar la calle deprisa de vuelta a la comisaría. ¿Me ha invitado a salir a celebrar mi nuevo trabajo en calidad de amigo? Jake sabe que la mayoría de mis amigos me abandonaron cuando David lo hizo. Tal vez le ha dado pena que Parche sea mi única compañía, que no tenga a nadie más con quien compartir mis buenas noticias. Pero creo haber visto un destello de decepción en sus ojos cuando no he respondido. Me había pasado años esperando que Jake Schroeder mostrara algún interés en mí más allá de la amistad, pero siempre fui la hermana menor de Andrew, y luego apareció Sadie, y después David.

Ahora no están ni Sadie ni David.

Me alejo del bordillo y recorro tres manzanas antes de desviarme hacia el aparcamiento de una farmacia. Aparco, saco el móvil y, antes de que cambie de idea, empiezo a mandar un mensaje: “¿Qué te parece Lo Schiavio’s a las seis y media? Nos vemos allí”.

Espero lo que parece una eternidad con los ojos clavados en la pantalla. Por fin, me rindo y emprendo el viaje de veinticinco minutos de vuelta a casa. Tal vez esté interrogando al marido de Gwen o haya tenido que salir para atender otro asunto. Era ridículo esperar que respondiera mi mensaje en el acto. O, pienso cabizbaja, tuve mi oportunidad y él se pensó mejor eso de “salir a cenar en una cita de verdad”. O estoy loca y le estoy dando demasiada importancia a la invitación. Me decido por lo segundo y resuelvo que Parche y yo celebraremos por nuestra cuenta esta noche con una pizza, chocolate caliente sin Baileys y una buena novela de misterio.

Ninguna pizzería hace entrega a domicilio en mi casa en el medio de la nada, así que me detengo en un restaurante local y pido una pizza mediana de tacos con carne de ternera sazonada, lechuga, tomate, crema agria, tacos fritos y chiles jalapeños de los que te hacen llorar. Tardan unos veinte minutos en prepararla, de modo que me siento en un rincón oscuro del restaurante, bebo una Coca-Cola light y cojo un periódico abandonado, el Mathias Daily Miner. Aunque no se menciona el nombre de Gwen, la fotografía en la portada muestra el momento en que los sanitarios meten su cuerpo en la ambulancia. El llamativo titular en grandes letras negras dice: “Homicidio en Five Mines”. La historia ocupa toda la portada y continúa hasta la página tres. En un recuadro más pequeño está la transcripción de mi llamada al 911. Al igual que en la noticia en la televisión, no se menciona mi nombre, pero tengo la sensación de que no pasará mucho tiempo antes de que los medios descubran quién soy y llamen a mi puerta.

El texto cita a Jake, que ha explicado que, por tratarse de una investigación en curso, la policía no está en condiciones de dar a conocer detalles específicos del caso, pero puede afirmar que están siguiendo una serie de pistas. En una hora, su jefe anunciará al mundo que Gwen ha sido asesinada y que su marido es el principal sospechoso.

Pienso en lo que Jake dijo en su oficina. Siempre es el marido. Solo vi a Marty un par de veces, pero parecía tranquilo y amable. Sé que la madre de Gwen vive en la ciudad y que es probable que ella se quede a cargo de Lane si detienen a Marty. El artículo continúa enumerando una serie de teorías sobre quién podría ser el asesino: un marido, un novio, un vagabundo, un hombre o una mujer desconocidos que habían sido relacionados con dos homicidios similares en el norte de Wisconsin.

Una camarera se acerca con una caja de cartón y el aroma picante de los pimientos y la cebolla me llena la nariz y me produce ruidos en el estómago. Vuelvo a mi jeep, dejo la caja en el asiento del copiloto, arranco el motor y emprendo el camino de regreso a casa. No tardo ni dos manzanas en levantar una esquina de la caja y arrancar un trozo de pizza cuando siento que el móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco y sonrío al ver el mensaje de texto: “Nos vemos en Lo Schiavio’s”.

Capítulo 8

Me paro frente al ropero para tratar de elegir qué ponerme para cenar. Me niego a calificar esto de cita… Nada parece adecuado para la ocasión. Unos vaqueros y un jersey son demasiado informales, y un vestido da la impresión de que me estoy esforzando por demás. Me decido por una túnica sencilla, unas mallas y zapatos bajos.

A las seis, Parche se da cuenta de que saldré de casa sin él y no le hace ninguna gracia. Dos veces en un día es un récord. Levanta la nariz ante la porción de pizza de tacos que corto y pongo en su plato de comida como ofrenda de paz y ni siquiera me mira cuando le acaricio las orejas y me despido.

Jake me está esperando en la entrada y me sonríe, y experimento un aleteo para nada desagradable en el estómago.

—Estás muy guapa —me dice por señas.

—Supongo que este es el aspecto que debe tener una persona con trabajo —respondo.

Alojado en el interior de un edificio alto, Lo Schiavio's tiene el mejor ambiente y la mejor comida de la ciudad. Es un auténtico restaurante italiano, que pertenece a una familia que emigró a Estados Unidos justo antes de la Segunda Guerra Mundial. Claudio y Serafina Lo Schiavio abrieron el restaurante a finales de los años cincuenta y desde entonces ha sido una institución en Mathias. Aunque Serafina murió hace unos años, las hijas de Lo Schiavio se han hecho cargo. Es frecuente encontrar a Claudio sentado en la barra charlando con los clientes habituales, pero hoy no está allí. Las paredes de ladrillo visto están cubiertas de fotografías enmarcadas en blanco y negro de los primeros años de Claudio y Serafina en la costa de Amalfi, y las vigas de madera que atraviesan el techo están rodeadas de guirnaldas de luces centelleantes. Las mesas están revestidas con manteles de lino e iluminadas con velas. Los eficientes camareros vestidos con pantalones negros y camisas blancas se mueven con elegancia entre las mesas, llenando copas de agua y de vino.

Aunque ya no puedo oír la música, sé que siempre suena una melodía de fondo suave: óperas italianas como La Bohème y Aida y tenores como Pavarotti y Bocelli. En tiempos mejores, cuando David, Nora y

yo íbamos a Lo Schiavio's, Nora siempre nos entretenía moviendo los labios en su interpretación sincronizada de That's Amore. Hoy en día, mi percepción del sonido se limita a los ecos que viajan por el aire, el agua y los sólidos. Puedo sentir el estallido de un trueno, el estruendo de la música alta y el golpe de una puerta cuando vibran en mis huesos. De vez en cuando, me siento en el coche, subo el volumen de la radio al máximo, apoyo las manos en el salpicadero y siento el pulso de la música contra mi piel.

Intento alejar los fantasmas que a veces me asaltan como recuerdos de sonidos mientras nos guían a Jake y a mí por dos tramos de escaleras, entre barriles de vino y estanterías llenas de aceite de oliva, y nos sientan en un rincón en penumbra. Sé de inmediato que esto puede ser un problema. Es difícil comer y hacer señas al mismo tiempo, y si no puedo ver con claridad los labios de Jake, no habrá forma de que podamos mantener una conversación. Como siempre, él parece leer mi cara de preocupación. Se pone de pie, recoge media docena de velas votivas pequeñas de las mesas desocupadas y las coloca de manera estratégica sobre la nuestra. Funciona, y el conjunto de llamas me basta para descifrar las palabras de Jake.

—Brillante —lo elogio mientras se acomoda en su silla. Jake rechaza el cumplido con un gesto de la mano y abre el menú.

—Recuerda que estamos aquí para celebrar tu trabajo nuevo y no mi evidente e incomparable inteligencia.

—Vale —me río.

Cuando aparece la camarera, mira con curiosidad las velas que iluminan nuestra mesa.

—Para animar el ambiente —comenta Jake, con los ojos fijos en mí y una enorme sonrisa en el rostro.

Como siempre, no sé si habla en serio o en broma. Conozco a Jake desde siempre y sigue siendo el mismo chico guapo de sonrisa pícara. Solía practicar cuatro deportes en la escuela: fútbol, baloncesto, atletismo y béisbol. Alto y macizo, sigue estando más que en forma para tener cuarenta y cinco años, aunque yo nunca se lo diría.

La camarera pregunta si queremos probar el vino de la casa. Siento que me ruborizo. No sé por qué me da vergüenza. Jake sabe todo sobre mi problema con la bebida; de hecho, fue él quien me dio una patada en el culo para que la dejara.

—Yo quiero una botella de agua —pide. Yo hago lo mismo.

—No tenías por qué hacerlo —menciono cuando la camarera está fuera del alcance del oído.

—Lo sé. —Jake despliega la servilleta y la pone sobre el regazo—. Lo hice por mí. Hasta que no se resuelva este homicidio, tengo que estar cien por cien sobrio.

—He leído en el periódico que dijiste que puede haber un arresto pronto —digo cambiando de tema. Jake asiente—. ¿El marido de Gwen Locke? —agrego, y la expresión de su cara lo confirma.

La camarera regresa con el agua y nos deja hojeando el menú durante unos minutos. No tengo mucha hambre, pero la comida aquí es increíble.

—El cielo es el límite, Earhart —precisa Jake—. Ahora tienes un trabajo remunerado, así que puedes permitírtelo. —Vale, cualquier sospecha de que esto fuera una cita acaba de desvanecerse. Supongo que esta noche cada uno pagará lo suyo. No sé si me siento aliviada o decepcionada—. Además… —añade y me aprieta la mano en un gesto amistoso—, te lo mereces.

—Claro que me lo merezco —coincido completamente—. Joder, sí que me lo merezco. —Jake le hace una seña a la camarera y nos toma nota. Unos minutos después, nos trae pan de ajo y ensalada.

—Me imagino que debe de ser un gran alivio haber resuelto este homicidio —aventuro—. Sé que dormiré mucho mejor sabiendo que el responsable está entre rejas. —Detecto un ligero recelo en el rostro de Jake. Es casi imperceptible, pero le conozco desde hace mucho y sé cuándo algo no está del todo bien—. ¿Qué? —pregunto—. Dijiste que esta noche ibais a arrestar a Marty Locke. ¿No estás convencido de que haya sido él?

Jake muerde otro trozo de pan, lo mastica y se lo traga antes de contestar.

—En realidad lo llevaremos a la comisaría para volver a interrogarlo. Dice que estaba de viaje por trabajo cuando Gwen desapareció. La niña pasó la noche con una canguro porque Gwen tenía que hacer un turno doble en Queen of Peace. Según la madre de Gwen, estaban pasando por una mala racha y Gwen hablaba de una separación temporal. Además, encontramos el coche de ella abandonado. Las únicas huellas que hay en el interior pertenecen a Gwen y a Marty.

—¿En algún lugar cerca del muelle? —pregunto, pensando en mi teoría de que quienquiera que matase a Gwen la transportó por el río.

—En absoluto. Un agente de tráfico lo encontró a un lado de la carretera al norte de la ciudad.

—Pero… —empiezo, y sé que hay algo que no le cuadra a Jake.

—Pero tengo la sensación de que hay algo más. Por mi experiencia, un tipo que está muy cabreado con su mujer, lo bastante cabreado como para matarla, no lo hace de forma tan… tan metódica. El cuerpo casi no tenía marcas.

—¿Y la herida en la nuca?

—Según el forense, eso solo la habría aturdido —explica—. La causa oficial de muerte es asfixia por estrangulamiento.

—O sea, que crees que si Marty hubiera matado a su mujer la habría golpeado o apuñalado. Estrangular a alguien me parece algo bastante íntimo, y muy desagradable —concluyo.

—Sí, pero es más que eso. Y esto debe quedar entre estas cuatro paredes. —Acerca un poco más su silla—. Un tipo que estrangula a su esposa o a su novia utiliza las manos o tal vez un objeto que encuentra a su alcance: un cinturón, una bufanda. Pero este tipo usó otra cosa. —Se toca el cuello—. Las marcas alrededor de la garganta… Aún no hemos podido determinarlo.

—Muchos maridos son culpables de homicidio premeditado. ¿Qué te hace pensar que el de Gwen podría ser inocente? ¿Qué dice tu jefe?

—Mi jefe quiere que arresten al responsable y, en este momento, todas las pruebas apuntan al marido. No sé si es inocente o culpable. Solo digo que por los resultados iniciales de la autopsia, Gwen Locke no solo fue estrangulada. Fue estrangulada, reanimada, y luego estrangulada otra vez. Y otra.

Se me revuelve el estómago.

—¿La torturaron? ¿Por qué?

—Sí, la torturaron —afirma Jake por señas—. Quizá tenía alguna información que el asesino intentaba sonsacarle. No lo sé. —La luz de las velas que están sobre la mesa proyecta sombras veteadas sobre el rostro de Jake. Parece exhausto y me doy cuenta de lo mucho que le

pesa este caso. Miro a mi alrededor. La camarera sube los escalones con la bandeja cargada con nuestros platos de comida y los deja delante de nosotros. Espero a que se vaya antes de volver a hablar.

Odio hacer la siguiente pregunta, pero he trabajado demasiado tiempo como enfermera como para no hacerlo.

—¿Hubo abuso sexual?

—El informe inicial no fue concluyente. Es difícil de decir a primera vista. La encontraron desnuda. Eso sugiere un componente sexual, pero no tenía hematomas ni traumatismos visibles. Le están haciendo más pruebas y tomando muestras de ADN. Pero los resultados tardarán un poco.

Según mi experiencia, los resultados de ADN nunca llegan lo bastante rápido, y aunque un caso sea de alto perfil, recibir cualquier tipo de informe podría tardar más de una semana.

—Si no fue por motivos sexuales, ¿por qué supones que la mataron de esa manera?

Jake piensa un momento y luego hace las señas de cuatro de las palabras más escalofriantes en cualquier idioma, y más aún de la lengua de señas. Avaricia. Odio. Venganza. Maldad.

—De modo que crees que quien mató a Gwen no quería necesariamente violarla, sino que deseaba hacerla sufrir, castigarla por algo que pudiera haber hecho. —Pienso en lo que sé de mi antigua amiga. Podía ser testaruda cuando se trataba de defender a un paciente, y a algunos les caía mal, pero siempre tenía en mente los intereses de las víctimas. No podía imaginar que alguien quisiera herirla con tanta brutalidad.

—Estoy abierto a lo que sea, pero si los resultados finales de la autopsia no muestran pruebas de agresión sexual, mi conjetura es que Gwen Locke hizo algo que cabreó mucho a alguien, y matarla una vez no fue suficiente. Él…, o ella, la dejó fuera de juego de un golpe en la cabeza y luego la llevó al borde de la muerte una y otra vez estrangulándola. —Jake coge el tenedor y empuja la comida que tiene en el plato. Creo que los dos hemos perdido el apetito.

Asimilo ese escenario. El terror de mirar con fijeza a los ojos de alguien que intenta dejarte sin aire en los pulmones ya es bastante malo. Pero ¿por qué alguien aflojaría la cuerda, te dejaría recuperar el aliento y luego tiraría de ella una y otra vez? Es casi inimaginable.

Pero también lo es ver un coche que se acerca a toda velocidad y saber que no hay ningún lugar adonde huir.

Imágenes de faros brillantes y una luna llena cruzan por mi cabeza. El sonido de las cigarras, el chirrido de los neumáticos y los gritos de Stacey Barnes están fuera de mi alcance. Casi puedo recordar cómo suenan, aunque haría cualquier cosa por olvidarlo.

Jake agita la mano delante de mi cara para tratar de captar mi atención.

—Lo siento —me disculpo.

—Dilo de una vez, Earhart —me urge por señas. Y no puedo evitar sonreír. Jake siempre parece saber cuándo quiero decir algo incluso antes que yo.

—Sé que va a parecer una locura, pero no puedo evitar pensar que quizá haya una conexión entre mi accidente y el homicidio de Gwen. —Jake no me dice que estoy loca, así que continúo—. Para empezar, las dos somos enfermeras especializadas en víctimas de abuso sexual y las dos ayudamos a encerrar a algunos tipos muy peligrosos gracias a las pruebas que recogimos.

—No lo sé. —Jake sacude la cabeza—. Tú y la otra víctima…

—Stacey Barnes —le recuerdo. No quiero que nadie olvide su nombre. Sé que yo nunca lo haré.

—A Stacey Barnes y a ti os atropelló un coche y a Gwen la golpearon y la estrangularon. Dos modus operandi muy diferentes. —Jake parece escéptico.

—Sé que es inverosímil, pero la cuestión es que, por las marcas de derrape en el lugar del accidente, tus amigos polis determinaron que el coche aceleró antes de atropellarnos intencionadamente. No estoy diciendo que sea la misma persona, quizá solo el mismo tipo de persona: un violador o un novio o un marido maltratador en busca de venganza.

—O algún friki que siente atracción por las enfermeras guapas —completa Jake, haciendo la seña de guapa con un gesto llamativo.

—Sí, claro —contesto, riéndome—. Es probable que no tengan nada que ver. Era solo una idea.

Pero no puedo evitar pensar que tal vez podría haber algún tipo de conexión. Quizá un caso antiguo; tal vez el comentario de mal gusto de Jake sobre un loco suelto que tiene como objetivo a las enfermeras no sea tan descabellado.

—Intenta no preocuparte. Seguro que fue el marido, siempre es el marido. Averiguaremos quién lo hizo.

Quiero creerle, pero la policía todavía no ha averiguado quién conducía el coche que nos atropelló a Stacey y a mí, y cada vez que cruzo una calle, no puedo evitar mirar dos veces.

Las velas empiezan a parpadear y a consumirse una por una y nuestra conversación gira hacia temas menos profundos. Le pregunto si ha hablado con Andrew hace poco y si por favor podría avisarle que esta vez le tocaba a él venir a visitarme. En realidad, me tocaba a mí ir a Denver, pero no me he animado a viajar desde que perdí la audición. Hablamos de Parche y de Rookie como si fueran nuestros hijos y para cuando llega el postre, la tensión se ha desvanecido y estamos más relajados.

Discutimos sobre la cuenta, pero Jake gana.

—La próxima vez invito yo —declaro, gratamente sorprendida de que él pague. Por lo general, lo hacemos a medias. Y Jake no protesta, así que quizá haya una próxima vez.

Recogemos nuestras bolsas con las sobras y salimos. La luna es un círculo helado contra un cielo azul marino. El aire está fresco y quieto, como si estuviera escuchando lo que podría venir a continuación. Huele como si fuera a nevar y una emoción infantil me invade el pecho. Siempre me ha gustado la primera nevada del año. Nos detenemos junto a mi coche y Jake me sostiene la bolsa de comida mientras abro las puertas.

—Gracias por una noche estupenda —murmuro—. Me hacía falta.

El rostro de Jake está a escasos centímetros del mío, y esboza esa media sonrisa que ha tenido la capacidad de hacer que se me aflojen las rodillas desde que era una niña.

—Yo también me lo he pasado muy bien —responde por señas, y abre la puerta del lado del conductor—. Mándame un mensaje cuando estés en casa para que sepa que has llegado bien, ¿vale?

—Sí, sí. —Lo saludo con los dos dedos—. Buena suerte esta noche —

añado con tono más serio.

—Gracias. La justicia siempre prevalece, ¿verdad? —me pregunta mientras me acomodo en el asiento.

No respondo, porque ambos sabemos que la vida no siempre es justa. La muerte de Sadie no fue justa, la forma en que perdí la audición y luego mi matrimonio no fue justa. Y, joder, que asesinaran a Gwen Locke tampoco fue justo.

Son las nueve cuando llego a casa y me quedo sentada en el coche durante diez minutos con el motor encendido antes de armarme de valor para bajarme. Odio tener miedo de mi propio jardín. Odio que alguien tenga este poder sobre mí. Cuento hasta tres, abro la puerta del coche, me apresuro por el sendero de entrada y subo los escalones como una niña que salta bajo las sábanas antes de que el hombre del saco salga de debajo de la cama para atraparla. Abro la puerta con manos temblorosas y encuentro a Parche tumbado en el mismo sitio donde lo dejé. Me ignora durante unos veinte segundos antes de que le pique la curiosidad por saber qué hay en la bolsa de comida.

—Espera —le digo—, primero tienes que salir.

Estar fuera con Parche no me da tanto miedo, pero no lo pierdo de vista. Recuerdo que le prometí a Jake que le avisaría de que había llegado bien a casa, así que le envío un mensaje y luego Parche y yo volvemos a entrar.

En la cocina, Parche me observa mientras corto las sobras del filete que he traído del restaurante en trozos del tamaño de bocados.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras retiro el trozo de pizza de su plato y lo sustituyo por el filete—. Así que la pizza de tacos no es lo bastante buena para ti, ¿eh? —El filete casi ni llega al fondo del plato antes de que Parche lo engulla—. Más despacio, te vas a atragantar.

Me siento frente al ordenador y me paso la siguiente hora practicando lectura de labios viendo episodios de Nurse Jackie online. La terminología médica multisilábica es matadora a la hora de leer los labios.

Todavía me cuesta creer que el lunes por la mañana estaré trabajando en la clínica. No como enfermera, todavía, pero es cuestión de tiempo. Ya llegará. Sé que debería llamar a David y contarle que he conseguido el empleo, pero todavía estoy un poco molesta por su comentario sobre que alguna vez fui una buena enfermera. Supongo

que no puedo culparlo. Por mucho que odie admitirlo, tuve un problema con la bebida. Tengo un problema con la bebida. Interfirió en todos los aspectos de mi vida, sobre todo en mi matrimonio.

Puede que David no me quiera como antes, pero sabe que soy una gran enfermera. Como me resultaba imposible imaginar un mundo en el que pudiera ser sorda total y también enfermera, me volqué a la bebida. Mucho. Al principio, me las arreglaba bastante bien para beber solo después de que Nora y David se fueran a la cama. Durante un tiempo, David durmió conmigo, pero me costaba conciliar el sueño. El silencio y la oscuridad me llenaban de una ansiedad paralizante y me asaltaban ataques de sudor repentinos, el corazón me latía con fuerza hasta que me mareaba y tenía que encender la luz. Con el horario agotador en el hospital, David necesitaba cada minuto de sueño posible, así que bajaba a la habitación de huéspedes y me dejaba sola con las luces encendidas y una botella de vino.

Miro el teléfono. Es probable que sea demasiado tarde para llamarlo, pero marco antes de cambiar de idea.

“¿Diga?”, se lee en la pantalla.

—Hola, David, soy Amelia. ¿Es demasiado tarde?

“No, no. Nora se ha ido a dormir a casa de una amiga. Y yo estoy poniéndome al día con el trabajo”.

Nora es una niña peculiar que a veces no sabe muy bien cómo comportarse con sus compañeros, así que me alegra mucho saber que está pasando un rato con una amiga.

“Sí, al parecer van a pedir pizza y hacer un maratón de películas. Nora estaba entusiasmada”.

—Suena divertido —contesto, deseando estar allí para ver a las dos niñas acurrucadas en sus sacos de dormir, con los peluches en los brazos, riéndose de la película que estuvieran viendo, con un bol de palomitas entre ellas—. Oye, quería que supieras que hoy me he reunido con el doctor Mariod. Empiezo el lunes.

“Eso es genial, Amelia”, dice David. “Me alegro por ti”.

Ojalá pudiera oír su voz. Me pregunto si hay calidez y orgullo en ella o si solo es correcto y educado. Ha dejado muy claro que no le parece buena idea que yo trabaje en la clínica.

—No trabajaré con pacientes, pero quién sabe, ya tengo un pie dentro. Yo… solo quería darte las gracias. Sé que podrías haberle dicho al doctor Mariod que no me contratara y no lo hiciste. Te lo agradezco sinceramente.

“De nada”, responde y me quedo esperando que diga algo más, pero no lo hace. No sé qué esperaba. Quizá un “sabía que lo conseguirías” o “tienen suerte de tenerte”. Pero me conformaré con lo que sea.

—Vale —agrego—. Cuando vuelva Nora salúdala de mi parte y dile que la llamaré.

Cortamos y noto que me sudan las manos. ¿Acaso voy a tener un ataque de ansiedad cada vez que tenga una conversación con David? Pero también siento otra cosa. Estoy emocionada. Tengo un trabajo. Y quién sabe, quizá pueda volver a trabajar con pacientes. Tiene que haber enfermeras sordas por ahí. Les demostraré a David y al doctor Mariod y a todos los demás que la enfermería es lo mío. Nací para eso.

Capítulo 9

El domingo amanece brillante y soleado y la locura de los últimos días parece un mal sueño, pero sé que no lo es. Espero con impaciencia la tranquilidad y la soledad del fin de semana que se extiende ante mí. Pero tengo un pequeño asunto pendiente del que ocuparme. Debo ir a hacer las paces con mi vecino.

En lugar de hacer cuadraditos de limón para Evan, encuentro un paquete de galletas con pepitas de chocolate para hornear en el fondo del congelador, detrás de unos guisantes congelados y una botella de vodka de la que me había olvidado. Meto las galletas en el horno y tiro el vodka por el fregadero.

Veinte minutos después, con un recipiente de plástico lleno de galletas todavía tibias y una nota de agradecimiento pegada en la tapa, Parche y yo salimos al sol de noviembre. El cielo es de un azul difuso detrás de los árboles desnudos cuyo follaje forma una alfombra mullida bajo mis pies. Tengo puesta una parka bastante abrigada y aunque mi aliento sale en bocanadas blancas, intuyo que para el mediodía me resultará demasiado calurosa.

La verdad es que sería una mañana preciosa para salir con el kayak a Five Mines. He descubierto que, siempre que lleve la ropa correcta, el río es mi patio de recreo perfecto sin importar el clima. Si Jake logra probar que el marido de Gwen es el culpable, entonces recuperaré el río. Sé que suena insensible, pero después de haber perdido tanto, sobre todo debido a mis propias decisiones estúpidas, a veces siento que Five Mines es lo único seguro que me queda.

—Confío en que no salgas corriendo —le advierto a Parche que, por el momento, se mantiene, obediente, a mi lado. A medida que nos acercamos, veo que el cobertizo de Evan está cerrado. O no tiene ningún cliente programado para este domingo por la mañana o todo el mundo ha cancelado las excursiones. Teniendo en cuenta el buen ritmo de trabajo que ha tenido Evan hasta ahora, supongo que todos sus clientes, asustados por el hallazgo del cadáver de Gwen, las han cancelado.

Parche y yo subimos los escalones de piedra hacia la casa de Evan. Cuando llegamos a la cima del risco, estoy sin aliento y sudando. No me extraña que Evan suba y baje a sus clientes en quad. Hacerlo a pie

es todo un ejercicio. La casa es hermosa. De dos pisos de altura y hecha de troncos tallados del color de la miel, piedra y cristal, es asquerosamente grande, pero, cosa extraña, resulta acogedora.

Llamo a la puerta doble, pintada de un verde esmeralda intenso. Nadie contesta. Retrocedo y alzo la vista hacia las ventanas del segundo piso. Evan aparece y nos mira fijamente. Los vestigios de su pelea con Bennett y Cole son evidentes en su rostro. Tiene un buen corte encima de la ceja, la mejilla raspada y un ojo hinchado y amoratado. Hago una mueca y lo saludo con la mano. Se aleja de las ventanas y espero unos minutos más a que baje a la puerta. No lo hace. No puedo culparlo. Yo tampoco querría hablar conmigo. Dejo el recipiente de galletas junto a la puerta y Parche y yo bajamos el risco de regreso a casa.

Tal como predije, la temperatura ha subido de forma considerable y decido que no voy a dejar que nada me mantenga alejada de Five Mines. Es un día maravilloso para dar un paseo en kayak y pienso hacerlo. He perdido demasiado tiempo escondiéndome del mundo, de mí misma. Bueno, ya no más. Tengo a Parche y él cuidará de mí.

Después de almorzar, me pongo los pantalones y la chaqueta impermeables y saco el kayak para dos personas del cobertizo. Con Parche a mi lado, lo arrastro hasta la orilla del río. Le pongo a Parche un chaleco salvavidas hecho expresamente para perros, ya que hoy nos adentraremos en aguas mucho más profundas. No tengo intención de volver a la escena del crimen.

La corriente es rápida y solo tengo que usar el remo para mantener el kayak mirando al frente. Por extraño que parezca, Parche se contenta con permanecer sentado en el asiento delantero. Todavía debe de estar agotado de su escapada de medianoche. Destellos plateados se deslizan debajo de la superficie del agua. Carpas o mojarras azules. Pienso en todas las demás criaturas que nadan debajo de nosotros. Nutrias, bagres de canal y sábalos de molleja. Otro mundo, y me pregunto si será tan silencioso como el mío.

No tardamos en acercarnos a Bishop's Island, una extensión de terreno boscoso de unos tres kilómetros de largo y un kilómetro de ancho. Si voy hacia la izquierda, acabaré en el lugar donde encontré a Gwen; si voy a la derecha, no. Voy a la derecha. Este circuito del río es más transitado que el que suelo tomar y veo varios botes de pesca y algunos kayakistas más. Después de remar veinte minutos, me detengo en una playa de arena y dejo que Parche estire las patas y corra.

Casi tengo miedo de lo que pueda encontrar, pero lo único que me trae es un palo cubierto de algas que le lanzo una docena de veces para que lo vaya a buscar. Me pregunto cómo le habrá ido anoche a Jake con el interrogatorio de Marty Locke y si habrán arrestado a alguien.

Miro mi teléfono, pero no tengo ningún mensaje suyo. Estoy un poco decepcionada. He reproducido nuestra cena una y otra vez en mi mente y, por mucho que me he dicho que no lo era, me ha parecido una cita de verdad. Es estúpido, lo sé. Solo somos amigos. Siempre hemos sido solo amigos. Pero los dos estuvimos relajados, no sé, a gusto. Odio este limbo en el que estoy. Casada, pero separada. A veces me gustaría que David se decidiera. Que yo me decidiera. Que pudiera decir a la mierda, se acabó. Pero entonces correría el riesgo de no volver a ver nunca más a Nora.

No debería sorprenderme que Jake no me haya enviado un mensaje. Aunque sea domingo, sé que los detectives no trabajan de lunes a viernes de nueve a cinco. Está en medio de una investigación por homicidio. Está ocupado. Seguro que se ha pasado la noche despierto y está agotado.

Llamo a Parche, que ha estado cavando un agujero en la arena. Vuelve corriendo hacia mí y se sacude, lanzándome los granos de arena gruesa que se han juntado en su pelo mientras jugaba. Lo hago subir al kayak y empujo la canoa hacia el agua salobre antes de subir yo también. Ir río arriba en el kayak es mucho más difícil que hacerlo río abajo, y por eso he recorrido una distancia corta. Esto también explica el éxito de las empresas de equipos como la de Evan. Él alquila los kayaks y, más tarde, se reúne con sus clientes río abajo en un vehículo grande, ata los kayaks al techo y luego lleva a los clientes de vuelta hasta sus coches.

Mis músculos se tensan contra la presión de la corriente, pero el esfuerzo me hace sentir bien. Cuando llego a la isla, me arden los brazos y aún me queda un buen trecho hasta llegar al muelle de mi casa. Puede que hoy haya subestimado la corriente y sobrestimado mis habilidades con el kayak. Lo último que quiero es pasar por el mismo lugar donde encontramos a Gwen, pero a este paso, tardaré el doble si tomo la ruta alternativa.

—Debo de estar loca —le digo a Parche mientras empujo el remo en el agua y me dirijo hacia el canal trasero al que siempre, al menos en mi mente, me referiré como el de Gwen.

Quiero llegar a casa lo antes posible, pero a medida que nos acercamos al lugar donde Parche descubrió a Gwen, dejo de remar. No estoy segura de lo que creo que podría encontrar. Imagino que la policía y el equipo forense han registrado toda la zona con meticulosidad y han recogido cada trozo de papel, cada lata, cada objeto fuera de lo común como posible prueba.

No me considero mejor que la horda de periodistas que recibió los restos de Gwen en el puerto, pero no estoy aquí por curiosidad morbosa, de eso estoy segura. No sé por qué me atrae este lugar.

La necrológica publicada online decía que el funeral de Gwen se celebraría el martes por la mañana. La foto que acompañaba el anuncio podría ser la foto de carnet de Gwen del Queen of Peace. Es una foto de la cara de una Gwen sonriente y con bata de hospital. Se la ve sana y feliz.

No he decidido si asistiré o no al funeral. Una parte de mí quiere tener la oportunidad de ver que Gwen es enterrada rodeada de amigos y familiares y no desechada como un trozo de basura en el Five Mines. Una parte de mí cree que no tengo derecho a asistir al funeral.

Tengo un recuerdo vago de que Gwen vino a verme al hospital. David me dijo que había llamado varias veces para visitarme cuando estaba convaleciente en casa, pero no quise atenderla. Me envió una tarjeta rogándome que la llamara, que hablara con ella. Recuerdo que la leí y la tiré a la basura con todas las demás. No quería la compasión de nadie, no quería que la gente me tuviera lástima.

Las últimas hojas de los árboles se agitan temblorosas sobre mí, como si un buen susto pudiera hacerlas caer. Río arriba, la gran garza azul, mi vieja amiga, camina despacio por el río con el agua a la altura del vientre y con su corona de plumas blancas y negras a rayas mientras escudriña el agua con majestuosidad en busca de peces. Levanto la vista y observo su nido de palos voluminoso en el árbol sobre mi cabeza. Esta ave podría ser el único testigo de lo que ocurrió aquí hace unos días. ¿Habrá visto a alguien arrojar a Gwen al río? ¿Habrá presenciado el momento mismo del asesinato?

Mi respiración se acelera a medida que el kayak se acerca al revoltijo de ramas caídas que sujetaron a Gwen a tierra e impidieron que se la llevara el río. Parche nota mi ansiedad y se incorpora. Su cuerpo se tensa y me estiro para acariciarle la cabeza y hacerle saber que está todo bien, pero me ignora. Sigo la dirección de su mirada y mis ojos se topan con los de un hombre de pie en la orilla fangosa, cerca de donde

yacía el cuerpo de Gwen. Casi calvo y de corpulencia mediana, viste una camisa abotonada y pantalones caquis. No está vestido para hacer senderismo, de eso no hay duda.

La expresión de su rostro refleja la mía. Primero sorpresa, luego miedo. Está tan sorprendido de encontrarme allí como yo de encontrarlo a él. Como un imán, la corriente arrastra mi kayak hacia él. Su expresión cambia una vez más. Sus ojos se endurecen y se estrechan en una mirada helada. Con un golpe suave, mi kayak choca contra el matorral de ramas caídas que me separa por menos de cinco metros del hombre que está en la orilla. Oculto por la maraña de juncos marrones, algo brilla en su mano derecha y lo arroja al suelo. ¿Un cuchillo? ¿Una pistola?

Parche empieza a ladrar y chasquea la mandíbula de forma salvaje. Se levanta de su asiento con las patas delanteras sobre la cubierta. El kayak se balancea y el movimiento me incita a actuar. Uso el remo para empujar contra las ramas caídas, impulsando el kayak hacia atrás y haciéndolo girar. Cuando por fin consigo controlarlo y orientarlo de nuevo hacia la orilla, el hombre ha desaparecido.

Permanezco sentada cinco minutos y trato de recuperar el aliento mientras escruto la orilla en busca de algún rastro del hombre. ¿Cómo llegó hasta allí? ¿Subió por el sendero o llegó en bote? Pienso en que alguien intentó entrar en mi casa y no puedo evitar preguntarme si tal vez no fue una falsa alarma. Si este hombre no estaría involucrado. Parche ha recuperado su docilidad habitual, así que sé que el hombre se ha ido hace rato. Sé que debería coger el remo y volver a casa, pero me gana la curiosidad y me dirijo con cautela a la orilla. Con Parche a mi lado, voy hacia el lugar donde creo que el hombre dejó caer lo que llevaba en la mano.

Primero lo huelo. Un olor embriagador e intenso que me recuerda al perfume de mi abuela. Allí está, pálido, blanco y delicado. Ni un cuchillo ni una pistola. Un ramillete de flores blancas de tallo largo envueltas en papel de seda plateado. Calas.

Le envío un mensaje a Jake para contarle que he visto a un hombre y lo que he encontrado. Me responde enseguida preguntándome qué demonios hago en la escena del crimen.

“Navegando en kayak con Parche”, le respondo. “Pensé que no habría problema. Dijiste que seguro había sido el marido”.

Me imagino a Jake meneando la cabeza con exasperación.

“No dije eso. Dije que lo íbamos a interrogar. Además, tuvimos que dejarlo ir”.

Miro a mi alrededor con nerviosismo. ¿De verdad volvería el asesino a la escena del crimen y dejaría flores?

“¿Quién crees que dejaría flores? ¿Cómo iban a saber exactamente dónde dejarlas?”.

Mi pantalla se queda muda un momento antes de que aparezca la respuesta de Jake.

“Podría ser cualquiera. Un amigo, un familiar. Pronto el lugar estará lleno de flores y peluches y fotos de Gwen”.

“¿No vas a venir a verlas? Podrían significar algo”.

“Significa que alguien la quería. ¡VETE A TU CASA!”.

Suelto un suspiro de frustración. Es muy extraño que un hombre que no sea el marido de Gwen venga hasta aquí para depositar flores en el lugar donde murió. A Jake no se lo pareció, pero yo soy un poco más escéptica. A pesar de que los medios informaron del lugar aproximado donde encontraron a Gwen, no es fácil llegar hasta aquí. Quienquiera que lo haya hecho debía sentir un gran cariño por ella. Tomo una foto rápida del ramo antes de volver a meterme el teléfono en el bolsillo y llamar a Parche para que regresemos al kayak.

Sé que Gwen tiene hermanos que viven fuera del estado y me pregunto si habrán llegado ya a la ciudad. Y si lo han hecho, ¿irían directos al lugar donde encontraron su cuerpo? No lo creo, pero tal vez me sentiría diferente si hubieran matado a Andrew o a mi padre. Todos los años llevo flores a la tumba de mi madre el Día de la Madre y en su cumpleaños. Quizá si asesinaran a un ser querido sería la primera persona en llegar al lugar de su muerte con un ramo de lirios blancos como la nieve.

Cuando llegamos al muelle de casa estoy sudando, me duelen los músculos y me falta el aire. Y eso que el aire olía a nieve. Otra falsa alarma. Típico tiempo de Iowa.

Parche salta a la plataforma de madera y se dirige hacia la casa mientras yo salgo del kayak. Lo saco del agua con dificultad y, como me enseñaron, para no forzar la espalda, doblo las rodillas, cojo el borde lateral del kayak con una mano y me lo subo al hombro. Al colocar el brazo dentro de la cabina, apoyo el kayak a lo largo de la

espalda sin dejar que todo el peso descanse sobre mi hombro.

El éxodo del otoño me entristece. Durante años, soñé con emprender algún día una travesía de larga distancia en kayak por el Mississippi. David y yo solíamos hablar de eso. Él y Nora serían los integrantes de mi equipo en el viaje, conducirían el coche de apoyo y me proporcionarían comida, agua y apoyo moral. Incluso barajamos la idea de partir desde la cabecera del río, en Minnesota, y recorrer los 3.700 kilómetros que nos separan del golfo de México.

Ahora parece que el viaje lo haremos solo Parche y yo. He estado entrenando todo el verano y el otoño, pero sé que me queda mucho por hacer para lograr la fortaleza y la habilidad necesarias para la travesía. La inminencia del invierno retrasará la preparación y tendré que entrenarme de otras maneras: en la máquina de remo del YMCA, levantando pesas, haciendo esquí de fondo. Se puede hacer, pero no es lo mismo.

Cuando llego al cobertizo, una brisa repentina ha enfriado la capa salada de sudor en mi piel y deseo entrar y darme una ducha caliente. Pero antes cojo un cepillo de cerdas de jabalí que guardo en un viejo cajón de plástico junto con pelotas de tenis sucias y mordidas, una ardilla de juguete casi calva que hace ruido y un frisbi rajado. Me siento con Parche en los escalones de la entrada y le paso el cepillo por el pelo para quitarle los restos de arena que se le han quedado pegados.

La imagen de las flores blancas sobre la orilla fangosa del río sigue invadiendo mis pensamientos. A diferencia de los lirios que he visto en arreglos funerarios, las calas dejadas junto al río eran más apropiadas para un ramo de novia. Estoy segura de que la elección de la flor tiene algún significado. No era su marido, así que tuvo que ser otra persona. ¿Estaría Gwen viendo a otro hombre? ¿Se habría enterado Marty de que lo había estado engañando y la habría matado en un acto de furia?

Deslizo una mano por el lomo de Parche, ahora liso y libre de la arena granulosa y los abrojos espinosos. Me mira con sus ojos grises, del color de una tormenta, como si supiera que estoy a punto de meter las narices donde no me llaman.

—Tengo curiosidad —le explico. Parche bosteza, mostrando sus dientes color perla, un gesto que sé que en el lenguaje canino no significa que tenga sueño, sino que está un poco estresado—. No te preocupes —le aseguro, y le froto el pliegue suave detrás de la oreja

—. No tiene importancia.

Devuelvo el cepillo al cajón, cierro el cobertizo y Parche y yo entramos en casa. Cierro la puerta detrás de mí, con el palo de escoba y todo, relleno el cuenco de agua de Parche, cojo mi propio vaso de agua y lo lleno hasta el borde. Me siento a la encimera de la cocina, la ducha caliente descartada por ahora, y abro mi página de Facebook que he descuidado durante mucho tiempo.

Después del accidente, no estaba en condiciones de seguir el ritmo de las redes sociales. Había perdido el oído y tenía una conmoción cerebral grave, por lo que pasar tiempo frente a una pantalla me provocaba migrañas. Además, no me sentía especialmente sociable. Las imágenes felices y despreocupadas de mis amigos con sus familias me ponían triste y más que celosa. Más adelante, me enfadaban, y el alcohol me inducía a dejar comentarios malintencionados y sarcásticos. Uno a uno, me fueron eliminando.

Escribo el nombre de Gwen en la barra de búsqueda y su foto de perfil aparece de inmediato. Es la misma foto que se utilizó en la necrológica. Paso unos minutos desplazándome por su página. Cientos de amigos han publicado condolencias a Marty y a Lane. Hay varias fotos de Gwen con Lane, desdentada y sonriente, pero solo hay un puñado de fotografías de Marty. En todas parece distraído, como si tuviera la cabeza en otro sitio o quisiera estar en otro sitio. Pienso en la predicción temprana de Jake de que Marty es quien mató a Gwen. Tal vez tenga razón.

Pero entonces, ¿quién era el hombre del río? ¿Un pariente? ¿Un amigo de la familia? Y si su presencia en la escena del crimen era solo para depositar flores en memoria de Gwen, ¿por qué parecía tan asustado y luego tan enfadado cuando me vio? ¿Por qué huyó?

Hago clic en la lista de amigos de Gwen y aparecen una veintena de nombres que tenemos en común. Creo que no conozco ni he visto nunca al hombre que dejó las flores en el río, pero reviso con rapidez las fotos de perfil por si acaso. No está ahí.

A continuación, empiezo a hacer clic en los comentarios dejados por las personas que hicieron publicaciones en su muro. Uno por uno. Ninguna de las fotos que los acompañan se parece al hombre que vi. Suspiro. Esto podría llevar horas. Hago clic en un comentario tras otro hasta que la habitación empieza a oscurecerse. Me pongo de pie, estiro los brazos por encima de la cabeza y me planteo desconectarme. En lugar de eso, enciendo la luz de la cocina y vuelvo a sentarme.

De pronto, me irrito con Jake. No puedo creer que haya descartado lo que le dije con tanta facilidad. No estoy segura de que acechar la página de Facebook de Gwen vaya a ayudarme a encontrar al hombre, pero pienso seguir intentándolo.

Vuelvo a la parte superior de la página de Gwen y empiezo a hacer clic de nuevo en los comentarios. Esta vez profundizo más. Leo un comentario y luego cada respuesta que aparece debajo; un nombre y una imagen de perfil surgen de manera sistemática. El nombre es P. McNaughton.

McNaughton es un apellido común en Mathias. Casi todos los que conozco están relacionados de una u otra manera con un McNaughton. Por nacimiento, por matrimonio, o en tercer grado.

El nombre va acompañado de la fotografía de un hombre con la mitad de la cara oculta por una cámara profesional a la altura del ojo. Todos sus comentarios son un estribillo sobre el mismo tema: "Echaremos de menos a Gwen, qué tragedia, era un ángel en la Tierra". Lo que más llama la atención de sus comentarios es la cantidad de ellos. Hago un recuento rápido y sumo treinta y seis. Todos en respuesta a comentarios de otros.

Hago clic en la imagen de P. McNaughton y me lleva a su página. Examino la foto con atención. No estoy segura de que él y el hombre al que vi dejar las flores en el río sean la misma persona. Me desplazo por sus fotos con la esperanza de encontrar una imagen que muestre todo su rostro. P. McNaughton es, como mínimo, un fotógrafo aficionado. Paso por alto las fotos de atardeceres y nubes y me detengo cuando llego a una serie de imágenes que, cosa sospechosa, parecen haber sido tomadas en la zona de Five Mines, cerca de mi casa.

Por fin encuentro una foto del hombre y está claro que es la persona que he visto antes. La misma complexión delgada, las mismas entradas en el pelo, la misma mirada intensa. Vuelvo al principio de su página y veo que ha registrado Mathias como su ciudad natal. No indica ninguna profesión.

¿Qué he averiguado? No mucho. Tal vez Jake tenía razón y es solo un amigo de Gwen que ofreció sus condolencias con un ramo de flores. O tal vez hay algo más.

Leo los comentarios de P. una vez más, y nada me llama la atención salvo que son muchos. Estoy a punto de dar por terminada la noche

cuando aparece otro comentario de McNaughton en la página de Gwen. “La echaré muchísimo de menos: una luz se ha apagado en el mundo”. Me muero de ganas de contestar, pero alguien lo hace por mí. Una mujer llamada Chris, a la que conozco como enfermera de cuidados especializados del Regional de Mathias, responde: “Amén”.

Dudo y tecleo: “¿De dónde conoces a Gwen?”. Espero su respuesta pero no sucede nada. Se ha ido.

Qué extraño. Hago clic en el perfil de la mujer y le envío una solicitud de amistad y un mensaje preguntándole por P. McNaughton. Considero también la posibilidad de enviarle una solicitud de amistad a McNaughton, pero lo pienso mejor. Actuó de forma muy sospechosa en el río y no quiero que sepa mi nombre en caso de que tuviera algo que ver con la muerte de Gwen.

Decido que por lo menos puedo hacer algo productivo mientras espero que Chris responda mi mensaje, así que paso el resto de la tarde investigando más sobre el Centro Oncológico Regional Five Mines y el doctor Mariod para tener claro lo que me espera en mi trabajo allí. El doctor Mariod tiene una calificación de casi cinco estrellas en MedicalReportCard.com. Decenas de pacientes elogian su trato y el tiempo y la dedicación que brinda a quienes están bajo su cuidado. Una mujer relata que el doctor Mariod está siempre disponible a cualquier hora del día y que responde con paciencia a todas sus preguntas.

Las reseñas negativas son pocas. Una mujer con el nombre de usuario de LWinthrop cuenta que el doctor Mariod se volvía agresivo cada vez que ella le cuestionaba el protocolo de tratamiento que le había indicado a su marido. “Me preguntó si había estudiado medicina y cuando le dije que no, respondió: ‘Entonces déjeme hacer mi trabajo’”.

Los otros comentaristas salieron a atacarla. “¡Cómo te atreves a criticar al doctor Mariod! Es el médico más dedicado que conozco. He ido a otros dos médicos y el doctor Mariod es el único que me escucha”, etc.

Para cuando termino de leer todos los comentarios y echar un vistazo a algunos otros sitios estoy convencida de que el doctor Mariod es un médico muy competente y muy querido. En comparación con las reseñas de muchos otros profesionales, las del doctor Mariod son excelentes.

Me dispongo a acostarme con una sensación de posibilidad y emoción

que no he sentido en mucho tiempo. Esto es el principio, pienso. Mi primer paso de regreso a la enfermería.

Con culpa, vuelvo a pensar en Gwen. Miro mi página de Facebook para ver si encuentro un mensaje de Chris y si P. McNaughton ha publicado más comentarios en la página de Gwen, pero no hay nada. No parece justo. En el mismo momento en que se me presenta la posibilidad de una vida nueva, de una segunda oportunidad, la vida de Gwen ha llegado a su término de manera brutal.

Capítulo 10

La mañana de mi primer día en el centro no pudo haber empezado peor. Me quedo dormida. Anoche no podía quitarme de la cabeza al hombre que vi junto al río y no paré de consultar mi página de Facebook para ver si P. McNaughton había dejado algún comentario más, pero no encontré ninguno, y Chris no me envió ningún mensaje. Cuando por fin me dormí, era como la una de la madrugada.

No he tenido que despertarme a una hora determinada desde hace más de un año y mi flamante e infalible despertador con luz intermitente y vibración para la cama, diseñado expresamente para personas con deficiencia auditiva, resulta un fracaso total. Parche me despierta con un empujón a las 7.25 y tengo que estar a las ocho en el centro. En lugar de ducharme, me visto, me peino, le doy de comer a Parche y salgo por la puerta a las 7.40. Eso me deja veinte minutos para el trayecto de veinticinco minutos hasta Mathias.

Sin aliento, cruzo la puerta principal del centro a las 7.58. Hasta ahí llegó mi deseo de entrar temprano y causar una buena impresión. Una mujer regordeta y pecosa está sentada detrás de un mostrador alto hablando por teléfono. Cuando me ve, sonríe y levanta un dedo para indicarme que tardará un momento más. La sala de espera ya se está llenando. Una pareja está sentada hombro con hombro, cogidos de la mano. Un anciano conectado a un tanque de oxígeno está haciendo un crucigrama mientras su esposa revisa un montón de papeles que parecen formularios de seguro médico. En un rincón de la sala, una mujer joven, con la cabeza cubierta por un pañuelo rosa brillante, hojea una revista con ojos que no ven. Aunque su rostro es inexpresivo, el rebote de sus piernas delata su inquietud. Un niño pequeño juega contento a sus pies.

Tomo asiento en el lado opuesto de la sala y espero a que la recepcionista termine su llamada. Uno o dos minutos después, una enfermera con bata amarilla abre una puerta y llama a la joven, que se levanta de su asiento, se inclina, coge al niño pequeño y sigue a la enfermera fuera de la sala con paso inseguro. No hace tanto tiempo, yo era la enfermera con bata. Yo era quien guiaba con amabilidad a los pacientes al consultorio. Me pregunto qué le espera a esta mujer. ¿Estará a punto de terminar su tratamiento? ¿Recibirá buenas o malas noticias? Parte de ser enfermera es sentarse con los pacientes cuando reciben las mejores noticias de su vida. O las peores.

La recepcionista sale de detrás del mostrador y nos saluda con una sonrisa dientuda.

—Tú debes de ser Amelia y este debe de ser Parche. Yo soy Lori.

Esta breve presentación es todo lo que en verdad capto. Le estrecho la mano y trato en vano de seguir lo que está diciendo. La boca de Lori se mueve demasiado rápido y es evidente que no está acostumbrada a comunicarse con una persona sorda. Me ofrecieron un intérprete de lengua de señas para ayudarme en mi preparación de hoy, pero lo rechacé. Ahora desearía no haberlo hecho. He sido muy independiente toda mi vida y sobre todo desde que David y yo nos separamos. Me cuesta aceptar ayuda y aún más pedirla.

Gracias a la rápida descripción de Lori y la investigación online de anoche, me entero de que el doctor Mariod es el director médico de este centro y de otras tres clínicas satélite repartidas por todo el condado. Oncólogos de once condados de la zona de los tres estados utilizan la tecnología de punta que ofrece el centro.

También me entero de que la clínica cuenta con otro oncólogo, un tal doctor Sabet, cuatro enfermeras, una enfermera especializada, Barb (la jefa de consultorio) y otra recepcionista. Los pacientes son derivados al Queen of Peace para su atención hospitalaria y todos los demás tratamientos y procedimientos se llevan a cabo en la clínica misma.

Lori me guía por un pasillo largo hasta una puerta con un letrero que dice “Departamento de infusiones”. Al otro lado, me sorprende encontrar una sala alegre llena de áreas de transfusión individuales separadas por cortinas. Cada área tiene un cómodo sillón reclinable, un televisor y un sillón adicional para un acompañante. Todos los sillones para el tratamiento de quimioterapia están orientados hacia una pared con ventanas que brindan una vista impresionante de Mathias y el río. Lori también señala una puerta con el letrero “Radioterapia”, aunque no entramos.

Volvemos al frente del consultorio y Lori se detiene ante una puerta cerrada y sin ningún letrero. La abre y enciende una luz para revelar una sala grande y sin ventanas que alberga un laberinto de archivadores grises de metal deteriorados. La mayor parte de una pared está ocupada por una estantería abierta y vacía, pero nueva, que llega casi hasta el techo. Contra otra pared, hay un escáner, un escritorio largo y estrecho con un ordenador y un teléfono.

—Estamos digitalizando las historias clínicas. No es un trabajo

glamuroso, pero tendrás que escanear y transferir toda la información de los pacientes al ordenador. No te preocupes por las historias en este archivador. —Señala un archivador de seis cajones en un rincón de la habitación—. Son historias inactivas, las estamos destruyendo. —La habitación es oscura y deprimente. Sabía que el trabajo consistía en hacer tareas administrativas, pero había esperado tener más interacción con las enfermeras e incluso con los pacientes—. No te asustes —agrega Lori, leyendo la expresión en mi rostro—. No te tendremos encerrada aquí sola si no quieres. Si deseas compañía, puedes llevar el ordenador al área de recepción e ir y venir entre las dos salas para hacer tu trabajo.

—Gracias —respondo con alivio. Si tuviera que estar todo el día sola en esta habitación lúgubre y oscura, tal vez retomaría la bebida.

—¿Qué te parece? ¿Estás lista para empezar?

—Sí —contesto, y paso las tres horas siguientes transfiriendo tediosamente nombres, fechas de nacimiento, antecedentes familiares, vacunas y demás información de las historias clínicas en papel al sistema informatizado.

No estoy preparada para el desorden de las historias. Muchas no están ordenadas alfabéticamente y varias veces encuentro una nota del médico o un resultado de laboratorio en la historia clínica del paciente equivocado. Aparto estos documentos traspapelados hasta que pueda volver a colocarlos en los lugares correctos.

El trabajo puede ser monótono, pero Lori aparece de vez en cuando para ver si necesito algo, y después de una hora de trabajo, me anima a salir de la sala de archivos para tomar un descanso. He estado tan rodeada de gente que no se molestaba en entablar conversación conmigo que agradezco los esfuerzos de Lori.

Nos sentamos detrás del mostrador principal, me enseña una foto de su hija de dieciséis años y me pregunta si tengo hijos.

—Una hijastra —le digo, saco mi teléfono y le muestro una foto de Nora—. Tiene siete años, casi ocho.

—Qué bonita. ¿A qué se dedica tu marido? —añade, inocentemente.

—Es médico —preciso—. David Winn. Es ginecólogo en el Queen of Peace.

—Lo conozco. Es el médico de mi hermana. Dice que es un buen tipo.

—Lo es —convengo.

No menciono que estamos separados. Si la clínica es como todos los demás centros de salud en los que he trabajado, no pasará mucho tiempo hasta que todo el mundo lo sepa todo sobre mí.

Un señor mayor de cabello negro salpicado de canas y con una bata blanca de laboratorio se acerca al mostrador principal. Lori se pone de pie y yo dejo mi teléfono a un lado y hago lo mismo.

—Este es el doctor Sabet, colega del doctor Mariod —nos presenta Lori.

—Es un placer conocerlo.

—Y ella es Amelia Winn —continúa Lori—. Está escaneando las historias clínicas de los pacientes en el sistema nuevo.

—Bienvenida, y el placer es mío —responde el doctor Sabet, y nos estrechamos la mano. Tengo que concentrarme en el movimiento de sus labios. Me pregunto si el doctor Sabet hablará con acento, algo que siempre me desconcierta cuando intento leer los labios—. ¿Has visto al doctor Mariod? —Parece tener prisa.

—En este momento está con un paciente —explica Lori—. Consultorio tres.

—Por favor, dile que me gustaría hablar con él cuando tenga un momento —precisa el doctor Sabet.

Hace una pausa y echa un vistazo a la abarrotada sala de espera. Otro paciente entra por la puerta y el doctor Sabet sacude la cabeza, coge una historia clínica del escritorio de Lori y se retira por el pasillo. Me pregunto si la clínica estará siempre tan ajetreada.

La joven y el niño que vi en la sala de espera cuando llegué salen del consultorio. Si ella parecía asustada y desconcertada antes de entrar, ahora lo está aún más. Tengo muchas ganas de acercarme y decirle que no se preocupe. Pero tener cáncer y no preocuparse es imposible. No hay garantías. Le dirijo una sonrisa alentadora, pero creo que no la ve. Me pregunto quién estará esperándola en casa.

Observo a la mujer marcharse y Lori, al notar mi preocupación, apoya una mano en mi brazo y le leo los labios.

—Cáncer de mama. Estadio cuatro. Solo tiene veinticinco años. Pero el

doctor Mariod es su médico. Es el mejor.

Retomo mi tarea y, por curiosidad, busco la historia clínica del marido de LWinthrop, la mujer que dejó comentarios tan duros sobre el doctor Mariod y el centro en la página web que encontré anoche. Tecleo el apellido Winthrop en la base de datos de pacientes del centro y surge el nombre John R. Winthrop y un listado de información básica: dirección, número de teléfono, treinta y nueve años de edad, nombre de la esposa, Linda, pero nada más.

Decido buscar la historia clínica en papel. Voy al cajón del archivador etiquetado con la letra W y rebusco entre las carpetas, pero no la encuentro. Pienso un momento. Podría ser una de las historias inactivas que Lori mencionó que se van a destruir y de las que no debía ocuparme. Voy al archivador del rincón y abro el cajón de abajo con la esperanza de que esté archivada en la W. No tengo suerte. Parece que las historias inactivas en este archivador fueron colocadas al azar, y uno de los cajones está medio lleno de facturas de pacientes e informes de seguros médicos. Tardo unos quince minutos, pero encuentro lo que estoy buscando. John R. Winthrop. La carpeta es gruesa y necesito las dos manos para sacarla.

Abro la historia clínica y paso las páginas hasta que encuentro una referencia a lo que parece ser su última visita a la clínica, cuando recibió una quimioterapia de Rituximab. Está fechada hace ocho meses, no mucho antes de que Linda Winthrop publicara la reseña. Vuelvo al principio de la historia clínica. John Winthrop fue diagnosticado con una enfermedad llamada púrpura trombocitopénica idiopática o PTI. No es cáncer, sino un trastorno hemorrágico en el que el sistema inmunitario destruye sus propias plaquetas, lo que dificulta la coagulación de la sangre. La PTI entra dentro de las enfermedades que el doctor Mariod trataría como oncólogo/hematólogo. La historia clínica no me da ningún indicio de por qué Linda Winthrop estaría desilusionada con el tratamiento de su marido. Pero, por mi experiencia, sé que esto no es tan poco frecuente. La elección de un médico es algo muy personal no muy diferente a elegir una pareja, y encontrar al médico perfecto puede llevar unos cuantos intentos. Devuelvo la carpeta a su sitio y continúo trabajando.

Escaneo y subo tres historias más; cada una me lleva unos treinta minutos y cuando vuelvo a mirar el reloj, es pasado el mediodía. Hora de irse. Ordeno el área de trabajo y busco a Parche, que se ha ido a la sala de personal.

Cuando Parche y yo salimos al aire fresco, me siento agotada y

eufórica a la vez. Es mi primer día de trabajo en dos años. Quiero hablar con alguien, hablarle sobre Lori y contarle que quizá algún día volveré a trabajar de enfermera. Mi hermano debe de estar en el trabajo; mi padre, en el campo de golf. Los llamaré esta tarde. Pienso en Jake. Saco el móvil del bolsillo y encuentro un mensaje esperándome. No es de Jake, sino de David: “¿Qué tal tu primer día?”.

No sé qué responder. Casi todas las conversaciones que he tenido con David, en persona o por mensaje de texto, han sido engañosas. No sé si su interés es verdadero o si solo quiere saber si me he metido en algún problema.

Decido suponer intenciones positivas y respondo: “¡Genial! Tengo mi propio escritorio”.

“Impresionante”, contesta David con lo que estoy segura que es sarcasmo y luego añade: “¿Vas a ir mañana al funeral de Gwen?”.

La idea de asistir al funeral me genera sentimientos encontrados. Mañana es mi segundo día de trabajo y no me atrevo a pedir tiempo libre. Pero Gwen y yo fuimos amigas en una época y yo fui quien la encontró. Siento que tengo que estar allí, pero no sé si me animo.

“No lo sé”, escribo, y me sorprendo cuando David se apresura a contestar, “Yo iré”. Sé que David y Gwen se conocían, que ella trabajaba de vez en cuando en la planta de maternidad y que es probable que asistiera a David en algunos partos, pero tampoco la conocía tanto como para asistir a su funeral.

Recibo otro mensaje y me quedo mirándolo unos instantes a la espera del final del chiste. “Ven a cenar el viernes. Nora y yo cocinaremos”.

Bueno, esto sí que es un giro interesante de los acontecimientos. ¿De verdad mi marido, del que estoy separada, me está invitando a su casa? Solo está tratando de apoyarme, me digo. Después de todo, cuanto antes me enderece, antes podrá liberarse de mí con la conciencia tranquila. Tampoco es que haya sido una carga para él desde el punto de vista económico. Cuando dejé la casa, me negué a aceptar su dinero, sobreviví con mis escasos ahorros y retiré mi plan de jubilación veinticinco años antes de tiempo.

“De acuerdo”, tecleo por fin. “¿Qué puedo llevar?”.

“Un postre y a Parche. Te esperamos alrededor de las seis”.

Sonrío.



“Nos vemos el viernes”.

Capítulo 11

Cuando llego a la iglesia luterana donde se celebra el funeral de Gwen, aparco a la sombra de varios pinos altísimos. He traído a Parche conmigo y el aire de la mañana es tan fresco que puedo dejarlo en el jeep con las ventanillas un poco abiertas y un hueso nuevo y estará más que bien.

Consigo un sitio para sentarme en la parte posterior de la iglesia y observo a la gente. A muchos los conozco de nombre, a otros más de vista. Hay enfermeras y médicos, auxiliares y personal de limpieza de los hospitales. Reconozco al director general del Hospital Regional de Mathias y a varios miembros del consejo de administración del Queen of Peace. No puedo evitar advertir las miradas curiosas que recibo. La mayoría de estas personas no me han visto en público desde hace casi dos años.

El silencio de la iglesia siempre me ha perturbado. Cuando era joven y asistía a misa con mis padres y mi hermano, tenía la sensación de que al entrar en la iglesia, el mundo exterior desaparecía. Era muy diferente de nuestra bulliciosa vida en casa, llena de risas y diversión. No me gustaba. Durante los largos períodos de silencio, sentada junto a mi madre, hacía ruidos disimulados: tamborileaba los dedos sobre el banco de madera, pasaba ruidosamente las páginas del misal y balanceaba las piernas para que las puntas de mis zapatos de charol negro brillantes golpearan el asiento de adelante. Mi madre intentaba calmarme con una mano en la rodilla o una mirada severa. Funcionaba durante un rato, pero luego yo chasqueaba la lengua contra el paladar o apretaba los labios y tarareaba hasta que la vieja empolvada que teníamos delante se giraba y me miraba con desprecio y mi padre tenía que llevarme afuera. Daría cualquier cosa por oír siquiera el más leve de los murmullos, el roce de los pies sobre el suelo de baldosas, el timbre sonoro de la voz del pastor.

David camina por el pasillo y yo me hago a un lado para que se siente conmigo.

—Has venido —dice.

—Éramos amigas, yo la encontré —explico, y por la forma en que se estremece, sé que estoy hablando demasiado alto para la ocasión. Me cuesta regular el volumen.

—Lo sé —responde—. Pero creía que la iglesia no era lo tuyo.

Y tiene razón. La iglesia no es lo mío. Después del accidente, dejé de asistir a la misa semanal con David y Nora. Al principio, solo intentaba recuperar fuerzas después de mis graves lesiones, y luego me pareció un poco tonto hacerlo cuando la verdad era que no podía oír lo que predicaba el pastor. Y después, esa hora en que los dos estaban fuera de casa me venía bien para emborracharme lo suficiente para afrontar el día que me esperaba.

—Pensé que debía venir —concluyo, y lo dejo así.

David lleva traje y corbata, pero parece agotado, con el rostro cargado por la fatiga. Muchos partos a medianoche, supongo. Recuerdo cuando se arrojaba tambaleante sobre la cama después de las noches ajetreadas en el hospital.

Veo a Jake de reojo: está sentado en el banco al otro lado del pasillo y ni siquiera nos mira. Sé que está aquí a título oficial. He leído suficientes novelas de misterio y visto suficientes series policiales para saber que la policía siempre acude al funeral de una víctima de homicidio. Jake tomará nota mental de los presentes y se concentrará sobre todo en el principal sospechoso, que en este caso es el marido, Marty Locke.

Todavía me molesta un poco que haya descartado al hombre extraño con el ramo de flores que vi junto al río. Desde luego, podría haber sido un amigo o un familiar haciendo una ofrenda, pero estoy segura de que era más que eso. Le clavo los ojos, deseo que se vuelva en mi dirección, pero su mirada se detiene en todas partes menos en mí, con expresión inescrutable.

David se inclina hacia mí como si fuera a murmurarme algo al oído, pero se contiene y se aparta. Susurrar no funciona conmigo. David nunca aprendió la lengua de señas. No lo culpo. Yo no la aprendí hasta mucho después de que él me echara de casa por borracha. Pero conozco sus expresiones faciales y sus gestos tan bien como los míos y puedo entender el ochenta por ciento de lo que dice.

Giro la cabeza para verle los labios y nuestras narices quedan a escasos centímetros. Es desconcertante y familiar a la vez.

—¿Tienes que ir a trabajar cuando termine?

Asiento con la cabeza.

—Sean me acaba de pedir que regrese en cuanto termine el servicio.

Una expresión indefinida cruza el rostro de David cuando uso el nombre de pila del doctor Mariod. ¿Desaprobación? ¿Celos? Me apoya una mano en la espalda y, para mi consternación, experimento un torrente de electricidad.

—Vas a venir a cenar el viernes, ¿verdad? —me pregunta, y asiento.

No sé qué pensar. ¿Se está haciendo el exmarido simpático y comprensivo o hay algo más? No sé si quiero averiguarlo. Llevo mucho tiempo intentando superar a David y cada vez que lo veo, me doy cuenta de que no he llegado tan lejos como pensaba.

Empieza el funeral y me resigno a seguir las indicaciones de David y de los que me rodean con respecto a cuándo sentarme y cuándo levantarme. El pastor está demasiado lejos para que pueda verle la cara. En cambio, observo los rostros de los que conocían y querían a Gwen. Hay muchas lágrimas.

Marty y su hija, Lane, están sentados en la parte delantera de la iglesia. La niña parece un poco aturdida. Todavía no ha asimilado la realidad de haber perdido a su madre. Pero lo hará. Lo sé. Mi madre murió de un aneurisma cerebral cuando yo tenía trece años. Estaba en la cocina sirviendo café en una taza y se cayó al suelo. La echo de menos todos los días.

Una mujer mayor que parece una versión más vieja de Gwen está sentada al otro lado de Lane. ¿La madre de Gwen creerá que el marido de su hija la mató? Si es así, ¿cómo puede soportar sentarse a su lado, e incluso estar en la misma iglesia?

Intento ver en quién se concentra Jake. En su mayor parte, parece estar interesado en Marty y su comportamiento. Las reacciones de Marty son perfectamente apropiadas dadas las circunstancias: lágrimas intermitentes, la mano aferrada con fuerza a la de su hija. Jake me descubre espiándolo y me fulmina con la mirada antes de esbozar una leve sonrisa. Sigue enfadado conmigo por ser una entrometida, pero no mucho. Todo se arreglará entre nosotros.

Echo un vistazo a la iglesia, buscando a más gente conocida. Delante de mí y a la derecha, reconozco a mi dentista y a algunas enfermeras con las que he trabajado en el pasado. La realidad es que de todos los presentes, los únicos dos con los que he tenido una interacción significativa en los últimos años son Jake y David. Y en el caso de David, tal vez esté al límite de esa interacción.

De repente, mis ojos se posan en un perfil familiar. P. McNaughton está de pie en un banco del pasillo siguiente. Va vestido con unos pantalones limpios pero gastados y la americana le queda tirante sobre los hombros estrechos. Al final puede que solo sea un amigo de Gwen que pasó por el río para rendirle homenaje. Gira el rostro y nuestras miradas se cruzan. Debo de hacer algún ruido, porque David se vuelve hacia mí con preocupación. La mirada intensa de McNaughton es implacable y me cuesta no apartar la vista. Me han mirado personas mucho más aterradoras en urgencias, pero hay algo en sus ojos oscuros que me hace vacilar. De nuevo, al igual que en el río, además de ira veo en su rostro lo que solo puede describirse como miedo. Pero no es un miedo tímido y reticente. Es más bien el de alguien acorralado que debe decidir entre quedarse y luchar o huir.

Cuando por fin desvía la mirada, dirijo la mía hacia el frente de la iglesia y siento que vuelvo a respirar. ¿Por qué le inquieta tanto mi presencia? Cuando me vuelvo hacia atrás de nuevo, veo que McNaughton abandona el banco con la cabeza gacha y se encamina hacia la salida.

Si lo que estaba haciendo junto al río era tan inocente, ¿por qué huiría de mí otra vez? No tengo ni idea de qué voy a hacer o decir si le doy alcance, pero antes de que pueda contenerme, me abro paso con el codo frente a David para seguir a McNaughton fuera.

Una vez en el exterior, después de la fría penumbra de la iglesia, mis ojos tardan un momento en adaptarse a la luz brillante del sol. Bajo corriendo los escalones a la acera que bordea la concurrida calle. Miro a derecha e izquierda y no veo señales de McNaughton. Se ha marchado.

Me giro hacia la iglesia mientras intento decidir qué hacer a continuación. Después de mi salida repentina, no pienso volver a entrar para el resto del servicio. Estoy segura de que David piensa que he vuelto a perder la razón y no quiero ni imaginarme lo que estará pensando Jake.

Tengo el presentimiento de que voy a averiguarlo antes de lo que me gustaría. Jake empuja las puertas de la iglesia y el sol le hace entornar los ojos. Cuando me ve, se apresura a bajar los escalones y llegar junto a mí.

—¿Qué demonios pasa, Earhart? —pregunta por señas—. ¿Qué estás haciendo?

Podría revelarle la verdad, que he descubierto quién era el hombre en el río. Podría contarle lo de los extraños mensajes que P. McNaughton publicó en Facebook. Podría decirle que cuando McNaughton me reconoció, huyó. Pero ¿de qué serviría? Jake me dirá que estoy exagerando, que estoy infiriendo demasiado de un simple gesto de dolor. En vez de eso, le dedico una sonrisa débil y me llevo una mano al estómago.

—No me siento bien —contesto—. Necesitaba un poco de aire fresco. Ya estoy mejor.

Jake me mira con escepticismo, pero no insiste.

—Bonito funeral —comenta por señas—. Ha venido mucha gente.

—Sí. Si fuera el mío, no llenaría ni dos bancos.

Pienso en la forma en que Lane, la hija de Gwen, miraba a su alrededor como buscando a su madre. ¿Me echaría me menos Nora de esa manera si yo muriera? ¿La dejaría David asistir a mi funeral?

—Anda —bromea Jake y me da un golpecito en el hombro—. Yo me aseguraría de que llenaras al menos tres bancos.

—Vaya, gracias —respondo—. Eres un amor. —Saco las llaves y empezamos a caminar hacia el aparcamiento—. ¿No vas a ir al cementerio?

—No, ya hay otro detective allí. El entierro es solo para la familia cercana, pero aun así envié a alguien para vigilar. Quiero saber si Marty actúa de forma extraña.

—¿Sigue siendo el principal sospechoso, entonces?

—Según él estaba en Waterloo por trabajo. Estamos verificando su coartada. Así que hasta que sepamos con seguridad dónde estuvo, sí, es el principal sospechoso.

Una vez más, me debato entre contarle o no lo de McNaughton. Si digo algo, seguro que me regañará por inmiscuirme en asuntos policiales. Pero si me callo y se entera de que he ocultado información, también se cabreará. No tengo ninguna alternativa.

—Creo que alguien podría haber estado acosando a Gwen —sugiero cuando por fin llegamos a mi jeep.

—¿El tipo de las flores? —pregunta, y por la expresión en su rostro, sé que no está impresionado. Jake cruza los brazos delante del pecho y espera a que yo diga algo más, pero me está enfadando, así que me quedo callada—. ¿Y bien? —me apura.

—Se llama P. McNaughton y estuvo aquí, en el funeral. Cuando me vio, se asustó y salió corriendo de la iglesia. Dejó mensajes raros en Facebook.

—Amelia.

—Tal vez tuvo algo que ver…

—Amelia —repite Jake y se frota la frente—. Tienes que parar. —Sujeta la puerta abierta del coche entre nosotros mientras Parche se desliza entre los asientos y trata de llamarle la atención, pero Jake está concentrado en mí—. Tienes que parar. Déjame hacer mi trabajo.

—Entonces hazlo —exclamo frustrada—. Encontré su cuerpo, alguien intentó entrar en mi casa. ¿Has averiguado ya quién lo hizo? No, no lo has hecho. —La cara de Jake se enrojece de rabia, pero no contesta—. Encontré a este sujeto extraño, que por cierto no es el marido de Gwen, poniendo flores en el lugar del asesinato y ahora se aparece en su funeral. Además, dejó docenas de mensajes online sobre Gwen. ¿Sabías algo de eso?

—¿Has terminado? —pregunta por señas—. No tienes ni idea de lo que sabemos. Y así es como se supone que debe ser. Nosotros somos los policías, tú eres… —Duda, como si no estuviera seguro de qué decir.

—¿Qué, Jake? —balbuceo—. ¿Qué soy? ¿Una sorda? ¿Una humilde oficinista con demasiado tiempo libre? ¿Una borracha? ¿Eso es lo que soy?

—No me refiero a eso y lo sabes. Quizá tengas razón sobre este tipo, pero déjanos hacer nuestro trabajo y lo descubriremos. Tal vez asesinó a Gwen. Tal vez sea peligroso. Así que aléjate de él y déjanos averiguarlo. No puedo trabajar en este caso y preocuparme por ti a la vez.

Por mucho que odie admitirlo, tiene razón; me estoy interponiendo en la investigación. Tal vez McNaughton estaba acosando a Gwen y ella lo rechazó y él acabó matándola en un ataque de ira. Pero quizá no tuvo nada que ver con esto y yo estoy enturbiando la investigación.

—Lo siento —me disculpo por fin—. Pensé que estaba ayudando.

—Pues no —replica, y el movimiento brusco de sus manos revela lo frustrado que está conmigo.

—Vale. —Me acomodo en el asiento del conductor e intento que suelte la puerta. La sujeta con fuerza.

—No te preocupes, está todo bajo control, Earhart —afirma, y se inclina hacia abajo para que pueda verle la cara; sus rasgos rígidos ahora se ven más suaves—. Tú céntrate en tu trabajo nuevo y deja que yo me centre en el mío, ¿de acuerdo? Olvídate del tío de las flores.

—Vale —repito mientras arranco el motor—. Me olvidaré de él. —Me mira un momento más y le sostengo la mirada. Los dos sabemos que estoy mintiendo.

Se endereza, cierra la puerta y se retira del coche. Me alejo y, cuando miro por el espejo retrovisor, lo veo todavía mirándome, con las manos en los bolsillos y sacudiendo la cabeza.

Capítulo 12

Conduzco hasta la clínica y me quedo sentada en el aparcamiento durante unos minutos mientras acaricio distraída la cabeza de Parche y pienso en lo que me dijo Jake sobre dejar la investigación en manos de la policía. Tiene razón, debería hacerlo, pero no creo que pueda. Además de que fui yo quien encontró a Gwen, y eso ya sería suficiente, era mi amiga y quiso ayudarme más de una vez y yo la rechacé como si nuestra amistad no significara nada.

Utilizo el móvil para buscar la dirección de P. McNaughton. Aparecen no menos de veinte McNaughton, pero solo dos con la inicial P.: Penny McNaughton en Wildwood Drive y Peter McNaughton en Mercer Street.

Estoy tentada de ir hasta allí ahora mismo, pero ¿para hacer qué? ¿Llamar a la puerta y, si Peter contesta, preguntarle qué hacía en el río y en el funeral? Es probable que tuviera más derecho a estar en esos sitios que yo. No, tengo que pensarlo un poco más.

Aunque quisiera ir a casa de Peter, no puedo. Tengo que ir a trabajar. Puede que Jake tenga razón, debería concentrar mis energías en mi nuevo trabajo. Me ahorrará problemas.

Cuando entro en la clínica con Parche, encuentro al doctor Mariod de pie en la recepción. Está hablando con una mujer de unos cincuenta años que apoya su delgado cuerpo contra el mostrador para mantenerse en pie. Tiene la mirada atormentada y los ojos hundidos. El contorno abultado de un catéter asoma por el escote de su camisa. El doctor Mariod parece estar hablándole con atención y la mujer lo mira, pendiente de cada una de sus palabras.

Advierto que los televisores de la sala de espera están sintonizados en un canal de noticias local y, por supuesto, el tema de conversación es el homicidio de Gwen Locke. Los subtítulos que aparecen en la pantalla me indican que la policía está reexaminando y reciclando toda la información sobre la muerte de Gwen. Estoy a punto de escabullirme cuando aparecen fragmentos de mi llamada al 911 en la pantalla. Aún no me mencionan por mi nombre, pero todos saben ya que soy yo quien llamó. El periodista da una información que yo ignoraba que se haría pública. La presencia de una lancha en la zona de Five Mines donde encontré a Gwen.

Me sorprende que lo mencionen siquiera. En realidad, nunca vi la lancha, solo sentí la estela que levantó. La embarcación podría haber estado en la zona y yendo a toda velocidad por varias razones diferentes: alguien que salió a dar un paseo, un pescador madrugador que llegaba tarde al trabajo, un asesino que arrojó un cadáver al agua. En cualquier caso, el periodista aconseja a los telespectadores que cualquiera que posea información relacionada con una embarcación y su conductor, por muy intrascendente que parezca, se ponga en contacto con el Departamento de Policía de Mathias.

Quiero volver a la sala de archivos con la mayor discreción posible, pero siento la mano de Lori en mi brazo. Cuando aparto la vista de la pantalla, descubro a Lori, al doctor Mariod y a algunos pacientes de pie en la recepción, todos mirándome.

—¿Viste una lancha? ¿Viste quién la conducía? —me pregunta Lori.

Niego con la cabeza.

—Se supone que no debo hablar del caso —me disculpo, con la esperanza de acallar cualquier otra pregunta.

No sé nada y no quiero que me conozcan como la señora de la clínica que encontró el cadáver en el río. Solo quiero hacer mi trabajo. Me excuso y me retiro a la sala de archivos, donde alguien ha colocado una pila nueva de historias clínicas y un montón de correspondencia sin abrir junto al escáner. Dejo las llaves sobre el escritorio y decido ocuparme primero de las historias clínicas.

Llevo hechas dos cuando el doctor Mariod asoma la cabeza en la sala.

—Amelia, ¿cómo estás? No esperaba que regresaras tan pronto del funeral. No hacía falta que volvieras corriendo.

—Decidí no ir al cementerio —le explico, omitiendo la parte de cómo ahuyenté a Peter McNaughton de la iglesia—. El servicio terminó un poco antes de lo que pensaba, así que vine enseguida.

—Vale. —El doctor Mariod saca un bolígrafo de su bata blanca y lo hace girar entre sus dedos—. Qué triste lo de esa mujer.

—Muy triste —concuerdo—. ¿Conocía a Gwen Locke? Era enfermera itinerante en el Queen of Peace.

El doctor Mariod se apoya en mi escritorio, se queda pensativo y sacude la cabeza. Juguetea con el bolígrafo y se le cae al suelo. Me

inclino para recogerlo y se lo devuelvo.

—Me suena su nombre, pero no recuerdo haber trabajado con ella. ¿Te estás adaptando bien? —pregunta, y asiento con la cabeza—. Genial. Avísame si necesitas algo.

Cuando se marcha, sigo escaneando y archivando. Cada papel es una lección de dolor y sufrimiento. El cáncer no discrimina. No le importa si eres joven o viejo, rico o pobre. No le importa tu raza, color o credo. Los fármacos y los tratamientos que se emplean para destruir el cáncer pueden ser tan devastadores como la enfermedad. Al fin y al cabo, para luchar contra una bestia como el cáncer hay que utilizar algo igual de astuto y tóxico. Escaneo documentos que hacen referencia a pruebas PET, terapias de mantenimiento y tratamientos intravenosos, tecleo palabras como Zometa y metotrexato y doxorrubicina en el sistema informático.

La última carpeta de la pila es especialmente gruesa. Aunque se supone que solo debo escanear los documentos e introducir la información demográfica básica en el ordenador, no puedo evitar sumergirme en la triste historia de Arlene Roberts, de cuarenta y nueve años, oriunda de Broken Branch, una pequeña ciudad a una hora de Mathias. Fue remitida a la clínica después de visitar a su médico habitual a causa de fiebre, malestar general y un extraño bulto debajo de la axila. Después de tomar una muestra del bulto para una biopsia y enviarla al laboratorio para ser analizada, el doctor Mariod diagnosticó a Arlene con un linfoma no Hodgkin.

Seis meses y más de treinta quimioterapias después, Arlene Roberts murió. El doctor Mariod dejó registradas con meticulosidad cada visita, cada síntoma y cada complicación.

Frunzo el ceño y vuelvo a hojear las páginas. A pesar de todo el papeleo, no encuentro el informe con los resultados de la biopsia. Estoy segura de que se ha traspapelado, así que escribo un recordatorio en una nota adhesiva, la pego al principio de la historia clínica y escaneo y subo los informes que tengo.

Varios informes después, miro el reloj. Son más de las cuatro, cierro la sesión en el ordenador y anoto hasta dónde he llegado. Cierro la puerta de la sala de archivos. En el largo pasillo, veo al doctor Mariod empujando a un hombre en silla de ruedas hacia el consultorio. Se inclina y le dice algo al oído, y ambos esbozan sonrisas amplias. Una vez más, me sorprende el vínculo del doctor con sus pacientes. Lori está ocupada al teléfono, así que le digo adiós con la mano y me dirijo

al aparcamiento con Parche.

Subo a mi jeep y pienso en mi próximo paso. Debería irme a casa. Parche está inquieto después de haber estado encerrado en el coche y en la clínica todo el día y debería llevarlo a correr, pero no dejo de pensar en Peter McNaughton y en su extraño comportamiento en el funeral de Gwen. ¿Por qué se iría en la mitad de la misa? ¿Qué le hizo salir corriendo al verme? ¿Podría haber estado tramando algo más nefasto que poner flores donde fue hallado el cuerpo de Gwen? ¿Quizá buscando pruebas dejadas por él mismo?

Saco el móvil y reviso con rapidez la página de Facebook de Gwen para ver si hay más mensajes de Peter. Se han publicado docenas de comentarios sobre lo bonito que fue el funeral, pero ninguno es de Peter, aunque tengo un mensaje de Chris, mi vieja amiga enfermera.

Hola, Amelia. Me alegra saber de ti. ¡No puedo creer que Gwen se haya ido! Te vi en el funeral, pero no te encontré después de la misa. Pobres Marty y Lane. ¿Han arrestado a alguien? En cuanto a Peter McNaughton, Gwen y yo fuimos al instituto con él. Tú ya te habías ido a la universidad. Peter asistió a un lujoso internado privado hasta que las finanzas de su familia hicieron agua y tuvo que volver a Mathias y acudir a la escuela pública como el resto de los mortales. Por lo que recuerdo, se incorporó a mitad de nuestro penúltimo año. Cuando se acabó el dinero, la madre de Peter se negó a dejar la casa y el padre se volcó a beber botella tras botella de vino costoso de su propia reserva privada.

Me identifico con él, excepto porque yo solo podía permitirme bebida barata.

Peter era (¡es!) raro, de eso no hay duda. Se burlaban mucho de él en la escuela. Nadie lo trataba muy bien, pero debo decir que era poco simpático. Siempre andaba merodeando sin ser invitado, te daba escalofríos. Sigo en la planta de cuidados especializados del Regional de Mathias. ¿Qué me cuentas de ti? No te pierdas. Chris.

Bueno, esto explica muchas cosas. Antes de que pueda cambiar de

opinión, pongo el jeep en marcha y empiezo a conducir hacia Mercer Street. Todo el mundo en Mathias conoce bien la calle y sus preciosas casas de tres plantas de estilo victoriano. La de los McNaughton está hecha de piedra finamente labrada y fue construida por los antepasados de la familia durante la Guerra Civil. Los porches frontal y lateral, con sus arcos de madera de estilo Tudor, debieron de otorgarle un encanto señorial en su época. Las grandes ventanas dobles con anchos dinteles y los alféizares de piedra están vestidos con cortinas pesadas que impiden ver el interior, pero no puedo evitar la sensación de que alguien me observa desde dentro. La coronación gloriosa de la estructura, un mirador octogonal con ventanas a cada lado, se asienta sobre un tejado de pizarra a cuatro aguas. Ahora no es más que un viejo caserón destartalado con el porche hundido y la pintura descascarillada donde vive un anciano que en otro tiempo fue rico con su hijo espeluznante.

Aparco el jeep calle abajo y espero. Durante mi infancia, se contaban todo tipo de historias de fantasmas en torno a esta casa, la más escalofriante de las cuales era que una joven mujer, tía abuela de los McNaughton, pasaba sus días sentada en el mirador esperando que su verdadero amor, un soldado de la Guerra Civil, volviera a casa con ella. El soldado volvió, pero demasiado tarde. Desesperada por estar separada de su soldado y creyendo que él nunca volvería, la joven se subió a una ventana y se tiró.

Siempre que pienso en esta historia, no puedo evitar acordarme de Sadie, la esposa de Jake. Hasta el momento en que ella saltó del puente de Five Mines, parecían muy enamorados. Siempre estaban riendo y tocándose, como si uno de los dos pudiera desaparecer de repente.

Pasan algunos coches y finjo estar hablando por el móvil. Si algún vecino preocupado golpea mi ventanilla y quiere hablar conmigo, me costará explicar por qué no lo oigo, pero parezco estar manteniendo una intensa conversación telefónica.

Por suerte, nadie me mira dos veces y, al cabo de una hora, estoy a punto de dar por terminado el día y volver a casa cuando un maltrecho BMW plateado de los años setenta con Peter McNaughton al volante pasa junto a mí. Entra en el largo sendero de entrada, aparca y baja del coche con una bolsa de papel apretada contra el pecho. Sin mirar a su alrededor, se dirige directo hacia el garaje. Sale de mi campo de visión y adelanto un poco el jeep, esperando que no se dé cuenta.

Está abriendo la puerta del garaje cuando se detiene. Ladea la cabeza como si oyera un sonido lejano. Mira en torno a él y sus ojos van de un lado a otro. Empuja la puerta y se queda inmóvil. Sigo su mirada mientras se vuelve hacia la casa con una expresión de resignación sombría en el rostro. De pie en el porche hay un anciano frágil con el aspecto tenso de alguien que nunca se ha sentido satisfecho. El anciano McNaughton, concluyo. Los dos intercambian palabras y, aunque no tengo ni idea de lo están diciendo, está claro que ninguno de los dos está contento.

Peter levanta el dedo como diciéndole a su padre que será solo un momento y el anciano adopta una expresión renegada y abre y cierra la boca en lo que estoy segura de que es una diatriba venenosa. El cuerpo delgado de Peter se agita mientras deja la bolsa al otro lado de la puerta y la cierra con rapidez a sus espaldas. Con la cabeza gacha, se apresura por el jardín delantero y sube los escalones del porche hasta donde espera su padre. Peter entra en la casa y, tras un breve instante, regresa con una chaqueta pesada y lo que creo que es una bufanda de punto gris y negra. Peter ayuda a su padre a ponerse el abrigo y empieza a enrollarle la bufanda alrededor del cuello. Pienso en lo que dijo Jake sobre que Gwen había sido estrangulada y me sacudo la grotesca imagen de Peter sobre el cuerpo desnudo de Gwen, bufanda en mano.

Apoyado con fuerza en su hijo, el anciano continúa su diatriba mientras bajan con cautela los desvencijados escalones de entrada. Peter mantiene la boca cerrada, pero me doy cuenta de que su silencio tiene un precio. Con el mismo andar cansino que su padre, lo guía hasta el asiento del copiloto del BMW.

Una vez que su padre está dentro y la puerta está cerrada, Peter hace una pausa y mira a su alrededor. Parece desesperado, como si quisiera huir, desaparecer, y por un segundo, creo que se va a dar cuenta de que lo estoy observando, pero no. Está demasiado absorto en sus propios pensamientos, en su propia prisión personal y, por un momento, siento lástima por él, pero luego recuerdo su extraño comportamiento y me acuerdo de Gwen. ¿Qué había en la bolsa de papel que metió en el garaje? ¿Por qué parecía tan misterioso? Ahora se dirige al lado del conductor del coche, entra, retrocede por el camino de entrada y desaparece por la calle.

Empieza a oscurecer y, casi como en respuesta a una señal, las luces de las casas se encienden y se cierran las cortinas. Un coche con un anuncio de reparto de pizza en el techo pasa a mi lado y se detiene en una entrada dos casas más adelante. Parche levanta la nariz, en alerta

repentina. Es su hora de cenar.

¿Qué diría Jake si supiera que estoy aquí sentada esperando a un hombre que ni siquiera conozco porque le compró flores a una mujer con la que yo no hablaba desde hacía dos años? Sacudiría la cabeza con exasperación y me pediría que dejara que la policía hiciera su trabajo. ¿Qué diría David? Pensaría que estoy loca. Se lo pensaría dos veces antes de dejar que Nora pasara más tiempo conmigo.

Arranco el coche, decidida a olvidarlo todo. No es asunto mío, perdí el contacto con Gwen hace tiempo, la había apartado por completo de mi vida, como a tantos otros. Necesito concentrarme en el aquí y ahora. No puedo reincorporarme a los vivos si paso tanto tiempo pensando en los muertos.

Pero algo me impide apartarme del bordillo. En vez de eso, vuelvo a poner punto muerto, cojo la correa de Parche y los dos salimos del coche.

La calle parece desierta, pero no tengo forma de saber si alguien está vigilando desde detrás de una cortina. Me inclino como si fuera a enganchar la correa al collar de Parche.

—Volno. Adelante —le susurro al oído, y Parche sale trotando delante de mí y recorre el sendero de entrada de la casa de los McNaughton—. Volno —repito, esperando que ninguno de los vecinos hable checo. Mientras yo siga moviéndome hacia el garaje y dándole la orden a Parche, él se mantendrá en esa dirección. Me detengo y, como exasperada, me apoyo las manos en las caderas—. Volno, Parche —insisto. Parche, entusiasmado con su nueva libertad, se aleja aún más de mí y empieza a olisquear los arbustos de acebo descuidados que bordean un lateral del garaje.

Lo alcanzo y echo un vistazo rápido a la calle mientras me cubro la mano con la manga del abrigo para no dejar huellas y giro el pomo de la puerta. Se abre con facilidad. Llamo a Parche, los dos nos deslizamos dentro y cierro la puerta.

El garaje no tiene ventanas, está completamente a oscuras y da miedo de verdad. Para mí, lo único peor que no poder oír es no poder ver. Una oleada de vértigo casi me hace caer de bruces y me sujeto al marco de la puerta para estabilizarme. Estos mareos me asaltan alguna que otra vez, cuando menos me lo espero. Al principio, el alcohol ayudaba. Bueno, en realidad no ayudaba, pero hay algo muchísimo más agradable en una habitación que da vueltas por los efectos del

vino y no por mi sistema vestibular dañado.

Busco a tientas el móvil y lo uso como linterna para poder ver al menos unos centímetros delante de mí. Alzo despacio el haz de luz y lo paseo por el perímetro de la pared en busca de un interruptor. Encuentro uno justo a la izquierda de la puerta. Lo enciendo y la luz inunda el espacio.

Para mi sorpresa, el interior del garaje está en perfecto estado. Por cierto, no es la cámara de tortura que me imaginaba, pero, cosa desconcertante, tampoco tiene ninguno de los elementos funcionales habituales asociados a un garaje. No hay rastrillos ni palas apoyados contra las paredes. No hay cubos de basura ni contenedores de reciclaje. Ni rincones llenos de polvo o telarañas. No hay ninguna mancha de aceite delatora en el suelo de hormigón. De hecho, no parece que se haya guardado un vehículo aquí en años.

—Sedni —le ordeno a Parche, y se sienta justo delante de la puerta—. Pozor. —De pronto, Parche está alerta y con toda su atención enfocada en la puerta. Vigilará este lugar con mucho celo y me avisará si alguien se acerca. A menos que algo más llame su atención, por supuesto.

Un imponente escritorio de caoba y una silla haciendo juego ocupan un rincón. Parecen antigüedades valiosas. Una antigua alfombra persa cubre el hormigón debajo del escritorio y de la silla. A la derecha del escritorio hay una estantería alta llena de libros y álbumes de fotos. Junto a la estantería hay una mininevera compacta y, en ángulo hacia el escritorio, un calefactor. Es raro. Parece que Peter ha convertido el garaje en una oficina. Muy raro, de verdad, sobre todo teniendo en cuenta el tamaño de su casa. Sin duda debe tener espacio allí para montar su propia oficina. A menos que quiera privacidad.

No tengo ni idea de cuánto tiempo estarán fuera Peter y su padre, así que debo darme prisa. Parche ya está de pie y distraído, y olisquea la bolsa de papel que Peter dejó en el suelo antes de irse. Me pongo en cuclillas y miro con cautela el interior: hay cuatro botellas de una cerveza local, unas manzanas, un plátano, tres periódicos enrollados y una bolsa de patatas fritas. Comestibles. Vale, soy una idiota. Es evidente que un hombre adulto que todavía vive con un padre cascarrabias querría un poco de privacidad de vez en cuando. Tiene sentido que Peter venga a su refugio, se siente en su escritorio, beba cerveza, coma Doritos y lea el periódico.

Debería marcharme, pero me gana la curiosidad y vuelvo a decirle a

Parche que se siente y vigile, a lo que accede poniendo los ojos en blanco.

Dejo la bolsa donde está y cruzo el garaje hasta la oficina improvisada de Peter. La superficie del escritorio está vacía, excepto por un ordenador y una lámpara de mesa pequeña con una pantalla de cristal de colores brillantes. Para mi ojo inexperto, apuesto por Tiffany. Abro uno de los cajones del escritorio y encuentro lo que cabría esperar: bolígrafos, lápices, tijeras, una barra de pegamento, cinta adhesiva y una grapadora. La diferencia es que, en lugar del desorden de artículos de oficina que suele haber en la mayoría de los cajones, Peter tiene un sitio para cada elemento en un organizador de escritorio hecho a medida. Cada compartimento está etiquetado con una pegatina en caso de que alguien pudiera olvidar dónde van los clips.

Me vuelvo para ver a Parche y está donde lo dejé, vigilando la puerta. Abro el siguiente cajón. Peter parece utilizarlo para sus archivos personales. Cada uno está etiquetado y organizado en orden alfabético. Me digo a mí misma que voy a echar un vistazo dentro del último cajón y luego me voy.

Abro el cajón y encuentro artículos de periódicos. Saco el montón. Hay docenas de ellos sujetos con un clip. El que está encima es la esquela de Gwen del periódico local. No tiene nada de extraño de por sí, la gente recorta esquelas del periódico todo el tiempo. En realidad, son los artículos que lo acompañan los que hacen que el corazón me dé un vuelco. La mayoría son del periódico de Mathias, pero algunos son de otros tan lejanos como Des Moines, Omaha y Chicago. Todos hacen referencia a Gwen, a su homicidio y la investigación. Algunos ocupan más de una página, otros solo unas frases. Más allá de que sea o no el asesino, Peter McNaughton tiene como mínimo una obsesión enfermiza con Gwen.

Los minutos pasan. Puede que Peter y su padre hayan hecho un recado rápido y vuelvan en cualquier momento. Intento colocar los recortes tan ordenadamente como los encontré y los devuelvo al cajón. Me fijo en la estantería y, por los títulos, me entero de que Peter es aficionado a la fotografía, la teoría de cuerdas y la novela policíaca. De nuevo, todo está organizado en orden alfabético y por temas. La sobrecubierta de uno de los libros en el estante inferior parece un poco fuera de lugar. Me agacho para verla mejor. Beautiful Symmetry, de Virgil Todd. Casi no se nota, pero la sobrecubierta es demasiado pequeña para el libro que cubre. Con dificultad, saco el pesado libro de la estantería y lo dejo sobre el escritorio. Le quito la cubierta y encuentro un álbum de recortes de cuero marrón grande y desgastado.

Vuelvo a mirar a Parche. Sigue en su sitio. Relajado pero alerta.

En la primera página, un anuncio de nacimiento informa de la llegada de un niño de dos kilos ochocientos, hijo de Warren y Veronica McNaughton. Va acompañado de una foto de la joven familia. Veronica está sentada en una silla y sostiene en brazos a Peter, y Warren está de pie detrás de ella, con los ojos fijos en un punto más allá de la cámara y un pie hacia un lado como si ya estuviera huyendo del encuadre. Veronica es una mujer frágil, como un pájaro, con ojos oscuros y serios.

Las páginas siguientes son muy parecidas. Fotografías familiares en las que se destacan cumpleaños y vacaciones. Frunzo el ceño, desconcertada. ¿Por qué Peter sentiría la necesidad de ocultar el álbum de recortes debajo de la cubierta de un libro de física? No tiene sentido.

Paso a la mitad del libro. Hay varias fotos de un grupo de unos ocho chicos en plena adolescencia. Todos visten pantalones y chaquetas azul marino con una determinada insignia. Casi seguro es el escudo del lujoso internado al que Peter asistió antes de que las finanzas familiares se fueran a pique. Tardo un momento en identificarlo en el grupo. Parece feliz, como si estuviera en su elemento.

A continuación, viene una serie de fotos escolares. El Peter sonriente de la página anterior ha desaparecido, junto con su uniforme escolar. Estas deben haber sido tomadas después de que dejase la escuela privada y tuviera que asistir a la pública como el resto de nosotros. En su lugar, hay un joven torpe y con el ceño fruncido, acompañado de una madre de ojos oscuros y serios y un padre con energía nerviosa a flor de piel.

Paso a la página siguiente. En esta foto, Peter tiene unos años más: dieciséis o diecisiete. Lleva el pelo más largo, con rizos alrededor de las orejas. Un ligero acné salpica su frente. Viste un esmoquin negro y está de pie muy tieso junto a una chica de su misma edad.

El corazón me da un vuelco cuando reparo en la imagen de la chica. Es Gwen. Veinticinco años más joven. Lleva un vestido largo de tafetán azul noche y un ramillete de calas y velo de novia en la muñeca. Esboza una sonrisa radiante, relajada, mientras que Peter parece que podría vomitar.

¿Peter y Gwen habían salido en algún momento? Me costaba mucho imaginarlo. Todo lo que sabía de Gwen me hacía pensar que era

popular, extrovertida y segura de sí misma. Avanzo unas pocas páginas más y solo hay una foto más de Gwen y Peter juntos. Están vestidos con togas y birretes de graduación, y por las medallas que cuelgan de las cintas que llevan al cuello, parece que fueron los mejores dos alumnos de su promoción. Una vez más, Gwen está radiante, pero Peter parece incómodo y la mira con anhelo. Después de tantos años, ¿podría Peter estar obsesionado con Gwen?

Respondo a mi propia pregunta al pasar la página y encontrar el primer artículo sobre el homicidio cuando aún no se había dado a conocer el nombre de la víctima. ¿Peter habría recortado este artículo después de que se hubiera hecho público que Gwen era la mujer asesinada o acaso él ya lo sabía? La colección de recortes periodísticos y las flores, nada menos que calas, dejadas en la escena del crimen, sin duda apuntarían a esto último. Además, seguía sin entender por qué Peter había huido del funeral después de verme.

Me vuelvo hacia Parche, casi convencida de que lo encontraré despatarrado y completamente dormido en el suelo. En cambio, está bien alerta, con las orejas levantadas.

Alguien viene.

Aunque estoy tentada de llevármelo, vuelvo a ponerle la sobrecubierta al álbum de recortes y lo coloco en su sitio en la estantería. Trato de moverme con la mayor ligereza posible, me apresuro hacia el interruptor de luz y la apago. Encuentro el pomo de la puerta del garaje y dudo. ¿Debería salir corriendo o moverme despacio y deslizarme con sigilo hasta el coche? Respiro profundamente mientras giro el pomo y abro la puerta lo menos posible, dejo salir antes a Parche, me cuelo por la abertura y cierro deprisa a mis espaldas. El BMW está en el sendero de entrada, con las luces apagadas, y por un segundo estoy segura de que me han descubierto, pero entonces veo a Peter que está ayudando a su padre a subir los escalones del porche. Si se gira hacia la izquierda, me verá, y en cuanto McNaughton padre atraviese la puerta principal, estoy segura de que Peter volverá al garaje para terminar lo que sea que haya empezado.

Mi mejor opción es desviar la atención de Peter del garaje hasta poder alejarme.

—Vpred, Parche —susurro y señalo.

Parche cruza el jardín delantero como una flecha plateada y Peter y su padre giran la cabeza hacia la derecha. No dudo ni un segundo y echo

a correr hacia la parte trasera de la casa. Mi plan es rodearla y encontrarme con Parche al otro lado. Como cualquiera a quien se le ha escapado su perro. Nada del otro mundo.

Me muevo con rapidez alrededor de la casa y me agacho cada vez que llego a una ventana por miedo a que alguien se asome. Alcanzo a vislumbrar el interior y me sorprende el marcado contraste entre el garaje ordenado e impecable y el estado de la casa. Parece habitada por alguien con síndrome de Diógenes. Pilas de periódicos, cajas y revistas se amontonan hasta la altura del pecho. Bolsas de basura negras están esparcidas al azar por la habitación. Jesús, no me extraña que Peter se esconda en el garaje. No puedo imaginarme vivir en esas condiciones.

Tengo que seguir moviéndome y, para mayor seguridad, cruzo al jardín trasero de un vecino. Me oculto entre los enormes arbustos de forsitia y me detengo cuando se enciende una luz interior y alguien mira por la ventana. Contengo la respiración y me quedo inmóvil. A pesar de ser sorda, a veces me olvido de que soy capaz de hacer mucho ruido y es evidente que he llamado la atención. La figura detrás de la ventana escruta el jardín e incluso sale de la casa para echar un vistazo más de cerca.

Por fin, después de lo que parece una eternidad, el dueño de casa vuelve a entrar y se apagan las luces. Me escabullo por el resto del jardín, doblo la esquina y salgo a la acera. Trato de regular la respiración y me subo la capucha del abrigo alrededor de las orejas para protegerme del frío. Llevo la correa de Parche en la mano.

Parche trota hacia mí desde la otra dirección, como sabía que haría. Intento mantener mi atención en él y no mirar hacia la casa de los McNaughton.

—Eres un chico malo —lo regaño en lo que creo que es una voz fuerte y severa.

Trato de moverme con calma y mesura, pero me tiemblan las manos cuando intento enganchar la correa al collar. Me lleva tres intentos, pero por fin lo consigo y subo a Parche al jeep. Una vez dentro, con las puertas cerradas y el motor en marcha, me permito mirar hacia la casa. Peter ha bajado hasta el final del sendero de entrada, a menos de cinco metros de distancia, y se ha quedado de pie allí, observándome. Sus ojos se desvían hacia el garaje y luego vuelven, clavándose en mí. Sabe que he estado en su garaje y sabe lo que he encontrado. Meto la marcha del jeep y, con el corazón golpeándome en el pecho, me alejo

a toda velocidad.

Capítulo 13

Subo la calefacción del jeep, pero las manos no dejan de temblarme hasta que llego a las afueras de Mathias. ¿En qué estaba pensando? Ahora Peter McNaughton sabe que he estado husmeando en su casa y es evidente que tiene algo que esconder. ¿Por qué otra razón iba a intentar ocultar un álbum de recortes lleno de fotos y artículos periodísticos sobre una mujer con la que estudió en la escuela secundaria? Quizá Peter nunca pudo olvidar a Gwen. ¿Y si intentó reavivar lo que creía que tenían desde la escuela secundaria y Gwen, casada y con una hija, le dijo que se largara? Tal vez el rechazo llevó a Peter al límite y la mató. La gente ha matado por menos.

De noche, sin luna ni estrellas, un camino rural es excepcionalmente oscuro. La única luz proviene de mis faros. Enciendo las luces largas, pero incluso eso no parece suficiente. Miro continuamente por el espejo retrovisor esperando que aparezca el BMW de Peter a toda velocidad detrás de mí. Piso a fondo el acelerador y el jeep se abalanza hacia delante. No veo la hora de llegar a casa. Quiero encerrarme con Parche y encender el fuego. Y si soy sincera conmigo misma, quiero una copa. Con desesperación.

Giro en el sendero y cuando llego a casa me encuentro con una oscuridad total. Cuando salí esta mañana, no me molesté en encender las luces del porche. Aparco lo más cerca posible de la puerta y me vuelvo hacia Parche para ver si está tan nervioso como yo. No lo está. Aunque se pasea por el asiento trasero, no lo hace por ninguna sensación de peligro, solo está ansioso por salir del coche y comer. Con el móvil y las llaves en la mano, me bajo del jeep, dejo salir a Parche y me apresuro hacia la puerta principal.

Parche llega primero y está olfateando el suelo cuando lo alcanzo. Ha encontrado algo.

Dirijo la luz de mi móvil hacia el escalón de entrada y veo un sobre tirado. Me detengo para echar un vistazo al jardín ver si quien dejó la nota sigue por allí. Cojo el sobre y abro la puerta, meto a Parche conmigo y me encierro dentro con rapidez.

Enciendo las luces, cierro todas las persianas, me siento en la encimera de la cocina y examino el sobre blanco. Mi nombre está escrito con un garabato desconocido en la parte delantera. No tiene

franqueo ni sello, o sea, que no lo ha entregado el servicio de correos. ¿Y si es de Peter McNaughton? ¿Y si es una advertencia para que me aleje de él? Sé que estoy siendo ridícula. Es imposible que Peter sepa dónde vivo. Hasta donde yo sé, ni siquiera sabe mi nombre y, además, mi dirección y mi número de teléfono no figuran en la guía postal.

Enfadada por mi nerviosismo, abro el sobre. Dentro hay un papel de carta grueso con una O mayúscula y ornamentada. Suspiro. Es de Evan Okada, que me da las gracias por las galletas y acepta mis disculpas por el malentendido. También dice que no dude en llamarle si necesito algo. Me asomo por la ventana y alzo la vista hacia la casa en el risco. No hay luces en las ventanas. Vale, eso es ser un buen tipo. Alguien capaz de olvidar que hice que lo arrestaran por bajar el risco bajo la lluvia para asegurarse de que yo estaba bien.

Dejo la nota a un lado y miro el teléfono. Estoy lista para llamar a Jake con todo lo que he averiguado sobre Peter McNaughton, pero ¿qué sé en realidad? Es un amigo de Gwen del instituto. Llevó flores al lugar donde ella murió. Recortó algunos artículos sobre ella. Asistió a su funeral. Ninguno de estos hechos es alarmante en sí mismo. Jake va a pensar que he estado bebiendo de nuevo. Y además, ¿qué pasaría si estoy equivocada? ¿Si llamo a la policía y un hombre inocente se mete en problemas? No, no puedo llamar a Jake todavía. Necesito más pruebas.

Voy hasta el ordenador, entro en Facebook y busco más comentarios de Peter en la página de Gwen. No hay nada. De hecho, todos sus mensajes anteriores han sido borrados. Peter está preocupado. Está empezando a cubrir sus huellas. Tal vez en este momento está buscando un nuevo escondite para su álbum de recortes. Tal vez está destruyendo pruebas y cualquier otra conexión con Gwen. En lugar de llamar a Jake y tener que aguantarme un sermón sobre dejar las cosas como están, decido enviarle un correo electrónico.

“Jake, sé que piensas que estoy exagerando, pero tienes que investigar a Peter McNaughton. Creo que sabe más de lo que dice. Por favor, confía en mí. Al menos averigua dónde estaba la noche que murió Gwen. Amelia”.

Releo lo que he escrito. Perfecto. No suena a teoría conspirativa. Pulso Enviar. Mi bandeja de entrada rebosa de dos años de correos electrónicos ignorados y sin responder. La mayoría son correo basura y los borro sin abrirlos. Algunos son de viejos conocidos con los que no he hablado desde antes del accidente. También los borro. Hay uno de una amiga de la universidad con la que no he estado en contacto

desde mucho antes del accidente. Si bien es una persona con la que me gustaría volver a vincularme, no tengo fuerzas para escribirle una extensa explicación de lo que me ha pasado en las últimas dos décadas. Decido hacerlo más tarde.

A ciegas, pulso Suprimir una y otra vez hasta que un correo electrónico llama mi atención. Es de Gwen, de hace cosa de un mes, con el asunto “Feliz cumpleaños”. ¿Por qué me enviaría Gwen un correo después de tanto tiempo? ¿Por qué se molestaría en felicitarme después de que la apartase de mi vida por completo, me negué a verla y me rehusé a ser su amiga?

Abro el correo y veo que, además de una carta larga, Gwen ha incluido un archivo adjunto. Es una foto de Gwen y su hija Lane. Lane está sentada en el regazo de su madre y ambas sonríen a la cámara, ajenas por completo a las cosas terribles que sucederán en cuestión de semanas. Se me llenan los ojos de lágrimas y me invade una pena enorme.

“Querida Amelia: Hola, vieja amiga, y digo vieja de verdad: tienes cinco años más que yo. ¡Feliz cumpleaños! Espero que te estés preparando algo especial. Pastel, helado, ¡de todo! En casa todo va bien. A Marty le gusta mucho su nuevo trabajo en Deere y Lane ha estado ocupada todo el verano con clases de natación y el campamento de día. Está feliz en segundo grado. De vez en cuando pregunta por Nora y cuándo pueden juntarse para jugar.

”Me encontré con Terry, del curso de enfermeras forenses, y me contó que había oído que te iba muy bien. Me alegra saberlo. Me encantaría que quedásemos alguna vez y nos pusiésemos al día. Echo de menos nuestras charlas. De hecho, me vendrían muy bien tus consejos. Creo que está ocurriendo algo muy extraño en el trabajo y necesito comentárselo a alguien para que me diga que estoy loca. Avísame cuándo te vendría bien y organicémonos. Ha pasado demasiado tiempo, Amelia. Abrazos, Gwen”.

He estado tan ensimismada, he sido tan egoísta. ¿Cuánto podía costarme enviarle una respuesta a Gwen? Un simple gracias por pensar en mí. No solo estropeé nuestra amistad, sino que también acabé con la de Lane y Nora.

Tampoco puedo evitar pensar en lo que escribió Gwen sobre un problema en el trabajo y preguntarme si puede haber tenido algo que ver con su muerte. Lo más probable es que alguien le estuviera robando el almuerzo de la nevera en la sala de personal, pero ¿y si era algo más grave? Aunque entonces, toda mi teoría sobre Peter McNaughton se iría al traste.

Considero la posibilidad de reenviar el correo electrónico a Jake, pero decido no hacerlo. Antes veré qué tiene que decir sobre Peter McNaughton. Cierro el portátil.

Estoy demasiado ansiosa para relajarme. Ahora es cuando me convierto en mi peor enemigo, cuando no puedo evitar que mi mente dé vueltas y me entren ganas de beber. Voy al lavadero a ponerme ropa para salir a correr y, cuando regreso, Parche está junto a la puerta. No quiero salir. Pero aunque me esté esperando un criminal allí fuera, me da más miedo quedarme aquí sola con el diablo debajo del fregadero de la cocina. Parche se mueve con nerviosismo cuando ve mis zapatillas. Abro la puerta, salimos juntos a la noche fría y oscura y echamos a correr.

Cuando llegamos a la carretera principal, corro de cara al tráfico para poder ver lo que se aproxima. Solo nos cruzamos con dos coches y ninguno de ellos parece ser un viejo BMW. Salvo que Peter decida tomar el antiguo camino embarrado hacia mi casa, no creo que vaya a tener que preocuparme por él. Al menos esta noche. El aire frío en el rostro me sienta bien y, una vez que mis músculos se calientan, noto que la tensión se escurre de mi cuerpo y que las ganas de beber disminuyen. Después de cuatro kilómetros, tengo la impresión que voy a estar bien. Me vuelvo para emprender el camino de regreso a casa cuando el móvil vibra contra mi cadera y encuentro un mensaje de texto de Jake.

“La coartada de Marty Locke ha sido verificada. Está libre de sospecha”.

Le envío un rápido agradecimiento por la información, guardo el móvil y Parche y yo empezamos a correr de nuevo. El mensaje de Jake debería hacerme sentir mejor, y lo hace en el sentido de que al menos Gwen no murió a manos del hombre que se suponía que la amaba más que nadie en el mundo. Al menos Lane no perderá también a su padre.

Pero todavía tengo demasiadas preguntas dando vueltas en mi cabeza. Peter sabe que he estado husmeando en su casa. Está claro que conocía a Gwen. ¿Y si es el asesino? ¿Y si de algún modo encontró la

forma de entrar en mi casa? Escruto la oscura campiña en busca de cualquier indicio de que alguien podría estar acechando cerca, pero la carretera está desierta. No hay casas, no hay coches, y a pesar de mi necesidad de salir de casa, comprendo lo estúpido que es estar aquí sola. Si Peter me atacara en este momento, nadie me oiría pedir ayuda. Nadie me oiría gritar. Acelero el paso. Ahora sí que tengo que contarle a Jake mis sospechas sobre Peter. Pero tengo que hallar la forma de hacerlo sin revelarle que he entrado sin permiso en casa de los McNaughton.

Y luego está el correo electrónico de Gwen. Parece algo sin importancia, un conflicto en el trabajo, pero cuando se trata de un homicidio, todo es importante. Me pregunto si Gwen le habrá comentado a Marty que tuviera algún problema en el trabajo. La verdad es que podría tratarse desde un compañero que no hacía su trabajo a un caso de acoso sexual. Caben todas las posibilidades. ¿Pero es suficiente para matar? Lo dudo.

Cuando llegamos a casa, sigo muy desconcertada sobre el homicidio de Gwen y estoy empezando a pensar que lo más probable es que estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado y que haya sido víctima casual de un desconocido. Esto hace que mi decisión de salir a correr sola de noche sea aún más cuestionable. Saco la llave del bolsillo, abro la puerta y Parche corre a buscar su cuenco de agua mientras yo me desabrocho la chaqueta y voy a darme una ducha.

Entro en la cocina y se me hiela la sangre. Una botella de vino abierta y una copa medio llena de líquido rojo rubí justo al lado. Yo no serví esa copa. Sé que no lo hice.

Me apresuro hacia el teléfono, dispuesta a llamar al 911, pero me detengo. Si hubiera alguien ahora en la casa, Parche estaría como loco. Pero no lo está. Se ha acomodado en el sofá y se está rascando la oreja con la pata trasera. Quienquiera que haya estado aquí se ha ido. Como la otra noche.

Compruebo que la otra puerta esté cerrada; el palo de escoba está en su sitio. Vuelvo a mirar la copa de vino. He tenido borracheras en las que he bebido hasta desmayarme y me he despertado en lugares a los que no recordaba haber ido, pero eso era cuando bebía muchísimo alcohol. Sé que estuve tentada, pero hace dieciocho meses que no bebo. Voy de ventana en ventana y todas están bien cerradas. Entro en cada habitación y busco cualquier otra señal de que alguien haya estado en la casa. Nada parece fuera de lo normal, salvo que la foto enmarcada mía y de Nora que tengo junto a la cama está boca abajo.

Podría haber tumbado el marco sin darme cuenta, pero no lo creo. ¿Podría alguien haber entrado en la cabaña, haberse servido una copa de vino y luego haber subido a mi dormitorio y mover la fotografía? Coloco el marco en su lugar y bajo las escaleras.

Me estoy volviendo paranoica. Pero ¿cómo podría alguien haber entrado sin romper una ventana o una puerta? Solo hay una posibilidad. La llave que tengo escondida fuera. Pero nadie podría saber dónde está. No la guardo debajo de un felpudo de bienvenida, ni siquiera tengo uno, ni escondida debajo de una maceta. La llave está dentro de una cajita magnética encajada detrás de la matrícula delantera de mi coche.

Llevo a Parche conmigo, salimos afuera y paso los dedos por detrás de la matrícula. La caja metálica está donde la dejé. Tiro de ella y deslizo la tapa. La llave de la casa está ahí, pero eso no significa que alguien no la haya usado y la haya vuelto a guardar. Debería llamar a la policía, a Jake, pero ¿qué voy a decir? ¿Alguien entró en mi casa y me sirvió una copa de vino? En este momento, el nivel de mi credibilidad con Jake es, como mínimo, precario.

Además, nadie conoce lo de mi llave oculta. Aunque no es del todo cierto. David sabe que guardo una llave de la casa escondida en el coche. Él fue quien me dio la idea hace años. Pero de todas las personas, ¿por qué entraría David en mi casa y bebería media copa de vino? Es una locura.

Levanto la vista hacia la casa de Evan en el risco. Tampoco tiene sentido. Sé a ciencia cierta que no he tenido que usar la llave de repuesto desde que me mudé aquí, así que es imposible que me haya visto usarla. Deslizo la tapa en su sitio, cojo la caja y la llevo adentro conmigo.

Observo la botella de vino medio llena que sigue sobre la encimera y trato de decidir qué hacer. Podría tirar el resto del líquido por el desagüe y arrojar la botella a la basura. Pero ¿y si quienquiera que haya hecho esto ha dejado huellas? Alguien está queriendo confundirme. Saco un trapo limpio de un cajón y lo uso mientras cojo con cuidado la copa de vino y vierto el contenido en el fregadero, luego coloco la copa y la botella en el armario que hay debajo del fregadero, detrás de una botella de detergente y junto a la botella de vino que yo misma he escondido. Si no tengo que mirarla, quizá no sienta la tentación de beber.

Me enderezo y compruebo una vez más las ventanas y las puertas.

Todo está bien cerrado. Aun así, a primera hora de la mañana llamaré para que vengan a cambiar las cerraduras. Por si acaso.

Capítulo 14

Me paso la mitad de la noche pensando en la botella de vino que apareció en mi encimera. Quizá debería haber llamado a la policía, pero ¿qué harían? Ya los llamé una vez y fue una falsa alarma. Es probable que lo achacaran a una mujer histérica que está demasiado asustada para quedarse sola en su casa. Pero sé que alguien está queriendo jugar con mi mente y la única persona que se me ocurre que haría algo así es David. ¿Pero por qué? De hecho, ha sido amable conmigo en los últimos tiempos. ¿Estará actuando? ¿Qué gana con eso? No tengo derechos legales sobre Nora y no le he pedido dinero. No tiene sentido.

Antes de irme a trabajar por la mañana llamo al cerrajero y me dicen que no pueden venir a cambiar todas las cerraduras hasta el sábado por la mañana. Faltan dos días, pero ni David ni nadie podrá entrar en la casa a partir de entonces. Buscaré un escondite nuevo para la llave de repuesto.

Mientras conduzco hacia la clínica, decido que voy a invertir en una cámara de seguridad para poder desenmascarar a David por tratar de confundirme. Mientras tanto, he sacado la llave del escondite detrás del parachoques del jeep.

En cuanto Parche y yo entramos en la sala de espera, me doy cuenta de que hoy no voy a trabajar mucho con los archivos. Los pacientes se quedan enamorados de Parche al instante. Se turnan para acariciarlo y Parche disfruta de toda la atención.

Cuando por fin llego a mi escritorio y empiezo a teclear los datos, son casi las nueve. Cada expediente clínico que abro cuenta una historia, y hoy me entero de una mujer de sesenta y tres años llamada Sharon Quigley que tiene cáncer de pulmón microcítico, y de Mitchell Rivera, un hombre de cuarenta y ocho años de una ciudad cercana al que le han diagnosticado síndrome mielodisplásico. Explicado de forma sencilla, se trata de un tipo de cáncer en el que la médula ósea no produce suficientes células sanguíneas sanas.

Una vez más, parece faltar documentación en la historia clínica, incluidos los análisis de laboratorio iniciales y los resultados de una aspiración y biopsia de médula ósea. Como Barb es la jefa de consultorio, supongo que debería acudir a ella y contarle lo de los

informes faltantes, pero no quiero meter a nadie en problemas. La ausencia de informes es bastante común. Nos pasaba cuando yo estaba en urgencias. Tratábamos de ser muy cuidadosos, pero de vez en cuando se nos perdía alguno.

Decido limitarme a tomar nota mental de la información que falta cuando el doctor Mariod asoma la cabeza por la puerta.

—¿Cómo va todo? —pregunta mientras Parche se levanta para saludarlo.

—Bien, gracias —respondo, y entonces decido mencionar los documentos—. Me he dado cuenta de que en algunas historias clínicas faltan informes de laboratorio. —Le paso la historia de Mitchell—. Verás, el hemograma inicial y el resultado de la biopsia no están aquí.

El doctor Mariod abre la historia clínica y arruga la frente mientras hojea las páginas.

—Qué raro —comenta, y me devuelve la historia—. Tal vez se colocaron por error en la carpeta de otro paciente.

—Estaré atenta, pero hay otras historias que también están incompletas. He estado tomando notas.

—Vale, es una suerte que nos estemos ocupando de esto. Cuando pasemos del papel a un sistema cien por cien digitalizado, no tendremos estos errores. Gracias por detectarlos —agrega y acaricia la cabeza de Parche.

Saca una pequeña golosina para perros del bolsillo de su bata blanca y me mira para pedirme permiso antes de dársela. Asiento con la cabeza. Sé que el cajón del escritorio de Lori está lleno de golosinas solo para Parche, y varias veces al día, alguien pasa para darle una. Voy a acabar teniendo un perro muy consentido por trabajar aquí.

Observo por la puerta entreabierta a una enfermera que acompaña a un paciente a un consultorio. El rostro pálido y demacrado avanza con dificultad, esperando, rezando por alguna buena noticia, un poco de alivio. Recuerdo esto de cuando trabajaba con pacientes: la gratitud que sentían cuando yo era capaz de aliviar su dolor o los escuchaba, o estaba disponible siempre que me necesitaban. Por supuesto, también estaban los otros pacientes que me vomitaban encima o intentaban agarrarme el culo. Intento no centrarme tanto en esos.

Echo de menos mi antigua vida y la locura frenética de urgencias. No

me imagino pasar los próximos veinte años —ni siquiera los próximos seis meses— sentada en esta habitación sin ventanas revisando historias clínicas. Pero aquí estoy. Sé que Lori me ofreció que fuera a trabajar en el área de recepción, pero interactuar con los demás es agotador y, a su manera, esta sala oscura y pequeña me resulta reconfortante. Saco otra historia del archivador y empiezo a leer. Simon Burger. Sesenta y nueve años. Cáncer testicular.

Después del trabajo, Parche y yo pasamos la tarde matando el tiempo antes de ir a mi sesión con la logopeda. Vamos en el coche hasta el paseo ribereño de Mathias y nos sentamos en un banco del pabellón cubierto que mira hacia el agua encrespada y del mismo color gris acero que el cielo. El aroma penetrante y limpio de la nieve pende en el aire. Me pregunto si se tratará de otra farsa de los pronósticos meteorológicos de Iowa. Llevo días pensando que va a nevar.

Una vez más, no puedo creer cuánto se ha transformado mi ciudad natal en los últimos veintitantos años. El centro de Mathias, que solía ser sucio y descuidado, es ahora una atracción turística donde la gente viene a comprar y a cenar. Hoy, el frío ha espantado a la gente y Parche y yo somos los únicos visitantes. Las gaviotas describen bucles sobre nuestra cabeza buscando restos de comida.

El frío nos urge a movernos y empezamos a caminar hasta que llegamos al viejo puente del tren donde Sadie saltó al agua. ¿Por qué, por qué querría tanto morir? ¿Dejar a alguien que la amaba tanto como Jake? Nunca lo entenderé. Me pregunto si Jake viene aquí alguna vez y camina por este sendero pensando lo mismo. Supongo que no. A mí todavía me duele pasar por delante de la clínica de David, y él sigue vivo.

La nieve pronosticada empieza a caer por fin, pero, aun así, un pescador desafía el frío y guía su pequeño bote con lentitud por las aguas agitadas. Pienso en Gwen. ¿Cómo la transportó su asesino hasta la curva del río donde yo la encontré? Conociendo a Gwen, era imposible que alguien la hubiera obligado a recorrer los senderos hacia su propia muerte. Se habría resistido, aunque según Jake, su cuerpo no presentaba ninguna herida defensiva.

Estoy convencida de que la única forma en que el asesino pudo llevarla al río fue incapacitándola primero y luego trasladándola en una embarcación hasta el lugar donde la descubrí. Pero ¿por qué la estrangularía, la reanimaría y la estrangularía de nuevo? ¿Acaso el asesino era un psicópata que se divertía cortándole la respiración o intentaba obligarla a que le dijera algo que quería saber? ¿Qué podía

ser tan importante?

Pienso en el correo electrónico de Gwen y en el mensaje telefónico que me dejó. ¿Qué la llevaría a contactar conmigo después de tanto tiempo? Quizá Marty lo sepa. Si pudiera hablar con él unos minutos, tal vez podría decirme por qué Gwen tenía tantas ganas de volver a ponerse en contacto conmigo. ¿Era porque echaba de menos nuestra amistad o por algo más?

Consulto mi reloj. Todavía falta una hora y media para mi sesión de rehabilitación logopédica. ¿Y si paso por la casa de Marty? ¿Será demasiado pronto? ¿Demasiado intrusivo? Pero ¿y si él tiene las respuestas necesarias para llevar al asesino de Gwen ante la justicia? Sé que querría ayudar.

La nieve cae con más fuerza ahora, así que Parche y yo caminamos de regreso al coche. Una vez en la carretera, nos detenemos en una tienda local de comida para llevar y compramos una ración de lasaña para hornear y un pan de ajo para Marty. Después de mi accidente, montones de personas se presentaron en casa con comida para nosotros. Sé que David y Nora lo apreciaron mucho. En cuanto a mí, casi no comía, estaba demasiado ocupada bebiendo.

De camino otra vez, empiezo a cuestionarme mi decisión impulsiva de ir a ver a Marty. ¿Cómo me sentiría si alguien se presentara en mi puerta sin previo aviso poco después de haber perdido a un ser querido? En realidad, sé exactamente cómo me sentiría y lo que haría. Después de perder la audición, no quería ver a nadie. Evitaba a los demás a toda costa, incluidos Gwen y Jake. Fue peor después de que David me pidiese que me largara. Lo único que quería era hacerme un ovillo y morirme. No fue hasta que Jake me sacó de la cama y por poco me obligó a ir a una reunión de Alcohólicos Anónimos que empecé a salir de mi exilio autoimpuesto.

Cuando doblo por la calle de Marty, casi espero que no esté en casa. La vivienda de Gwen y Marty es igual a una decena de otras que bordean la calle tranquila. Las construcciones son de dos niveles y están revestidas en color tostado o gris. Todas tienen el mismo tejado a cuatro y a dos aguas y persianas negras. Entro en el sendero de entrada en pendiente de los Locke y, antes de poner el punto muerto, las cortinas de la ventana delantera se descorren de golpe.

Ya no hay marcha atrás. La puerta se abre y aparece una figura consumida. Marty tiene un aspecto muy distinto al que tenía en el funeral. Está sin afeitar y mechones de cabello oscuro grasiento

enmarcan su rostro.

Salgo del jeep, suelto a Parche y cojo la lasaña y el pan antes de subir por el sendero.

—Hola, Marty —digo—. Soy Amelia Winn.

Marty me observa a través de unos ojos azules y apagados que parecen haberse hundido en su cráneo. Tiene los labios agrietados y se sujeta al marco de la puerta como para no perder el equilibrio.

—Conocía a Gwen. Trabajábamos juntas en Queen of Peace y éramos amigas. Lane y mi hija Nora solían jugar juntas.

Marty se humedece los labios y me pregunto si habrá estado bebiendo. Me acerco un poco más para ver si su aliento huele a alcohol. Nada. Saca unas gafas del bolsillo delantero arrugado de la camisa y se las pone.

—Cómo no me voy a acordar de ti, Amelia —responde—. ¿Cómo estás? Pasa, por favor.

—Estoy bien, gracias. ¿Te importa que entre Parche?

Marty despeina la cabeza de Parche.

—No, cuantos más seamos, mejor. —Se aparta para dejarnos entrar. Hay un montón de zapatos junto a la puerta y una chaqueta tirada con descuido en el suelo. Marty se pasa una mano por el pelo, cohibido—. Lane está en la escuela. Quería quedarse en casa conmigo, pero el asesor escolar pensó que sería mejor para ella estar con sus compañeros. Seguir con su rutina. —Mira alrededor de la habitación —. Hoy no he podido limpiar todavía.

Un cesto en el suelo rebosa de ropa que aguarda a ser doblada, una fina capa de polvo cubre la mesita de café y una almohada y una manta yacen enredadas en el sofá. La sala tiene el aspecto desolado de una habitación que solía estar bien cuidada pero que ahora requiere demasiada energía para mantenerla en orden. Marty me sorprende observando la almohada y la manta.

—Me cuesta dormir en el dormitorio sin ella —admite.

Tengo ganas de decirle que lo entiendo. Todavía no duermo bien sin David a mi lado. Quiero contarle que duermo con la luz encendida y con una mano sobre Parche para saber que no estoy sola. Pero solo

atino a asentir con la cabeza.

Lo sigo a la cocina, donde una pila de correspondencia sin abrir está esparcida sobre la mesa, los platos sucios se amontonan en el fregadero y las bolsas de plástico medio llenas de comestibles descansan olvidadas sobre la encimera. El olor a leche en mal estado y a huevos fritos impregna la habitación.

—Te he traído lasaña y pan de ajo. Puedes congelarlo si no te lo vas a comer ahora. Las instrucciones para hornear están en la parte de arriba.

—Gracias —contesta, y acepta la comida que le entrego y la guarda en la nevera—. ¿Café? —invita.

No tengo sed, pero acepto por educación. Busca dos tazas en el armario, retira la jarra de la placa térmica y sirve. Me da una taza y bebo un sorbo—. Gwen me contó que tuviste un accidente y que perdiste la audición —agrega y bebe un buen trago de café.

—Estoy tratando de acostumbrarme. La mayor parte del tiempo tengo que rellenar los huecos para saber lo que dice la gente. Puedo leer los labios y me fío de los gestos y las expresiones faciales. Si usas frases cortas y puedo verte la cara, capto lo esencial.

—Algo así como La Rueda de la Fortuna, ¿eh? —comenta, y sonríe de su propio chiste.

—Más bien como un juego de adivinanzas —lo corrijo—, pero me las arreglo. —Nos concentramos en beber café para llenar el incómodo silencio a continuación—. Lo siento mucho, Marty —aventuro por fin, con la garganta estrujada por las lágrimas—. Gwen y yo nos alejamos en los últimos años, pero siempre fue una buena amiga para mí.

Marty se muerde el labio superior con los dientes inferiores como si intentara contener las emociones que amenazan con desbordarlo.

—Te vi en el funeral. Gracias por ir.

—De nada —contesto y, con aire distraído, cepillo con la mano las migas de tostadas que salpican la superficie de la isla de la cocina. Un cuchillo de mantequilla pegajoso y sucio con jalea solidificada está pegado a la encimera y hago palanca para despegarlo. El lugar es un desastre. Lane no debería vivir en estas condiciones. Agrego las migas y el cuchillo sucio al fregadero desbordado.

—Por un tiempo, la policía pensó que yo podría haberla matado —me dice—. ¿Puedes creerlo? Yo, matar a Gwen. —Menea la cabeza ante la estupidez de la idea.

—¿Se te ocurre alguien que pudiera haberlo hecho?

—La policía me preguntó lo mismo. —Se pasa los dedos por el pelo y, cuando retira la mano, tiene los mechones grasientos pegados—. No puedo pensar en nadie que quisiera hacerle daño a Gwen. Lo único que hacía era tratar de ayudar a la gente.

—Gwen intentó acercarse a mí después del accidente, intentó ayudarme. Pero no se lo permití. Me siento muy mal por eso.

Marty asiente con la cabeza como si lo recordara.

—Eso la entristeció. Pero lo entendía.

—Recibí un correo electrónico de Gwen hace un tiempo deseándome feliz cumpleaños. También me comentaba que tenía algún tipo de dilema laboral. ¿Tienes alguna idea de a qué se refería?

Marty hace una pausa y piensa antes de hablar. Su rostro se vuelve rígido, el sol tenue de la tarde proyecta una luz severa sobre sus rasgos.

—De vez en cuando recibía amenazas de algunos hombres.

—¿Qué hombres? —lo presiono cuando no continúa.

—Los violadores y los hombres que les pegan a sus esposas y a sus novias. Llamaban a casa o aparecían en el hospital y le advertían que se mantuviera al margen.

Pienso en mi accidente y tiene sentido que esos hombres, que era muy probable que enfrentaran cargos penales, intentaran intimidar a Gwen para que se apartara.

—¿Se lo contaste a la policía?

—Sí, pero no pude identificar a los tipos. La verdad es que no tengo ni idea. Todos los que trabajaban con Gwen la querían. —Los ojos de Marty brillan de admiración al recordar.

—¿Qué me dices de un tal Peter McNaughton? —pregunto—. ¿Lo mencionó Gwen alguna vez?

Para mi sorpresa, Marty esboza una mueca y niega con la cabeza.

—Peter McNaughton es inofensivo. Él y Gwen eran amigos desde hacía mucho tiempo. Peter es un poco raro, pero Gwen nunca le tuvo miedo. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo con Peter? ¿Ha hecho algo?

—No, no —me desdigo—. Lo vi en el funeral y pensé en preguntarte. ¿De modo que no se te ocurre nada relacionado con el trabajo que tuviera preocupada a Gwen?

—Lo único que se me ocurre es que Gwen mencionó a una paciente que conoció en el hospital y que la preocupaba.

—¿Recuerdas el nombre? ¿Qué le pasaba?

—Todo lo que recuerdo es que tenía un nombre como de un bicho o insecto. Un nombre raro. Déjame pensarlo mejor.

—¿Recuerdas en qué departamento estaba trabajando Gwen cuando conoció a la paciente? —insisto. Si Marty puede decírmelo, me ayudaría a acotar los posibles problemas.

—Creo que dijo que la mujer iba a tener un bebé o tenía un bebé. —Sacude la cabeza—. No estoy seguro, pero Gwen estaba muy alterada.

—¿Hace cuánto fue esto? ¿Se lo contaste a la policía?

—Un mes, tal vez. —Menea la cabeza—. No, no dije nada. Gwen no mencionó el nombre del hospital ni del médico. Solo dijo que no le gustaba que la gente jugara a ser Dios. —Eso sonaba muy parecido a la Gwen que yo recordaba. Luchadora y siempre velando por los desvalidos—. Lo único que pude darle a la policía fue el calendario donde llevaba un registro de todas sus citas. ¿Te parece que debería llamarlos y contarles lo de esta paciente?

—No estaría de más —concedo—. O sea, que la policía tiene el calendario de Gwen —digo decepcionada. Cómo me gustaría echar un vistazo al cronograma de Gwen del último año.

—Hicieron una copia y me lo devolvieron. —Marty señala un calendario abierto en el mes de octubre que cuelga en la pared junto a la nevera. Me acerco para inspeccionarlo mejor. El mes de octubre tiene una foto de la Gran Muralla China. Me acuerdo de que Gwen comentaba que siempre había querido visitarla. Me pregunto si lo habrá hecho.

Paso los dedos por la letra pequeña y apretada que llena casi todas las casillas de fechas. La letra de Gwen. Intento descifrar la críptica taquigrafía. “L~NiExplo” y “G~UR/QP” el 5 de octubre deben de significar que Lane tenía alguna actividad de Las Niñas Exploradoras y que Gwen tenía turno en urgencias del Queen of Peace. En la casilla del 30 de octubre, la noche antes de que encontré su cuerpo, dice “L~disfraz”, “G~RM/Onco”, “M~cambio aceite”.

Marty se acerca por detrás. Percibo el mal olor de la ropa con demasiado uso y la piel sin lavar. Me vuelvo para poder ver sus labios.

—Lane tenía que llevar un disfraz para Halloween —explica, traduciéndome el código—. Gwen tenía que cumplir un turno en el Regional de Mathias y yo tenía hora para cambiar el aceite del coche.

—Parece que estaba trabajando mucho —comento.

—Sí, intentaba hacer todos los turnos que podía. Queríamos ahorrar un poco de dinero.

—¿Te importaría que me llevase el calendario unos días? —pregunto, esperando que Marty se niegue a una petición tan extraña.

—Ningún problema. —Lo descuelga de la pared—. Me entristece mirarlo.

—Debería irme —agrego mientras me entrega el calendario—. Siento mucho lo de Gwen.

Marty echa un vistazo indefenso a la habitación y repara en el fregadero tapado de cosas.

—Es demasiado abrumador —admite, y se frota los ojos con el pulgar y el índice—. Por suerte, la madre de Gwen está en la ciudad, eso ayuda.

—Llámame si necesitas algo —le ofrezco—. Que te ayude con Lane o que te haga algún recado. Solo avísame. —Apunto mi número de móvil en un trozo de papel, le doy un abrazo rápido y nos despedimos.

Sigue nevando cuando subo a Parche al jeep y recorremos las calles resbaladizas hacia mi sesión de rehabilitación del habla; llegamos justo a tiempo. Paso los siguientes cuarenta y cinco minutos trabajando con la terapeuta para pronunciar con corrección los sonidos ese, i griega, erre, efe y de.

Cuando salimos, el manto blanco sobre el suelo se ha engrosado al menos dos centímetros, y continúa nevando. Parche salta en el aire y se abalanza sobre los filamentos con forma de espiral. Yo cierro los ojos, abro la boca y extiendo la lengua para atrapar algunos copos. Por un instante, me transporto atrás en el tiempo, a cuando era niña y usaba guantes de invierno desemparejados y botas de nieve heredadas de mi hermano. Este es el silencio reconfortante que recuerdo de mi infancia, la quietud que acompaña a la nieve, cuando el mundo entero ha quedado silenciado bajo un suave edredón blanco. Por primera vez en mucho tiempo, el silencio y la oscuridad no me asustan.

Permanezco de pie con los brazos extendidos y el rostro levantado hacia el cielo cada vez más oscuro hasta que mi piel se humedece y mis mejillas arden de frío. Me agacho, recojo un puñado de nieve y lo lanzo al otro lado del aparcamiento. Parche corre tras él, sus patas traseras resbalan unos segundos antes de ganar tracción. Pierde de vista la bola de nieve y sus ojos se desorbitan, confundidos. Preparo otra bola y la arrojo con ligereza al aire y Parche, grácil como una bailarina, salta por los aires y atrapa la esfera entre los dientes, donde estalla en mil pedacitos.

Una y otra vez, hago bolas de nieve y se las lanzo a Parche para que las coja. Se ha puesto frenético, va y viene moviendo la cola con intensidad. Hace todo lo posible por recoger las bolas medio derretidas que le lanzo, pero, para su desconcierto, se terminan de derretir antes de que pueda traérmelas. Las farolas de la calle se encienden y hacen que la nevada se vea como un cuento de hadas.

Tardo un momento en darme cuenta de que me estoy riendo. No estoy sonriendo, ni soltando risitas, ni riendo entre dientes; me estoy riendo a carcajadas. Parche hace una pausa en el juego, con la respiración agitada y la lengua que le cuelga con pesadez en la boca, y se queda mirándome con fijeza. Creo que nunca me ha oído reír antes. Me ha oído dar órdenes severas, me ha oído susurrar con suavidad en su oído. Incluso me ha oído llorar, pero nunca reír. No así.

Parche no sabe qué pensar; se acerca con timidez y observa con un interés nuevo. Recojo otro puñado de nieve y lo lanzo lo más lejos que puedo. Parche sale disparado, con sus poderosas piernas agitando la nieve, mientras cruza el aparcamiento desierto. Trato de recordar cómo suena mi risa, pero no lo consigo. Es como intentar recordar la cara de un pariente muerto hace mucho tiempo o de un viejo amor: inalcanzable.

Cuando tengo los dedos rojos y agrietados y los zapatos y los

calcetines mojados por la nieve, llamo a Parche para que vuelva. Es hora de regresar a casa. Quito la nieve de las ventanillas del jeep, abro la puerta, tiro de la palanca que hace que el asiento delantero se incline hacia delante e insto a Parche a entrar.

—Ke mne —le digo, esperando que él y sus patas mojadas se queden en el asiento trasero. Cierro la puerta con Parche dentro y me dispongo a coger la manilla de la puerta cuando noto una presencia detrás de mí. Quiero que sea Corrine, mi logopeda, pero sé que no lo es. Me vuelvo con rapidez y el corazón acelerado. En lugar de Corrine, veo a Peter McNaughton a menos de seis metros. Viene hacia mí.

Me quedo paralizada y no puedo apartar los ojos de su cara. Tiene la piel pálida y la boca de un rojo furioso. Mueve los labios deprisa, pero no sé lo que está diciendo. Por el rabillo del ojo, veo que Parche, percibiendo mi angustia, ha empezado a golpear la ventanilla con las patas delanteras.

Busco detrás de mí la manilla de la puerta. Peter McNaughton sigue acercándose y, sin ponerme la mano encima, me fuerza contra el frío metal del jeep. Mis dedos encuentran la manilla y la levanto. Consigo abrir la puerta unos centímetros y Parche ya está de pie en el asiento tratando de colarse por la pequeña abertura. Peter se mueve hacia delante con rapidez y cierra la puerta con un empujón que por poco pilla el hocico de Parche. Está tan cerca que puedo oler el olor rancio del café en su aliento. Busco con desesperación alguna posibilidad de ayuda, pero no hay nadie en el aparcamiento.

La boca de Peter sigue retorciéndose con rabia y habla tan deprisa que casi no logro descifrar más que unas pocas palabras al azar. “Garaje, sin permiso, policía”. Descarga su mano abierta sobre el jeep justo detrás de mi oreja izquierda. ¿Fue esto lo que le pasó a Gwen? ¿Peter se enfadó tanto, se indignó tanto que perdió el control y la mató?

Si consigo escabullirme de él, creo que podré sacarle ventaja y llegar a la clínica de logopedia. Pero, ¿y si cierra de noche? ¿Qué haré entonces?

—¡Alto! —grito—. Atrás. —Presiono las palmas de las manos contra su pecho y lo empujo. Se tambalea unos pasos hacia atrás y, por un momento, creo que se va a caer, pero se recompone y se endereza con dificultad—. ¿Qué quiere?

La agresión de Peter termina con la misma rapidez con que ha empezado. No sé si ve el terror en mis ojos o si teme que los ladridos

de Parche alerten a alguien en el interior de uno de los negocios cercanos, pero extiende las manos como para aplacarme.

—¿Qué quiero? —pregunta, con los ojos abiertos de incredulidad—. ¿Qué quiero? —repite—. Déjeme en paz. Aléjese de mí. Aléjese de mi casa.

—¿Por qué estaba en el río? —le pregunto, sabiendo que debería entrar en mi coche y largarme de allí—. ¿Por qué huyó de la iglesia cuando me vio?

—¿Por qué estaba usted en el río? —me responde con otra pregunta —. ¿De qué conoce a Gwen?

Sus preguntas me cogen desprevenida. Esta no es la forma en la que creería que se comportaría un hombre culpable de homicidio.

—Yo la encontré —me sorprendo explicando—. Fuimos amigas hace un tiempo.

—¿Fue usted quien llamó al 911? —Me estudia con suspicacia y luego echa un vistazo a Parche, que sigue hecho un loco en el interior del jeep.

—Sí.

Despacio, doy un paso atrás, pues sé que ha llegado el momento de marcharme. Por ahora, McNaughton está tranquilo, pero eso puede cambiar en un segundo.

—Cree que le hice daño, ¿verdad? Por eso vino a mi casa. No fui yo. Éramos amigos desde hace años. —Ya no quedan rastros de lucha en él y no me cabe duda de que un puñetazo firme en el estómago lo pondría de rodillas—. Nunca le haría daño a Gwen.

De repente, siento pena por él. Ya no tiene nada de aterrador ni amenazante y, por alguna razón, le creo.

—Entonces ¿quién? ¿Quién le haría esto?

—Pregúnteselo a su marido —replica. En ese instante, Corrine y otra logopeda salen al aparcamiento y se dirigen a sus coches—. Y tenga cuidado —agrega antes de darse la vuelta y marcharse.

Tardo un momento en asimilar sus palabras. No tienen sentido. Debo de haberme equivocado. Me pasa bastante. Sobre todo si no conozco

bien a la persona que está hablando.

“Pregúnteselo a su marido”.

¿Eso fue lo que dijo? Peter está loco. Tiene que estarlo.

Abro la puerta del conductor, entro en el coche y cierro. Con manos temblorosas, busco las llaves y consigo arrancar el motor. Parche está en el asiento del copiloto, a mi lado, y sigue ladrando.

—Utisit, utisit —repito una y otra vez hasta que Parche se calma. “Calla, calla”. En realidad, no es Peter lo que me da miedo. Es lo que ha dicho. “Pregúnteselo a su marido. Tenga cuidado”.

No sé qué hacer ni adónde ir. Así que simplemente conduzco, giro por calles al azar y recorro partes de Mathias en las que no he estado en años. Se me nubla la vista y me doy cuenta de que estoy llorando. ¿Por qué me diría Peter que le pregunte a David sobre la muerte de Gwen? Que yo sepa, David casi no la conocía. Es cierto que éramos amigas, pero casi nunca pasábamos tiempo juntas con nuestros maridos, y aunque Gwen era enfermera en el mismo hospital donde trabajaba David, cumplía turnos en distintos departamentos y plantas. Además, ¿cómo sabía Peter con quién estaba yo casada? Me seco las lágrimas con el antebrazo y miro por el espejo retrovisor, casi esperando encontrar a Peter siguiéndome de cerca. Pero no hay nadie.

Parche se ha tranquilizado por fin, pero estoy segura de que le habría arrancado el cuello a Peter para protegerme.

No quiero volver a casa. Estoy confundida. ¿Peter es peligroso o no es más que un loco? Tal vez sea ambas cosas. De lo que no hay duda es de que parece tener una extraña obsesión con Gwen. Los artículos periodísticos, el álbum de recortes escondido. ¿Y David? Sigo convencida de que fue él quien dejó la copa de vino en la encimera de mi cocina. ¿Podría haber estado involucrado con Gwen? ¿Involucrado en su muerte? La sola idea es ridícula. Lo es, ¿no? David trae bebés al mundo y cuida de Nora. No mata gente. Los pensamientos rebotan en mi cerebro con tanta furia que tengo ganas de beber algo. Algo que me calme los nervios, algo que aquiete la tormenta en mi cabeza.

Antes de darme cuenta, estoy de nuevo en calles conocidas. Al final, esto no se trata de mí en absoluto. Se trata de Gwen. Se trata de su hija. Se trata de asegurarse de que una persona con mucha maldad no pueda hacerle daño a nadie más. Tengo que ir a la comisaría y contarle todo a Jake. Él sabrá qué hacer.

Capítulo 15

Espero a Jake en una de las sillas de plástico duro de la sala de espera. Cuando por fin aparece, me hace señas para que lo siga a su oficina. Lo hago, y cuando cierra la puerta a nuestras espaldas, estoy segura de que me va a echar la bronca por intentar inmiscuirme en la investigación.

Tomo asiento y Parche se sienta a mis pies, vigilante, como si estuviera esperando que McNaughton se asomara por la puerta en cualquier momento. Espero a que empiece la regañina. En cambio, Jake se dirige a mí por señas.

—Cuéntame exactamente lo que pasó.

Le explico paso a paso cada uno de mis encuentros con Peter, pero, por conveniencia propia, paso por alto el hecho de que acabé en su garaje registrando sus cosas. También omito la parte de la historia en la que Peter dice: “Pregúnteselo a su marido”. No sé por qué. Supongo que a pesar de nuestro pasado y nuestras diferencias, no quiero acusar a David de homicidio sin la más mínima prueba.

—¿O sea, que estabas paseando a Parche por la mismísima calle donde vive McNaughton? —pregunta Jake por señas, pero no me da oportunidad de responder—. ¿El mismo tipo al que viste dejando flores en el río y el mismo tipo que se largó del funeral de Gwen cuando te vio?

Asiento con la cabeza.

—¿Y mientras estabas paseando a Parche por la misma calle donde vive Peter McNaughton, resulta que Parche se suelta de la correa y corre hacia su jardín? ¿Y luego hoy, de la nada, Peter McNaughton te sigue a la sesión de logopedia, te acorrala y empieza a gritar y luego se disculpa y se echa a llorar?

Asiento otra vez.

—¿Y esa es la historia? Cuando traigamos a McNaughton para interrogarlo, no nos va a contar otra cosa, ¿verdad?

—¿Vas a arrestarlo? —pregunto—. No sé si deberías.

—Bueno, déjame decirte algunas cosas sobre Peter McNaughton. Tenemos un expediente suyo de este grosor. —Jake separa el pulgar y el índice unos diez centímetros. Al ver la alarma en mi rostro, añade —: No, no es lo que piensas. Peter nos llama más o menos una vez a la semana para quejarse de algo o denunciar algún tipo de delito. Un vecino que hace demasiado ruido, alguien que merodea por su librería, niños que llaman a su puerta y salen corriendo, una señora en su jardín con un perro corriendo suelto. —Desliza los ojos hacia Parche y siento que me ruborizo—. Peter es un vigilante solitario del vecindario. Es inofensivo, la verdad.

Esto coincide con lo que me contó Marty.

—¿Tiene una librería? ¿Cuál?

—Una tienda de libros usados en Depot Street. Creo que se llama The Book Broker.

He oído hablar de ella, he pasado por delante un millón de veces, pero nunca he entrado y no tenía ni idea de que fuera propiedad de Peter McNaughton.

—Si te hace sentir mejor, podemos hablar con él. Recordarle que no es buena idea acorralar a las mujeres en los aparcamientos y empezar a gritarles. Además, podemos decirle que tú también eres inofensiva.

—Debería irme a casa —afirmo—. Se supone que el tiempo va a empeorar.

—Ya lo ha hecho. Hay alerta de tormenta de nieve. ¿Por qué no te quedas en mi casa esta noche?

—No sé… —empiezo, pero la invitación es tentadora. Las carreteras hasta mi casa pueden ser bastante traicioneras y todavía estoy un poco asustada por todo el asunto de la botella de vino. No se lo he contado a Jake. Tengo miedo de que empiece a considerarme en la misma categoría que a Peter.

—Anda —presiona—, ya he terminado. —Se pone de pie y coge su abrigo de un gancho que hay detrás de la puerta—. Vamos a mi casa.

Miro el reloj en la pared. Son casi las siete y media.

—En serio —insiste al ver la duda en mi cara—. No pasa nada. Comeremos algo y veremos el partido de los Hawkeye.

No lo diré en voz alta, pero me siento aliviada.

—Quizás sea más seguro —accedo.

—Entonces está decidido. Vamos.

Parche y yo seguimos a Jake fuera de la comisaría hasta mi coche. La noche ha descendido por completo y las farolas de las calles están encendidas. Las máquinas quitanieves han pasado y han ensuciado los bordes de la nieve recién caída. La temperatura está justo por encima del punto de congelación y el cielo no sabe si se supone que debe llover o nevar. La aguanieve cae en capas heladas y me cojo del brazo de Jake hasta que llegamos al jeep. Sigo con cuidado al todoterreno de Jake hasta una bocadillería donde compramos la cena y luego hasta su casa, la que compartía con Sadie.

Es una casa de estilo tradicional de dos dormitorios en un barrio tranquilo y arbolado, a pocas manzanas de donde ambos crecimos. Si Jake y Sadie hubieran tenido hijos, habrían ido a la misma escuela primaria que nosotros. Aparco detrás de él en el sendero de entrada y subimos juntos los escalones resbaladizos hasta la puerta principal.

El interior no ha cambiado mucho desde que murió Sadie. Todavía persisten el mismo sillón y el mismo sofá de dos plazas, los mismos cuadros en las paredes, los mismos libros en las estanterías. No sé cómo Jake sigue viviendo en esta casa. ¿Cómo hace para caminar por el mismo suelo por el que caminó Sadie? ¿Cómo se sienta en los mismos muebles y duerme en la misma cama sin sentir su presencia? Tal vez la siente. Tal vez esa sea la cuestión.

A pesar de su aspecto inalterado, a pesar de los muebles acogedores, la casa tiene un aire descuidado. Quizá sea porque conocí a Sadie. Porque sabía que su sola presencia llenaba una habitación. Sadie era dulce, guapa, amable, y Jake y ella eran inseparables. Ella siempre andaba buscándolo entre la gente. Lo llamaba “mi Jake”. Incluso cuando todos los ojos de una sala estaban puestos en ella, Sadie siempre buscaba a su marido.

¿Qué vio en las turbias aguas del Five Mines que la impulsó a saltar desde el puente del tren? No sé cómo pudo abandonar un mundo en el que vivía alguien a quien ella amaba tanto y que la amaba tanto a ella.

Me descalzo con una patada y me quito el abrigo. Jake lo coge y abre la puerta del armario. Mientras busca una percha vacía, veo el abrigo rojo de lana hasta los tobillos de Sadie. Han pasado cuatro inviernos

desde que ella se suicidó. Me pregunto si Jake hunde la nariz en la tela rasposa en busca de algún rastro de perfume. Me entristece pensar en Jake así, cautivo de un fantasma. Una vocecita en mi cabeza me regaña: “¿Quién es la que se aferra al pasado?” Soy yo la que sigue aferrándose a los vestigios erosionados de mi matrimonio.

Jake pulsa un botón del mando y el televisor se enciende. Me dice que tome asiento y me arroja una manta y el mando a distancia.

—Rookie —explica por señas, y se va a algún lugar del fondo de la casa. Entiendo que va a dejar salir a Rookie de su caseta.

Enciendo una luz, me acomodo en el sofá y me envuelvo las piernas con la manta. Sé que Jake no deja que Rookie se suba a los muebles, así que no invito a Parche a que me acompañe. En lugar de hacerlo, se pasa unos minutos olisqueando cada rincón, cada pata de silla y una caja de pizza vacía que hay sobre la mesita de café.

Jake y Rookie entran en la habitación y Parche se pone nervioso. Con su pecho ancho y su imponente estatura, Rookie es, a las claras, el macho alfa. Parche espera en posición rígida mientras Rookie lo olfatea y lo evalúa con sus ojos penetrantes. Cuando está convencido de que no constituye una amenaza para él, Rookie se vuelve hacia Jake, quien le ordena que vaya a tumbarse. Advierto que Rookie cumple cada una de las órdenes de Jake al instante y sin rechistar. Miro a Parche.

—Lehni —le ordeno—. “Sentado”. Me ignora y empieza a husmear de nuevo en la caja de pizza.

Sorprendo a Jake riéndose cuando se acerca al sofá, con la bolsa de comida en la mano, y estiro las piernas para que no pueda sentarse a mi lado. Lo hace de todos modos, y me apresuro a retirar los pies antes de que se siente encima.

Cuando Jake por fin para de reírse, me doy cuenta de lo agotado que está. Ha estado trabajando las veinticuatro horas del día en el homicidio de Gwen y no parece estar más cerca de encontrar al asesino que primer día.

—¿Estás bien? —le pregunto, y reparo en las manchas oscuras bajo sus ojos y en los surcos profundos que parecen haber aparecido de repente en su frente.

—Sí, estoy bien. —Deja la bolsa con los emparedados sobre el brazo del sofá y apoya los pies en la mesita de café. Soy consciente de lo

cerca que estamos sentados uno del otro: a unos centímetros de distancia—. Cosas del trabajo.

Cierra los ojos y cruza las manos sobre el pecho. Sé que es verdad. Jake vive para su trabajo. Desde que murió Sadie, se ha convertido en mucho más que un trabajo, casi en una vocación.

—Ahora que sabes que Marty no mató a Gwen, ¿qué crees? —pregunto, y empiezo a darle a Parche uno de los sándwiches que hemos comprado.

Jake abre un ojo.

—Puedo decirte lo que no creo. No creo que haya sido Peter McNaughton. Al menos, no lo creo todavía.

Le doy un golpe ligero con el hombro.

—Vamos, debes tener a alguien en mente.

Jake se endereza.

—No tenemos nada —admite por señas—. Según el forense, no hay signos de agresión sexual, así que la teoría de que fue secuestrada y violada ha quedado descartada. Por lo que hemos podido recabar, Gwen Locke era una esposa y madre que trabajaba como enfermera y que acabó estrangulada y abandonada en Five Mines. —Jake parece derrotado, y él no es así, para nada. Jake no se rinde—. Espera un segundo —agrega, y se levanta. Desaparece en otra habitación y vuelve un momento después con una carpeta. Casi gimo. Últimamente estoy harta de las carpetas de papel manila—. Eres enfermera. ¿Puedes echarle un vistazo al informe del forense y decirme si hay algo fuera de lo normal? Lo he revisado un millón de veces y, por lo que veo, no me dice nada que me ayude a resolver este caso.

—Por supuesto —accedo, y él abre el expediente, saca un pequeño fajo de papeles y me lo entrega.

Jake me observa mientras leo y tiene razón. La autopsia no dice demasiado, al menos en un principio, aparte del hecho de que Gwen fue estrangulada. Desde luego figuran la herida del golpe en la cabeza y la marca alrededor del cuello, pero más allá de eso, no parece haber muchas pruebas forenses: no hay heridas en las manos que indiquen que se defendiese ni pruebas de que la drogaran. Además, el hecho de que el cuerpo de Gwen fuera depositado en Five Mines significa que hay muchas posibilidades de que el agua borrara cualquier prueba

dejada por el asesino y de que esta se viera comprometida por los millones de microorganismos que hay en el ecosistema del río.

Continúo leyendo y mis ojos tropiezan con una pequeña anotación que casi paso por alto. Para mí, es el dato más trágico de todo el informe.

—Estaba embarazada —musito, y levanto la vista hacia Jake.

—Sí —contesta—. De tres meses.

—¿Lo sabía Marty? —pregunto—. No mencionó nada cuando nos vimos.

—Según él, no, pero también dijo que llevaban tiempo intentándolo y que Gwen había tenido varios abortos espontáneos. Supone que Gwen iba a esperar a estar segura de que todo estuviera bien para contárselo.

—¿O sea, que no duda de que el bebé era suyo? —aventuro.

—El laboratorio está analizando la paternidad del feto, pero no hay ningún indicio de que Gwen tuviera una aventura. Iba a trabajar y volvía a su casa. Eso era todo.

Pero, por supuesto, eso no era todo. Quien mató a Gwen la eligió por alguna razón: por su aspecto, por algo que sabía o algo que había visto. Si logramos averiguar qué fue, su homicidio estará resuelto. Frustrado, Jake arroja el expediente sobre la mesita de café y la esquina de una fotografía se desliza hacia afuera. Las fotos de la autopsia.

Me estiro para cogerlas, pero Jake se me adelanta.

—No creo que sea bueno que las veas.

—Soy enfermera, y yo fui quien la encontró —argumento, y tiro con suavidad de la carpeta.

De mala gana, Jake la suelta. La primera serie de fotos son de la escena del crimen. Gwen flotando en el agua, con el pelo enredado entre las zarzas y su piel muy blanca entre las hojas caídas y coloridas. La siguiente serie es en la sala de autopsias, tendida sobre una mesa de metal. Estas imágenes se enfocan más en las heridas: el corte de siete centímetros en el cráneo, los vasos sanguíneos rotos en los ojos, la piel magullada alrededor del cuello. La marca en el cuello llama la atención por su uniformidad y la sorprendente falta de daño en los

tejidos. Si el asesino hubiera utilizado un garrote, habría cortes profundos y angostos alrededor del cuello. Si hubiera usado un cinturón o una correa de algún tipo, habría marcas distintivas únicas o restos de trozos de tela.

—¿Sabes de qué son estas marcas?

Jake niega con la cabeza.

—El forense no pudo determinarlo con certeza. Debió de ser algo suave pero lo bastante fuerte como para que no se rompiera.

Recojo las fotos y se las devuelvo. Me siento mal. Tenía razón, no me hizo ningún bien verlas.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto.

Jake parece derrotado.

—Seguimos investigando. Seguimos haciendo preguntas.

Nos acomodamos otra vez en los cojines del sofá y nos quedamos mirando la televisión, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos.

—Gwen me envió un correo electrónico hace unas semanas —interpongo al cabo de unos minutos—. Creo que… —empiezo y me vuelvo hacia Jake.

Tiene los ojos cerrados, la boca un poco abierta y su pecho sube y baja de manera rítmica. Está profundamente dormido. Es bueno saber que produzco este efecto en las personas. Lo tapo bien con la manta y pulso el botón de silencio del televisor para que no lo despierte.

Nada de lo que ha ocurrido en esta última semana tiene sentido, estoy llena de preguntas y mi única fuente de información duerme como un tronco.

Apago la luz y, salvo por el resplandor del televisor, nos quedamos a oscuras. Recorro los canales y me decido por uno de los tantos programas para amas de casa. Es una buena forma de practicar leer palabrotas con los labios. A mi lado, Jake sigue durmiendo profundamente. Su muslo apretado contra el mío es cálido y reconfortante. Parece más joven cuando duerme, desprevenido, vulnerable. Durante toda mi vida Jake fue el duro. Venía de un hogar lleno de palabras hostiles y violencia. Solía llegar a nuestra casa con

más de un moratón sospechoso. Pero Jake no eligió el mismo camino que su padre. Jake era duro pero amable.

Horas después, me despierto sobresaltada. Tardo un momento en darme cuenta de dónde estoy. En la televisión, las amas de casa han sido sustituidas por un programa de venta directa y yo estoy tendida en el sofá con los brazos de Jake a mi alrededor. Me quedo muy quieta, casi sin atreverme a respirar. No recuerdo haberme quedado dormida y, por cierto, no recuerdo haber cambiado de posición para que el pecho de Jake acabara apretado contra mi espalda. Parche está en el suelo junto a nosotros y levanta la cabeza para que estemos a la altura de los ojos. Me mira como si yo hubiera perdido la razón, que bien podría ser el caso. Hago una rápida comprobación mental y, por lo que veo, todavía estoy vestida.

El aliento tibio de Jake me recorre el cuello y me produce una descarga eléctrica a lo largo de la espalda. “Ten cuidado”, me digo. Sé que no debo hacer esto. Somos viejos amigos y los dos nos sentimos solos. Cada fibra de mi ser me grita que me levante, que ponga distancia entre los dos, que detenga en seco lo que sea que esté ocurriendo. Pero no quiero moverme. El cuerpo sólido de Jake acurrucado contra el mío me hace sentir completa, segura, y muy descolocada.

Se supone que esto no debe pasar. Jake fue quien me dijo que el Ratoncito Pérez era una mentira, que ningún chico en su sano juicio querría besarme jamás. Pero cuando tenía quince años, Jake fue también el que le dio una paliza al chico que me emborrachó en una fiesta y luego le dijo a todo el mundo que me acostaba con él. También fue el que hacía todo el viaje hasta mi casa en Five Mines para recogerme para nuestra clase de lengua de señas una vez a la semana.

Cojo el mando con cuidado de no despertarlo y apago el televisor. Nos sumergimos en la oscuridad y, por primera vez en mucho tiempo, no le tengo miedo. Ajusto mi respiración a la de Jake, y con el peso de su brazo a mi alrededor, me quedo dormida.

Capítulo 16

Me despierto con el olor a café preparándose y el sol que entra por la ventana. Pasado el momento inicial de confusión, recuerdo el aliento de Jake en mi cuello y la sensación de su mano en mi cadera. Estoy sola en el sofá y me pregunto si Jake se habrá despertado esta mañana y se habrá sentido mortificado al vernos entrelazados. Vuelvo a cerrar los ojos y me doy unos minutos más para pensar cómo manejar esto. Podría fingir que nunca sucedió. Dos amigos agotados que se quedaron dormidos en el sofá por accidente. No significó nada.

Abro los ojos y veo a Jake de pie a mi lado, con ropa limpia, el pelo todavía mojado por la ducha y una taza de café.

—Buenos días.

—Buenos días —respondo. Me siento, cojo la taza y espero a que diga algo sobre anoche. Intento no mostrar mi decepción cuando no lo hace.

—David ha intentado ponerse en contacto contigo —explica por señas, con su expresión de policía. Indescifrable—. Envió un mensaje. —Me entrega mi móvil.

—Debe de ser por algo de Nora —aventuro, porque no se me ocurre nada más que decir.

—En realidad, es sobre la cena del viernes por la noche —precisa Jake.

—Jesús, son las siete —exclamo—. Tengo que prepararme para ir a trabajar.

—Hay toallas en el baño si quieres ducharte —me indica por señas—. Me adelanté y dejé salir a Parche y le di de comer.

Este es un territorio nuevo para los dos y no sé cómo actuar. Quiero escapar, salir de aquí, pero no tengo tiempo de volver corriendo a casa y llegar a la hora al trabajo.

Cohibida por mi cabello revuelto y mi aliento matutino, sigo a Jake a través de su dormitorio y él abre la puerta del baño principal, donde saca un juego de toallas limpias de un armario y las deja sobre el

lavabo.

—Por cierto, McNaughton será todo lo raro que quieras, pero no mató a Gwen. Estaba en urgencias con su padre de ochenta y cinco años en el momento en que creemos que la mataron. También dijo que la próxima vez que te sorprenda en su propiedad, llamará a la policía. Será mejor que te mantengas alejada de él.

—¿Dijo algo sobre quién cree que pudo haberla matado? —pregunto, pensando en nuestra conversación interrumpida del día anterior.

—No, solo nos dio su coartada y nos hizo saber que eres una amenaza para la sociedad. Tengo que ir a la comisaría. Las calles son peligrosas por la nieve. Ten cuidado al conducir —agrega por señas—. Me voy a trabajar. Cierra cuando te vayas. —Y entonces se ha ido y me he quedado sola. No es la mañana que me había imaginado.

Cierro la puerta del dormitorio y me desvisto, doblo la ropa con cuidado y la pongo encima de una cómoda. Me pregunto si alguien en el trabajo se dará cuenta de que llevo la misma ropa que ayer y luego decido que, en realidad, me da igual.

Es obvio que la apacible habitación verde salvia fue decorada por Sadie. Un edredón con un estampado de flores blancas, celestes y verdes cubre la cama, junto con almohadas a juego. Los muebles están pintados de blanco y una polvorienta corona de flores secas cuelga sobre la cama. Sé que no debo hacerlo, pero me dirijo al armario y miro en el interior. Se me cae el alma a los pies. La ropa de Sadie cuelga con esmero en perchas junto a la de Jake. Han pasado cuatro años y ella sigue aquí. Siempre aquí. Cierro la puerta con tanta fuerza que sobresalto a Parche.

Es bueno que las cosas con Jake no hayan ido más lejos anoche, me digo. Nada bueno puede surgir de enamorarse de alguien que sigue enamorado de su esposa muerta. Además, todavía estoy casada con David, aunque cada vez me pregunto más si eso es lo que quiero. Miro el mensaje que David ha enviado esta mañana, el que leyó Jake. “Nos vemos mañana por la noche. No olvides el postre”.

Entiendo que este texto sea confuso para Jake. Lo es incluso para mí. Hasta donde Jake sabe, mi matrimonio con David está casi terminado. He despotricado frente a él infinidad de veces por el rechazo de David a darme una segunda oportunidad y su negativa a dejarme pasar tiempo a solas con Nora. Pero ahora parece que David se está ablandando, que está dispuesto a dejarme volver a su vida. Y a la de

Nora. “Nos vemos mañana a las seis”. Me doy una ducha rápida, me pongo la ropa de ayer y me paso los dedos por el pelo mojado. Me aseguro de que la casa está bien cerrada y me tomo quince minutos para calentar el jeep y raspar las capas de hielo del parabrisas.

Jake tenía razón, las calles heladas son peligrosas. Lo único bueno es que todo el mundo en su sano juicio ha tenido la sensatez de quedarse en casa hasta que los camiones de sal hayan podido despejar las vías. Un viaje que debería llevarme cinco minutos desde la casa de Jake me lleva quince, pero llegamos sanos y salvos.

Cuando Parche y yo entramos en el centro, está casi desierto. Las luces de la sala de espera están encendidas, pero la penumbra reina en el resto de la clínica. No han llegado ni las enfermeras ni los médicos y Barb, la jefa de consultorio siempre presente, no aparece por ninguna parte. Lori está detrás del mostrador y asiente con paciencia a una mujer delgada como un espantapájaros que lleva unas botas de nieve pesadas y que prácticamente se pierde entre los pliegues de una enorme parka de plumas que le llega por debajo de las rodillas. Lleva un gorro calado sobre las orejas y tiene la cara redonda de alguien que toma grandes dosis de prednisona. Enfadada, deja caer con fuerza una carpeta gruesa sobre el mostrador y la abre con manos temblorosas. Lori espera a que la mujer pase los papeles hasta encontrar lo que busca, pero me lanza una mirada atribulada que parece decir que es demasiado temprano para esto.

Los ojos de la mujer casi no notan nuestra presencia cuando Parche y yo pasamos a su lado. Aunque no sé por qué está enfadada, a juzgar por la pila de papeles, es probable que se trate de un problema con el seguro médico. Enfermar es escandalosamente caro, y cuando uno enferma y no puede trabajar, hay que contar y ahorrar hasta el último céntimo. Sé de lo que hablo. Aunque David y yo teníamos un buen seguro, las facturas médicas después de mi accidente fueron exorbitantes.

Me encamino a la sala de archivos y tomo una pila de historias clínicas del archivador; me sorprendo pensando de nuevo en Jake. Ha sido muchas cosas para mí a lo largo de los años: mi primer amor, un hermano mayor insoportable, mi mejor amigo. Despertar juntos, con sus brazos a mi alrededor, fue agradable. Pero desconcertante.

Abro la primera carpeta, ansiosa por dejar de pensar en la noche anterior, cuando Parche sale de la habitación. Lo llamo, pero no regresa. No es que me preocupe demasiado que haga alguna travesura, pero no a todo el mundo le gustan los perros y algunos de los

pacientes pueden tener el sistema inmunitario deprimido y ser susceptibles a enfermedades transmitidas por animales domésticos. Regreso al área de recepción y encuentro a Lori arrodillada sobre el cuerpo inmóvil de la mujer con la que había estado hablando minutos antes.

Le ordeno a Parche que se quede quieto y corro hacia ellas. La mujer está semiinconsciente y Lori se aparta para que yo pueda verla mejor. Le sale sangre de una herida en la cabeza. Me vuelvo hacia Lori en busca de más información.

—Se ha desplomado —señala, con la angustia marcada en el rostro.

—¿Ha llegado alguien más? ¿El doctor Mariod o alguna de las enfermeras? —pregunto. Lori sacude la cabeza.

—Calles intransitables —explica.

—Llama al 911. —Me levanto, corro a uno de los consultorios, cojo todo el material que puedo y vuelvo corriendo junto a la mujer. El corazón me late con fuerza, pero no porque tenga miedo. Mi instinto de enfermera se ha activado y se me ha disparado la adrenalina.

Me pongo unos guantes de goma con rapidez.

—¿Tenemos un collarín cervical? —grito.

Supongo que se desmayó y se golpeó la cabeza con el mostrador al caer al suelo. Podría tener una lesión en el cuello o en la columna. Tiene un corte a lo largo de la línea del cabello que está sangrando mucho. Las heridas en la cabeza sangran mucho, pero no sé si este es su mayor problema en este momento. Coloco con suavidad dos dedos en el área blanda hueca al lado de la tráquea para tomarle el pulso. Es débil, pero está ahí.

Contengo la hemorragia de la cabeza con gasa y le abro la cremallera de la parka. Rebusco entre el material que he cogido y encuentro unas tijeras. Necesito quitarle el abrigo moviéndola lo menos posible. Con dificultad, corto la tela para liberarle los brazos. Levanto despacio la camiseta y veo un hematoma de color berenjena que se extiende por su abdomen. Quizá una rotura de bazo. Deduzco que debe tener trombocitopenia, es decir, un recuento bajo de plaquetas, como consecuencia de la quimioterapia. Cualquier lesión, por pequeña que sea, puede ser devastadora para un paciente con cáncer.

—Tiene una hemorragia interna —afirmo—. ¿Dónde está la

ambulancia? —pregunto y fijo mis ojos en los labios de Lori.

—Tardará diez minutos. —Levanta diez dedos para asegurarse de que la entiendo—. Las calles son puro hielo.

Asiento con la cabeza. Espero que tengamos diez minutos. Si tengo razón y la mujer no entra pronto en el quirófano, morirá. Me quito los guantes ensangrentados y los echo a un lado. Juntas, Lori y yo le colocamos con cuidado el collarín cervical, con la esperanza de estabilizar el cuello y evitar más lesiones.

—Vamos a ponerle un suero y darle algo para evitar que entre en shock antes de que lleguen los sanitarios —indico—. Ve a buscar un equipo intravenoso, una manta y unas almohadas.

Cojo otro par de guantes y vuelvo a tomarle el pulso. Sigue siendo muy débil.

Lori vuelve y me entrega el equipo intravenoso y le pido que arrope a la mujer con la manta para mantenerla caliente y que le levante las piernas con las almohadas para intentar aumentar el flujo sanguíneo al cerebro.

Hace dos años que no coloco una vía. Sé que debería esperar a que lleguen los sanitarios o uno de los médicos o enfermeras regulares, pero sé que puedo hacerlo. Me resulta tan natural como respirar.

—Sujeta esto.

Le entrego a Lori la bolsa de suero. Desenrollo el tubo, pincho la bolsa con el punzón del tubo y aprieto la cámara de goteo entre los dedos. Una vez que abra la válvula de rodillo y libere el flujo, el fluido bajará por el tubo sin burbujas. Las burbujas en una vía intravenosa pueden ser desastrosas. Me pongo los guantes y busco una vena prominente en el brazo de la mujer, pero no la encuentro. Cojo otro paquete estéril que contiene un torniquete de goma en forma de tubo estrecho. Se lo ato con fuerza alrededor del brazo y una vena se hincha con la presión. Sus párpados aletean y se abren. Buena señal. Le froto la piel con una toallita desinfectante que me pasa Lori.

Introduzco la aguja y el catéter con un único movimiento suave y cuando estoy segura de haber accedido a la vena, retiro la aguja y dejo el catéter en su sitio. Cubro el catéter con Tegaderm, quito la funda protectora del extremo del tubo intravenoso y lo inserto en el conector del catéter, lo enrosco y lo aseguro en su sitio.

Me pongo de pie y examino la bolsa de líquido que Lori sostiene con torpeza para asegurarme de que el suero fisiológico ha empezado a fluir en las venas de la mujer. Parece que va a funcionar. No puedo hacer nada más. Tenemos que esperar que lleguen los paramédicos. Le desato el torniquete improvisado del brazo y advierto que ya se le está formando un hematoma tubular; por un instante, me recuerda las fotos de la autopsia de Gwen y la impresionante marca alrededor de su cuello.

Gracias a Dios, el personal de emergencias entra por la puerta y me hago a un lado. Los sanitarios necesitarán toda la información posible sobre la mujer y sé que el tiempo que me llevará entender sus preguntas la pondrá en mayor peligro. Lori les entrega el bolso de la mujer y explica lo sucedido mientras yo me dejo caer en una de las sillas de la sala de espera y observo cómo pasan a la mujer con eficiencia a una camilla y la retiran del edificio.

La sala de espera parece haber sido arrasada por un tornado. La alfombra está manchada de sangre y el suelo está lleno de guantes de látex, gasas y toallitas antisépticas. Siento un par de ojos nuevos sobre mí y descubro que el doctor Mariod ha llegado a la clínica. Parece enfadado, y entonces tomo conciencia de que podría haberme metido en problemas. No me contrataron para ejercer de enfermera y ni siquiera estoy segura de que lo que he hecho fuese legal. Podría exponer al doctor Mariod y a su clínica a una demanda. Soy una empleada administrativa. Me contrataron para introducir y archivar datos y, en caso de emergencia, responder a una o dos llamadas telefónicas. Pero me he sentido muy bien atendiendo a una paciente, tomando esas decisiones en fracciones de segundo. No me arrepiento de nada.

Parche debe de percibir la gravedad de la situación porque, cosa milagrosa, sigue en el mismo sitio donde le ordené que se quedara.

—Ke mne —lo llamo, y viene a mi lado. Le masajeo el lugar detrás de las orejas que sé que le gusta y respiro en su oreja—: Hodney pes, Parche, hodney pes. “Buen chico Parche, buen chico”.

El doctor Mariod se acerca adonde estoy sentada. Solo pesco una de cada tres palabras, pero capto el mensaje.

Asiento, con un agujero en el estómago. El doctor Mariod sale por la puerta de la clínica para ir al hospital a ver cómo está la mujer. Cuando regrese, me reuniré con él.

Paso la siguiente hora ayudando a Lori a limpiar los residuos de la emergencia de la mañana. Recojo los guantes ensangrentados, los jirones de la parka de la mujer y las almohadas utilizadas para levantarle los pies.

—¿Crees que deberíamos llamar a alguien? —pregunto. La idea de que la mujer esté sola en el hospital me hace sentir muy mal.

—Volveré a verificar sus datos para casos de emergencia —contesta Lori mientras levanta un fajo de gasas ensangrentadas—, pero me parece que vive sola.

Podría ser yo, pienso. Si me pasara algo, ¿a quién llamarían? A David, supongo. Pero la verdad es que él no cuenta, ya que es probable que no vayamos a estar casados por mucho más tiempo. Pienso en Parche y en qué le ocurriría si algo me pasara. ¿Quién cuidaría de él? Me pregunto si la mujer tendrá una mascota en su casa.

Recojo todos los papeles que se cayeron al suelo cuando se desplomó. Ya he decidido que voy a pasar por el hospital para ver cómo está y devolverle la carpeta.

Uso una esponja y froto en vano la mancha de sangre que ha quedado en la alfombra.

—Creo que vamos a tener que usar una limpiadora de vapor para esto —comento.

—Olvídate. Deja que se ocupe mantenimiento.

Dejo caer el trapo en el cubo de agua jabonosa y me quito los guantes.

—No tengo ningunas ganas de reunirme con el doctor Mariod. Creo que he cometido un grave error.

—¿Por qué? —Lori enarca las cejas con sorpresa—. La salvaste. Debería darte un aumento.

Suelto una carcajada breve.

—Sí, pero ese no fue nuestro acuerdo. Se supone que solo debo hacer trabajo de oficina, nada de atender a pacientes. Metí la pata y solo llevo aquí unos días.

Lori me dedica una sonrisa comprensiva, coge el cubo y yo vuelvo a la sala de archivos con el revoltijo de papeles de la mujer. Hago sitio en

mi escritorio para ordenar los papeles.

Descubro que la mujer se llama Rachel Nava y que hace dos años le diagnosticaron mieloma múltiple, un cáncer de las células sanguíneas del plasma. El mieloma múltiple es incurable y a menudo mortal. Hasta la fecha, a Rachel le han hecho tres biopsias de médula ósea y le han indicado inyecciones mensuales de inmunoglobulina intravenosa y un esquema complejo de quimioterapia que parece repetirse cada tres semanas. Un tratamiento muy agresivo.

Clasifico los papeles por fechas. Tal como sospechaba, el costo del tratamiento de Rachel es pasmoso. El seguro médico parece cubrir la mayor parte, pero no todo. Después de hacer cuentas, deduzco que Rachel tiene una deuda con el centro de más de cincuenta mil dólares. Guardo la carpeta en mi bolso y decido que se la devolveré a Rachel en el hospital.

Parche, que está tendido debajo de mi escritorio y encima de mis pies, se mueve, y alzo la vista. El doctor Mariod está de pie en la puerta.

—¿Cómo está? —pregunto de inmediato.

—Estable. Regresaré en un rato para ver cómo sigue. Ven a mi consultorio y hablemos.

Con temor, lo sigo hasta su consultorio. El doctor Mariod abre la puerta y se hace a un lado para dejarme entrar. Soy consciente de las manchas de sangre que salpican mi camisa. Cruzo los brazos con la esperanza de disimularlas. El doctor Mariod se sienta detrás de su escritorio. Una bolsa grande llena de lo que parecen carpetas está sobre la única otra silla, así que me quedo de pie y espero a que él hable. Cuando no lo hace, me doy cuenta de que está esperando mis explicaciones.

—Lo siento mucho. Sé que me dijiste que no atendiera pacientes —empiezo, y me doy una patada mental por arrancar con una disculpa. “Lucha”, me digo. Enderezo la espalda—. Llegué temprano y no había nadie más que pudiera ayudar. La vi tendida en el suelo. —Aunque no oigo mi propia voz, sé que va cobrando fuerza, convicción—. Necesitaba atención de emergencia y yo sabía lo que había que hacer. Evalué sus heridas, como habría hecho en urgencias. Tenía un corte superficial en la cabeza, pero sangraba mucho. —Coge un bolígrafo del escritorio y empieza a dar golpecitos con él sobre la superficie de madera. No dice nada, así que continúo—. Pero lo que más me preocupaba era el hematoma en el abdomen. Supuse que tenía un

recuento bajo de plaquetas debido a la quimio y temí una hemorragia interna. Pensé que sería demasiado arriesgado esperar hasta que llegaran los sanitarios.

Cada palabra que pronuncia el doctor Mariod es inconfundible. Está fuera de sí.

—Lo que hiciste ha expuesto a mi clínica a una demanda, Amelia. La señora Nava es mi paciente y deberíais haberme llamado de inmediato. No te atrevas a volver a actuar como si fueras una enfermera en este consultorio. Quiero asegurarme de que entiendas con absoluta claridad que no eres enfermera, eres una administrativa. Eso es todo, nada más. No le tomarás la temperatura a ningún paciente, no pondrás ni una tirita, no tocarás a ningún paciente por ningún motivo. ¿Está claro?

Abro la boca para discutir, pero sé que no tengo excusa. Las lágrimas amenazan con agolparse en mis ojos, pero las disimulo. De ninguna manera voy a llorar delante de mi jefe. Puede que aún tenga mi licencia de enfermera, pero no me han contratado como enfermera. Lo que he hecho hoy podría causar graves problemas al centro.

—Está claro —admito, aunque me cuesta hacerlo.

—Bien. Ya puedes irte.

Regreso a la sala de archivos un poco sorprendida de no haber perdido el trabajo. El doctor Mariod podría haberme despedido en ese mismo momento, pero por alguna razón, no lo ha hecho. Acelero el paso mientras avanzo por el pasillo en caso de que cambie de opinión. Lo único que quiero es esconderme en la sala de archivos el resto del día. Por desgracia, eso no es lo que ocurre. Durante lo que queda de mi turno, las enfermeras y el resto del personal pasan por la sala para decirme que se han enterado de lo que he hecho y felicitarme. Sonrío y les doy las gracias, pero me gustaría que no lo hicieran. No me gusta la atención.

Cuando llegan las doce, no me alcanzan las piernas para abandonar la clínica con la mayor rapidez. La temperatura ha subido y las calles están más resbaladizas que heladas, así que no debería tener problema para llegar a casa. Con un poco de suerte, el revuelo de la emergencia de hoy se apaciguará y mañana por la mañana todo volverá a la normalidad.

Capítulo 17

No tenía que haberme preocupado por ningún posible jaleo en torno a la ayuda que le presté a Rachel Nava ayer. Cuando llegué a la clínica esta mañana, todo estaba como de costumbre. De hecho, fui la única que sacó el tema. Le pregunté a Lori cómo estaba Rachel y me aseguró que su estado era estable y que podría irse a casa la semana que viene. Nadie más dijo nada.

A las cinco y media paso por la tienda de magdalenas y compro un surtido de sabores para llevar a casa de David. Canela para Nora, cereza cordial para David y chocolate con mantequilla de cacahuete para mí. No estoy segura de con qué me voy a encontrar esta noche. Quizá por fin David me perdone por el infierno que le he hecho pasar y quiera empezar de nuevo. Podría ser, pero hasta donde sé, bien podría sacar los papeles del divorcio y hacérmelos firmar mientras tomamos el café con las magdalenas. Además, entre el intruso en mi casa y lo que creo que Peter intentó decirme sobre David, tengo los nervios de punta. Tendré que prestar atención, estar alerta.

Después del accidente, no mucho después de que mi pierna se curase y el dolor sordo y constante de mi cabeza pareciese haber remitido, David decidió invitar a un grupo de colegas suyos a cenar a casa. Lo intenté, de verdad. Me duché, me peiné, hasta me maquillé un poco. David salió a buscar algunas cosas y la encargada del servicio de comida llegó cuando él aún no estaba. La mujer empezó a hacerme preguntas y yo no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. No paraba de repetirle: “Vamos a esperar a mi marido, él sabrá qué hacer”. David tardó una eternidad en volver y para cuando llegó a casa, la encargada del servicio de comida estaba muy enfadada y yo iba por mi tercera copa de vino. A partir de ahí, todo fue cuesta abajo.

No recuerdo demasiado de aquella noche, pero cuando me desperté a la mañana siguiente, estaba sola en la habitación de huéspedes, aún vestida y cubierta con mi propio vómito. En menos de un mes, estaba viviendo sola en la cabaña y David se negaba a dejarme ver a Nora.

Detengo el jeep en el sendero de entrada de David y veo a Nora de pie junto a la ventana de la sala, esperándome. Sale por la puerta principal antes de que yo alcance a abrir la puerta del coche. Lleva el cabello oscuro recogido en dos coletas, una falda y su sudadera favorita, que le queda demasiado pequeña. Está descalza y tiene las

uñas de los pies pintadas de un color morado brillante. Sonrío al pensar en David ayudándola a pintarse las uñas.

—Brrr —digo, y miro por encima de mi hombro mientras ella abre la puerta del coche de un tirón para dejar salir a Parche—. ¿No te estás congelando?

—Para nada —contesta, pero luego regresa corriendo de puntillas a la casa con Parche pisándole los talones. Cojo la caja de magdalenas del asiento del copiloto y sigo a Nora al interior. Desde que me mudé —o mejor dicho, desde que David me echó— es la primera vez que he estado dentro de la casa en la que viví con David y Nora.

David la ha redecorado. Pienso en Jake y en su casa, que es casi un santuario en honor a Sadie y no puedo evitar sentirme dolida. La alfombra ha sido sustituida por suelo de madera y el sofá en el que solíamos acurrucarnos juntos para ver la televisión ha sido reemplazado por otro tapizado en cuero. Hasta el televisor es diferente. Me conmueve ver que al menos una de las fotos de nuestra boda sigue colgada en la pared. David me saluda con un beso educado en la mejilla que es dulce y desconcertante a la vez. Huele como siempre, una fragancia cítrica con un toque de pimienta que todavía me enloquece.

El olor de los famosos frijoles con chili de David se filtra desde la cocina. Se ha acordado de que es mi favorito. En la cocina la encimera es nueva y los armarios han sido revestidos de blanco puro. Dejo las magdalenas sobre la encimera de cuarzo gris y observo los electrodomésticos de acero inoxidable nuevos. Una olla alta de frijoles con chili hierve a fuego lento en una cocina de gas industrial. Todo esto debe haber costado una fortuna.

David me sorprende mirando a mi alrededor y tiene la decencia de parecer avergonzado.

—La agente inmobiliaria me obligó. Dijo que había que renovarla.

—¿La agente inmobiliaria? —pregunto, sin estar segura de haber leído bien sus labios—. ¿Vas a vender la casa? —Se me hace un nudo en el estómago. ¿Cómo puede vender esta casa? ¿Nuestra casa? Tenemos demasiados recuerdos aquí.

—Lo estoy considerando —admite, evitando mis ojos—. Es demasiado grande para nosotros dos solos y, bueno… —Deja la frase en suspenso, pero sé lo que quiere decir, que como ya no estamos juntos, no hay posibilidad de tener más hijos. Le doy la espalda para que no pueda

ver el dolor en mi rostro.

Nora saca un paquete de mortadela de la nevera e intenta que Parche haga una serie de trucos, pero él se niega. De cualquier modo, consigue que Nora le dé el embutido.

—Pareces agotada —comenta David con preocupación.

—Ha habido mucho jaleo en el trabajo —respondo. No sé hasta qué punto debo entrar en detalles. Decido contarle lo básico sobre Rachel Nava.

—Asombroso.

—Sí, vale, al doctor Mariod no le hizo mucha gracia mi intervención.

—¿Por qué? ¿Qué dijo? —pregunta, con expresión indignada—. ¿Se enfadó contigo? Sabes que no tienes por qué que trabajar allí, Amelia. Conozco a Sean desde hace mucho tiempo y puede ser un tipo bastante inflexible. —Estoy un poco sorprendida por la forma en que David sale en mi defensa, pero él nunca quiso que trabajara allí.

—No, no se enfadó —aclaro—. Más bien se preocupó. Se supone que no debo tratar a pacientes.

—Aun así —replica David, pero lo deja ahí.

Decido cambiar de tema. No quiero seguir discutiendo. Examino su rostro en busca de cualquier señal de que haya sido él quien forzó la entrada en mi casa o algo peor. Pero no encuentro nada, y no puedo evitar pensar que el consejo de Peter de que le pregunte a mi marido sobre lo que le pasó a Gwen no fue más que la divagación de un loco.

—El funeral de Gwen fue bonito —preciso—. ¿Pudiste hablar con Marty?

—No, estaba siempre rodeado de gente. Le envié una tarjeta.

Asiento con la cabeza.

—Yo también. He estado intentando recordar la última vez que vi a Gwen. Viva, quiero decir. Creo que fue en urgencias, una semana antes de mi accidente. —El recuerdo me sobrecoge y casi puedo imaginarme a Gwen con su bata de enfermera, el cabello recogido sobre la cabeza y las gafas de leer en la punta de la nariz. Casi puedo oír su risa cristalina—. ¿Cuándo la viste por última vez? —pregunto.

David remueve los frijoles con chili y arruga la frente.

—Dios, no tengo ni idea. Supongo que en la planta de obstetricia y ginecología del hospital. Aunque solo de pasada, y de eso hace meses.

—Encontré un antiguo correo electrónico suyo —prosigo, atenta a su reacción—. Me pedía que nos reuniéramos y nos pusiéramos al día. Quería comentarme algunos problemas de trabajo. ¿Supiste alguna vez que Gwen tuviera problemas en el hospital?

David saca un cucharón de un cajón, lo sumerge en la olla y empieza a servir los frijoles con chili en cuencos. Los mismos cuencos que teníamos cuando nos casamos. Al menos no lo ha reemplazado todo.

—Por Dios, siempre hay algún tipo de drama en el hospital. ¿Te especificó qué tipo de problema?

—No, seguro que no era nada —contesto, con la sensación de que no voy a sacarle nada más a David sobre el tema, aunque me cuesta distinguir si de verdad no sabe nada o si no quiere decírmelo—. Pero lamento no haber tenido la oportunidad de hablar con ella una vez más.

—¿Sabes si hay algún sospechoso? He oído decir que fue el marido —aventura David, y llama a Nora para que venga a comer.

—No, ya no es un sospechoso —respondo, y lanzo una mirada a Nora, que ha entrado en la cocina llevando a Parche de la correa. Esta noche no se hablará más de homicidios. Al menos en presencia de Nora.

Llevamos los cuencos a la mesa del comedor. David se ha superado al poner la mesa para una cena sencilla de frijoles con chili y pan de maíz. Ha comprado flores frescas. Ranúnculos rosados y rojos oscuro y anémonas blancas. Nora, con su caligrafía torcida, ha escrito cada uno de nuestros nombres en tarjetas de cartulina y las ha colocado junto a las servilletas y los cubiertos. Incluso ha hecho una para Parche y la ha colocado en el suelo junto al cuenco de agua que le había puesto.

—Por Amelia —brinda David, con su copa de agua helada en alto—. Enhorabuena por tu nuevo trabajo.

—Buen trabajo, mamá —se suma Nora. Levanta su vaso y se ríe—. Buen trabajo en el trabajo —agrega, y se ríe otra vez.

Brindamos con nuestras copas.

—Gracias —consigo pronunciar a través de las lágrimas. Es casi como en los viejos tiempos.

Nora está tan entusiasmada por contarme cómo es la vida en segundo que tengo que pedirle que lo haga más despacio y repita varias veces para que pueda seguir lo que dice. Me como dos cuencos de frijoles con chili de David y le doy a Nora mi magdalena. Se sienta en mi regazo y me planta besos pegajosos en la mejilla en señal de agradecimiento.

Parche nos estudia con recelo desde su sitio en el suelo. Me pregunto si se sentirá un poco abandonado, así que lo llamo, pero aparta la mirada y finge que no me ha oído. ¿Estará celoso de David y Nora? La idea me hace sonreír. Hubo un tiempo, no hace mucho, en que creía que Parche me odiaba.

A las ocho en punto, Nora se marcha para ir a ponerse el pijama y David me pregunta si quiero leerle un cuento antes de dormir. Casi me pongo a llorar de gratitud. Subo a la habitación, todavía del suave color rosado que pinté hace más de dos años, y nos acomodamos una al lado de la otra en la cama. Le leo dos libros y Nora le lee uno a Parche antes de que le diga que es hora de apagar las luces. Nora me rodea el cuello con los brazos y aprieta su frente contra la mía. Me aferro a ella hasta que se aparta, deseando que el momento dure lo máximo posible. Lo he echado mucho de menos.

Cuando regreso a la cocina, encuentro a David enjuagando los platos y metiéndolos en el lavavajillas.

—Parece que se quedó tranquila—comento.

—Nora es la reina de evitar la hora de acostarse —advierte David—. Aparecerá tres veces más: necesitará beber agua, tendrá que ir al baño y querrá otro beso de buenas noches.

Le entrego un vaso.

—No me importaría que lo hiciera. La he echado de menos… —Me callo mi último pensamiento, que a veces lo echo de menos a él también—. Oye, Nora mencionó a alguien llamada Helen. Me contó que la ayudó con su disfraz de Halloween. Dijo que era enfermera de la clínica.

David asiente, con una sonrisa en los labios.

—Helen era una enfermera que ahora trabaja para mí, y sí, la ayudó

con el disfraz. Me ayuda cuando lo necesito. ¿Te comentó Nora que Helen es una abuela casada de sesenta y dos años?

—Me parece que olvidó mencionarlo —contesto. Cojo un paño húmedo y restriego una mancha inexistente en la encimera.

David me quita el trapo de las manos con gentileza.

—Ven. Vamos a la sala. —Me lleva de la mano a la sala de estar y nos sentamos uno al lado del otro en el sofá nuevo. Me hundo en el cuero flexible y pienso que quizá sea el sillón más cómodo en el que jamás me he sentado—. Sabes que no ha habido nadie más que tú, ¿verdad?

—¿Nadie? —repito.

—Nadie, nunca. —La sonrisa ha desaparecido del rostro de David y sus ojos castaños se han suavizado. Ni rastro de la habitual cautela que he visto en ellos en los últimos años—. Me alegro de que te esté yendo bien. Te mereces ser feliz.

Tengo ganas de decir que lo que me haría feliz sería que nuestra familia volviera a estar junta. No tener que pedir permiso para ver a Nora, poder volver a casa, que pudiéramos volver a ser como antes. Pero en cambio, pregunto:

—¿En serio te vas a mudar? ¿Te vas a ir de Mathias? —Lo único peor que no poder ver a Nora aquí en la ciudad sería que David se la llevara lejos.

—No, no —se apresura a contestar, como si la idea fuera absurda—. Es solo que la casa es demasiado grande. Mathias es nuestro hogar. A Nora le encanta vivir aquí. A mí me encanta vivir aquí. Me va muy bien con el consultorio. Tú estás aquí.

No tengo ni idea qué quiere decir con eso ni qué contestar, pero el localizador de David nos interrumpe. David lee el mensaje y me mira como disculpándose.

—Lo siento, pero debo llamar a la canguro. Tengo que ir al hospital. Hay una emergencia.

—Déjame quedarme —me ofrezco. Parece dudar—. Anda —insisto—. Ya estoy aquí y Nora está dormida. ¿Qué podría pasar? —Pregunta tonta. David parece como si pudiera enumerar mil cosas malas que podrían pasar—. En serio, todo va a ir bien. Tengo mi móvil. —Lo alzo en el aire—. Y Parche está aquí. Estaremos bien.

—Mándame un mensaje si necesitas algo —responde mientras se pone de pie. Lo observo sacar un abrigo del armario y desaparecer por la puerta del garaje. Una escena tan hogareña, pienso. Tan normal.

Echo un vistazo a la sala de estar y sigo sin poder creer que David esté pensando en vender la casa. Está claro que es demasiado grande para ellos dos. Ya era demasiado grande para nosotros tres cuando David y yo nos casamos, pero teníamos la esperanza de llenarla con más hijos. Pero el tiempo pasó y luego tuve el accidente. Me pregunto cómo habrían sido las cosas si aquel coche no me hubiera atropellado. Tal vez estaría en esta cocina, con un embarazo avanzado, preparando espaguetis para Nora y para un niño con el cabello oscuro y los ojos castaños de David, con mirada traviesa. Oiría cada crujido del suelo de madera, cada gemido del agua caliente al correr por las tuberías, cada suspiro y murmullo de mis hijos.

Sé que no sirve de nada pensar en lo que podría haber sido. “Agradece lo que tienes”, me digo. Observo a Parche, que se ha instalado con satisfacción frente a la chimenea. Tengo a Parche. Tengo este tiempo con Nora. Por ahora, es suficiente.

Recojo las latas vacías de los frijoles y abro la puerta que lleva al garaje para tres coches. Creo que tiene más metros cuadrados que mi cabaña. En cuanto entro en el garaje, una luz con sensor de movimiento se enciende para revelar el segundo premio al garaje más impoluto de la historia mundial. El primer premio, por supuesto, es para Peter McNaughton. El suelo de hormigón está barrido y limpio, y las bicicletas de David y Nora cuelgan de unos ganchos en la pared. Los cubos de reciclaje, con sus respectivas etiquetas, están en un rincón junto a un gran cubo de basura. No hay cortadora de césped, soplador de nieve, escalera ni motosierra. Una pala solitaria cuelga de un clavo. Un fuerte olor a lejía flota en el aire. Arrojo las latas en el cubo de reciclaje.

Sé que el estado inmaculado del lugar tiene más que ver con la agenda apretada de David que con una necesidad obsesiva compulsiva de orden. Entre los partos y el cuidado de Nora, David no tiene tiempo ni de cambiar una bombilla y mucho menos de hacer cualquier tipo de trabajo de jardinería, así que, en vez de hacerlo él, contrata los trabajos de mantenimiento. Dos de los espacios de aparcamiento están vacíos. David está en el trabajo con su Lexus y luego está el espacio donde yo solía aparcar mi jeep. Una mancha de aceite de las del tipo del test de Rorschach es uno de los pocos recordatorios de que alguna vez viví aquí.

En el último lugar, cubierta por una lona azul, hay una lancha con motor con la que salíamos a navegar por Five Mines en los escasos días libres de David. Llevábamos una nevera y las cañas de pescar y pasábamos un día tranquilo en el río. Yo untaba la piel blanca de Nora con crema solar con aroma de coco y comprobaba una y otra vez que su chaleco salvavidas estuviera bien asegurado.

En la cubierta de la lancha hay un cartel de venta y paso los dedos por la sombra de la inscripción que una vez adornó el lateral de la embarcación: Nora~Amelia. David añadió el "Amelia" después de que nos casáramos, supongo que para me sintiera bienvenida a su pequeña familia. Ha quitado las letras negras. Debe de ser más fácil vender una lancha sin nombre. Un comienzo nuevo para otra persona.

Recuerdo a David de pie, con el pecho pegado a mi espalda y los brazos alrededor de mi cintura mientras yo dirigía la lancha por los canales traseros. Ahora suelto uno de los ganchos, me subo al armazón del remolque metálico y retiro una esquina de la lona. Por un momento, casi puedo sentir el calor de la piel de David contra la mía. Me bajo, suelto el resto de los ganchos y quito la lona de la lancha. Me subo por un lado y trepo al interior, recordando. Después de una larga tarde al sol, Nora se quedaba dormida a la sombra debajo del toldo de la lancha. David apagaba el motor y dejaba la lancha a la deriva y nos sentábamos uno al lado del otro, sintiendo el suave balanceo de la corriente, con mi cabeza apoyada en su hombro.

Estoy perdida en una ensoñación nostálgica cuando, de repente, un filamento brillante en la alfombra me llama la atención. Me inclino para observarlo más de cerca. Es un mechón largo de cabello rubio enganchado en un pequeño perno de metal. Podría ser el pelo de cualquiera, me digo. De una amiga de Nora, de una compañera de trabajo del hospital. Muchas mujeres además de Gwen tienen el pelo rubio. Debe de haber una explicación lógica.

Recuerdo lo que dijo Peter sobre que le preguntara a mi marido qué le había pasado a Gwen. Me vuelvo hacia la lancha. No hay forma de saber con solo mirarla si ha estado o no en el río hace poco. El olor a lejía me quema la nariz. "Basta", me regaño. David debió de haberle hecho una limpieza a fondo antes de guardarla por fin de temporada. Pero ¿cuánto dura el olor a lejía? Empiezo por la popa y examino cada centímetro con cuidado. No hay charcos de sangre, ni manchas de lejía. "¿Ves?", me digo, "eres una ridícula".

Odio estar dudando de David. No es más que un obstetra y ginecólogo que intenta criar a su hija. Casi no conocía a Gwen y, según él, no

recordaba la última vez que trabajaron juntos. Gwen estaba embarazada. ¿Podría haber ido al consultorio de David para cuidados prenatales? Hay muchos obstetras y ginecólogos en Mathias, pero David es conocido como uno de los mejores y muchos profesionales de la salud lo visitan por eso. ¿Sabría Marty si Gwen acudió a David para recibir atención prenatal?

Me quedo mirando la lancha un momento más y pienso en la mañana en que encontré a Gwen y en la estela de una lancha cercana que me hizo caer a mí de rodillas y a Parche al agua. Una lancha sin nombre sería más difícil de identificar. ¿Pero por qué David mataría a Gwen?

Regreso adentro. La casa se ha enfriado y me tomo la libertad de encender la chimenea de gas. Las llamas cobran vida al instante, lamiendo la pantalla de vidrio. Saco el calendario de Gwen del bolso y me siento en el sofá para examinar el último año de vida de mi amiga.

Hojeo las páginas, la distintiva letra de Gwen llena cada casilla cuadrada. De vez en cuando, encuentro algo escrito con lo que supongo que es la letra de Marty. Primero centro mi atención en septiembre y octubre de este año. Logro traducir la mayor parte de la taquigrafía de Gwen. Las abreviaturas obvias son fáciles. QP significa Queen of Peace, RM Regional de Mathias, UCI, OBGIN, PSIC y ONC. Algunas son más crípticas y me lleva unos minutos deducir que CE significa unidad de cuidados especializados y SR significa sala de recuperación. Todo tiene sentido en relación con las distintas áreas en las que Gwen trabajaba como enfermera itinerante. Creo que WC podría significar Willow Creek, un hospital al que yo solía viajar como enfermera forense en el pasado. Lo más probable es que Gwen también hubiera viajado allí para atender a alguna víctima de agresión sexual.

Varias abreviaturas, sin embargo, me dejan perpleja. No tengo ni idea de qué pueden significar DT, SL o GH. Hojeo el calendario en busca de alguna referencia a David. Por fin veo QP/OBGIN en la casilla del 5 de junio y se me acelera el pulso. Pero esto coincide con lo que dijo David sobre no haber trabajado con Gwen desde hacía varios meses. Avanzo hasta justo antes de que Gwen me enviara el correo electrónico.

Allí está. Veintisiete de septiembre a las nueve y media de la mañana. OGM… Obstetricia y Ginecología de Mathias. La clínica donde David atiende pacientes. No un turno que cumplir en el hospital. Una cita.

Cierro el calendario y lo vuelvo a guardar en el bolso. Así que David sí

vio a Gwen, y no hace tanto tiempo. ¿Por qué no me lo contó? Tal vez pensó que no debía hacerlo por una cuestión de confidencialidad médico-paciente. Pero Gwen estaba muerta y había sido mi amiga. Un momento, en la clínica atienden varios médicos. Cuatro, para ser exactos. Gwen podría haber tenido una cita con cualquiera de ellos.

Miro mi reloj. Las nueve y media. Calculo que David estará fuera un buen rato más. Quizá haya alguna forma de averiguar si Gwen era su paciente. Me levanto y me dirijo por el pasillo hacia la parte trasera de la casa, donde David tiene su oficina, y Parche me sigue. La puerta está abierta. Busco el interruptor de la luz y la enciendo.

David no ha redecorado su oficina y todo está igual que hace dos años. Yo solía pasar por delante de esta habitación más de una noche y ver a David sentado en su escritorio, con las gafas de lectura en la punta de la nariz y los ojos clavados en la pantalla del ordenador, actualizando informes e historias clínicas de pacientes. Pero siempre se interrumpía para sonreírme o hacerme señas para que entrara a conversar. David acercaba su silla hasta el sillón donde yo estaba sentada, y yo levantaba los pies para ponerlos en su regazo; y así, hablábamos sobre cómo nos había ido en el día.

Ahora retiro la silla del escritorio y me siento frente al ordenador. Lo que estoy a punto de hacer no solo no es ético, sino que viola las leyes de privacidad. Muevo el ratón, el ordenador se enciende y me encuentro con una pantalla de inicio de sesión. Esto es fácil. Introduzco la contraseña que sé que David ha utilizado para iniciar sesión desde que lo conozco. Nora1115. Abro el navegador, voy directo a los favoritos de David y encuentro el enlace que me lleva al sitio seguro de Obstetricia Mathias, donde David puede acceder a la información de sus pacientes. Me encuentro con otra pantalla de inicio de sesión e intento otra vez con Nora1115, pero aparece un mensaje de error. Pruebo con el cumpleaños de David. Mensaje de error de nuevo. Sé que solo me queda uno o dos intentos más y luego el sistema me bloqueará. Escribo mi nombre y mi fecha de nacimiento y contengo la respiración cuando pulso Entrar.

Ya estoy dentro. Tecleo el nombre de Gwen en la barra de búsqueda y la información aparece de inmediato. David es su médico y Gwen tuvo una cita con él el 27 de septiembre. Hago clic en la fecha y descubro que Gwen estaba embarazada de dos meses. Me imagino lo feliz que se habrá puesto al enterarse de que iba a tener otro bebé. Las notas de la consulta indicaban que tanto la madre como el bebé estaban sanos y que David le recetó vitaminas prenatales y veinticinco miligramos de B6 tres veces al día para las náuseas. Había otra cita programada

para el 31 de octubre, pero, según una anotación en el calendario, Gwen no se presentó.

Un frío me recorre el cuerpo. David era el ginecólogo y obstetra de Gwen y ella tenía una cita con él el día de su muerte. Pero esta información no me ayuda mucho a saber qué le pasó y qué tuvo que ver David con eso, si es que tuvo algo que ver.

Recuerdo que Marty comentó que Gwen estaba preocupada por una paciente con un nombre que le recordaba a un bicho o un insecto y me pregunto si habrá alguna conexión entre esa paciente y David. Examino el directorio de pacientes en busca de algún nombre que me llame la atención. Me desplazo por los nombres que empiezan con A, pero nada parece coincidir. Sigo revisando y entonces la encuentro. Jo Ellen Termit. Térmita. ¿Podría ser ella?

Abro la historia clínica y veo que se trata de una mujer de veintisiete años que estaba embarazada de seis meses en septiembre. La fecha de su cita era la misma que la de Gwen, quince minutos más tarde. Habrían estado en la clínica de David el mismo día y es bastante probable que coincidieran en la sala de espera. Vale, me estoy acercando a algo.

La próxima cita de Jo Ellen estaba programada para una semana más tarde. Hago clic en el resumen de la visita. Está en blanco. Jo Ellen tampoco se presentó a su siguiente cita. Decido ir hacia atrás y revisar todas sus citas anteriores. Por lo que puedo deducir de los informes, Jo Ellen cursaba un embarazo de alto riesgo debido a que tenía antecedentes de macroglobulinemia de Waldenström, un cáncer similar al mieloma múltiple y al linfoma no Hodgkin. Cuando se enteró de que estaba embarazada, se encontraba en remisión. Por lo que puedo deducir, durante todo el embarazo David siguió muy de cerca a Jo Ellen y a su bebé, que, según los informes, era un poco pequeño, pero se desarrollaba con normalidad.

Retrocedo unas cuantas pantallas y hago clic en la pestaña que me llevará a las posibles hospitalizaciones que Jo Ellen puede haber tenido. Hay una registrada. Dos días después de la cita en la clínica, Jo Ellen fue trasladada al Queen of Peace con contracciones. Era demasiado pronto para que naciera el bebé. Hay páginas y páginas de informes escaneados, pero el último es el que lo dice todo. El corazón de Jo Ellen Termit se detuvo a las 3.37 de la madrugada del 29 de septiembre. El bebé fue declarado muerto treinta minutos después. David fue el médico presente en ese momento.

Parche se levanta de repente y empieza a ladrar. Dios mío, David ha llegado. No tengo ni idea de lo cerca que está de entrar en la casa. Puede que ya esté dentro. Me lleva dos intentos cerrar la página web y la sesión. Intento levantarme de la silla con el menor ruido posible.

Parche sigue ladrando.

—Vpred, skoc, Parche —le ordeno. “Sal, salta”.

Parche sale corriendo de la oficina y sus patas resbalan en el suelo. Echo un vistazo y lo veo saltar de tal modo que por poco derriba a David. Me escabullo de la habitación y atravieso el pasillo hasta el baño sin que David me vea. Cierro la puerta en silencio. Mientras intento calmar mi pulso acelerado, tiro de la cadena y luego abro el grifo. ¿Qué significa todo esto? ¿Acaso David hizo algo que provocó la muerte de Jo Ellen? ¿Trató de encubrirlo y Gwen lo descubrió? ¿David intentó jugar a ser Dios y eso acabó con la muerte de una madre y su bebé?

Abro la puerta del baño, con la esperanza de que David no se dé cuenta de que algo va mal. No tendría que haberme preocupado. David sigue tratando de protegerse de los saltos de Parche.

—¡Lehni, lehni, Parche! —pronuncio con severidad. “Tumba”. Parche deja de saltar y, respirando con dificultad, se tumba en el suelo—. Lo siento —agrego hacia David, que parece un poco conmocionado—. Lo siento —repito—. No sé qué le ha pasado.

David se encoge de hombros ante la disculpa y acaricia la cabeza de Parche, que ahora se ha calmado.

—Al final fue un parto rápido. Gracias por quedarte.

—Es agradable poder pasar tiempo con Nora. Gracias por dejarme hacerlo, David. Significa más para mí de lo que puedas imaginar.

—Sé lo que significa —responde—. Te he echado de menos, Amelia.

Estudio su rostro en busca de algún indicio de que pueda tratarse de una broma, pero solo veo tristeza en sus ojos. Levanta la mano para apartarme un mechón de pelo que ha caído sobre mi cara. El contacto me eriza la piel. Pero no es un estremecimiento de placer. Ahora le tengo miedo. Tengo miedo de lo que pudo haber hecho. De lo que podría hacer. Se acerca aún más y creo que podría besarme. Tengo que hacer un esfuerzo para no apartarlo de un empujón. No quiero que sepa que lo he descubierto. Se inclina, con sus labios a escasos

centímetros de los míos, y siento la tibieza de su aliento contra mi piel. Mi cuerpo se tensa y David no puede evitar darse cuenta de que el contacto ha hecho que me ponga rígida. Se aparta, avergonzado, desvía la mirada y, en un instante, el momento se ha ido.

—Vale, debería irme —le digo y espero que mi voz no delate mi alivio —. ¿Puedo despedirme de Nora? Prometo no despertarla.

David se queda atrás mientras yo cruzo el pasillo y subo las escaleras hasta el dormitorio de Nora. Entreabro la puerta y la luz del pasillo proyecta suaves sombras sobre su rostro. Nora está acurrucada de lado, me acerco y le doy un beso en la frente.

—Gracias por una noche hermosa, Nora —susurro—. Te quiero. — Nora se da la vuelta y se hunde más debajo de las sábanas.

De vuelta abajo, David y yo nos despedimos.

—Gracias, Amelia, has sido mi salvación esta noche.

—De nada —contesto con ganas de irme, pero también de quedarme por Nora.

Esta vez, cuando David se inclina para besarme, es un beso casto y educado en la mejilla.

—Te llamaré mañana. Quizá podamos volver a cenar pronto.

—Claro —trato de mantener un tono despreocupado, pero estoy temblando por dentro. Abro la puerta y salgo. La noche fría y oscura alivia mi cara sonrojada, pero soy consciente de los ojos de David sobre mí mientras camino hacia el jeep. ¿Cómo puedo dejar a Nora con un hombre que pudo haber matado para protegerse a sí mismo? ¿Es un monstruo? No quiero creerlo. ¿Me estaré equivocando? Espero que sí.

David sigue ahí, en la puerta, cuando levanto la vista y arranco el coche. Se queda esperando a que yo ponga la marcha atrás y salga del sendero de entrada para volver a entrar en la casa y cerrar la puerta.

Capítulo 18

Paso un fin de semana tranquilo en casa recuperándome de mis primeros cinco días de trabajo. Estoy exhausta. Estoy acostumbrada a estar sola y es difícil de explicar, pero intentar entender a los demás puede resultar agotador. Y eso sin contar con que encontré un cadáver no muy lejos de mi jardín trasero, que una mujer casi muere en mis brazos y que descubrí que mi marido podría estar implicado en un asesinato. He tenido suficientes emociones en los últimos días como para que me duren toda una vida.

Busco más información sobre el caso de Gwen en el periódico del sábado. Nada. Estoy tentada de llamar a Jake para averiguar si se ha enterado de algo más, pero mi orgullo me lo impide. Esa mañana fue muy incómoda. No quiero echar a perder nuestra amistad por algo tan estúpido. Le daré unos días más y luego apareceré en la comisaría con comida china para el almuerzo.

Como había prometido, el cerrajero viene e instala cerraduras nuevas en las puertas delantera y trasera. Parche lo sigue durante toda la mañana mientras yo intento investigar más sobre lo que le ocurrió a Jo Ellen Termit. Encuentro su esquela en internet. No da mucha información. Murió el 29 de septiembre en el hospital Queen of Peace. Era originaria de un pequeño pueblo de Dakota del Sur y trabajaba en un banco local en Mathias desde hacía varios años. No consta que tuviera marido ni pareja. Entre su familia cercana están sus padres y una hermana que aún vivía en Letcher, Dakota del Sur. Me pregunto qué la trajo a Mathias. ¿Una oportunidad de trabajo, un hombre? Y también quién sería el padre del bebé. No hay ninguna mención del bebé en la esquela.

La busco en Facebook y aparece su foto de perfil, pero como su cuenta era privada, me topo con otro callejón sin salida. A continuación, abro el sitio web del Mathias Bank and Trust con la esperanza de encontrar los nombres de algunos de sus compañeros de trabajo, aunque los únicos que aparecen son el director general y el consejo de administración. Pero ¿qué voy a hacer si encuentro a alguien con quien hablar? ¿Qué podrían decirme sobre lo que ocurrió en esa sala de partos?

Ya que no he podido conseguir ninguna información de los amigos de Jo Ellen en Facebook, concluyo que una enfermera que hubiera estado

presente en la sala de partos en el momento de su muerte sí podría ayudarme. Las conozco a casi todas. Al menos las conocía hace dos años. Al igual que con el resto de mis amigos y colegas, he perdido el contacto con ellas, pero hay algunas a las que creo que todavía puedo recurrir y que no me cerrarán la puerta en la cara.

Pienso en Elaine Flynn, una abuela corpulenta que lleva casi cuarenta y cinco años en el Queen of Peace y que, si fuera por ella, seguiría allí cuarenta años más. Yo solía comentar en broma que quizás había asistido en mi parto y ella se reía y contestaba: “No, Amelia, no habría podido olvidarme de ti”. Nunca he conocido a una mujer a la que le guste tanto su trabajo como Elaine. Nos reuníamos a tomar café en la cafetería del hospital durante los descansos. Era divertida y dulce y fue una de las personas que intentó ayudarme después de mi accidente. También la hice a un lado.

Pero debo tener cuidado. Si me pongo en actitud acusadora, no conseguiré nada, y lo más probable es que Elaine vaya a contarle a David que he estado haciendo preguntas. Decido enviarle un correo electrónico y ponerla al corriente de mi vida. Le pregunto por su marido y sus nietos y la invito a tomar un café. Mantener conversaciones cara a cara con personas que no están acostumbradas a mi sordera puede ser un desafío, pero las preguntas que tengo en mente no pueden hacerse a través de un correo electrónico o por teléfono.

En el instante que pulso Enviar en el correo electrónico, Parche se me acerca, me da un golpecito en la pierna y luego se dirige al teléfono para avisarme que está sonando. Reconozco el número, Centro Oncológico Regional Five Mines.

—Hola —digo.

“Hola, Amelia, soy Lori”, aparece en la pantalla.

—Hola —repito, un poco desconcertada. Sé que la clínica está abierta los sábados por la mañana para las personas que puedan necesitar una infusiones o radioterapia, pero no sé por qué podría llamarme Lori.

“Quería saber si tienes los papeles que Rachel Nava trajo el otro día. Su hermana llamó para pasar a recogerlos”.

—Sí, los tengo —contesto—. ¿Está bien?

“Sí, está bien. Parece que podrá irse a su casa a principios de la semana que viene”, agrega Lori.

—Pensaba pasar a dejarle la carpeta el lunes, pero puedo llevarla hoy al hospital —ofrezco.

“No, no hace falta. Tráela al consultorio el lunes y su hermana pasará a recogerla”.

—Vale, claro —convengo—. La llevaré el lunes.

“Gracias y buen fin de semana” concluye Lori y corta.

Al cabo de unas horas, desisto de seguir esperando a que Elaine conteste mi correo electrónico. No sé en qué estaba pensando. He descuidado a las personas que se preocupaban por mí durante tanto tiempo que no me extraña que no se molesten en hacer ningún esfuerzo. Cierro la cabaña y Parche y yo salimos a correr por el bosque.

Está prevista otra tormenta de nieve para la semana que viene, pero por ahora la temperatura ha subido por encima del punto de congelación y gran parte de la nieve reciente se ha derretido y la tierra está blanda bajo mis pies. Hacemos un recorrido circular de ocho kilómetros por terreno bastante llano. Me gusta hacer esta ruta cuando necesito reflexionar, ya que no tengo que concentrarme tanto en cada paso que doy ni preocuparme por sortear partes rocosas o tener cuidado con las raíces de los árboles y los socavones. Puedo concentrarme en mis propios pensamientos y disfrutar de la belleza del entorno.

Hoy no presto atención al paisaje. Estoy tratando de encontrarles sentido a los acontecimientos recientes y todavía no logro asimilar todo lo que ha pasado. La muerte de Gwen; el súbito interés de David por mí, por no hablar del de Jake; el intruso en mi casa; el estado de la lancha de David, y el extraño comportamiento de Peter McNaughton y su misteriosa afirmación, que me hace pensar que David está involucrado en todo esto. La cuestión es que todavía no logro encajar las piezas.

Cuando Parche y yo volvemos a casa, sigo tan confundida como antes. Utilizo la llave nueva para abrir la puerta principal y examino todo para asegurarme de que no haya nada fuera de lugar. Todo parece estar en orden, así que estoy bastante segura de que nadie ha estado en la casa durante mi ausencia.

La luz del teléfono parpadea y contesto mientras Parche se va a beber agua.

“Amelia, soy David”, dice y enseguida me pongo en guardia.

—Hola —contesto, todavía un poco sin aliento por el ejercicio—. ¿Qué pasa?

“Estoy en mi oficina con unas cosas de trabajo y me preguntaba si por casualidad usaste mi ordenador anoche”. Una punzada de ansiedad me atraviesa el pecho. ¿Cómo se ha dado cuenta?

—Lo siento, no me aparece la transcripción en el teléfono —miento, en un intento por ganar un poco más de tiempo para pensar qué responder—. ¿Qué decías?

“Te preguntaba si anoche estuviste usando el ordenador de mi oficina”, repite. Una vez más, no hay forma de saber si David solo siente curiosidad o si ha descubierto algo y está enfadado conmigo.

¿Habré borrado el historial de búsqueda? Creo que sí. Si no lo hice, David podría haber retrocedido y visto las páginas que yo había visitado. No, estoy segura de que lo borré. Mi siguiente suposición es que la página web de la clínica tiene una función que permite saber la hora en que un usuario entra y sale del sitio. Decido que lo mejor es hacerme la tonta.

—¿Tu ordenador? No, no lo usé para nada. ¿Por qué? —Trato de sonar lo más relajada posible. Contengo la respiración mientras espero su respuesta.

“Simple curiosidad. Me pareció que alguien había estado aquí. Debo de haber cambiado algunas cosas de lugar sin darme cuenta. Gracias otra vez por venir a cenar y quedarte con Nora. Lo disfrutó mucho. De verdad me gustaría que pasaras más tiempo con ella. Creo que es bueno para las dos”.

—A mí también me gustaría —admito, sin saber bien adónde va esta conversación. Seguro que David sabe que usé su ordenador y entré a ver las historias clínicas de sus pacientes. No es una llamada casual.

“Cuídate”, agrega. “Sigue tomando buenas decisiones y todo irá bien”.

¿Qué narices significa eso?, me pregunto. ¿Qué me cuide y no beba? ¿Qué me cuide y lleve una dieta equilibrada? ¿O que me cuide y no me inmiscuya en algo que no me incumbe?

—Agradezco tu preocupación —respondo, y trato de mantener la voz serena. Pero no puedo evitar añadir—: Pero ya me conoces, soy de las

que se lanzan de cabeza.

“Claro que te conozco, Amelia, mejor que nadie. Cuídate”.

—Lo haré. —Y cuelgo.

Confirmado. David sabe que estuve mirando los archivos en su ordenador. No sé si tiene forma de averiguar con exactitud en qué archivos estuve hurgando, pero se ha dado cuenta de que sospecho de él. Esto se me está yendo de las manos y tengo que tener cuidado. Debo pensar en Nora.

Es hora de hacer a un lado el orgullo y la vergüenza que sentí el otro día con Jake. Tengo que contarle lo que está pasando. Saco el móvil y le envío un mensaje.

“¿Estás libre esta noche? ¿Filetes a la parrilla y La ventana indiscreta?”.

Me quedo mirando la pantalla mientras espero su respuesta. Llega casi de inmediato.

“Estoy de guardia los próximos cuatro días. ¿Qué te parece el miércoles por la noche?”.

Cuatro días parecen una eternidad, pero tendré que conformarme.

“Vale, el miércoles. ¿A las seis?”.

“De acuerdo, nos vemos a esa hora. Pero ya he probado tus filetes. No se te ocurra tocarlos hasta que yo llegue”.

Capítulo 19

El lunes por la mañana voy a trabajar todavía pensando en mi visita a casa de David el viernes y la extraña llamada que me hizo el sábado. No paro de darle vueltas a todo lo que apunta a que David pueda tener algo que ver con la muerte de Gwen.

Voy marcando mentalmente los hechos que conozco:

Tanto Marty Locke como Peter McNaughton tienen coartadas para el momento del homicidio.

Gwen me envió un correo electrónico en el que me decía que tenía un dilema ético relacionado con el trabajo del que quería hablarme.

Según David, no había visto a Gwen en meses, pero…

Sus registros médicos muestran a las claras que Gwen tuvo una cita con él, al igual que Jo Ellen Termit.

Jo Ellen Termit y su bebé murieron durante el parto en el que David estuvo presente.

Marty dijo que Gwen estaba preocupada por una mujer que conocía que estaba embarazada.

Parece que alguien limpió a fondo la lancha de David hace poco y había un pelo rubio que podría haber pertenecido a Gwen.

Toda información interesante, pero no prueba nada. Jo Ellen Termit tenía antecedentes de macroglobulinemia de Waldenström, un cáncer de la sangre poco frecuente, por lo que hay muchas posibilidades de que fuera tratada por el doctor Mariod o su colega. Tecleo el nombre de Jo Ellen en el sistema informático y aparece su historia clínica. Jo Ellen era paciente aquí y el doctor Mariod era su oncólogo. Aparte de eso, hay poca información. No parece que los informes médicos de Jo Ellen se hayan escaneado e introducido en la historia clínica electrónica. Me pongo de pie, me acerco a los archivadores y abro el cajón en el que están guardados los nombres que empiezan con B. De

pronto me doy cuenta de que se me ha olvidado devolverle a Lori los papeles de Rachel Nava y que tendré que traerlos mañana. Enseguida encuentro la historia clínica de Jo Ellen. La carpeta tiene unos quince centímetros de grosor y hacen falta dos manos para sacarla del cajón. La dejo sobre el escritorio, sintiéndome un poco culpable. Esto no es lo que debería estar haciendo ahora.

Paso a la última página de la historia clínica y veo que la última visita registrada de Jo Ellen al doctor Mariod fue alrededor de seis meses antes de morir. Su protocolo de tratamiento, en términos muy básicos, consistía en una combinación de quimioterapia y un anticuerpo monoclonal que encuentra la célula cancerosa y se adhiere a ella con el fin de marcarla para que el sistema inmunitario del organismo la destruya. Milagrosamente, Jo Ellen se encontraba en remisión cuando se quedó embarazada y pudo interrumpir el tratamiento.

Parche me da un golpecito en la pierna para alertarme de una presencia. Alzo la vista. El doctor Mariod está de pie en la puerta, con un papel rosado en la mano.

—Mensaje telefónico. Le dije a Lori que pasaría por aquí y te lo entregaría. —Me entrega el papelito y Parche mueve la cola con alegría cuando él saca una golosina para perros de su bolsillo y se la da antes de proseguir su camino.

Desdoblo el papel. Es un mensaje de teléfono de David. “David se ha olvidado el móvil en su casa. Quiere saber si puedes recoger a Nora a las 3.10 en el colegio y llevarla a su casa. Avísale al consultorio en caso de que no puedas”.

Una vez más, las acciones de David me confunden completamente. No puedo entenderlo. Sigo desconfiando de él y estoy convencida de que oculta algo, pero no es suficiente para alejarme de Nora. Por supuesto que voy a ir a buscarla.

Al mediodía, cierro la sesión en el ordenador y guardo en el archivador la pila de historias clínicas con las que he estado trabajando, me despido de Lori y de los demás y salgo al frío con Parche. Hacemos varios recados, entre ellos una parada en Target y en el supermercado para comprar lo necesario para pasar una tarde madre-hija.

Llego al colegio de Nora unos minutos antes de la salida y aparco al otro lado de la calle para esperar. Las puertas del colegio se abren y

una avalancha de niños se desparrama por el camino de entrada techado. Me bajo del jeep y cruzo la calle para buscar a Nora. Sale del edificio del brazo de otra niña. Me pregunto si será la niña que la invitó a dormir a su casa. Sus cabezas gachas están muy juntas y ambas esbozan sonrisas anchas y desdentadas. De repente, me asalta un pensamiento sombrío. Me he perdido muchas primeras veces durante el tiempo que he estado lejos de Nora. No estuve allí cuando recibió la primera visita del Ratoncito Pérez, ni cuando se ató los cordones sola por primera vez ni cuando montó en bicicleta sin ruedines.

Lucho contra el impulso de salir corriendo a su encuentro y, en lugar de eso, me quedo atrás, sin querer ser la madre controladora. No sé qué les habrá contado de mí a sus compañeritos. ¿Les habrá dicho que su madre —su madrastra, en realidad— ya no vive con ella? ¿Le habrá confesado a su mejor amiga que su padre me echó de la casa porque me emborrachaba todas las noches? ¿Les habrá contado a sus compañeros de clase que soy sorda?

Experimento un temor nuevo. ¿Y si Nora se avergüenza de mí? Tal vez no les ha contado absolutamente nada de mí a sus compañeros de clase. ¿Qué sería peor?, me pregunto. ¿Que los amigos de Nora supieran la verdad sobre mí o que pensaran que no existo?

Mis temores duran poco. Nora levanta la vista y su sonrisa se ensancha al verme. Se despide deprisa de su amiga y corre hacia mí, con la mochila rebotándole en los hombros.

—Mamá —exclama, las palabras más dulces que jamás he leído en los labios de alguien. Me rodea la cintura con los brazos y aprieta la cara contra mi estómago. Disfruto del momento. Cuando por fin se aparta, tiene una expresión confusa en el rostro.

—Lo siento, cariño —le digo—. No te he oído.

—Helen —dice Nora. Me vuelvo y veo a una mujer mayor que camina hacia nosotras. Helen coge la mano de Nora y la acerca a ella.

—Hola —saludo—. No nos han presentado aún. Soy Amelia, la madrastra de Nora. He venido a recogerla hoy.

La expresión de Helen pasa del desconcierto a la preocupación. Menea la cabeza y empieza a hablar tan rápido que no le entiendo nada.

—David me llamó —explico con paciencia— y me pidió que viniera a buscar a Nora a las tres y diez y la llevara a su casa.

Helen menea la cabeza de nuevo y aferra con más fuerza la mano de Nora.

—Dile quién soy, Nora. Dile que está todo bien.

Aunque parece avergonzada, Nora empieza a hablar, pero Helen no está escuchando, está mirando a su alrededor. Llama la atención de un hombre que lleva una placa que lo identifica como maestro de la escuela.

—Está todo bien —le aseguro—. Nora es mi hija, mi hijastra. Su padre me pidió que la recogiera. —Los padres y los alumnos que pasan a nuestro lado nos miran con curiosidad y me doy cuenta de que Nora está incómoda.

—Entremos en la escuela y lo resolveremos —sugiere el maestro, y lo seguimos al interior del edificio y a la oficina principal.

—Lo siento, señora. —El maestro se dirige a mí después de consultar con la secretaria del colegio—. Me temo que su nombre no está en la lista de personas autorizadas.

—¿Y su nombre sí está? —inquiero con incredulidad, señalando a Helen, que parece de lo más mortificada.

La secretaria lo mira en el ordenador y asiente.

Genial. ¿Por qué me dejaría David un mensaje pidiéndome que buscara a Nora sin asegurarse antes de que figuro en la lista de personas autorizadas para recogerla?

Nora está al borde de las lágrimas. No es culpa suya. La acerco a mí.

—No te preocupes, cariño. Vete a casa con Helen. Llamaré a papá y lo solucionaremos. Ha sido un error de comunicación. —Nora me aprieta con fuerza.

Volvemos a salir al patio de la escuela cuando Cole y Bennett, los dos agentes que detuvieron a Evan Okada cerca de mi casa, avanzan por el camino techado. El corazón me da un vuelco. Quizá han atrapado a la persona que intentó entrar en mi casa. Enseguida me doy cuenta de que no se trata de eso.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Señorita Winn —dice la oficial Cole, mirando a Nora y luego a mí

—. Necesitamos hablar con usted un momento. En privado —añade.

Me vuelvo hacia Helen y el maestro horrorizada. ¿Han llamado a la policía? ¿Cómo han podido llegar tan rápido? Pero parecen tan desconcertados como yo.

—Nora, cariño. Ve con Helen y déjame hablar con los agentes, ¿vale? Te llamaré más tarde. —Nora asiente con vacilación, pero me suelta la mano. Me vuelvo hacia Helen—. ¿Puedes decirle a David que me llame cuando lo veas? —Helen asiente y le mete prisa a Nora al cruzar la calle, como si no pudiera alejarse lo bastante rápido.

Vuelvo a prestar atención a Cole y a Bennett.

—¿Ocurre algo?

—¿Ha estado bebiendo esta tarde, señora? —pregunta Cole.

—¿Qué? —exclamo sin poder creerlo; tal vez lo he entendido mal.

—Hemos recibido una denuncia hace unos minutos sobre una mujer en un coche con su matrícula que estaba conduciendo de forma errática. ¿Ha estado usted bebiendo?

—No —afirmo—. Por supuesto que no. ¿Quién os ha llamado? ¿Quién os ha dicho eso? —Cerca, se está formando una pequeña multitud. Al otro lado de la calle, la pobre Nora está aferrada a la mano de Helen.

—Señora, me temo que vamos a tener que hacerle una prueba de alcoholemia —precisa Cole.

—¿Qué? —grito—. No he estado bebiendo. Lo prometo. Por favor, mi hija está allí.

—Si se niega, podrían retirarle el carnet durante un año. ¿Es eso lo que quiere? —me desafía Bennett—. ¿Hay alguna razón, aparte de estar bajo los efectos del alcohol, por la que no pueda realizar la prueba aquí mismo?

—Por favor, no hagáis esto —imploro—. No delante de Nora. Por favor.

Cole me estudia un momento como si estuviera decidiendo qué hacer y luego cruza la calle donde se ha congregado la multitud. Al cabo de unos minutos, ha dispersado a la gente, incluidas Nora y Helen. Quiero llamarla, decirle que todo esto es un error, pero no quiero

avergonzarla más de lo que ya lo he hecho.

Cole vuelve.

—Vale, acabemos con esto.

Me hace ponerme a la pata coja con un pie a quince centímetros del suelo. A continuación, me pide que camine en línea recta pegando la puntera de un pie en el talón del otro, y que luego dé la vuelta y camine de regreso a ella. Por último, alza una linterna frente a mis ojos y la mueve de un lado a otro. Cuando termina, me informa—: Puede usted irse, señorita Winn. Ha pasado todas las pruebas sin problemas.

—Os lo dije —replico, intentando contener las lágrimas—. ¿Podéis decirme quién hizo la denuncia?

—Lo siento, no tenemos esa información. Solo vamos a donde nos envían. Que tenga un buen día.

Subo al jeep y las lágrimas caen sin parar por mis mejillas. ¿Cómo puede una persona simplemente llamar y acusarme de conducir borracha? No me parece bien. Nunca olvidaré el miedo y la confusión en la cara de Nora. Ningún niño debería ser testigo de eso. Cole y Bennett han vuelto al coche patrulla y esperan a que yo me retire del lugar.

Arranco con lentitud y, sin dejar de llorar, empiezo a conducir hacia casa. Esto no puede haber sido una coincidencia. Sé que David lo ha planeado. ¿Cómo pudo hacerme esto? Tengo que explicarle a Nora que todo esto fue un gran error. Pero ¿y si ahora David no me deja acercarme a ella? Antes del accidente, éramos felices en nuestro matrimonio, y cuando había que discutir, lo hacíamos con honradez. ¿Tanto me odia David? ¿Está tan desesperado por evitar que siga indagando sobre su conexión con Gwen y su muerte que está dispuesto a destruir mi vida por completo?

Si ese es el caso, no sabe lo que le espera. No voy a acobardarme ni a permitir que David se libre de mí con tanta facilidad. Para cuando llego a la autopista, he parado de llorar. Debe de haber algún tipo de recurso contra alguien que presenta una denuncia falsa o hace una acusación malintencionada. Al girar para tomar el camino que lleva a mi cabaña, ya no me siento dolida, ahora estoy cabreada.

Capítulo 20

Me he pasado toda la noche dando vueltas en la cama, intentando decidir qué hacer a continuación. Me he involucrado demasiado y sé que David me está tendiendo una trampa. He decidido que voy a contarle a Jake todo lo que he averiguado. David está jugando a un juego peligroso. Pero primero tengo un día de trabajo por delante.

Mantengo en equilibrio la caja de magdalenas; en una mano y la bandeja de cartón llena de tazas de café en la otra mientras Parche y yo atravesamos la puerta principal del centro. Dejo la caja de magdalenas y el café sobre el mostrador y nos dirigimos a la sala de archivos. La puerta ya está abierta y Lori y Barb están de pie detrás de mi escritorio. Lori no me mira a los ojos, pero Barb me atraviesa con la mirada.

—¿Qué pasa? —pregunto, y doy la vuelta al escritorio para ver lo que Barb y Lori están mirando. El cajón inferior está abierto y, junto a un jersey y una bolsa de golosinas, hay una botella de agua de plástico azul que nunca había visto antes—. ¿Qué pasa? —repito, molesta porque mis compañeras de trabajo estén registrando mis cosas.

Barb se inclina, coge la botella, desenrosca la tapa y me la da. Echo un vistazo, veo el líquido color ámbar y el olor a Wild Turkey me golpea la nariz. El corazón me da un vuelco.

—No es mía —exclamo. Lori se niega a mirarme a los ojos. Quiere creerme, pero es evidente que duda. Intento devolverle la botella a Barb, pero se cruza de brazos, así que la dejo con rapidez sobre el escritorio y dejo que el contenido salpique la superficie de madera. Barb ya ha tomado una decisión—. No es mía —reitero—. Alguien la ha puesto ahí. —El calor me sube por el cuello cuando empiezo a comprender lo que está pasando. La clínica tiene una política de tolerancia cero con el alcohol. Estoy despedida. Y podría perder mi licencia de enfermera—. Esto lo ha hecho mi marido —continúo—. Está tratando de perjudicarme… —Casi añado que estoy segura de que fue él quien llamó para que recogiera a Nora en el colegio y luego hizo que la policía me retuviera por sospecha de conducir borracha, pero me doy cuenta enseguida de que eso no me va a ayudar en absoluto—. David está detrás de esto.

David sabe que he descubierto su participación en la muerte de Gwen

y sabe que soy una alcohólica. Está tratando de desacreditarme. Si le contara a alguien lo que he averiguado, David diría que soy una borracha empedernida en la que no se puede confiar.

Barb está hablando y trato de concentrarme en sus labios para entender lo que está diciendo, pero no puedo. A juzgar por su expresión, está claro que no me cree.

—Por favor, llama al doctor Mariod —le pido—. Necesito hablar con él. —Barb menea la cabeza.

Consigo entender algunas de sus palabras.

—Vete ya.

Mis ojos se dirigen hacia Lori, que ahora tiene la vista fija en sus zapatos.

—No es mía —insisto, casi incapaz de pronunciar las palabras. Ahora sé que no hay vuelta atrás. Cada movimiento que he hecho en las últimas semanas, cada palabra que he pronunciado será examinada, interpretada y juzgada—. Podéis hacerme un análisis de sangre. Demostrará que no hay alcohol en mi organismo —agrego y extiendo mi brazo.

Barb hace un gesto hacia mi tarjeta de identificación y sé que me está pidiendo que la entregue. A estas alturas, el resto del personal ya está asomado a las puertas, sin llegar a entrar en recepción, pero lo bastante cerca como para presenciar mi humillación.

Lori empieza a acariciar la cabeza de Parche con aire distraído y, por alguna razón, eso me enfurece. En el corto período de tiempo que hemos trabajado juntas, Lori no me ha visto tomar ni una copa, no hay forma de que me haya emborrachado en su presencia. ¿Cómo ha podido volverse en mi contra con tanta rapidez?

—Ke mne —le ordeno a Parche con suavidad, pero se queda quieto, disfrutando de las caricias de Lori.

Capto más fragmentos de lo que Barb me tiene reservado si no coopero.

—Junta de enfermería… cargos… no vuelvas.

¿Qué voy a hacer? ¿Voy a quedarme sentada y dejar que David arruine mi reputación? ¿Qué destruya lo que queda de los jirones de

mi precaria carrera? Cuando bebía, el único consuelo que tenía era que no estaba trabajando de enfermera. No ponía en peligro a ningún paciente. La única persona a la que le hacía daño era a mí misma. Pero sé que no es verdad. Hice daño a mi familia. Hice daño a mi padre y a mi hermano por la forma en que los aislé de mi vida y corté la comunicación con ellos. Destruí mi matrimonio con David y, lo peor, le hice daño a Nora. Nora se merecía una madre que estuviera a su lado todos los días. Que estuviera allí cuando se levantaba por la mañana y cuando se acostaba por la noche. Me equivoqué.

—No me hagas llamar a seguridad —amenaza Barb mientras inclina la cabeza hacia la puerta.

“Lucha”, me digo. David hizo esto, lo sé. ¿Pero qué pruebas tengo? Nada concreto que pueda entregarle a Jake y decirle, “¿Ves?, te lo dije”. Pero Jake nunca me creería. ¿Por qué debería hacerlo? En las últimas semanas le he planteado toda clase de teorías tontas sobre quién podría haber asesinado a Gwen. Pensaría que estoy loca, que estoy exagerando.

Y David saldrá impune del homicidio de Gwen y no me dejará ver a Nora nunca más.

—Me voy —declaro, y cojo mi jersey del cajón. Todavía está húmedo y puedo oler el aroma a levadura del Wild Turkey impregnado en la tela. David lo ha rociado con bourbon para que no quedara ninguna duda. Cualquier alcohólico que se precie sabe que no hay que esconder la bebida que huele más fuerte en el cajón del escritorio. Me pregunto de qué otras maneras me habrá saboteado. David es muy respetado en nuestra comunidad. No tengo ninguna oportunidad.

Pongo mi tarjeta de identificación y mi tarjeta magnética en la palma abierta de Barb. Dejo las magdalenas y el café en el mostrador y me giro para marcharme. Parche se queda atrás. Debe de estar preguntándose por qué nos estamos yendo tan temprano. Acabamos de llegar. No quiero tener que llamarlo. No quiero tener que ordenarle que me siga. Sería el colmo de la degradación: yo rogándole a mi perro que venga conmigo, y Parche negándose. Cuando llego a la puerta, para mi alivio, Parche está a mi lado.

—Houdny, houdny —susurro entre lágrimas que ahora brotan libremente—. Perrito bueno.

Ha empezado a caer una nieve ligera. Se acerca una tormenta. Me apresuro por el aparcamiento hacia el jeep y abro la puerta. Meto a

Parche dentro y subo tras él.

Ahora estoy convencida de que Gwen sabía algo malo de David. Quizá David cometió un error importante durante el embarazo de Jo Ellen. Tal vez actuaba de manera inapropiada con sus pacientes, tal vez actuó de manera inapropiada con Gwen y por eso la mató. No lo sé, pero ahora está intentando silenciarme no matándome, sino desacreditándome de tal manera para que nadie me tome en serio.

No sé qué hacer. Me planteo ir a la comisaría y contarle a Jake lo que ha pasado e insistirle en que vaya a por David, pero sé que no lo hará. Le he ocultado cosas a Jake y aun cuando me creyera, no puede acusar a David de homicidio así como así. No tengo ninguna prueba. Apoyo la cabeza en el volante y trato de serenarme.

Diez minutos después, cuando por fin levanto la cabeza, las ventanillas están todas cubiertas de nieve y el volante está húmedo por mis lágrimas. No puedo quedarme aquí sentada para siempre, y lo último que necesito es que Barb llame a seguridad para que salgan y me escolten fuera del aparcamiento. Parche se ha estirado a lo largo del asiento trasero y, al parecer ajeno a mi angustia, está dormitando.

No se saldrá con la suya, me digo. No va a arruinarme la vida. Enciendo el limpiaparabrisas para despejar el cristal y empiezo a conducir. David mató a Gwen y voy a hacerle saber que lo sé.

Giro a la izquierda en dirección a la clínica de David y los neumáticos patinan sobre el pavimento resbaladizo, casi haciéndome chocar contra la parte trasera del coche que tengo adelante. Piso el freno, el jeep derrapa y se detiene con un golpe contra el bordillo, y Parche por poco se cae del asiento trasero. "Tranquilízate", me digo. Lo último que necesito es tener un accidente con el coche después de ser acusada de beber en el trabajo.

Retomo la calle y maniobro con cuidado y muy por debajo del límite de velocidad establecido por las calles cubiertas de hielo. No hay rastro del coche de David en la clínica, así que mi siguiente parada es el Queen of Peace. Avanzo con lentitud por la rampa de aparcamiento sombría y paso por delante de las plazas reservadas exclusivamente para los médicos, en busca del Lexus de David. Si está atendiendo un parto, no podrá hablar conmigo, pero podría estar visitando pacientes. Sé que el hospital no es el lugar adecuado para tener esta conversación, pero, joder, de todos modos, todo el mundo parece pensar que soy una borracha perdida. Al menos nuestra conversación será en público y David no podrá hacerme daño aquí.

A pesar de que es de día, la rampa del aparcamiento está oscura y desierta. Dudo en dejar el coche. Quizá a David no le baste con tenderme una trampa, hacer que me despidan, que todos piensen que he vuelto a beber. Quizá también quiera matarme.

Abro la puerta del coche y salgo con cautela. No tengo ni idea de si David está merodeando cerca, con el motor del coche encendido, listo para atropellarme. Tengo ganas de llevar a Parche conmigo, pero lo pienso mejor. Dada la conversación que tengo que mantener con David, es probable que termine echándole a Parche encima.

Me mantengo lo más lejos posible de los carriles de circulación y cerca de los coches aparcados. Primero siento las vibraciones, el temblor del hormigón bajo mis pies. Me meto en el hueco entre dos coches y retrocedo de un salto cuando un coche aparece a toda velocidad en la rampa. Se me activa el recuerdo de cuando Stacey y yo fuimos atropelladas y pienso que quizá David vaya a matarme de la misma manera. El coche pasa a toda prisa y veo que no es el Lexus de David, sino una furgoneta que circula a demasiada velocidad para el estrecho carril. Me precipito hacia las puertas, giro la cabeza para ver si vienen más coches y atravieso la puerta de entrada al segundo piso. Me dirijo de inmediato al baño. Tengo los ojos hinchados y rojos y la piel manchada por las lágrimas. Tengo que tratar de mantener la calma y ser racional cuando me enfrente a David. Tomo el ascensor más cercano.

Me detengo en el mostrador principal y pregunto por el doctor Winn.

—¿Es usted paciente del doctor Winn? —pregunta la enfermera.

No reconozco a la mujer y, de forma inexplicable, siento una carcajada que me sube por el pecho. No tiene ni idea de quién soy. David nunca tuvo intención de volver conmigo. La única razón por la que mostró un interés reciente en mí, la única razón por la que me invitó a cenar, fue para averiguar lo que yo sabía sobre la muerte de Gwen. Ni siquiera me ha mencionado a sus compañeros de trabajo.

—Soy la esposa del doctor Winn —respondo—. Es importante que hable con él.

—¿Quiere dejar un mensaje? Está en sala de partos.

—Necesito hablar con él ahora —replico, y la mujer se sobresalta.

—Por supuesto —accede—. Lo llamaré por el localizador.

Camino por el pasillo con el estómago revuelto y doy gracias por no haberme comido una de las magdalenas que llevé al centro. Sé que no podría mantenerla en el estómago.

Estoy a punto de perder los nervios y marcharme cuando lo veo, vestido con su bata azul y avanzando con tranquilidad por el pasillo. Parece tan despreocupado, tan tranquilo. ¿Cómo pude casarme con un hombre capaz de semejante falsedad? No solo me abandonó después de mi accidente, cuando más lo necesitaba, sino que estoy segura de que fue él quien mató a Gwen.

Cuando advierte mi cara, su rostro refleja preocupación.

—¡Amelia! —exclama, y me coge de las manos—. ¿Qué ha pasado? ¿Le ha pasado algo a Nora?

Libero mis manos.

—Sé lo que estás tramando, David. Sé lo que has hecho —asevero con brusquedad.

La gente empieza a mirarnos y David me empuja a una habitación vacía.

—Joder, Amelia, ¿de qué cojones estás hablando?

—Sé que Gwen descubrió que tuviste algo que ver con la muerte de Jo Ellen Termit y que la mataste. Intentas hacerme creer que estoy loca. Metiste alcohol en mi escritorio en el trabajo. Hiciste que me despidieran. No sé cómo lo has hecho, David, pero no te saldrás con la tuya. —Debo estar casi gritando porque David cierra la puerta y se lleva un dedo a los labios.

—Cállate, Amelia —me ordena—. No sé de qué estás hablando, pero no puedes venir aquí y acusarme de… ¿de qué exactamente? ¿De homicidio? ¿De meter alcohol en tu escritorio? ¿Te das cuenta de que suenas como una loca?

—No estoy loca —afirmo, y sé que estoy actuando como una niña petulante.

—Vete a tu casa —me ordena, y trata de pasar junto a mí, pero me pongo delante de la puerta para bloquearle la salida. Así es cómo funciona David. Cuando acaba contigo, es como si no existieras.

—Me mentiste. Dijiste que no habías visto a Gwen en meses, pero sí la

viste. Era una de tus pacientes. Ella descubrió algo sobre ti. Algo que no querías que nadie supiera. Así que la mataste, la metiste en tu lancha y la tiraste…

David da un paso hacia mí, con los ojos entrecerrados por la furia. Giro la cabeza, pero me toma de la barbilla y me obliga a mirarlo.

—Cierra la puta boca, Amelia. Eres una borracha triste y solitaria que necesita irse a casa antes de que llame a la policía. —Suelta la mano, pasa junto a mí con brusquedad y sale de la habitación.

Me dejo caer en una silla cercana. No puedo creer que me haya enfrentado a él como lo he hecho. En una cosa tiene razón. Debo de estar loca: acabo de acusar a mi marido de homicidio. ¿Y si a David no le basta con que me despidan del trabajo? ¿Y si viene a por mí? Tengo que trazar algún plan, pero lo único que se me ocurre es llamar a Jake, y nuestra relación ahora mismo es bastante tensa.

Esto ha ido demasiado lejos. Se trata de mi vida. Mi familia. David no se va a salir con la suya. Me subo al jeep y, cuando salgo del aparcamiento a la calle, la nieve ligera se ha convertido en copos gordos y perezosos que se adhieren a todo lo que tocan. Las ramas de los árboles y las señales de tráfico están cubiertas de blanco. Todo esto empieza y termina con Gwen, y la única otra persona que parece haber establecido esta conexión con mi marido es una especie de acosador obsesivo-compulsivo que vive en la casa de sus padres y pasa su tiempo libre en un garaje, pegando artículos periodísticos sobre su exnovia asesinada en un álbum de recortes. Peter McNaughton tiene que poder aportar algo de claridad. Por alguna razón, cree que David es una pieza fundamental para averiguar quién mató a Gwen y voy a descubrir por qué.

Capítulo 21

Conduzco hasta la librería de Peter, The Book Broker, con la esperanza de hablar con él en un lugar público. Aunque por lo que dicen es inofensivo, quiero verlo donde haya mucha gente y no haya forma de que se vuelva a enfadar conmigo. También traigo a Parche como apoyo moral.

The Book Broker queda en Depot Street, un barrio en el que los trenes siguen traqueteando a diario por el corazón del centro de Mathias transportando una gran variedad de mercancías: maíz y soja, carbón, productos químicos y etanol. El barrio de Depot, como se lo llama, es a partes iguales un vecindario industrial venido a menos y un área renovada y de moda. Este tramo de la calle ha sido remodelado e incluye una tienda de alimentos orgánicos y uno de esos estudios de arte donde puedes traer tu propia bebida y, por cuarenta dólares, pintar una obra maestra, guiado paso a paso por un artista profesional. Dos manzanas al norte, encontrarás las fachadas derruidas de antiguos negocios y fábricas con las ventanas rotas. Encuentro un sitio para aparcar justo enfrente del angosto edificio de ladrillos rojos comprimido entre un bufete de abogados y un bar.

Empujo la puerta y, salvo por paredes y más paredes cubiertas de libros, podría estar de regreso en el inmaculado garaje de Peter. Los libros parecen estar organizados por temas y, a pesar del vago olor a papel mohoso, dan la impresión de estar en excelentes condiciones. Varios armarios situados por toda la tienda albergan diversos tomos y antologías encerrados detrás de puertas de cristal. Peter sale de entre las estanterías con una pila de libros en los brazos. Levanta la vista, sus ojos se abren con alarma y empieza a hablar con tanta rapidez que no puedo entenderle.

—Por favor, más despacio —le pido—. Habla demasiado rápido y no puedo leerle los labios.

—Estaba diciendo —empieza Peter, exagerando el movimiento de su boca—, que el perro no puede estar aquí dentro.

—Solo más despacio, pero con normalidad. Y es mi perro guía —le explico—. Legalmente puedo llevarlo conmigo donde sea que lo necesite. No hace nada.

—No quiero hablar con usted —asegura Peter—. Y además ya hemos cerrado. —Se dirige a la salida y abre la puerta, esperando a que Parche y yo nos vayamos.

—Espere. Peter, por favor, no pasa nada. Necesito hacerle unas preguntas.

De mala gana, cierra la puerta y vuelve a su sitio.

—Escuche. Siento lo del otro día, cuando le grité. De verdad. Yo no soy así…

Levanto la mano para interrumpirlo.

—No estoy aquí por eso. Siento si le he causado problemas con la policía, pero no puedo parar de pensar en Gwen.

—Yo tampoco. No puedo creer que ya no esté —añade, y siento compasión por él.

No hay duda de que es un hombre solitario. Todo lo que parece tener es un padre exigente y esta librería. No me extraña que sufra tanto por la muerte de Gwen.

—Le prometo que solo le haré una pregunta y luego le dejaré en paz.

Peter parece a punto de negarse. Intuyo que me va a pedir que me vaya, pero no lo hace. Se queda esperando a que le haga la pregunta.

—El otro día, en el aparcamiento, empezó a decir algo y necesito saber qué quiso decir con eso. Dijo que tenía que preguntarle a mi marido sobre la muerte de Gwen. ¿Qué hizo él? ¿Cómo sabe que fue él?

Peter parece perplejo y luego empieza a hablar. Tengo que interrumpirlo y volver a pedirle que hable más despacio.

—No dije nada sobre su marido. Ni siquiera sabía que estaba casada.

Me quedo helada por un momento.

—Pero dijo: “Pregúnteselo a su marido…”.

—Yo no dije eso —insiste Peter. Sale de detrás del mostrador y se toma un momento para recorrer las estanterías y verificar que la tienda esté vacía. Cuando está seguro de que estamos solos, continúa —: Le dije que le preguntara a Sean Mariod, su jefe.

Permanezco en silencio, estupefacta, con la mente en blanco por un instante.

—Dígalo otra vez —le pido—. Más despacio.

Observo su boca con atención mientras repite.

—Dije que le había dicho que le preguntara a Sean Mariod.

Un escalofrío me baja por la espalda.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver el doctor Mariod con Gwen?

—Quizás no debería haber dicho nada. Olvídelo.

—Esto es importante, Peter. Dígame por qué cree que el doctor Mariod está involucrado.

Se queda callado un momento, pero cuando se da cuenta de que no voy a moverme hasta que me conteste, continúa.

—Los vi juntos. El mes pasado. A Gwen y al doctor Mariod. Delante de la cafetería que hay enfrente.

Me vuelvo y observo el local al que se refiere. He estado allí varias veces. El lugar es espacioso, con techos altos y mesas y sillas desemparejadas, y paredes cubiertas de cuadros coloridos y de mosaicos hechos con tazas de té rotas. Los empleados detrás del mostrador ni se inmutan ante la presencia de Parche.

—Estaba dentro tomando café cuando miré por la ventana y vi al doctor Mariod y a Gwen. Empezaron a hablar en voz alta, a discutir. Salí para ver si Gwen necesitaba ayuda.

De nuevo, le pido que hable más despacio y que repita para que me quede claro lo que me está contando.

—¿Por qué discutían? —pregunto.

—No lo sé. Cuando llegué, ya habían dejado de hacerlo, pero los dos parecían disgustados. Gwen dijo que estaba bien, pero que no le gustaba que la gente jugara a ser Dios. El doctor Mariod se marchó y luego Gwen se fue y yo volví a la cafetería.

“No me gusta cuando la gente juega a ser Dios”. Eso es exactamente lo que Marty dijo que Gwen le había dicho en referencia a una paciente o una mujer que conocía que estaba embarazada. Jo Ellen Termit.

—Gracias, Peter.

Nada de esto tiene mucho sentido. ¿No me había dicho el doctor Mariod que ni siquiera sabía quién era Gwen? Si esto fuera cierto, ¿por qué él y Gwen estarían discutiendo frente a la cafetería? ¿Es posible que la conexión entre Gwen y Jo Ellen Termit no fuera David, sino el doctor Mariod? Si iba a averiguarlo, necesitaría acceso a los archivos del centro. El centro del que me acababan de despedir. Necesitaba volver allí y echar mano a la historia clínica de Jo Ellen Termit.

Capítulo 22

El centro cierra a las seis durante la semana. Lori debería estar todavía allí. Lo más probable es que el doctor Mariod, el doctor Sabet y Barb se hayan ido, junto con la mayoría de los pacientes y el personal. Mi esperanza es convencer a Lori de que tengo que recoger unos objetos personales que me dejé con las prisas por irme del centro esta mañana. Necesito hacerme con la historia clínica de Jo Ellen.

Paro en una tienda de electrónica y compro una memoria USB de 256 GB de alta velocidad. Mi idea es escabullirme de Lori y llegar a mi ordenador para utilizarlo.

Entro en el aparcamiento del centro poco antes de las seis. Está casi desierto y consigo aparcar justo al lado de la entrada.

La sala de espera está vacía y Lori, sentada detrás del mostrador, se sobresalta cuando Parche y yo entramos.

—No deberías estar aquí, Amelia —me advierte, y mira con nerviosismo a su alrededor, como si Barb o el doctor Mariod pudieran aparecer en cualquier momento.

—Me he olvidado algunas cosas personales esta mañana. ¿Te importa si voy a buscarlas? Solo me llevará unos minutos.

Lori duda, luego asiente con la cabeza.

—Siento mucho lo que ha pasado, Amelia, pero no podía hacer nada. —Parece a punto de echarse a llorar y como si estuviera asustada. ¿Asustada de mí?

Quiero decirle que se equivoca.

—No te preocupes, Lori —respondo—. Pronto se sabrá la verdad.

Me dirijo a la sala de archivos con la esperanza de que no me siga. No lo hace. Parche se ha quedado con ella e imagino que le estará dando las últimas golosinas para perros.

Una vez en la sala, cierro la puerta y me siento frente al ordenador. No tengo mucho tiempo. Rebusco en mi bolsillo, saco la memoria USB y la inserto en el puerto. Tecleo mi nombre de usuario y contraseña.

Aparece un mensaje de error. Me digo a mí misma que vaya más despacio y lo intento de nuevo, introduciendo cada carácter con cuidado. De nuevo aparece el mensaje de error. Mis permisos han sido borrados del sistema.

Tengo que pensar rápido. Saco la memoria USB, cojo una foto enmarcada de Nora que tengo en el escritorio y me la meto debajo del brazo para demostrar que he venido aquí a recoger mis objetos personales. Me acerco al archivador. Tengo que encontrar una o dos historias clínicas y sacarlas de aquí sin que Lori se dé cuenta. Mariod me despidió por una razón. Me tendió una trampa para hundir mi credibilidad. Estoy cerca de descubrir su secreto y mis pensamientos giran en espiral en cien direcciones distintas y no consigo refrenarlos.

La historia clínica de Jo Ellen no está en la sección etiquetada de A a B, donde debería estar. El corazón me da un vuelco. Creí que la había puesto en el archivador nuevo el otro día. Reviso todas las historias clínicas y sigo sin encontrarla. Vuelvo al archivador viejo para ver si la puse de nuevo en su sitio original por accidente. No está allí. Lo verifico de nuevo, por si la he pasado por alto. No está allí.

Se me acaba el tiempo. Ya debería haber cogido mis cosas y haberme largado. Lori sospechará pronto y vendrá a buscarme.

“Piensa”, me digo.

Los otros pacientes. Aquellos en cuyas historias clínicas noté discrepancias extrañas. Biopsias y análisis de sangre que faltaban. Hago un esfuerzo mental por recordar los nombres. Roberts, Rivera, Quigley. Todas las historias clínicas han desaparecido. ¿Qué está pasando aquí? Sin la historia de Jo Ellen, no tengo nada. Necesito tranquilizarme, volver sobre mis pasos.

Pienso en la última historia con la que trabajé ayer. ¿Dennison, tal vez? Abro el cajón que contiene las historias de los pacientes cuyos apellidos empiezan con D y busco la historia de Jo Ellen. Aquí está. Guardé la historia de Jo Ellen con la de Dennison sin darme cuenta. La saco y la guardo en mi bolso, pues sé que no puedo llevármela en la mano. Tengo que salir de aquí. Ya mismo.

Pero siento que debería tener algo más. Sé que no volveré a tener la oportunidad de revisar estos archivos otra vez. Mi instinto me sugiere que me enfoque en el dinero y busque cualquier referencia a seguros médicos o facturación a pacientes. Mis ojos se posan en el archivador del que Lori dijo que no tenía que preocuparme. El que contiene

archivos “inactivos” a la espera de ser destruidos. Recuerdo haber visto allí unas hojas de facturación el otro día cuando buscaba la historia clínica de John Winthrop.

Sé que no tengo tiempo para esto, pero no puedo irme sin al menos verificarlo, así que me dirijo al archivador. Está cerrado. Qué raro. No estaba cerrado cuando busqué la historia clínica de Winthrop. Alguien no quiere que busque en este cajón, pero no estoy dispuesta a rendirme. Es un archivador viejo y, después de dos tirones, el cajón se abre.

Informes de facturación. Cientos de ellos. Tardaría horas en revisarlos todos. ¿Qué me dijo Jake en la cena la otra noche? Algo sobre los motivos del homicidio: “Avaricia. Odio. Venganza. Maldad”. ¿Y si el motivo ha sido siempre el dinero y la prueba está en algún lugar de estos registros de seguros médicos? Lo que estoy haciendo es totalmente ilegal, pero tiene que haber algo aquí que me ayude a entender por qué el doctor Mariod me quiere fuera de esta oficina para siempre. Guardo un puñado de informes y, rogando para que Lori no note el repentino aumento del volumen de mi bolso, salgo de la sala de archivos y empiezo a caminar por el pasillo hacia la sala de espera.

Encuentro a Lori y a Parche donde los dejé y me reúno con ellos detrás del mostrador, muy consciente de los documentos que llevo escondidos.

—¿Lo has encontrado todo? —pregunta Lori.

Asiento con la cabeza.

—Gracias, Lori. Cuídate.

—Tú también —responde y parece como si quisiera decir algo más, pero no lo hace.

Con los papeles guardados en el bolso, Parche y yo abandonamos la clínica sabiendo que será la última vez. Se ha levantado viento y la nieve cae en espirales rápidas y vertiginosas. Se han formado montículos de nieve blanca en el aparcamiento y escudriño el área en caso de que pudiera haber alguien cerca, observando, pero estoy sola. Abro el jeep y tiro el bolso al suelo del lado del acompañante. Estoy lista para irme a casa, estudiar a fondo estos informes y averiguar qué está pasando exactamente.

Parche se ha alejado unos metros y estoy a punto de llamarlo para que

vuelva cuando advierto que levanta las orejas y ladea la cabeza en dirección a la clínica. Algo ha llamado su atención. Hay algo en la postura de Parche, no miedo, sino cautela, que me hace querer ver qué va a hacer a continuación. Olfatea el aire y empieza a moverse hacia la parte trasera de la clínica, y me apresuro tras él.

El camino angosto, bordeado por una cerca de hierro forjado, conduce a la parte posterior de la clínica y es lo bastante ancho para que un camión de reparto deje paquetes en la entrada trasera o para que el doctor Mariod y el doctor Sabet aparquen sus coches. Más allá de la cerca, se despliega la hermosa vista de Mathias y Five Mines.

Parche dobla la esquina y entonces veo a dos personas de pie bajo las luces brillantes de la entrada trasera. Alcanzo a coger el collar de Parche antes de que eche a correr hacia ellas y lo empujo detrás de un contenedor. Son el doctor Mariod y el doctor Sabet, ambos muy abrigados frente a las inclemencias del tiempo y, al parecer, inmersos en una conversación.

El doctor Mariod mira con irritación al doctor Sabet y este frunce el ceño cuando Mariod empieza a hablar. Ruego a Dios que Parche no intente zafarse y que no haga ruido. Estamos a menos de tres metros de los hombres y sé que debería volver al jeep e irme a casa, pero el miedo a hacer ruido y que me descubran y algo en la expresión del doctor Sabet me mantienen clavada en mi sitio. Está enfadado y asustado a la vez.

—Recibí una llamada de … —No consigo captar el nombre. Entrecierro los ojos y estiro el cuello para ver mejor—. Su esposa está en estado terminal —agrega el doctor Sabet—. ¿No te… tratamientos innecesarios?

Aunque me enorgullezco de ser una lectora de labios bastante precisa, sé que incluso la sobrevalorada estimación de mis capacidades puede resultar inferior al cincuenta por ciento y quizás menos en estas condiciones. Tengo que rellenar por mi cuenta muchas de las palabras que se me escapan.

El doctor Mariod se balancea sobre los talones antes de hablar.

—No es asunto tuyo… Yo trato a mis pacientes. Tú trata a los tuyos.

—Sí que es asunto mío —replica el doctor Sabet—. Está mal. —El doctor Sabet empieza a hablar con rapidez y trato de captar lo máximo posible de lo que está diciendo, pero solo consigo percibir fragmentos que, cuando los junto, son escalofriantes—. Prácticas poco

éticas… innecesarias y agresivas… prolongar el sufrimiento… llenar tus bolsillos… sobornos. —Quiero apartar la mirada, pero no puedo. Necesito saber qué están diciendo.

—¿Y qué piensas hacer? —replica el doctor Mariod.

—Renunciar, alejarme de aquí. No puedo seguir con esto.

—Me parece una buena idea —responde el doctor Mariod—. … mantén tu seguro de mala praxis, Aaron. Si yo caigo, tú también caerás.

El doctor Sabet sacude la cabeza con frustración.

—… una locura.

El doctor Mariod agarra con brusquedad el brazo del doctor Sabet y sé que las siguientes palabras que salgan de la boca de Mariod podrían ser las más importantes que jamás haya leído.

—… le pasó a la última persona… se interpuso en mi camino… Ella ya no es un problema.

¿El doctor Mariod acaba de admitir un homicidio? ¿El homicidio de Gwen? No puedo creerlo, y por la expresión de estupor en el rostro del doctor Sabet, él tampoco. El doctor Sabet libera su brazo y vuelve a la clínica.

El doctor Mariod se demora un poco más y yo contengo la respiración, esperando que sus ojos no se dirijan hacia donde Parche y yo estamos escondidos. Por fin, se encamina despacio hacia su coche, lo arranca y, sin prisa, empieza a quitar la nieve de las ventanillas. Cuando me da la espalda, no aguanto más y salgo corriendo de mi escondite con Parche a mi lado y no me detengo hasta llegar a mi coche. Meto a Parche adentro y subo tras él, enciendo el motor y pongo el limpiaparabrisas para quitar la nieve que se ha acumulado desde que llegué.

Sin embargo, no soy lo bastante rápida. El doctor Mariod sale con su coche de detrás del edificio y me mira con fijeza cuando pasa despacio por delante del mío, que sigue aparcado en el lugar. La ira fría y llana en sus ojos lo delata. El miedo me corta la respiración. No fue David quien mató a Gwen, fue el doctor Mariod. Solo tengo que averiguar por qué.

La nieve obstaculiza la circulación y no dejo de buscar a Mariod por el espejo retrovisor, esperando que aparezca detrás de mí. Tardo casi una hora en llegar a casa y cuando me detengo junto a la cabaña, me duelen los dedos de aferrar el volante con tanta fuerza.

Una vez dentro de casa, me pongo a trabajar. Parche, notando mi ansiedad, se queda junto a mí mientras me acomodo en la encimera con mi portátil, la historia clínica de Jo Ellen, el calendario de Gwen y el teléfono.

Primero le envío un mensaje a Jake. Sé que se supone que va a venir a cenar mañana por la noche, pero esto no puede esperar mucho más.

"¿Puedes llamarme esta noche? Tengo información sobre Gwen".

Es corto y conciso. No menciono nada sobre el doctor Mariod. Es demasiado complicado entrar en eso ahora. Lo dejaré para cuando podamos hablar en persona.

Y aunque es lo que menos me preocupa en este momento, le dejo un mensaje a mi abogada, Amanda, pidiéndole que por favor me devuelva la llamada, que necesito concertar una cita con ella lo antes posible. Espero que pueda asegurar que Barb y los demás del centro no puedan utilizar en mi contra el hecho de que encontraran una botella de alcohol en mi escritorio. Sé que es una posibilidad remota, pero mi cajón no estaba cerrado con llave. Cualquiera pudo haber puesto la botella allí, y ahora estoy bastante segura de que fue el doctor Mariod.

Paso los siguientes veinte minutos leyendo el calendario de Gwen. Intento encontrarles sentido a las abreviaturas más crípticas para ver si encuentro alguna conexión entre Gwen y el doctor Mariod. Estoy a punto de darme por vencida cuando una breve anotación me llama la atención.

"Linda W. 2:30".

Esto podría ser. Linda Winthrop.

¿Qué era lo que esta paciente había escrito en el foro online? Que el doctor Mariod no escuchaba sus preocupaciones. Difícilmente se puede considerar un motivo para acusar de mala praxis. Su marido, John, había sido diagnosticado con un trastorno hemorrágico. Púrpura trombocitopénica idiopática. Pero ¿por qué tendría Gwen una reunión programada con Linda Winthrop? No puedo evitar pensar que esta mujer es una pista importante; tengo que hablar con ella.

Busco en internet el número de teléfono de algún John o Linda Winthrop y surgen dos opciones. Marco el primer número y espero a que alguien conteste.

"Hola", aparece en la pantalla del teléfono.

—Sí —empiezo—. ¿Puedo hablar con John o Linda Winthrop, por favor?

"Soy Linda Winthrop".

No sé cómo continuar. Cualquier cosa que diga sonará intrusiva y extraña. Pero ¿qué puedo perder?

—Me llamo Amelia Winn y tengo entendido que tenía una cita con Gwen Locke el 30 de octubre.

La pantalla permanece inactiva, así que continúo.

—Quería hacerle algunas preguntas sobre esa cita con Gwen y sobre el tratamiento que estaba recibiendo su marido para la PTI.

"¿Quién es usted?".

La estoy perdiendo. Si no voy al grano, va a colgar. Puede que lo haga de todos modos.

—Me llamo Amelia Winn y trabajaba con Gwen Locke, como enfermera. Creo que Gwen tenía algunas dudas sobre el tratamiento que su marido estaba recibiendo del doctor Sean Mariod.

"Habíamos quedado en vernos, pero nunca apareció. Dijo que estaba trabajando con documentación para el control de calidad de los servicios de salud locales. Quería hablar sobre la atención que recibió John por su PTI".

No sé hasta qué punto insistir. Así que espero a que Linda continúe.

"Por indicación del doctor Mariod, John recibió infusiones de un anticuerpo dos veces al mes durante los últimos tres años cuando, en cambio, podrían haberle extirpado el bazo. Mi pobre marido sufrió años de dolores de cabeza y de espalda y articulaciones cuando podría haberse sometido a una cirugía que podría haber ayudado a controlar su PTI.

—¿Por qué cree que lo hizo? —pregunto, aunque estoy bastante segura de saber la respuesta.

“Por dinero. ¿Por qué si no? Cada ronda de tratamiento costaba más de veintidós mil dólares. Gracias a Dios tenemos un seguro decente. No quiero ni pensar en cuánto acabó en el bolsillo del doctor Mariod. Por fin, conseguimos una segunda opinión y el hematólogo nos dijo que nos olvidáramos de Mariod. A John le extirparon el bazo y ahora sus niveles de plaquetas están en el rango normal”.

—Siento mucho que hayan tenido que pasar por esto —contesto—. ¿Le importaría si yo u otra persona la llamamos en un par de días para seguir hablando de este tema?

“Hágalo, por favor”, responde Linda. “Llevo meses intentando que alguien me escuche sobre ese sinvergüenza”.

Le doy las gracias y corto la llamada.

Fuera, la tormenta arrecia. Al menos siete centímetros más han cubierto el suelo, por lo que la nieve caída asciende a unos quince centímetros. Casi no puedo ver la casa de Evan en el risco a través de los copos de nieve y el viento sacude con fuerza las ramas desnudas.

Saco la historia clínica de Jo Ellen. La reviso página por página y poco a poco empieza a formarse una imagen triste. Jo Ellen era una joven de veintisiete años al parecer sana que acudió al médico, aquejada de cansancio. Los resultados de los análisis de sangre no fueron muy buenos y Jo Ellen fue remitida al doctor Mariod para que le hiciera un seguimiento. El doctor Mariod le diagnosticó macroglobulinemia de Waldenström. No soy enfermera de oncología, pero sé que, dentro de los cánceres, el de Waldenström es bastante poco frecuente. Hago una rápida búsqueda en internet para averiguar más sobre sus síntomas y tratamiento. Hojeo los análisis de Jo Ellen y encuentro sus niveles iniciales de IgM, que se hallan en gran parte en la sangre y el líquido linfático y son los primeros anticuerpos que crea el cuerpo para combatir las infecciones. Los niveles de IgM de Jo Ellen son un poco altos, pero no excesivamente.

Me paso las dos horas siguientes estudiando con atención los informes del tratamiento de Jo Ellen y, cuando voy por la mitad, creo que me he hecho una idea de la maniobra del doctor Mariod. Por lo que sé sobre la enfermedad de Waldenström y tras una rápida búsqueda en internet, parece que la mayoría de los médicos con pacientes con análisis y síntomas similares a los de Jo Ellen se limitan a observar y esperar. Si los niveles de IgM aumentan, solo entonces se da comienzo

al tratamiento. Pero todavía necesito más pruebas. Saco mi ejemplar gastado del Vademécum. A pesar de sus años, sigue siendo la referencia obligada para las advertencias, dosis y efectos secundarios farmacéuticos. Conforme el protocolo de tratamiento y las dosis y el número de rondas indicados por Mariod, los pulmones y el hígado de Jo Ellen no habrían podido resistir. Joder, Jo Ellen no tenía ninguna posibilidad.

Parche me da un golpecito con el hocico para hacerme saber que necesita ir afuera y salgo con él al jardín. La nieve sigue cayendo, pero los copos perezosos y gordos de hace un rato se han convertido en pequeñas bolitas afiladas que me pinchan la piel. Parche olfatea alrededor del tronco de un árbol y de pronto, levanta las orejas, alerta. Aquí vamos otra vez, pienso mientras sale disparado en dirección al bosque.

—¡Ke mne! —grito. "Ven aquí". Parche me ignora. La superficie de la nieve ha formado una costra brillante y, a cada paso, se derrumba bajo sus patas. Si no estuviera tan molesta con él y tan nerviosa, me reiría de su cómica caminata—. ¡Ke mne! —lo llamo de nuevo. Parche hace una pausa breve para mirarme, pero luego continúa hacia los pinos.

Alzo la vista hacia la casa de Evan; el viento y la nieve se han calmado lo suficiente para poder vislumbrar su silueta en la ventana, observándonos. Supongo que esta vez no bajará para tratar de ayudarme. No lo culpo.

Parche desaparece en la oscuridad y entrecierro los ojos para intentar entrever su pelaje plateado.

—Maldita sea —mascullo con frustración.

Parche reaparece con la misma velocidad con que desapareció y corre de regreso a mi lado. Vuelvo a mirar hacia la ventana de Evan y le hago un gesto con la mano que él me devuelve mientras sacude la cabeza. Tomo a Parche del collar y lo llevo hacia la casa.

—Tienes que dejar de hacer esto —lo regaño, y él aparta su mirada culpable.

Volvemos adentro, echo más leña a la chimenea y pongo más comida en el cuenco de Parche. La olisquea, pero en vez de comer, se tumba en su cama. Enciendo el televisor para ver el pronóstico del tiempo. Más nieve durante la noche, pero el cielo estará despejado por la mañana temprano.

Desde un principio, pensé que Gwen había descubierto que David había hecho algo que puso en peligro a Jo Ellen Termit y a su bebé, pero ahora estoy segura de que tuvo que ver con el doctor Mariod y el diagnóstico de cáncer de Jo Ellen antes de que se quedara embarazada.

Mariod prescribió un tratamiento excesivo a Jo Ellen, lo que le provocó daños permanentes en su cuerpo. Gwen lo descubrió y trató de enfrentarse a Mariod en la cafetería. ¿La mató por eso? Tal vez. Pero tiene que haber algo más que lo que figura en la historia clínica de Jo Ellen.

Puede que quizá haya algo más que no está en la historia clínica y que me llevaría directo al doctor Mariod. En mi breve estancia en el centro, revisé decenas de historias clínicas en las que parecía faltar documentación. Tal vez no fueron simples descuidos. Quizá Mariod no quería que quedara registro de la biopsia de pulmón de Sharon Quigley o del hemograma de Mitchell Rivera.

¿Por qué querría un médico asegurarse de ocultar determinados estudios? ¿Porque cometió un error y no quería que lo descubrieran? No, los médicos cometen errores, ¿pero tantos? Y esas fueron solo las historias clínicas que tuve la oportunidad de revisar. El centro realizaba miles de procedimientos al año indicados por el doctor Mariod. ¿Y si no estaba tratando de ocultar un error honesto, sino de encubrir algo intencional y tan malvado que era casi incomprensible? Tal vez estaba tratando a personas perfectamente sanas por un cáncer que no tenían.

Aun cuando fuera así, la historia clínica de Jo Ellen no va a ser suficiente. Si el doctor Mariod descubre que robé esta documentación, entonces, al igual que Gwen, estaré en peligro. Al menos por ahora, el mal tiempo lo mantendrá alejado de mí.

A continuación, me centro en el papeleo de facturación que me llevé de la sala de archivos. Son facturas e informes de pacientes. Muchísimos. Y a juzgar por los que quedaron en la sala de archivos, había cientos y cientos más. Lo que encuentro en estos registros es inaudito y escalofriante.

El informe de un paciente muestra que el doctor Mariod le estaba indicando quimioterapia para un cáncer que estaba en remisión. La factura adjunta detalla el costo del medicamento en más de ocho mil dólares al mes. Hay varios informes de pacientes terminales, declarados como tales, que están recibiendo tratamientos de

quimioterapia que cuestan miles y miles de dólares.

Cuando levanto la cabeza, pasan de la una de la madrugada. Después de leer todos estos documentos me siento sucia y asqueada. La magnitud de la mala praxis del doctor Mariod es abrumadora.

Pero aún siento que necesito más. Rachel Nava. Cuando se desmayó en la sala de espera, había dejado caer sus informes al suelo. Yo había querido devolverle la carpeta cuando estaba en el hospital. Al principio pensé que Lori estaba siendo considerada cuando me llamó para pedirme que devolviera los papeles a la clínica para que ellos se encargaran de hacérselos llegar a la mujer. Pero quizá ni siquiera fue Lori quien me llamó. En realidad, no pude oír la voz en el otro extremo, solo vi las palabras en la pantalla de mi teléfono. Por lo que sé, podría haber sido Mariod.

La carpeta de Rachel Nava sigue en el jeep; con las prisas por irme de la clínica hoy después de que me despidieran, olvidé dársela a Lori. Tal vez haya algo ahí que se supone que no debo ver.

El jardín es un remolino blanco. Han caído al menos siete centímetros más y no hay señales de que la tormenta vaya a amainar.

Rebusco en el asiento trasero y recojo la gruesa carpeta de Rachel del suelo, donde la dejé. Vuelvo a entrar y empiezo a leer.

Reviso los distintos papeles de facturación y encuentro una coincidencia curiosa. Había supuesto que, como el doctor Mariod estaba afiliado al Queen of Peace, habría utilizado la farmacia del hospital. No es así. La farmacia que figura en la factura se llama Midwest Comprehensive Pharmacy Services o MCPS. Comparo esto con las facturas de Rachel Nava, la misma farmacia. Nunca la he oído nombrar. Aunque necesito indagar más, estoy dispuesta a apostar que el doctor Mariod es un socio silencioso pero muy rentable de MCPS.

Vuelvo al principio de los informes y leo cada página palabra por palabra. A Rachel le diagnosticaron mieloma múltiple, incurable, a menudo mortal, pero controlable con inyecciones de inmunoglobulina y quimioterapia.

Tardo casi una hora, pero por fin encuentro los primeros resultados de laboratorio de Rachel, los resultados que llevaron a su diagnóstico. Leo las páginas una y otra vez. No hay tumor de células plasmáticas, no hay niveles altos de calcio en sangre, la función renal está bien, no hay resonancias magnéticas anormales, no hay células plasmáticas elevadas en la médula ósea. Salvo por un recuento de glóbulos rojos

un poco bajo o anemia, no hay ningún indicio de que Rachel Nava tuviera cáncer. Nunca. A pesar de ello, al parecer nadie cuestionó el diagnóstico del doctor Mariod. Pero ¿por qué iba alguien a cuestionar la opinión de un oncólogo brillante y respetado y querido tanto por pacientes como por colegas?

Antes me parecía mal, pero ahora todo esto me resulta casi inimaginable. En cuanto el doctor Mariod se dé cuenta de que falta documentación —que falta esta documentación en concreto— estaré en un grave problema. Le envío otro mensaje a Jake.

"Llámame, por favor. No importa la hora".

No voy a poder pegar ojo esta noche, así que decido documentar todo lo que he averiguado en un correo electrónico y enviárselo a Jake.

Me siento de nuevo frente al ordenador cuando Parche se me acerca. Quiere salir otra vez. Lo dejo salir y me pongo las botas de nieve que he dejado junto a la puerta para ir detrás de él.

—¡Ke mne, Parche! —lo llamo. Ha dejado de nevar, el cielo se ha despejado y la luna brilla como una farola.

En ese instante, veo las huellas. Son las huellas en forma inconfundible de lágrima que solo pueden dejar las raquetas de nieve. Aparecen en el límite del bosque y dan la vuelta hacia la parte trasera de mi casa.

¿Quién anda con raquetas por mi propiedad? Mi mente intenta encontrar una explicación lógica. ¿Podría ser Evan, enamorado de la primera gran nevada del año e impaciente por probar sus raquetas de nieve? Miro hacia su casa en el risco. Está oscura y quieta. No, no es Evan. ¿Alguien que acampó y quedó atrapado por la tormenta de nieve y ahora trata de llegar a un refugio? No. No tiene sentido.

La curiosidad me lleva a doblar la esquina de la casa y allí, tendido en la nieve, encuentro a Parche, de espaldas y retorciéndose de dolor.

—Ke mne —susurro—. Ke mne. —No puede levantarse. Me acerco a él y me arrodillo—. Por favor —le ruego, pero sigue revolcándose de dolor. El terror se apodera de mí. Está aquí.

El hombre aparece por la esquina, todo vestido de negro, con el rostro oculto por las sombras y la capucha puesta, pero sé quién es. Tengo que entrar. Tengo que dejar a Parche donde está. Me levanto, me apresuro hacia la puerta y consigo entrar; deslizo la puerta e inserto el

palo de madera justo cuando Mariod golpea el cristal con sus manos enguantadas.

Mi móvil. Tengo que llamar al 911 y pedir ayuda. Me palpo los bolsillos y busco con desesperación, pero no está ahí. Lo he tenido conmigo toda la noche. Me doy la vuelta, exploro y registro la sala de estar en busca de cualquier rastro de él. Mariod y yo lo vemos al mismo tiempo, en la nieve, justo a la derecha de donde los espasmos de Parche empiezan a remitir. Se me habrá caído del bolsillo. Una lenta sonrisa se dibuja en el rostro del doctor Mariod y observo con espanto cómo se acerca a Parche con las raquetas de nieve, se inclina, coge mi móvil y se lo guarda en el bolsillo.

Luego levanta otro objeto. Una pistola, creo. Apunta a Parche y la presiona contra su costado. Una pistola eléctrica. Parche se retuerce otra vez de manera lastimosa y no hay nada que yo pueda hacer para ayudarlo.

El teléfono fijo está en otra habitación. Me vuelvo y corro hacia la encimera de la cocina. Todo lo que tengo que hacer es marcar 911 y la ayuda estará en camino. Trato de no pensar en las carreteras cubiertas de nieve y en lo que tardará en llegar la ayuda. Cojo el teléfono y, en el momento en que levanto el auricular, la casa se queda a oscuras. La pequeña luz verde en el teléfono que indica que hay conexión se apaga. Mariod ha cortado la corriente desde del exterior de la casa.

La oscuridad, para mí, es algo denso y viscoso que me agarra la garganta y los pulmones y abruma mis miembros con su peso. Aunque no puedo oírlo, siento el gemido desesperado del miedo surgir de lo más profundo de mi pecho. El corazón se me acelera, un latido pulsante. Me aprieto el pecho con la mano para tratar de calmar las palpitaciones. A ciegas, deslizo la mano por la lámpara buscando el interruptor. Lo gire hacia donde gire, la habitación sigue sumida en la oscuridad. No puedo ver ni oír nada. Es como estar en un agujero negro.

Sé que está aquí para hacerme callar. Intento calmar mi respiración agitada. Me siento aturdida y mareada. Lo único peor que tener un ataque de pánico en la oscuridad sería tener un ataque de pánico y luego desmayarme en la oscuridad. Trato de resistir la oleada de miedo que me invade, pero sé que cuanto más luche contra ella, peor se pondrán las cosas.

Mi linterna. Está arriba. Subo los escalones con dificultad, me tropiezo y me golpeo las rodillas contra la madera. Llego a mi habitación,

cierro la puerta y le echo llave. Tanteo las paredes hasta que encuentro la mesita de noche y abro el cajón. Mis manos se posan en la linterna y, aliviada, la enciendo. Aparece un haz de luz angosto. Me acerco despacio a la cabecera de la cama y descorro las cortinas, sabiendo que habrá luz al otro lado.

Me asomo a la ventana con la esperanza de poder localizar a Mariod. Ha dejado de nevar y el cielo se ha despejado. La luz de la luna llena se despliega sobre el jardín como un manto plateado. Las ramas livianas de los pinos que bordean el terreno están teñidas de blanco. Un espectáculo imponente en circunstancias normales. No hay señales de Mariod. Si tiene intención de entrar, lo hará. Nada lo detendrá a menos que Evan Okada se dé cuenta de que alguien intenta forzar la entrada en mi casa.

Parche ha desaparecido. Espero que se haya adentrado en el bosque y se haya puesto a salvo.

Escudriño la habitación. Mis escondites son limitados. Puedo apretujarme debajo de la cama u ocultarme en el armario. Estoy en forma y soy fuerte. Podría intentar luchar contra Mariod. Confío en poder con él, pero no tengo ni idea de qué tipo de arma podría llevar encima además de la pistola eléctrica. Pienso en Gwen. Su muerte fue prolongada y brutal. De ninguna manera voy a rendirme sin luchar.

Mis ojos se dirigen hacia la ventana. Mariod podría ya estar en la casa. ¿Cuánto esperará hasta subir con sigilo las escaleras para venir a buscarme? Me quedo mirando la ventana. ¿Y si está fuera, escondido entre las sombras, esperando a que yo trate de salir de la casa y subirme al jeep?

—Mierda —exclamo en voz alta. Las llaves del coche están abajo. Nunca he echado tanto de menos mi audición como ahora. Es suficiente para ponerme en acción, cojo una chaqueta de plumas para correr y me la pongo.

Abro la ventana y empujo la guillotina hacia arriba, pero no se mueve. “Vamos, vamos”, me animo. Los dedos se me ponen rígidos con el aire frío y empujo con más fuerza hasta que la ventana sube un poco. Centímetro a centímetro, la fuerzo hacia arriba hasta tener espacio suficiente para poder colarme por la abertura.

Miro alrededor del dormitorio en penumbra en busca de algo con lo que cortar la mosquitera. No quiero tener que quitarla con los pies. Sé que el ruido alertará a Mariod y me restará unos segundos preciosos

para escapar. Encuentro un bolígrafo rodando en el cajón de la mesita de noche. Introduzco la punta del bolígrafo en una de las diminutas aberturas de la malla y lo muevo de un lado a otro hasta que se rompe. Guardo el bolígrafo en el bolsillo y tiro con los dedos de los bordes rasgados de la malla; los delgados alambres metálicos se clavan en mi piel y me sale sangre. “Al menos estoy dejando pruebas”, me digo. Me esfuerzo por ensanchar la rotura y estoy casi a punto de rendirme y arrancar la mosquitera de una patada, sin importar el ruido que haga, cuando por fin cede y la abertura es lo bastante grande para que me arrastre a través de ella.

Me vuelvo y miro con fijeza la puerta. Todavía no sé si Mariod ya está dentro. Me tiro al suelo para mirar por la estrecha rendija entre la puerta y el suelo. Está demasiado oscuro para poder ver si alguien está subiendo las escaleras. Trato de calmar mi respiración, cierro los ojos, apoyo la mejilla contra la madera y despliego los dedos sobre el suelo.

Él sabe que no puedo oírlo. Pero siento cada paso que da. Lo primero que percibo es un temblor en la mandíbula. Es casi imperceptible, pero está ahí. Y se extiende despacio a mis dedos. Intento ser paciente. La vibración aumenta con cada pisada. Se está acercando.

Me pongo en pie de un salto, guardo la linterna en el bolsillo de mi chaqueta, me subo la capucha y meto las manos en las mangas para protegerme de más cortes y rasguños. Trepo a la cama, me cuelo por la abertura de la ventana y me deslizo a la jardinera. Rezo a Dios para que soporte mi peso. Introduzco las manos en el interior y trato de correr las cortinas para ocultar lo que he hecho y cierro la ventana. Tal vez la oscuridad lo confunda durante unos minutos antes de que se dé cuenta de que me he ido.

La jardinera está a casi cinco metros del suelo. Mis pies cuelgan sobre el precipicio y trato de decidir cuál es la mejor manera de bajar. Cuando era adolescente, mi dormitorio estaba en la planta principal, así que escabullirme de la casa a altas horas de la noche no era ningún problema. Podía hacerme un ovillo y dejarme rodar, y luego ponerme de pie con facilidad, o saltaba desde la jardinera con la esperanza de aterrizar con suavidad sobre los sesenta centímetros de nieve recién caída debajo. Descarto ambas opciones. Tengo cuarenta años y presiento que un paso en falso acabará con mi huida antes de que siquiera comience.

Giro el cuerpo para quedar de frente a la casa, me sujeto del borde de la jardinera y desciendo hasta quedar colgando a unos tres o cuatro metros del suelo. Respiro hondo, consciente de que ya no hay vuelta

atrás. Preparo el cuerpo para el impacto y suelto los dedos aferrados a la jardinera. Caigo con rapidez, las plantas de mis pies atraviesan la nieve y golpean el suelo. Una punzada de dolor me recorre las piernas, que se aflojan bajo mi cuerpo. Permanezco un momento tendida boca arriba, sorprendida por el hecho de que la jardinera haya resistido.

Sé que tengo que mantenerme en movimiento. Mariod debe de haber oído el estrépito de mi caída. No tardará en venir. Me levanto y planifico mis próximos pasos. La ruta más rápida es subir el risco deprisa e ir directamente a la casa de Evan. Pero eso significa ponerme al descubierto. Si Mariod tiene un arma, me localizará al instante. Me matará al instante. Mi mejor opción es internarme en el bosque y subir el risco por el otro lado, al abrigo de los árboles.

Camino lo más pegada posible a la casa. Las persianas están cerradas, así que no puedo ver el interior, pero me doy cuenta de cómo entró Mariod. Quitó la mosquitera de la ventana del lavadero y rompió el cristal. Sabía que Parche no ladraría ni reaccionaría pues lo había dejado incapacitado. Parche no oiría nada. Y yo tampoco.

Quiero ir a buscar a Parche, decirle cuánto lo siento. Sé que él no me dejaría sola si la situación fuera al revés. Se quedaría a mi lado y me protegería hasta la muerte. Quiero explicarle que fue mi forma de protegerlo, que iré a buscar ayuda y volveré por él en cuanto pueda, pero no hay tiempo.

En este momento, además de Mariod, la nieve es mi mayor enemigo. Así como él dejó sus huellas con las raquetas de nieve, los rastros que yo vaya dejando delatarán mi ubicación. Mientras imagino a Mariod detrás de mí, pistola en mano, mi nuca en el centro de su mira, zigzagueo los cincuenta metros que me separan del límite del bosque. La nieve es profunda, en algunos puntos me llega por debajo de la rodilla y me cuesta mantenerme en pie. En este breve instante, doy gracias por mi sordera. Si la muerte se acerca, espero que sea instantánea.

Me agacho detrás de un pino blanco cubierto de nieve y, al tocar las ramas, una ráfaga de nieve me cae encima. Miro entre las ramas para ver si veo a Mariod. No hay señales de él. Sus raquetas de nieve están apoyadas contra la casa como si se tratara de alguien que pasaba por el lugar y se detuvo a hacer una visita. Ojalá se me hubiera ocurrido cogerlas. Si vuelve a ponerse las raquetas para venir tras de mí, tendrá una gran ventaja. Podrá avanzar mucho más rápido que yo. Las raquetas de nieve, aunque parecen grandes y engorrosas, en realidad distribuyen el peso sobre una superficie mayor y así evitan que te

hundas por completo en la nieve, como me está sucediendo ahora con mis botas de nieve talla treinta y nueve.

La luna, que era una bendición en mi dormitorio, se ha convertido ahora en una desventaja. Mariod no tendrá ninguna dificultad para verme bajo su cara llena y brillante. No me atrevo a encender la linterna.

En el último recuento, tengo al menos cuatro puntos en mi contra. La ausencia de Parche, la nieve profunda, la luna llena y brillante, mi sordera. Pero tengo algo a mi favor que estoy bastante segura de que Mariod no tiene. Conozco estos bosques, los senderos, los riscos, la forma en que el río atraviesa el terreno. Conozco la zona con los ojos cerrados, la siento vibrar bajo mis pies.

Las cortinas de mi dormitorio se mueven y luego se abren. Una figura oscura se asoma a la ventana. Es imposible verle el rostro, pero sé que es Mariod. Lleva ropa oscura, la cabeza cubierta con un gorro negro, el abrigo cerrado y una bufanda que le oculta la mitad inferior de la cara. Aunque sé que no puede verme en mi escondite, sí puede ver mis huellas. Es hora de largarme de aquí. Mi primer instinto es quedarme entre los árboles, fuera de la vista, y abrirme camino hacia la casa de Evan Okada. Sé que los reflectores se encenderán en cuanto ponga un pie en su jardín. Estaré a salvo. Pero tengo que ser lista, porque, aunque sea un asesino y un monstruo, Mariod también es inteligente. No dudo que anticipará cada uno de mis movimientos. Solo hay un camino transitable hasta la casa de Evan y todo lo que Mariod tiene que hacer es esperar a que yo intente tomarlo.

—¡Socorro! —grito una y otra vez, deseando contra toda esperanza que Evan me oiga—. ¡Por favor! —La casa en el risco sigue a oscuras. ¿Habrá salido Evan? O quizá no pueda oírme. Me vuelvo hacia mi cabaña. Mariod está fuera de la casa. Ve mis huellas, oye mis gritos—. ¡Ayúdame, Evan! —grito. Con tranquilidad, como si tuviera todo el tiempo del mundo, Mariod se coloca las raquetas de nieve y empieza a avanzar hacia mí. Sigue sin haber movimiento en la casa de Evan. ¿Dónde estará?

Solo se me ocurre una cosa. Podría ser el plan más loco, podría ser el más mortal, pero es mi única opción. Me doy la vuelta y empiezo a correr hacia el río.

Capítulo 23

Bajar hasta el río puede ser lo que me mate, pero en este momento, creo que es mi única posibilidad. Cuanto más me adentro en el bosque, más espeso se vuelve, lo que hace casi imposible que Mariod pueda atravesar la vegetación sin quitarse las raquetas de nieve, lo cual nos dejará en igualdad de condiciones, por así decirlo. Al seguir el río, también tengo más posibilidades de deshacerme de él. Hay muchos canales y senderos que conozco al dedillo. Si consigo llegar un kilómetro y medio rio arriba, un viejo camino de acceso abandonado me conducirá a la antigua carretera 3 y me permitirá obtener ayuda.

Aunque un kilómetro y medio no parece un trecho muy largo, sé que la nieve honda y mi equipo inadecuado lo harán peligroso. Necesito poner toda la distancia que pueda entre nosotros, y la única forma que conozco de hacerlo es corriendo. Al principio, mis pasos son torpes. Trato de dar pasos altos, de levantar las rodillas para alejar mis pies lo más posible de la nieve, pero sé que no progresaré mucho a este ritmo. A continuación, intento acortar los pasos y mantener los pies más pegados al suelo. Aunque la nieve es profunda, no es demasiado pesada y ahora me muevo con un poco más de facilidad. Tardo cinco minutos en adquirir un ritmo decente. Cuanto más me interno en el bosque, más oscuro se vuelve. Las ramas bajas y desnudas proyectan sombras largas y nudosas sobre la nieve. De vez en cuando, resbalo y tengo que sujetarme a una rama o a un tronco para no caerme.

Trato de mantenerme atenta a lo que me rodea sin perder tiempo precioso mirando por encima del hombro para ver si Mariod me está alcanzando. No veo señales de vida. Ni ciervos, ni mapaches, ni búhos. Supongo que a pesar de mi esfuerzo, estoy haciendo mucho ruido y espantando a todas las criaturas cercanas. Si esto no fuera tan aterrador, sería una hermosa noche para caminar con raquetas de nieve. Mi mayor temor es tropezar con la raíz de un árbol o que se me doble el tobillo en el terreno irregular. Ambas cosas son bastante factibles, y más de una vez, antes de que pueda llegar al viejo camino de acceso. Si me rompo un tobillo, será el fin.

Aquí los árboles están más tupidos. Una mezcla de pinos, abedules y robles. Bajo la vista a mis pies y reparo en que si hay un lugar donde Mariod tendría que abandonar las raquetas de nieve, sería aquí. Los árboles están demasiado juntos y no hay forma de que pueda esquivarlos con las incómodas raquetas de nieve. Si bien la inclinación

es gradual, es evidente que me estoy moviendo por una pendiente ascendente. Me cuesta tanto respirar que siento el silbido del aire en mi pecho, y estoy sudando debajo de la chaqueta de plumas. Tengo los pies calientes, pero las botas me pesan. Necesito parar, aunque creo que aún no he recorrido ni un kilómetro.

Me inclino hacia delante con las manos en las rodillas y trato de recobrar el aliento mientras recorro el bosque con la vista en busca de Mariod. Capto un movimiento en la periferia. A unos cincuenta metros debajo de mí: es él. No creo que pueda verme. Está agachado, tratando de quitarse las raquetas de nieve.

Tomo una decisión en una fracción de segundo. Sé que no tengo manera de poder avanzar medio kilómetro más hacia el antiguo camino de acceso y luego continuar más allá hasta la carretera. Mis pulmones chillan y mis músculos protestan. En lugar de adentrarme más en el bosque, regresaré en dirección a la casa. Para hacerlo, sé que no puedo tomar el mismo camino por el que he venido, porque me toparía directamente con él. Subo otros quince metros hasta que ya no puedo verlo. Giro con rapidez a la izquierda y me muevo deliberadamente, abriéndome paso entre troncos caídos y placas de piedra caliza rugosa. Aprovecho este momento para recuperar el aliento y bajar el ritmo cardíaco. Sé que voy a tener que emplear todas mis fuerzas cuando Mariod se dé cuenta de que he dado la vuelta.

Empiezo a correr. Tengo que llegar a casa. Si me atrapa, nunca volveré a ver a Nora ni a Jake. Nunca veré a Parche. Acelero el paso y hago un esfuerzo por ignorar mi cansancio. El golpe proviene de atrás. Caigo boca abajo al suelo.

Intento zafarme, pero es demasiado fuerte. Mi boca y mi nariz están llenas de nieve. Consigo levantar un brazo y cogerle la muñeca. Clavo las uñas en su piel, con la intención de incrustar la mayor cantidad posible de su ADN bajo mis uñas. Aparta el brazo y me da un segundo para alejarme de debajo de él y ponerme de pie con inestabilidad. Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta para buscar la linterna, pero debió de caerse cuando me tumbó en el suelo. Pero el bolígrafo todavía está ahí. La única arma que tengo. Lo empuño como una daga y enfrento a Mariod.

—¿Por qué? —le pregunto, con lágrimas calientes que ruedan por mis mejillas—. Al menos dígame por qué.

Capítulo 24

Mariod se pone de pie con rapidez. Los dos respiramos con dificultad y nos medimos con recelo. Me esfuerzo por llenar los pulmones con el aire que Mariod me ha quitado y él se frota la muñeca donde le he clavado las uñas. Sostiene la pistola eléctrica en una mano. Dios, va a descargar cincuenta mil voltios de electricidad en mi cuerpo y después me matará. Me pregunto si así inmovilizó a Gwen antes de estrangularla hasta morir.

Con una mano se quita el gorro, lo guarda en su bolsillo y se desenrolla la bufanda del cuello. ¿Me va a estrangular con eso? No sé qué espero ver cuando pueda verle bien la cara. Creía que era un buen hombre. Un hombre dispuesto a darme una oportunidad de trabajar en su clínica, un hombre que haría cualquier cosa por salvar a sus pacientes.

—¿Por qué? —insisto, con la intención de hacerlo hablar y de que baje la guardia—. No lo entiendo.

Trato de seguir lo que está diciendo, pero no puedo. No importa, solo estoy ganando tiempo.

—¿Por qué Gwen? —pregunto ahora y doy un paso tentativo hacia atrás. Una figura fantasmal y agazapada surge de entre los árboles y la esperanza acelera mi corazón. Parche. Se arrastra despacio hacia nosotros, como acechando a una presa. Todavía está un poco inestable, pero está vivo y está aquí.

Continúo retrocediendo. No podré ganar a Mariod en velocidad, pero si le doy unos cuantos golpes y con Parche aquí, quizá pueda retrasarlo lo suficiente para que podamos escapar.

—Usted es médico. Se supone que tiene que salvar a la gente —prosigo.

Los ojos de Mariod se llenan de algo parecido al arrepentimiento, pero sé que no está pensando en los hombres y mujeres a los que envenenó con tratamientos de quimioterapia y radioterapia innecesarios o excesivos. No siente remordimientos por haber matado a Gwen. Solo se siente mal por la incomodidad de todo esto. Está molesto porque lo hayan atrapado.

Parche continúa moviéndose hacia nosotros, esperando a que yo le dé la orden.

—No diré ni una palabra. Nadie se enterará —le aseguro para hacerlo entrar en razón—. Regresemos —sugiero, y vuelvo a meter el bolígrafo en mi bolsillo, con la ilusión de que eso lo haga desistir de su postura defensiva—. Guardaré su secreto. —Doy un paso vacilante hacia él y le tiendo la mano. Nuestros dedos se tocan. Me coge de la muñeca con una mano, tira de mí hacia él y trata de presionarme la pistola eléctrica contra el pecho. Estoy lista para defenderme.

—Stellen —grito. "Muerde".

Parche corre hacia nosotros y yo doy un paso hacia Mariod, levanto el codo para obligarlo a que me suelte la muñeca y luego le golpeo con la parte baja de la mano en la cara. La sangre describe un arco carmesí en el aire que me salpica la cara y la nieve que hay entre nosotros. Mariod suelta la pistola eléctrica y se tambalea hacia atrás. Parche se abalanza sobre él.

Me doy la vuelta y corro. Han aparecido nubes difusas que cubren la luna con una película fina y se me hace difícil ver el suelo frente a mí. Tropiezo con ramas caídas ocultas por la nieve, y cuando miro por encima del hombro, Mariod le está dando una patada en el pecho a Parche que lo deja aturdido y lo hace retroceder hacia el bosque. El golpe que le di en la cara y el ataque de Parche lo han frenado un poco, pero no lo han detenido. Mariod busca en la nieve la pistola eléctrica, pero se da por vencido enseguida y viene a por mí.

Me obligo a acelerar el paso, pero mis músculos doloridos protestan. Evoco las imágenes de mis seres queridos como un incentivo para llegar a casa: mi padre y mi hermano, Nora, Parche. Jake.

No quiero perder ni tiempo ni energía valiosos verificando a qué distancia está Mariod, pero lo hago de todos modos. Me está alcanzando, está tan cerca que incluso a la tenue luz de la luna puedo vislumbrar su rostro airado y manchado de sangre. "Voy a morir esta noche", pienso, pero no lo haré en silencio. No veo a Parche por ninguna parte.

Estoy muy cerca de la casa. Pero algo no va bien. Me doy cuenta de que el sendero que he elegido asciende en forma gradual. He calculado mal. El único camino a casa es hacia abajo. Hemos llegado a un precipicio: la cima de un acantilado peligroso. A mi derecha, una parte empinada y rocosa del sendero serpentea como un sacacorchos y

termina en un lecho de piedra caliza irregular y el río. La casa de Evan está a escasos cuatrocientos metros de allí. A mi izquierda, una pendiente pronunciada pero más manejable me llevará de vuelta al lugar donde le rompí la nariz a Mariod, pero mucho más lejos de la ayuda. Voy hacia la derecha.

He bajado varias veces por este sendero zigzagueante llamado Nohkometha, término sauk que significa "abuela", pero nunca en invierno y nunca sola. La cara de piedra caliza tiene hendiduras profundas y un ángulo brutal que no admite muchos errores. No tengo tiempo para pensar en las consecuencias de ir hacia abajo; sé lo que ocurrirá si me quedo quieta. Mariod es más fuerte que yo, pero yo soy más ágil.

El saliente por el que tengo que caminar es estrecho e irregular. Pongo un pie delante del otro como si caminara por una cuerda floja, sé que un paso en falso me hará caer dos metros hasta el siguiente saliente rocoso.

Le llevo ventaja a Mariod, pero eso no me consuela demasiado. Está por encima de mí, en el sendero sinuoso y, en algún momento, estará a escasos dos metros directamente sobre mí. Utilizo la cara de piedra caliza para mantener el equilibrio y desciendo despacio pero con firmeza. Tengo que hacer una pausa. Es la única manera de saber dónde está Mariod. No quiero dejar de moverme, pero tampoco me atrevo a apartar los ojos de mis pies, y aunque mis botas tienen una suela adecuada que me ayuda a desplazarme por el saliente cubierto de nieve, son incómodas y pesadas.

No podré oírlo si se acerca, pero si consigo verlo me sentiré mucho mejor. La caída de una roca o de nieve desde el sendero de arriba me daría una idea de la distancia que nos separa. No veo ninguna señal de Mariod, pero cuando miro por encima del hombro lo veo doblar la curva del sendero. Me está alcanzando.

Tengo que pensar rápido. Puedo intentar acelerar el ritmo, puedo detenerme y enfrentarme a él y ver quién se las arregla para mantenerse en el sendero. Nuestra propia versión mortal del rey de la montaña, o puedo ser creativa.

Árboles delgados, pero resistentes brotan del suelo rocoso del acantilado y considero la posibilidad de aferrarme a uno enraizado en el sendero de debajo y deslizarme por el tronco. Es tentador, pero una forma segura de romperme el cuello. En lugar de eso, sigo bajando por el sendero tortuoso hasta que llego a una parte que está resbaladiza

por el hielo. No puedo avanzar ni retroceder. Debajo de mí, a unos dos metros, hay otra parte del sendero que parece transitable. Tengo que llegar hasta allí. Me giro de cara al acantilado y me arrodillo con cuidado. Me sujeto de las rocas que sobresalen y de las raíces expuestas de los árboles y empiezo a retroceder.

Doy un paso, me sujeto, doy un paso, me sujeto, y me aferro a los puntos de apoyo y a las grietas con todas mis fuerzas. Lento pero seguro, me digo. Si me descuido, caeré. Mariod no está lejos.

Por encima de mí, su pierna izquierda se abre hacia afuera y, por un momento, pienso que va a tambalearse y caer, y me aplasto contra las rocas para que no me arrastre con él. Se estabiliza y sigue avanzando. He ganado un poco de terreno, pero se acerca con rapidez y empuja con el pie hacia abajo. No ha perdido el equilibrio. Intenta derribarme.

Repite el movimiento y esta vez me golpea en lo alto de la cabeza y pierdo el equilibrio. Mis manos resbalan y empiezo a deslizarme; la áspera piedra caliza me despelleja la piel de la cara y de los lugares que han quedado al descubierto donde se me han subido los pantalones y la sudadera. Araño la pared en mi desesperación por aferrarme a algo para detener mi descenso. Consigo coger con una mano un arbusto cubierto de nieve que sobresale entre las grietas. Las ramas están muertas y quebradizas y se rompen enseguida, pero frenan el impulso lo suficiente para permitirme afirmarme.

Me he mordido la lengua y tengo la boca llena de sangre caliente y cobriza. Tengo arcadas y escupo, y la nieve a mi lado se tiñe de rojo. Alzo la vista. El resbalón ha aumentado la distancia que nos separa. Estoy a unos seis metros del suelo, todavía demasiado lejos para saltar. Intento aquietar mi respiración y no ser presa del pánico. Estoy muy cerca.

—Doy un paso, me sujeto, doy un paso, me sujeto —me susurro una y otra vez hasta que solo me quedan unos cuatro metros.

Ya casi he llegado.

Si tuviera tiempo para disfrutar de la vista, supongo que podría ver la casa de Evan desde aquí. Una sombra pasa por encima de mí y me ilusiono. Mariod se ha caído. Espero que se haya roto el cuello. Miro por sobre el hombro. Está tirado en el suelo en un bulto arrugado.

—Ojalá esté muerto, por favor, ojalá esté muerto —repito.

Los músculos de mis brazos tiemblan con violencia y sé que no podré aguantar mucho más. Doy un paso, me sujeto, doy un paso, me sujeto. Miro hacia abajo otra vez, esperando que Mariod siga en el suelo, pero para mi espanto, ya está trastabillando para ponerse de pie. Tanto si ha saltado para esperarme abajo o si se ha caído, eso lo ha terminado beneficiando.

Sin embargo, no ha salido ileso. Su rostro es una máscara pálida de dolor y se está tocando el tobillo derecho. Todavía estoy a tres metros del suelo, demasiado alto para que pueda alcanzarme. Está herido y no creo que pueda subir tras de mí si yo intentara volver hacia arriba. Grito de frustración. No hay forma de que pueda reunir las fuerzas para volver a trepar a la cima del risco.

Mis manos están muy dañadas y están sangrando y mis músculos están tensos y doloridos. Miro hacia atrás por encima del hombro. Mariod me está diciendo algo, su boca se retuerce con furia. Tengo que hacer algo. No puedo quedarme aquí para siempre. Con los pies bien afirmados en un saliente, suelto una mano, la llevo al bolsillo de mi chaqueta y, por algún milagro, descubro que el bolígrafo sigue ahí. Con dedos temblorosos, lo coloco entre mis dientes y vuelvo a sujetarme. Respiro profundamente tres veces y pienso en mis seres queridos. No estoy lista para morir.

Suelto una mano y, con lentitud, con mucho cuidado, empiezo a girar. Centímetro a centímetro, voy girando y deslizando los pies hasta que solo los talones se apoyan en el saliente estrecho y las palmas de las manos presionan en vano contra la cara del acantilado. Ya no tengo nada a lo que agarrarme.

Abajo, Mariod me observa mientras trata de adivinar mi próximo movimiento. Me quito el bolígrafo de entre los labios y lo aprieto en la palma de una mano raspada y ensangrentada. Y entonces, me empujo de la saliente con los pies, y salto. Caigo boca abajo sobre él y, cuando nuestros cuerpos chocan, siento en mi cuello el aliento cálido y húmedo que sale forzado de sus pulmones.

Bolígrafo en mano, empiezo a apuñalarle la cara, apuntando a los ojos, pero aterrizando en la frente y en las mejillas. La sangre, pegajosa y húmeda, cubre mi mano y el bolígrafo se me resbala. Pero el daño ya está hecho. Me quito de encima y casi consigo apartarme cuando me coge de la pantorrilla. Caigo de espaldas al suelo y, con la pierna libre, le doy una patada en la nariz, ya rota. Cuando afloja la mano, logro arrastrarme unos metros hasta quedar a escasos centímetros del río. La nieve recién caída ha formado un manto

prístino y ligero sobre el agua.

Intento levantarme, mis manos dejan huellas ensangrentadas en la nieve, pero mis extremidades no cooperan. No puedo rendirme ahora, me digo. Nora me necesita. Parche me necesita. Jake me necesita.

Siento un doloroso tirón de pelo y soy arrastrada unos centímetros hacia delante. De nuevo, otro tirón, y aúllo de dolor mientras Mariod me arrastra del pelo hacia el río. Enseguida atravesamos la fina capa de hielo y el agua helada penetra en mi organismo como un millón de picaduras de abeja.

Encima de mí, Mariod me empuja la cabeza debajo de la superficie y yo le agarro las muñecas para intentar liberarme. Aquí el agua no es profunda y me retuerzo sin parar mientras trato de afianzar los pies en el fondo rocoso del río. Mis pulmones piden aire a gritos y sé que pronto perderé el conocimiento. Me obligo a relajarme. Suelto las muñecas de Mariod y dejo de forcejear. Mariod sigue sujetando mi cabeza bajo el agua. Tengo el cuerpo entumecido por el frío y la falta de oxígeno, una sensación no del todo desagradable. Por fin, me suelta y, con las últimas fuerzas que me quedan, le rodeo las rodillas con los brazos y tiro, haciéndole perder el equilibrio.

Emerjo del agua y agito los brazos mientras busco a ciegas la orilla. Mis manos tocan tierra firme y trepo a la orilla con dificultad, la ropa empapada, pesada y engorrosa. El doctor Mariod está justo detrás de mí. Me coge de los tobillos y tira de mí hacia atrás, hacia el agua. Me sujeto a la rama de un árbol caído cuando lo veo, sus ojos grises me miran desde detrás de un grupo de juncos cubiertos de nieve.

Parche.

Parpadeo, pensando que estoy imaginando cosas. Pero cuando vuelvo a abrir los ojos, sigue ahí.

—Ke mne —intento pronunciar, sin estar segura de que la palabra haya salido de mi boca hinchada y ensangrentada. “Ven aquí”.

Una vez más, Mariod trata de tirar de mí hacia atrás y yo intento aferrarme a manojos de hierbas muertas, raíces de árboles expuestas, cualquier cosa para evitar que me arrastre de nuevo al agua helada.

De repente, Mariod me suelta las piernas, pero no puedo moverme. Pequeños puntos de luz bailan detrás de mis ojos y la tierra se inclina bajo mis pies. Voy a desmayarme o incluso a morir. Parche viene a mi lado. El pelo erizado, la cola alta y rígida, las orejas hacia delante. El

último pedacito de luna brilla en el blanco de sus ojos y sus dientes descubiertos. Su actitud ha cambiado por completo. Mi perro, por lo general tonto y dócil, es ahora una criatura gruñona y feroz que casi no reconozco.

Mariod se deja caer a mi lado y ahora puedo ver su cara. Su rostro, antes atractivo, está destrozado. La nariz se le ha hinchado al doble de su tamaño y tiene agujeros profundos en la piel donde lo apuñalé con el bolígrafo.

—Dile que se aleje, Amelia —me ordena mientras lanza miradas furtivas a Parche.

Me complace ver que le he arrancado uno de los dientes delanteros. Sé que Mariod ya no puede hacerme daño con Parche aquí. Sabe que lo único que tengo que hacer es darle una orden a Parche y todo habrá terminado.

Lo observo y parpadeo, y me pregunto cómo ha podido engañar a tanta gente. ¿Habrá sido siempre tan codicioso, tan dispuesto a sacrificar a otros para obtener un beneficio económico? Yo no lo creía, pero quizá el mal siempre ha estado ahí, latente, esperando el momento adecuado para surgir. No tengo ninguna duda de que Mariod me ahogará en Five Mines y hallará la manera de esconder mi cuerpo para que nadie pueda encontrarlo. No me cabe duda de que intentará desacreditarme y hacer que mi versión de lo que ocurrió aquí resulte sospechosa. Es un médico respetado en Mathias. Tiene dinero e influencia. Pero yo tengo algo más poderoso, la voluntad de vivir y una placa de Petri con su ADN bajo mis uñas.

Puedo ordenarle a Parche que retroceda, que se retire. Parche y yo podemos olvidarnos de Mariod y marcharnos juntos de aquí. Golpeados y magullados pero vivos.

—Sedni. Klid —le digo a Parche. "Siéntate. Quieto". La mandíbula de Parche se aquieta enseguida, y se sienta. Mantiene un ojo en mí, esperando que le diga qué hacer, y el otro en Mariod.

Antes de que siquiera tenga la oportunidad de arrodillarme, Mariod está sobre mi espalda. Me rodea la garganta con los dedos y aprieta. Extiendo una mano hacia Parche, que espera a que le dé una orden. Intento despegar los dedos de Mariod de mi tráquea.

—Zabit, Parche —logro pronunciar—. Zabit —repito. "Mátalo".

Capítulo 25

Parche se levanta de un salto. Cierro los ojos. La última imagen que tengo del rostro de Mariod es de terror puro. Debería sentir algo: tristeza, arrepentimiento, ira. Pero no siento nada. Con dificultad, me pongo de rodillas y luego de pie. No quiero presenciar lo que ocurre detrás de mí y agradezco el silencio. Empiezo a andar. Estoy a menos de un kilómetro y medio de casa. La luna ha terminado de salir y el cielo está más oscuro de lo que ha estado en toda la noche. ¿Cómo era el antiguo dicho? ¿Siempre es más oscuro antes del amanecer? A pesar de la negra madrugada, sé lo que tengo que hacer. Sé en qué dirección ir. Sigo el río.

Bajo la cremallera de mi chaqueta empapada y la dejo caer al suelo. A pesar del frío, con mi camiseta de manga larga enseguida me siento más liviana, más libre, puedo respirar con más facilidad.

La marcha es lenta, pero aplico la estrategia que me ha resultado útil toda la noche: un pie delante del otro. Mantengo la mirada fija delante de mí. Tengo que subir y cruzar esta cuesta y voy contando cada paso agonizante. Calculo que me faltan unos quinientos pasos. Siento una presencia familiar que cojea a mi lado. Parche. Empiezo a llorar de alivio. Sé que juntos podemos lograrlo.

Debió de haber sido un recorrido sinuoso, con huellas confusas, pero, aun así, Parche me encontró. “Doscientos setenta y siete, doscientos setenta y ocho pasos. Más de la mitad del camino”. Trato de no pensar en la sangre que gotea de la boca de Parche. ¿Qué vendrá a continuación? ¿Habrá suficientes pruebas para probar que el doctor Mariod mató a Gwen? ¿Habrá suficiente documentación que demuestre por qué la asesinó?

Mi pelo mojado se ha endurecido en el aire helado y tengo la cara entumecida. Cuchillos afilados me atraviesan los pies a cada paso y, aunque el dolor me hace llorar, lo agradezco. Significa que la sangre circula por ellos y que tal vez no se me han congelado. Espero que ocurra lo mismo con las puntas de mis orejas y los dedos.

El alba comienza a iluminar el cielo. Vetas etéreas de color rosado y mandarina asoman entre los árboles. Sigo la curva del río y, cuando se endereza delante de mí, veo una ambulancia, un camión de bomberos y tres coches de policía con los faros encendidos frente a mi casa, aún

en penumbra. Trescientos noventa y ocho pasos, trescientos noventa y nueve, cuatrocientos pasos. Figuras oscuras entran y salen de la cabaña, pero nadie parece darse cuenta de que me acerco tambaleante. Quiero gritar, pero me arde la garganta y tengo la lengua demasiado pesada.

—Stekej —musito. “Habla”. Parche abre la boca, y le pongo una mano en la garganta y siento la vibración fuerte y segura de su ladrido bajo mis dedos.

Las cabezas se giran y media docena de personas empiezan a correr en nuestra dirección. Evan Okada me alcanza primero y se quita el abrigo de inmediato y me lo pone alrededor de los hombros. Pierdo de vista a Parche y lo busco con desesperación entre la gente.

—Parche —pronuncio a través de los labios hinchados.

No entiendo lo que Evan intenta decirme, pero lo apartan de un empujón y siento que me levantan y me acuestan con suavidad en una camilla. Me cubren con mantas cálidas y el peso sobre las costillas me hace gemir. Intentan introducirme en la parte trasera de la ambulancia.

—No —murmuro. El pánico ha vuelto.

Intento sentarme, pero unas manos firmes me mantienen inmovilizada. Las bocas se mueven, pero nadie me mira directamente. No tengo ni idea de lo que están diciendo. Lágrimas calientes de frustración brotan por la comisura de mis ojos y ruedan por mis sienes. Veo a Evan y alargo la mano hacia él; casi me caigo de la camilla para llamar su atención. Evan se acerca, me coge la mano y la aprieta. Habla con el personal de emergencias y vuelve a desaparecer. ¿Por qué nadie me escucha? Me suben a la parte trasera de la ambulancia y, de repente, aparece Parche. Hago un esfuerzo por sentarme y los sanitarios no se molestan en impedírmelo.

Parche va directo a mis lágrimas y las lame. Le acaricio la cara con una mano. Todavía tiene sangre de Mariod en el pelo y jadea con fuerza.

—Gracias —le digo a Evan, que está de pie en la puerta, observando. Levanta una mano, sonríe y se aleja—. ¿Puede venir conmigo? —le pregunto a la sanitaria—. Soy sorda. Es mi perro guía.

—Por supuesto —responde la mujer—. Hay alguien más aquí que quiere verte —agrega, y se aparta a un lado.

Es Jake. Tiene la misma expresión que hace veinticinco años cuando estrelló el coche de su padre y él y Andrew terminaron en urgencias. Apareció en nuestra puerta trasera dos días después, con el brazo en cabestrillo y una expresión de vergüenza y arrepentimiento en el rostro.

Sube a la ambulancia y se pone en cuclillas a mi lado para que pueda verle la cara.

—Earhart —comienza a través de señas. La emoción le hace temblar la barbilla—. Debería haberte llamado enseguida. Lo siento. —Quiero estirar la mano y tocarle la cara. Quiero besarlo y acallar sus disculpas. En cambio, contesto:

—Parche me salvó la vida.

—Sí, y también Evan Okada. —Jake pasa una mano por la espalda de Parche—. Evan miró por la ventana y vio la mosquitera y las huellas y llamó a la policía.

—¿El doctor Mariod? —aventuro, no muy segura de querer saber la respuesta.

—Está muerto —responde, sosteniéndome la mirada—. Parche se ocupó de él.

Siento que se me revuelve el estómago. Ahora que estoy a salvo me cuestiono lo que hice. ¿Puede una palabra acabar en un asesinato?, me pregunto.

—Le ordené que… —comienzo, pero Jake me interrumpe.

—Hiciste lo que tenías que hacer.

—Tenemos que irnos —interrumpe la sanitaria—. Supongo que el perro se queda. ¿Y él? —Señala a Jake con la cabeza.

Jake se vuelve hacia mí, esperando mi respuesta. Le cojo la mano. Es tibia y fuerte y no quiero soltarla nunca.

—Zustan —digo en checo—. “Quédate”.

Capítulo 26

El sol de la tarde de mayo me calienta el cuello mientras remo con mi kayak por las aguas aún frías de Five Mines. Nora está sentada delante de mí. Dos trenzas apretadas asoman debajo de su gorra de béisbol y caen sobre las correas de su chaleco salvavidas de color rosa brillante. Ha renunciado a remar y en lugar de eso, deja que sus dedos rocen la superficie del agua. No me importa. Podría estar mirándola todo el día.

Delante de mí, en un segundo kayak, van Evan y Parche. Parche me ha dejado por Evan con gusto, pero al menos me echa un vistazo de vez en cuando para asegurarse de que Nora y yo no nos hemos quedado demasiado atrás.

La policía y los expertos médicos han tardado meses en reconstruir lo que Gwen ya había empezado a descubrir: la enorme magnitud de los delitos del doctor Mariod. A partir de entrevistas a quienes rodeaban a Gwen y de los registros médicos que el doctor Mariod se esforzó tanto por ocultar y falsificar, había surgido un inquietante rastro de pruebas: tratamientos agresivos e innecesarios, diagnósticos deliberadamente erróneos, todo ello con fines lucrativos. Era un esquema rentable. Una exhaustiva revisión de historias clínicas e informes de seguros médicos probó que el doctor Mariod había ganado millones de dólares con su fraude.

Jake supone que Gwen lo descubrió y fue al consultorio del doctor Mariod para enfrentarse a él con lo que había averiguado, y él la mató. La dejó inconsciente de un golpe. Cuando volvió en sí, Mariod estaba encima de ella, estrangulándola. Creen que fue con un tubo de un equipo intravenoso muy parecido al que usé para ayudar a Rachel Nava cuando se desmayó en el centro.

Según la teoría de Jake, el doctor Mariod intentó que Gwen le revelara quién más sabía lo que él estaba haciendo. Cuando ella no quiso o no pudo decírselo, apretó más el tubo y la asfixió hasta matarla.

David no fue del todo ajeno a todo esto. Sabía del diagnóstico y tratamiento cuestionables de Mariod a Jo Ellen Termit. Pero hizo la vista gorda.

Según David, Mariod se presentó en su casa y le pidió prestada la

lancha para ir de pesca a Five Mines. David lo hizo de buen grado.

Mariod salió con la lancha a Five Mines y arrojó el cuerpo de Gwen al agua; esperaba que la corriente lo arrastrara al Golfo de México. No contó con que Gwen se enredara en las zarzas y, desde luego, no contó con que yo la encontrara. David empezó a sospechar cuando se enteró de que Gwen estaba muerta y Mariod le devolvió la lancha con olor a lejía. Sin embargo, no la limpió con el cuidado necesario. Los forenses encontraron cabello de Gwen y gotas minúsculas de su sangre en la lancha y en el consultorio de Mariod en la clínica.

David desenmascaró a Mariod, pero este lo mantuvo callado con amenazas a mi seguridad y la de Nora. Por eso acabó ofreciéndome el trabajo. Quería tener cerca a alguien que le importase a David para poder ejercer una mayor presión sobre él y garantizar su silencio. Y por eso David se oponía tanto a que yo trabajara para él. Supongo que debería sentirme halagada.

Sin embargo, tanto David como Mariod me subestimaron. Esperaban que me limitara a introducir los datos de los pacientes en el sistema informático y que no me fijara demasiado en las historias clínicas ni hiciera preguntas. Se equivocaron. Mariod les diagnosticaba cáncer a personas sanas y las atiborraba de quimio y radioterapia para cobrar el dinero del seguro médico. Trataba en exceso a los enfermos y daba falsas esperanzas a los pacientes terminales, diciéndoles que podía salvarlos si confiaban en él. Les administraba tratamientos que no les alargaban la vida y que, en la mayoría de los casos, eran en extremo dolorosos y destruían su calidad de vida. En algún momento, el doctor Mariod decidió actuar en oposición directa a su juramento hipocrático, sobre todo la sección que dice: “Debo tener especial cuidado en los asuntos de vida y muerte”.

¿Cómo pudo actuar con esa impunidad durante tanto tiempo? Esa es la pregunta que todo el mundo se hace. Pero cuando estás enfermo o crees estarlo, confías en tus cuidadores, enfermeras y médicos. Tienes que hacerlo.

David fue acusado de cómplice y será sometido a juicio el mes que viene. Su licencia médica ha sido suspendida a la espera del resultado del juicio. A su favor, todavía me permite ver a Nora e incluso ha comenzado los trámites para que Nora viva legalmente conmigo en caso de que él sea condenado y enviado a prisión.

Tengo la esperanza de que la madre biológica de Nora no aparezca de la nada y cause otro trastorno en la vida de la niña. Han pasado cinco

meses y no hemos sabido nada de ella. Rezo para que esto continúe así, pero si un día aparece en mi puerta, más vale que esté preparada para la pelea de su vida.

La policía encontró una copia de la llave de mi casa en el cadáver de Mariod y están seguros de que fue él quien entró en mi casa y puso la botella de vino en la encimera. Creen que también planeaba usarla para entrar en mi casa la noche que intentó matarme. No había contado con que yo cambiara las cerraduras. Pienso en el día que pasó por la sala de archivos para preguntarme cómo estaba. Podría haber cogido mis llaves sin que yo me diera cuenta, hacer una copia y volver a dejarlas sin que yo lo advirtiera. No fue David, como pensé al principio. Mariod me engañó para que fuera al colegio a recoger a Nora y luego llamó a la policía para denunciar que una mujer en un jeep estaba conduciendo de forma errática. También fue él quien metió la botella de alcohol en mi escritorio. Según David, en un principio, Mariod quería asustarme como una forma de presionarlo a él, pero eso cambió cuando las noticias mencionaron que yo podría haber visto una lancha que huía de la escena del crimen. Eso debió ponerlo en alerta máxima. Luego, cuando empecé a indagar y a tratar de averiguar qué había pasado con Rachel Nava y Jo Ellen Termit, Mariod intentó asegurarse de que todos pensaran que yo era una borracha y que no había que tomarme en serio. Me subestimó.

No hay motivos para creer que el doctor Mariod tuviese algo que ver con mi accidente. Es un caso que sigue sin resolverse y me he resignado al hecho de que es probable que nunca sepa quién conducía el coche que mató a Stacey y me dejó sorda.

Conseguí otro trabajo. Ahora trabajo para mi vecino Evan en su negocio de alquiler de equipos deportivos. Guio grupos de paddle surf y en kayaks por el río. Por supuesto, Parche viene siempre conmigo. No he renunciado a la enfermería, pero todavía estoy tratando de encontrar la manera de ser sorda y enfermera a la vez. Sé que es posible. Lo lograré.

Mientras tanto, estoy trabajando en arreglar mi cabaña, pero el progreso es lento y cada pequeño proyecto lleva más tiempo del que debería. Ahora estamos trabajando en una ampliación, que incluirá un dormitorio exclusivo para Nora y un baño nuevo con una ducha de última generación y una bañera con patas.

Salir sola con Nora al río me ponía nerviosa, pero Evan ha sido genial. Tener un par de oídos y ojos extras me hace sentir mejor por el momento. Poco a poco, Five Mines vuelve a ser mi refugio seguro.

Evan empieza a remar más rápido, lo que significa que me está desafiando a una carrera para ver quién llega antes al muelle.

—Sujétate —le advierto a Nora, y se agarra a los lados del kayak. No puedo oírla, pero levanta la cara hacia el cielo y sé que está lanzando un grito de guerra para que Evan y Parche presten atención, porque allá vamos.

No lo logramos ni por asomo. Evan nos gana por sesenta metros y él y Parche nos están esperando en el muelle cuando llegamos. Evan mira su reloj y bosteza. Doy una palmada en el agua y una ola se estrella sobre ellos y hace que Parche se aparte deprisa. No son los únicos que están allí para recibirnos. También está Jake. Se acerca caminando desde la cabaña vestido con su uniforme de detective: pantalones de vestir, zapatos de vestir, camisa de botones y corbata. Extiende la mano para ayudar a Nora a salir primero del kayak. Ella le da un abrazo rápido y Parche y ella se alejan corriendo.

Jake me alarga la mano, pero la ignoro y salgo del kayak sin ayuda. Jake sacude la cabeza. Evan nos dice que él se encargará de los kayaks y que le debo una cerveza por haber ganado la carrera.

Jake me pasa un brazo por el hombro y yo deslizo un brazo alrededor de su cintura. Nos movemos con una sincronicidad perfecta mientras subimos hacia la casa.

Jake se detiene de pronto y se gira para mirarme. Me besa en los labios y desliza sus manos por mis brazos hacia arriba y hacia abajo. Me estremezco. Me inclino hacia él y cierro los ojos. Su dedo traza las letras familiares una y otra vez en mi espalda hasta que las siento casi grabadas en mi piel. “Te quiero”.

Podría quedarme así para siempre. Sin ver ni oír nada. Solo con Jake. Pero abro los ojos y le devuelvo el beso, lo cojo de la mano y subimos juntos a casa.

NOTA DE LA AUTORA

Silencio total podría ser el libro más personal que he escrito hasta la fecha. Las cuestiones importantes del cáncer y la atención médica, así como la sordera profunda de la protagonista, son temas que me tocan muy de cerca.

Después de haber tenido familiares y amigos, entre ellos mi hijo, que lucharon contra el cáncer, guardo el mayor de los respetos por los médicos, cirujanos y enfermeras. Depositamos nuestra confianza y fe en la pericia de profesionales cualificados y, por fortuna, mi hijo recibió una atención de primera. Estaremos eternamente agradecidos por eso. Creo que este estándar de atención sobresaliente es válido para la mayoría de las familias.

Escribir Silencio total desde el punto de vista de un personaje completamente sordo ha sido un desafío enorme y difícil. En mi investigación para la novela, me enteré de que existen muchos recursos disponibles para ayudar a los sordos en la comunicación: intérpretes, tecnología, lengua de signos, animales guía y más. Amelia, como muchas otras personas que se enfrentan a la pérdida de la audición, dispone de diversos recursos que puede utilizar. Basándome en las circunstancias y la personalidad que creé para Amelia, una mujer con sus propios desafíos y demonios, así como en beneficio de mantener el ritmo ágil de la novela, los recursos por los que opté que Amelia utilizara se limitaron a solo algunas de las posibilidades. Como persona con discapacidad auditiva, me complace saber que hay muchos recursos disponibles para cuando los necesite, en el caso de que lo haga.

Espero haber hecho justicia a Amelia.

Si te ha gustado esta novela…

No puedes dejar de leer No salgas de noche, de Stacy Willingham. Un libro en primera persona con una protagonista inestable es el eje de este increíble thriller psicológico que te atrapará desde la primera página.

Si bien Chloe conserva sus cinco sentidos, ha sufrido al igual que Amelia un gran trauma: cuando era pequeña descubrió que su padre era el asesino en serie que había hecho desaparecer a sus amigas. Y fue por ella que lo descubrieron y lo encarcelaron.

Veinte años después, Chloe ha rehecho su vida: es psicóloga y está planeando su boda, cuando una de sus pacientes desaparece bajo el mismo modus operandi que utilizaba su padre. Alguien lo está imitando y ahora es ella misma la que corre peligro.

Entra en la mente de Chloe con No salgas de noche y lo vivirás también en primera persona…

El equipo editorial de Motus



Escanear el código QR

para ver más información de No salgas de noche


Foto de la autora: Erin Kirchoff

Heather Gudenkauf es la autora de Huésped de una noche, publicada en MOTUS con gran éxito, y otras novelas best sellers de The New York Times y USA Today. También ha sido nominada al prestigioso premio Edgar de novela negra. Al haber nacido con una pérdida auditiva unilateral profunda, Heather siempre ha usado los libros como un refugio. Así se convirtió en una lectora voraz y forjó su destino como escritora. Actualmente vive con su familia en Iowa, lugar donde transcurren muchas de sus novelas.

Su sitio web es www.heathergudenkauf.com



Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:





MotusThriller

www.motus-thriller.com